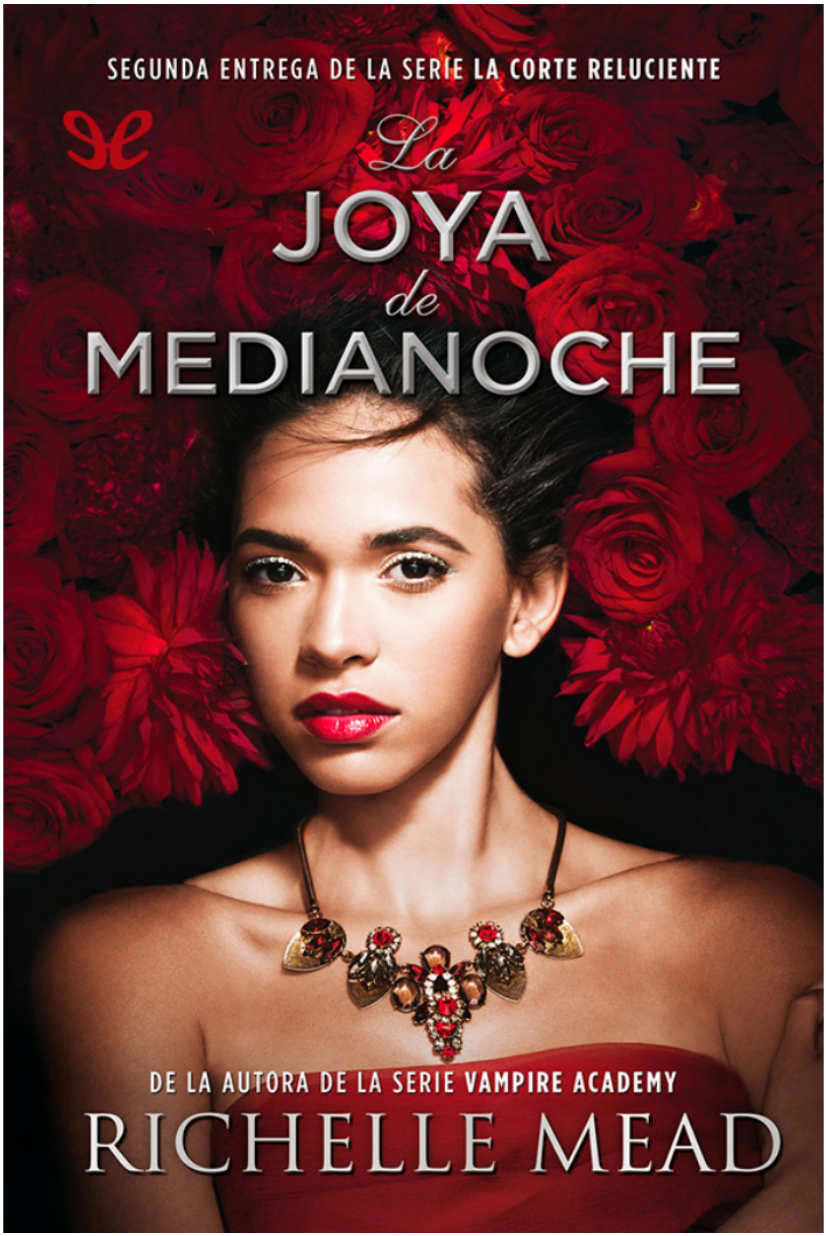
SEGUNDA ENTREGA DE LA SERIE LA CORTE RELUCIENTE
La
JOYA
de
MEDIANOCHE
DE LA AUTORA DE LA SERIE VAMPIRE ACADEMY
RICHELLE MEAD

Mira, una refugiada de la guerra, ha sido obligada a vivir lejos de su país, en un sitio en el que las condiciones de vida son completamente inaceptables. Pero gracias a un repentino cambio, el destino le dará la oportunidad de escapar para unirse a La Corte Reluciente.

Para un selecto grupo de jóvenes, La Corte Reluciente es la oportunidad de tener una vida que solo se podían imaginar en sus sueños, una vida llena de lujos, glamur y comodidades. Pero para Mira significa más persecuciones, no solo de sus compañeras de la corte, sino también de sus pretendientes.

Por el día su comportamiento es el adecuado, aprendiendo lo necesario para ganar su autonomía a través del anonimato, incluso haciendo algunas amistades verdaderas, pero por las noches, Mira tiene otros planes, que si llegan a ser descubiertos, podrían llevarle a ser colgada desde la corte más alta de Adoria.

En esta segunda entrega de la serie *La Corte Reluciente*, Richelle Mead va más de allá del glamur y la ostentación, escarbando en la oscuridad del profundo mundo que ha creado a través de los ojos de una joven dispuesta a luchar por su libertad.

epublibre
X ANIVERS

Richelle Mead

La joya de medianoche

La Corte Reluciente - 2

ePub r1.0
Titivillus 21.12.2023

Título original: *The Midnight Jewel*
Richelle Mead, 2017
Traducción: María Enguix Tercero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

—¡Tú! ¡Chica! ¡Un paso más y te atravieso!

Me quedé inmóvil donde estaba, en medio de las grandes escalinatas de piedra que conducían a la catedral de Kyriel.

Las pisadas de unas botas resonaron detrás de mí y, poco después, un joven centinela vino corriendo a bloquearme el paso. Me sacaba una cabeza de altura como mínimo, el oscuro cabello cortado al rape como era costumbre entre tantos centinelas. Lo que no era costumbre entre los centinelas, por el contrario, era empuñar una daga con tanta seguridad. La mayoría mantenía el orden público con pesadas porras.

Lo miré a los ojos con calma.

—Disculpadme, señor, pero me dirigía a rezar mis oraciones.

—No me vengas con esas. —Su rostro se torció en una mueca—. Todo el mundo sabe que los sirminios sois paganos alanzanos. Y yo sé quién eres. Os recuerdo, a ti y a tu hermano, el asesino.

Una chispa de ira prendió dentro de mí, pero la oculté. Tenía sobrada práctica en ignorar esta clase de comentarios.

—Lo cierto es que me dirigía a rezar por su alma. Soy fiel devota de Uros. ¿Creéis que los ángeles permitirían que una hereje pisara esta tierra sagrada?

Señalé los imponentes portones que se alzaban ante nosotros. Un gran arco, tallado en la piedra de la catedral, los circundaba, dotándolos incluso de mayor majestuosidad. Un monje de Vaiel, encapuchado en una túnica verde oscuro, salió en ese momento a la puerta, reafirmando la santidad del lugar donde nos hallábamos.

El centinela vaciló un momento y luego su rostro volvió a endurecerse. Seguía apuntándome con la daga.

—Puede que no seas alanzana, pero sé que eres tan criminal como cualquiera de tu familia. La única diferencia es que aún no te han echado el guante, eso es todo. Ahora dime dónde está tu

hermano.

Abrí los brazos con impotente perplejidad, conteniendo el impulso de alcanzar el cuchillo que escondía en un bolsillo de la falda.

—Ojalá lo supiera. Hace más de un año que no lo veo.

El centinela apretó la punta de la daga contra mi esternón.

—Mientes.

Lo desgarrador era que yo decía la verdad. Lonzo me había escrito una carta nada más llegar a aquellas tierras al otro lado del océano, pero después no había vuelto a tener noticias suyas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó otra voz. Una conocida.

Apareció otro centinela, moviéndose con más despreocupación que su colega. Era un hombre mayor, corpulento y rubicundo. Se había dejado el cabello ralo sin rasurar, probablemente porque era escaso. Yo mantuve la mirada al frente, serena, sin dar muestras de que lo conocía.

El centinela más joven bajó la daga.

—Carey, esta es la chica de los Viana. Su hermano asesinó a sir Wilhelm el año pasado. ¡El muy bastardo nunca fue juzgado!

Carey contuvo un bostezo.

—Bueno, a él no lo veo por aquí. Solo veo a su hermana. Y además nadie ha podido demostrar su culpabilidad.

—¡Pero sabéis que es culpable! —protestó el otro centinela—. Todos lo sabemos. ¡Y ella conoce su paradero! ¡Deberíamos vigilar todos sus movimientos!

—¿En una iglesia? ¿Piensas que su hermano se esconde aquí? ¿Debería preguntarle a ese monje si podemos efectuar un registro?

—Señor…

—Aquí no hay nada. —Carey consiguió sonar tan hastiado como enojado—. Solo una muchacha que va a rezar y purificar su alma; una muchacha que no ha hecho ningún mal a nadie.

El otro entornó los ojos mirándome.

—Es una sirminia. Todos los sirminios han hecho algo.

Carey lo espantó con un gesto.

—Más vale que vayas a hacer algo útil, como impedir un crimen real, no uno que lleva tiempo archivado. Y, maldita sea, deja de apuntar con esa daga. Nos estás avergonzando a todos.

El joven centinela envainó el cuchillo pero levantó un dedo

hacia mi cara. Yo no pestañeé.

—No creas que voy a olvidarme de esto, chica. Encontraré al canalla de tu hermano, dondequiera que se esconda.

En cuanto el hombre se hubo marchado con su ira a otra parte, los rasgos de Carey se afilaron.

—Dime que no está en la ciudad.

—No —dije suspirando de alivio—. Pero no tengo la menor idea de dónde está. Solo sé que lejos de aquí.

—Deberías ir a reunirte con él.

Sentí que me invadía el desánimo.

—Eso intento, señor.

—Pues inténtalo mejor. Seguirán ocurriendo incidentes así. Sir Wilhelm tenía muchos amigos, y no han olvidado. —El hombre pareció agotado de pronto—. Mira, me caes bien. Y mucho. Eres inteligente. Conoces nuestra lengua. Pero no soy necio. Ha llegado a mis oídos que una muchacha se dedica a detener ladrones en el barrio sirminio. Y eso no tiene nada de malo, pero es algo que un día de estos se te puede ir de las manos, como sucedió con tu hermano.

—Lonzo…

—Ni una palabra más. Sir Wilhelm era un ser deleznable, burgués o no. Y es posible que recibiera su merecido, pero cuanto menos sepa yo, mejor.

La frente del centinela Carey se arrugó al recordarlo. Había sido él quien había encontrado a Isabel, la muchacha sirminia que sir Wilhelm arrojó al río después de usarla para sus depravados placeres. Lonzo había intentado hacerle papilla, sin duda, pero ¿asesinarlo? Aquello había sido un accidente. A la mayoría de los guardias les había traído sin cuidado este detalle, sobre todo tratándose de una sirminia. Carey, al contrario, sí que lo tuvo en cuenta, e hizo la vista gorda en repetidas ocasiones a medida que se acumulaban las pruebas contra Lonzo.

—Vete de aquí. Te irá mejor. —Me sonrió con ironía. Era el único miembro de la guardia que siempre me había tratado como a una igual. El único que había intentado comunicarse conmigo en mi lengua—. Y no te vayas a ofender si te digo que espero no volver a cruzarme contigo.

Bajó pesadamente los escalones sin una palabra más y

desapareció rápidamente entre la multitud. Me tomé un momento para recomponerme y seguí mi camino hacia la catedral. El monje seguía de pie junto a la puerta y había observado toda la conversación. No dijo nada. La enorme capucha le cubría la cara, pero volvió la cabeza y me siguió adentro.

A mi padre le gustaba cerrar tratos clandestinos en las iglesias. Nadie lo sospechó nunca. Solo un puñado de personas había venido a rezar este mediodía a la imponente catedral, una de las iglesias más grandes de Osfro. Sentadas solemnemente en los lustrosos bancos de madera, inclinaban la cabeza o tenían los ojos puestos en la escultura del glorioso ángel Kyriel que pendía del muro frontal. Un sacerdote con una túnica dorada y verde pálido prendía en silencio las velas del altar bajo el ángel, y la fragancia de la cera y la resina flotaban en el aire.

Recorrí la nave con los ojos y encontré a la persona que andaba buscando. Me acerqué a ella despreocupadamente y me senté a su lado sin mirarla a los ojos, como si la elección del banco fuera casual. La madera crujió bajo mi peso, y la penetrante colonia de hierbas que llevaba mi acompañante casi me arranca un estornudo.

Incliné la cabeza y me llevé la mano primero a la frente y luego al corazón.

—Alabado sea Uros, creador del espíritu y de la carne —musité—. Alabados sean sus seis gloriosos ángeles, defensores de los fieles.

—Alabados sean —repitió el hombre sentado a mi lado.

Alcé la cabeza, clavando los ojos en el glorioso Kyriel. Empuñando una espada y un escudo dorado, el ángel parecía dispuesto a defender a la humanidad de los seis ángeles caídos. Sin embargo, mi verdadero interés se centraba en el sacerdote, que seguía encendiendo velas en la periferia de mi visión. Cuando hubo terminado de prender la última, se retiró a un lado y se arrodilló para orar.

En cuanto tuve la certeza de que estaba a lo suyo, metí la mano en el bolsillo de mi falda y saqué un trocito de papel doblado. Lo dejé con cuidado en el banco, entre mi acompañante y yo. Después de varios segundos, este lo cogió y se lo metió en el bolsillo del abrigo.

—Estos son los nombres de los diez alanzanos que viven en Cabo Triunfo, o al menos vivían allí la última primavera —susurré—.

Estoy segura de que hay más, pero si entras en contacto con estos será suficiente. Debes memorizarlos y quemar el papel enseguida.

El hombre levantó la cabeza.

—Lo sé. Confía en mí.

Circundando la nave, las cristaleras describían a los otros ángeles con los colores del arcoíris. A ninguno parecía preocuparle que una hereje estuviese allí sentada. Kyriel no se abalanzó sobre mí con su espada. El techo abovedado de la catedral no se desplomó sobre nuestras cabezas. Uros no lanzó rayos desde los cielos. «Puede que los alanzanos no sean los herejes —reflexioné—. Quizá su doctrina sea la verdadera y los ortodoxos que construyeron esta iglesia sean los auténticos herejes. O quizás ambos se equivocan».

Finalmente me volví y miré a mi acompañante a los ojos. La tenue luz les daba una apariencia más gris que azul, pero no podía ocultar su viveza. Cedric Thorn era un hombre extremadamente apuesto. No era mi tipo, pero aun así daba gusto mirarlo. Yo prefería a los hombres más rudos. Hombres que no estudiaban tan obviamente la ropa que iban a ponerse cada mañana.

—Confío mucho en ti, pero la vida de mucha gente está en peligro.

Su rostro se endureció.

—Créeme, lo sé. Gracias. Esto es para ti.

Se me aceleró el corazón cuando se llevó la mano al abrigo, echó un vistazo rápido alrededor y luego sacó un fardo de papeles enrollados. Lo dejó discretamente entre ambos.

—Tu contrato. La admisión a la Corte Reluciente. Un billete a Adoria.

—Adoria —repetí, apretando los documentos en la mano. Los alanzanos que conocía me habían jurado que Cedric era un hombre íntegro, pero hasta entonces había albergado ciertas dudas de que fuera a cumplir su parte del trato. Muchos osfridianos habían experimentado con la fe alanzana. Muchos habían perdido interés, abrazando felizmente a los verdaderos devotos.

—He hecho algunas pesquisas —dijo, todavía serio—, pero no creo que pueda hacer nada para ayudarte a encontrar a tu hermano una vez estemos allí. No siempre conservan en un registro los nombres de los siervos. Incluso si lo hacen, para conseguir esos registros será preciso tener un contacto en la aduana, o el dinero

suficiente para sobornar a algún oficial. No tengo ni una cosa ni la otra.

—Quizá mi esposo las tenga. —«Esposo». La palabra sonaba rara en mi boca.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? ¿Un esposo?

Bajé la mirada hacia mis manos, que seguían apretando los documentos, pero podía notar los ojos de Cedric sobre mí. Sus educados modales y su elegante atuendo podían inducir a engaño. Era guapo, sí, pero no estúpido.

¿Qué quería yo? Quería ir a Adoria. Quería encontrar a Lonzo. Quería una vida lejos de la guerra y la corrupción que asolaban mi país natal. ¿Podrían un esposo rico y una nueva tierra garantizar todas estas cosas? No, pero tendría más oportunidades que aquí, donde no pasaba de ser otra refugiada hambrienta hacinada en una ciudad que nos aborrecía.

—Quiero un esposo —reiteré. Era pagar un precio modesto a cambio de los demás beneficios. Firmaría el contrato y aceptaría casarme. Al menos tendría cierto margen para decidir con quién me iría a la cama sin que fuera una imposición de mi padre.

Como si me leyera la mente, Cedric comentó:

—Tu padre era un gran hombre, o eso es lo que he oído. Salvó a muchas personas de la persecución. Dio su vida por ello. Has de sentirte orgullosa.

—Sí —dije sin pensar.

—Y sé que quieres continuar su legado. Sé que has estado protegiendo a ciertas personas. Eso es noble. Es maravilloso. Pero… cómo te diría… bueno. Tienes que sentar la cabeza. No me refiero a casarte, sino en general.

—Lo sé.

—Se acabó lo de andar a hurtadillas.

—Lo sé.

—Se acabaron las peleas callejeras.

—Lo sé.

—Se acabaron las dagas en los pescuezos.

—Cedric, confía un poco en mí. —De no haber estado en la catedral, le habría gritado—. Seré la imagen del decoro en esa institución tuya de élite. Seré una mujer cultivada y refinada. Dejaré que me exhibas en todas tus fiestas y luciré los bonitos

vestidos de los que tanto hablas. —Miré mi vestido ajado y sucio—. Es más, esa parte no me importará. Ni los estudios tampoco. —La guerra en Sirminia terminó con mi educación allí.

Cedric recobró el entusiasmo. Necesitaba trabajarse la discreción, no cabía duda.

—Sé que Adoria es tu meta, pero intenta disfrutar del viaje también, no será tan malo.

—¿Ni siquiera para una sirminia? —pregunté maliciosamente.

Su brillante sonrisa vaciló. Interpreté como una mala señal que no desplegara los argumentos comerciales y las maravillosas garantías que eran tan naturales en él.

—Tu primer año seguirá siendo en Osfrid. Aunque estarás en una de nuestras mansiones… bueno, te enfrentarás a los mismos prejuicios que ves aquí en la ciudad. En Adoria todo será un poco más relajado. A veces. Pero te los ganarás. Terminarán viendo quién eres realmente.

Después de casi dos años en la capital de Osfrid, era escéptica, pero me puse en pie sin dejarlo traslucir. El sacerdote había terminado y se acercaba plácidamente hacia nosotros.

—Gracias —susurré—. Esto lo es todo para mí.

Cedric dio una palmadita a su bolsillo.

—Y esto para mí.

—No salgas directamente detrás de mí —le avisé—. Espera un poco.

—Lo sé, lo sé. Ya estás desconfiando de mí otra vez.

Salí de la catedral, entrecerrando los ojos ante la brillante luz de la tarde. Después de la quietud del santuario, el ruido de Osfro a mediodía era aplastante. A mis pies, la ciudad bullía de vida. Los carruajes y los caballos trapaleaban en la calle empedrada y los vendedores anunciaban a voces sus mercancías. Los peatones se agolpaban en los espacios intermedios; unos dirigiéndose a un destino específico, otros mendigando comida y trabajo. Los edificios de piedra se cernían sobre las calles de la ciudad; su lúgubre solidez era un testamento de la historia de Osfro.

«Osfro es una ciudad antigua —pensé—. Una ciudad anquilosada en su pasado. Aquí no hay oportunidades para mí. Lonzo lo sabía cuando zarpó rumbo a Adoria. Cuando me dejó atrás».

Las puertas de la catedral se abrieron con un chirrido y vi con sorpresa que era Cedric.

—Se supone que debías esperar —le reproché.

—He olvidado decirte cuándo partíamos a la hacienda. —Se puso un alegre sombrero marrón sobre sus cobrizos cabellos y trató de protegerse del sol con la mano—. Dentro de cuatro días. Espérame en la frontera de los barrios sirminio y Bridge, junto al mercado. Mi padre y yo te recogeremos cuando suene la primera campanada.

—¿Estás seguro de que tu padre querrá que yo vaya?

—No tiene elección. Me ha dejado reclutar a dos chicas y las he elegido, por así decirlo. Tengo que terminar el papeleo de la otra. —Cedric sonaba despreocupado. Teniendo en cuenta que iba a adoptar una religión que con frecuencia conducía a la muerte y al encarcelamiento, la ira de un padre era probablemente poca cosa en comparación.

—¿Reclutar? ¿Vais a arrastrar a esa chica a una vida de pecado?

Cedric y yo nos giramos al mismo tiempo cuando oímos una voz cascarrabias. El monje de Vaiel seguía ahí, apoyado en el arco y con un ejemplar encuadernado en piel del *Testamento de los Ángeles* en la mano. Las sombras lo velaban. El pánico se apoderó de mí, pero después de repetirme mentalmente nuestra breve conversación, me relajé. No habíamos dicho nada sobre ninguna herejía proscrita. Cedric y yo no corríamos ningún peligro por hablar de la Corte Reluciente.

—No, Hermano —dijo Cedric educadamente. Los monjes no eran líderes eclesiásticos como los sacerdotes de Uros, pero eran tratados con el mismo respeto, venerados por su completa inmersión en el estudio de la fe—. Más bien al contrario. Va a unirse a la Corte Reluciente.

Aunque no podía ver el rostro del monje, el instinto me dijo que me estaba mirando a mí… y con una mueca.

—¿La Corte Reluciente? ¿Así es como llamáis a vuestra sórdida operación? Puede que viva apartado del mundo, pero sé cómo funciona. Hay hombres que «reclutan» a muchachas sirminias todo el tiempo, aprovechándose de la situación de opresión en la que viven y obligándolas a cometer actos deleznables. Te he visto antes, muchacha. He visto que un centinela te interrogaba.

—Solo estábamos conversando. No he hecho nada malo. Y la Corte Reluciente es muy respetable. —Intenté que mis palabras sonaran serenas y humildes. Lo último que necesitábamos era atraer la atención de la guardia—. Voy a asistir a clases de protocolo y buscaré esposo en Adoria el próximo año.

—Y no solo cualquier esposo —presumió Cedric—. Solo conocerá a los solteros de élite más ricos de la ciudad. Los hombres que han hecho fortuna en el Nuevo Mundo también desean esposas sublimes, y el negocio de mi familia las suministra. —Cedric empleó exactamente las mismas palabras cuando nos conocimos. Me pregunté si no podía reprimir al comerciante que llevaba dentro.

Un compás de silencio siguió mientras el monje reflexionaba sobre nuestras palabras. Luego quiso saber:

—¿Qué ciudad?

—Cabo Triunfo. En la colonia de Denham. —Cedric seguía sonriendo, pero el cambio de postura traicionó su nerviosismo. No podía culparle, máxime cuando tenía la lista guardada en el bolsillo. Los oficiales eclesiásticos querían dar un escarmiento a los conversos osfridianos nativos. Los ahorcamientos eran el pan de cada día.

Como el monje seguía sin responder, crucé los brazos y clavé mi mirada en su rostro velado. No podía alcanzar a ver sus ojos, pero deseé estar mirándolos directamente.

—Buen hermano, os agradezco vuestro interés. Y lleváis razón: hay chicas desesperadas sin otras opciones que recurren a medios desesperados. Pero yo no soy una de ellas.

—¿No estáis desesperada? —preguntó con una voz inusitadamente irónica para un santón.

—No me faltan opciones. Si no veo ninguna, entonces me las creo yo misma. Y nadie me obliga a nada. —Mis palabras salieron con más vehemencia de la pretendida.

—Eso puedo creerlo. Compadecería a cualquiera que lo intentara. —Podría haber jurado que estaba sonriendo en las profundidades de su capucha—. Buena suerte, señorita. —Abrió la puerta de la catedral y desapareció en su interior.

Cedric suspiró.

—Podría haber sido mucho peor. Creo que debes de haberle gustado.

—Lo único que les gusta a estos sacerdotes son sus estudios.

—No podía quitarte los ojos de encima —bromeó.

—¡Pero si no se le veían! Ahora vete y memoriza la lista que te he dado. Y no olvides quemarla.

Cedric asintió con la cabeza y empezó a descender los grandes peldaños de piedra.

—Nos vemos dentro de cuatro días.

Me quedé donde estaba y contemplé desde lo alto la ciudad donde había vivido. No sentía ninguna lealtad hacia ella, pese a que había venido huyendo de la guerra. Aprender a ser una señorita educada en una hacienda del interior del país era una demora para llegar hasta Lonzo, pero yo también era humana. Quería dormir en una cama limpia y no en el suelo apiñada con otros refugiados. Quería tres comidas al día. Quería tener libros a mi alcance.

—Cuatro días. —Noté que mis labios esbozaban una sonrisa—. Cuatro días para que empiece mi nueva vida.

2

Cuando le había dicho a Cedric que iba a portarme bien, lo había dicho en serio. Quería portarme bien. Esta oportunidad significaba mucho para mí y para Lonzo. Desperdiciarla era algo que no podía permitirme. Y, a pesar de toda la violencia y el peligro que había visto en mi vida, la discordia no era algo que me agradase. Lo que anhelaba era el orden. La paz.

De modo que fue lamentable cuando, a los seis meses de mi estancia en la Corte Reluciente, me vi apretando un cuchillo en la garganta de otra persona.

—¿Me estás oyendo? —grité—. ¡Una palabra más, una insinuación más, y lo lamentarás el resto de tu vida!

Mi víctima, Clara Hayes, respondió con una sonrisa desafiante, aunque sus ojos revelaban inquietud. Era difícil mostrar engreimiento cuando estabas atrapada entre la pared exterior de una casa y la punta de un cuchillo en el cuello. La lluvia caía regularmente, pero yo estaba demasiado concentrada en Clara como para preocuparme por mis cabellos y mi camisón mojados.

—La verdad duele, ¿eh? —me espetó.

—No es la verdad y lo sabes. Te la has inventado.

—Pero suena a verdad. —Clara intentó moverse, apenas un poco, pero la retuve como un clavo en su sitio—. ¿Por qué, si no, iba él a tolerar a una sirminia en esta casa? Una que no haya venido a limpiar, quiero decir. Supongo que no puedo culparte. Es guapo a morir. Pero no creo que esa excusa valga de nada cuando su padre lo descubra.

Mantuve el rostro impasible. Ni siquiera pestañeé, algo complicado porque el agua corría por mis ojos. Clara había sido mi ruina desde el día de mi llegada a la mansión El Manantial Azul. Como Cedric me había advertido, algunas de las chicas de la Corte Reluciente tenían los mismos prejuicios que había visto en la

ciudad. Aunque, honestamente, no pensaba que a Clara le importase un comino mi pasado. Era una tirana, sin más. En busca de víctimas. Ya había soportado sus diabluras y sarcasmos con estoicismo, pero esta semana se había pasado de la raya al hacer correr el rumor de que me había ganado mi sitio en la Corte acostándome con Cedric. Aquello me había herido en lo más hondo, y había despertado recuerdos de una época en la que casi me había visto obligada a vender mi cuerpo por otros favores.

«Eres una cobarde, Mira. Tienes que aprender a tomar decisiones difíciles».

—Su padre no lo descubrirá —le dije a Clara—. Sobre todo porque no hay nada que descubrir.

—¿A quién piensas que creerá, a ti o a mí? Jasper detesta que Cedric te haya reclutado. Y cuando esto llegue a sus oídos… En fin. No dejará que te quedes bajo ningún concepto. Le cuesta una fortuna prepararnos para Adoria. Y a nuestros pretendientes les cuesta más si cabe pagar los honorarios de nuestro matrimonio. Por ese precio, lo que esperan encontrar es belleza, encanto, cultura… y virtud.

Me cerní un poco más sobre ella.

—¿Belleza? Estás en lo cierto. Es importante. Aquí, en Adoria y donde sea. Lástima que tú vayas a perder la tuya.

Su sonrisa se borró.

—¿Qué… qué se supone que significa eso?

—Significa que si no terminas con los embustes y empiezas a decir la verdad a todo el mundo, te desgraciaré… la cara, eso significa. —Le pasé la hoja del cuchillo por la mejilla para dar énfasis a mis palabras—. Acabaré con cualquier posibilidad que tengas de encontrar esposo en Adoria o en cualquier otro lugar. Si tu reputación se va a pique, te expulsan y punto. Pero ¿una cara desgraciada? Ya puedes ir olvidándote de tener pretendientes, ricos o pobres.

Clara me miró boquiabierta.

—¡No te atreverás!

—Si consigues que me expulsen, ¿qué tengo que perder? Lo único que tendría que hacer es colarme en tu habitación una noche y… —Imité el movimiento del cuchillo con la mano que tenía libre.

—¡Se lo contaré a la señorita Masterson!

—Pues buena suerte, a ver si eres capaz de demostrarlo. —La liberé y me aparté de ella—. Y ahora dime, ¿te ha quedado bien claro? Porque sé que a veces te cuesta lo tuyo entender mi acento.

La respuesta de Clara fue abrir de un tirón la puerta de la cocina a donde la había arrastrado previamente y cerrarla de un portazo después de entrar en la casa hecha una furia. Pero le había visto la cara, y estaba asustada.

Respiré hondo y me apoyé en la pared, sorprendida de ver que estaba temblando. ¿Acababa realmente de amenazar a una chica con rajarle la cara solo porque iba esparciendo habladurías de mí? No tenía la menor intención de hacerlo, pero solo la fanfarronada me hizo sentir sucia.

«Has hecho lo que tenías que hacer, Mira —me dijo una severa voz interior—. Tienes que encontrar a Lonzo. No puedes arriesgarte a que te expulsen de aquí por culpa de las calumnias de una indeseable. Y no eres la única que se juega mucho en esto. Cedric también tiene que llegar a Adoria».

Dudaba de que Jasper Thorn creyera que todas las chicas de la casa eran vírgenes, pero su deber era asegurarse de aparentarlo. Necesitaba proteger su reputación, y no trataría con menos rigor a nadie que creyera capaz de haber mancillado su «mercancía»… ni siquiera a su propio hijo.

Me enderecé y guardé el viejo cuchillo —que, por lo demás, era demasiado romo para cortar nada, y menos una mejilla— en su vaina. Debía entrar en casa antes de que notaran mi ausencia. Ni siquiera nos estaba permitido salir a esta hora, y si la señora de la casa me veía empapada me esperaba una gorda.

Moví el picaporte de la puerta de la cocina, pero no cedió. Tiré unas cuantas veces más para asegurarme de que no estaba atascada, y luego gruñí.

Clara la había cerrado, dejándome fuera.

—No, no —farfullé mientras me apresuraba hacia las puertas dobles de cristal que daban al patio trasero. Eran las puertas de un salón… y también estaban cerradas. Intenté abrir la ventana: cerrada. Volví corriendo a la puerta de la cocina y forcejeé con el picaporte de nuevo. Nada. ¿Y si llamaba? Tenía amigas. Puede que alguna estuviera cerca de la cocina y me abriese. Aunque también me arriesgaba a que la señorita Masterson anduviera merodeando

por allí.

—Parece que algo de ayuda te vendría bien.

Me volví, y una figura salió del patio en sombras. Era un hombre que caminaba ligeramente encorvado, con unas ropas harapientas y holgadas tan mojadas como las mías. Primero pensé que sería algún vagabundo que merodeaba por la propiedad, y entonces me acordé de que era día de envíos. Recordé vagamente haber visto incluso a un hombre con la misma postura encorvada entre los jornaleros que nos traían víveres del pueblo. Sin embargo, retrocedí hacia la puerta, dispuesta a llamar y a arriesgarme a que la señorita Masterson me descubriera. Mi mano se aferró al cuchillo.

—Tranquila —dijo con voz grave. Su acento me recordó un poco el de Ingrid, una chica que había llegado de una región suroccidental de Osfrid conocida como Las Llanuras—. No voy a hacerte daño, no sea que vayas a rajarme la cara con ese cuchillo.

—¿Has escuchado la conversación? —pregunté.

Me alegré de que la oscuridad y la lluvia ocultaran mi rubor. No era consciente de que tuviera público.

La luz proyectada desde las ventanas proporcionaba una iluminación desigual, y un sombrero de ala ancha velaba buena parte de su rostro. Solo pude discernir una barba negra larga y desaliñada y varias cicatrices que surcaban una piel curtida.

—No te quejes tanto, chica. Ha sido una buena amenaza y has sonado bastante convincente, pero no va a funcionar.

El enojo sustituyó mi aprensión.

—¿Qué te hace decir eso? ¿Crees que lo sabes todo porque has escuchado una conversación de cinco minutos?

—Cuando se trata de este tipo de cosas, sí, lo sé todo. La has asustado. Pero no lo suficiente… de lo contrario no te habría cerrado la puerta. En cuanto se haya recompuesto, intentará ponerte en evidencia. Se convencerá de que no osarás realmente rajarle la cara. —Hizo una pausa intencionada—. ¿O sí?

—No… No lo sé —mentí. Pude entrever vagamente sus ojos oscuros entre las sombras. Era como si su mirada me perforase.

—Bueno, pues deberías saberlo —dijo—. No profieras amenazas que no eres capaz de cumplir.

Saqué barbilla ante su tono condescendiente.

—Gracias por el consejo, pero ahora, si me disculpas, necesito

entrar.

—¿Cómo? La puerta… —Hizo una pausa para toser—. La puerta está cerrada.

—Ese es mi problema.

Volvió a toser. O puede que se estuviera riendo.

—Sí, lo es. Y voy a ayudarte.

Sacó lo que parecía una pequeña cartera de su abrigo bombacho. Cuando la abrió pude ver varias herramientas finas de metal y de distintos tamaños. Algunas eran rectas y otras tenían los extremos redondeados o ganchudos. Examinó un par a la luz de la ventana, ladeando el rostro de tal forma que pude atisbar una cicatriz con forma de estrella en su mejilla izquierda y una pequeña muesca en el lóbulo de su oreja.

—¿Vas a forzar el cerrojo? —pregunté. La lluvia amainaba y me aparté unos mechones mojados de la cara.

Revolvió en sus herramientas sin levantar la vista, pero su voz destiló sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno… pues porque llevas en la mano una caja de ganzúas.

—Eso no era lo que… en fin, nada. Si tan inteligente eres, imagino que no me necesitas. —Empezó a cerrar la caja.

Lo agarré del brazo y lo atraje hacia la casa.

—No, espera. Te necesito. No es la primera vez que veo un juego así, pero yo no tengo ninguno.

Aguardó un momento, quizá para angustiarme, y luego volvió a abrir la caja. Eligió una herramienta con el extremo ganchudo y la introdujo en el agujero del cerrojo. Después de un rápido forcejeo, oí un tenue clic. El hombre se enderezó, tanto como le permitía su encorvada espalda.

—Hecho.

—Lo has conseguido a la primera.

—Es un cerrojo muy común. —Volvió a meter la herramienta en su funda—. No siempre resulta tan fácil. A veces tienes que aguzar el oído. Tantear el seguro por dentro.

Alcancé el picaporte de la puerta.

—Pues gracias. Agradezco la ayuda.

—Deja que te diga una cosa más. ¿Quieres que esa chica te deje tranquila? No intentes hacerlo a lo bruto. Puede funcionarte, desde

luego, pero el verdadero poder es la información.

Solté el picaporte.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, eso es lo que tiene ella, ¿no? Información sobre ti.

—No, información no. Calumnias. No son ciertas. Yo nunca…

—Estás demostrando mi teoría —interrumpió—. Mira cómo te has alterado… y solo por unas palabras. Pues haz tú lo mismo. Seguro que en su pasado hay algo turbio, como en el de todo el mundo. Descúbrelo y serás tú quien tenga el poder. —Sacó el juego de herramientas—. Toma, esto te ayudará a entrar en lugares donde no debes. En ellos hallarás las respuestas.

No lo cogí.

—No puedo aceptarlo.

—Tengo tres juegos más en casa. —Me dejó el juego en la mano y se volvió—. Ahora tengo que encontrar a los otros pájaros antes de que regresen al pueblo. No te metas en líos.

El hombre desapareció caminando penosamente en la oscuridad y dejándome con la caja en la mano. Sentí la repentina urgencia de llamarlo, de preguntarle por qué habría querido ayudarme sin esperar nada a cambio. ¿Y para qué demonios necesitaría tantos juegos de ganzúas? Pero entré en la cocina y subí a mi dormitorio.

Tamsin, una de mis compañeras de habitación, estaba ocupada escribiendo una carta y apenas prestó un segundo de atención a mi lamentable estado.

—No quiero ni saberlo.

Nuestra otra compañera, Adelaide, que estaba tumbada en su cama con un libro, dio un respingo al verme.

—¡Bueno, pues yo sí! ¡Por los Seis, Mira! ¿Qué te ha pasado? Vas prácticamente desnuda.

Me miré y comprendí que no iba muy desencaminada: el chorreante camisón se me había pegado al cuerpo. Me envolví de inmediato con una manta y deseé que el jornalero no hubiese visto más de la cuenta al estar oscuro.

—Bah, nada importante. Habían cerrado la puerta por error y no podía entrar.

Aquello atrajo el interés de Tamsin, a quien no se le escapaba ni una.

—¿Quién ha sido? ¿Clara?

—No importa. Déjalo estar —dije, escurriendo el agua de mi negra cabellera. Los rumores de Clara aún no habían llegado a oídos de mis compañeras, y quise que siguiera siendo así.

—Por todos los demonios, ¡pues claro que importa! —Cuando algo conmovía a Tamsin, enseguida le salía su dialecto del distrito del Mercado. La señorita Masterson se habría mostrado horrorizada —. ¿Te haces una idea del lío en el que te hubieras metido si llegan a pillarte ahí fuera? La señorita Masterson habría pensado que has perdido la cabeza por algún hombre y que te ves a escondidas con él.

Adelaide rio, haciendo aspavientos.

—No creo que nadie se tragara eso.

—No trates a todo el mundo como si fuera un payaso —repuso Tamsin con tono cortante.

—¡No lo hago! Pero es que no puedo imaginarme a Mira perdiendo la cabeza por nada, sobre todo si es un hombre. Quiero decir, demonios, ¿dónde iba a encontrarlo? A los únicos hombres que vemos es a los Thorn y a unos cuantos profesores. Y apenas vienen por aquí. Ninguna de nosotras recordará lo que es hablar con un hombre cuando lleguemos finalmente a Adoria. La señorita Masterson debería traernos a unos cuantos para practicar.

Adelaide bromeaba, pero Tamsin se tomó sus palabras en serio. Siempre andaba buscando oportunidades.

—Sería útil conversar con hombres más a menudo. Me sorprende que nadie lo haya pensado hasta ahora. Habrá hombres del pueblo mañana en la iglesia. Quizá debería hablar con alguno. Eso podría darme algo de ventaja.

—Estás obsesionada con la ventaja —dijo Adelaide.

—Al menos a mí me importa. —Tamsin se apartó la reluciente melena pelirroja detrás del hombro—. Sinceramente, ¿de qué sirve haber trabajado en la casa de una noble todos estos años si no has aprendido nada útil? Deberías ser la mejor de todas nosotras.

Adelaide sonrió burlonamente.

—En ese caso, me asfixiarías mientras duermo. Lo hago por supervivencia.

—Bueno, pues la segunda mejor —dijo Tamsin malhumorada.

Sonreí viéndolas adoptar sus roles de costumbre y me olvidé de Clara. De alguna manera, había terminado compartiendo habitación

con la chica más ambiciosa y con la menos ambiciosa de la casa. Desde el primer día era evidente que Tamsin tenía un plan y no pensaba dejar que nadie la detuviera. Estudiaba y trabajaba más que nadie. Analizaba cada detalle y cada persona a su alrededor, evaluando cómo podían allanarle el terreno hacia la grandeza.

¿Y Adelaide? Se movía en el mundo de otra manera. Era de sonrisa fácil y siempre encontraba un chiste allá donde fuera. Se los ganaba a todos con su encanto y podía salir airosa de cualquier situación. Este rasgo le resultó muy útil con nuestros profesores, porque Adelaide era un espectáculo continuo. Unas veces destacaba y otras fracasaba, pero nada de esto parecía molestarle.

Las quería a las dos.

Cada una era poderosa a su manera; una siempre impulsiva y la otra tan liviana y jovial que prácticamente pasaba por la vida bailando. ¿Y yo? Yo era la mediadora, la que mantenía el equilibrio entre ambos extremos.

Me levanté con energías renovadas a la mañana siguiente. Los rumores de Clara me habían agobiado días enteros y estaba impaciente por ver los efectos de nuestra «charla» de la víspera. Mientras se vestía, Tamsin descubrió una mancha en su falda que ni Adelaide ni yo pudimos apreciar realmente. Este detalle hizo entrar en crisis a Tamsin y, para variar, Adelaide y yo estábamos listas antes que ella. La dejamos limpiándose el vestido y nos dirigimos al vestíbulo, donde las otras chicas aguardaban los carruajes que nos conducirían al pueblo.

Cedric paseaba de un lado a otro ocupado con las chicas y se le iluminó el rostro al vernos llegar. Solía quedarse en Osfro, por la escuela, pero hacía recados puntuales para su padre desde que Charles Thorn —el hermano de Jasper y el otro propietario de la Corte Reluciente— había decidido permanecer en Adoria. Yo había aprendido a apreciar a Cedric por el genuino interés que mostraba hacia los demás, y había aprendido a respetarle por su continua dedicación a los alanzanos.

Adelaide era la otra chica que había reclutado además de mí, una opción mucho más adecuada que yo a ojos de Jasper. No estaba celosa de ella, pero a veces me sentía culpable de que Cedric me hubiera elegido a mí y no a otra chica como Adelaide, que podría reportarle una comisión más alta. A pesar de sus inconsistentes

resultados, Adelaide era la imagen de una verdadera muchacha osfridiana; la clase de mujer que los hombres de Adoria deseaban realmente: tez clara, ojos azules, pelo castaño dorado, locución perfecta, encanto infinito.

—¿Vas a venir con nosotras o te vas? —pregunté. Cedric era capaz de soportar una misa ortodoxa con tal de pasar desapercibido, aunque si podía, lo evitaba. Uros había creado a doce ángeles en el origen de los tiempos y los ortodoxos creían que seis habían caído. Los alanzanos seguían venerando a los doce ángeles y no eran amigos de sermones que condenaban a la mitad de ellos como demonios.

—Me voy. —Dio una palmadita a la maleta que tenía al lado—. Pero sabes que os echaré muchísimo de menos.

—No es justo —dijo Adelaide fingiendo severidad, aunque mal —. Tú puedes ir a la ciudad y divertirte a tu antojo mientras a las demás nos toca soportar una misa aburrida.

Cedric intentó poner un semblante igual de serio y tuvo el mismo éxito que ella.

—Es por el bien de tu alma.

—Mi alma está perfectamente, gracias. Si te importase en el fondo, le dirías a la señorita Masterson que para nosotras encontrar esposo es más importante que la salvación, y que deberíamos quedarnos en casa estudiando.

—¿Encontrar esposo es más importante que la salvación? —Cedric se llevó las manos al pecho escandalizado—. ¿Por qué, señorita Bailey? Eso es lo más sacrílego que he oído en mi vida. No puedo creer que hayas podido pensar siquiera una cosa tan horrible.

—No lo he pensado —dijo Adelaide, finalmente cediendo a la sonrisa pícara que llevaba reprimiendo un rato—. Es lo que nos dice Tamsin cada vez que vamos a la iglesia.

Reí con ellos y entonces caí en la cuenta de que había olvidado los guantes en la habitación… un verdadero pecado, si una se tomaba en serio a la señorita Masterson.

—Tengo que volver a subir. Buen viaje, Cedric.

—Igualmente. —Me dio una palmadita en el brazo antes de retomar la guasa con Adelaide. Mientras lo hacía, oí un jadeo que ninguno de ellos percibió.

Me volví, descubriendo que venía de Rosamunde, una chica que

me caía bien. Pegada a la pared, le susurraba algo a su compañera de habitación, Sylvia. Los ojos de las chicas se abrieron como platos cuando vieron que me acercaba.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—¡Te ha tocado el brazo! —dijo Sylvia.

—Entonces es verdad —susurró Rosamunde—. Lo tuyo con el señor Thorn hijo.

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco.

—¡Me conocéis de sobra! ¿Cómo podéis creeros las tonterías que se inventa Clara? Esperad y veréis. La próxima vez que habléis con ella, lo desmentirá.

Las dos chicas intercambiaron miradas.

—Hemos estado con ella esta mañana —dijo Rosamunde—. Y no ha desmentido nada.

—Caroline lo estaba comentando —dijo Sylvia con cautela—. Lo tuyo y… um, lo de él.

—¿Y Clara decía que era verdad? —pregunté con sorpresa.

Rosamunde frunció el ceño.

—No… Clara no ha dicho nada. Se ha limitado a escuchar y a asentir.

—Y a sonreír —añadió Sylvia—. Sin parar.

Me volví para buscar a Clara y la localicé; me estaba observando desde el otro lado del vestíbulo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sonrió satisfecha.

Mi corazón se detuvo. El jornalero estaba en lo cierto. Clara me estaba poniendo en evidencia. Más o menos. Puede que la historia ya no saliera de su boca, pero seguiría corriendo como la pólvora si ella no hacía nada por frenarla. La confirmaba tácitamente con su silencio y sus sonrisas. Aquello bastaba para hacerme reconsiderar seriamente lo de rajarle la cara.

«Tranquilízate, Mira —me dije—. No es una fanática que quiere matar a una alanzana. No es una gamberra callejera que intenta sisar unas monedas. No es más que una chica estúpida. Tú ni caso. Tienes cosas más importantes en tu vida de las que preocuparte».

Sí, las tenía. Cosas como llegar a Adoria y ayudar a Lonzo. Cosas que podrían verse seriamente afectadas si los embustes de Clara aumentaban.

«El verdadero poder es la información».

Medité estas palabras mientras subía las escaleras. ¿También tenía razón en esto el hombre misterioso? ¿Descubrir cosas del pasado de Clara era la forma de frenarla y mantener mis objetivos? Fisgonear y chivarme nunca había sido mi estilo. Me gustaba encarar los problemas de frente.

«Seguro que en su pasado hay algo turbio, como en el de todo el mundo».

Tamsin estaba terminando de arreglarse en nuestro dormitorio, inclinada hacia delante para atarse los zapatos. Fui a buscar mis guantes cuando vi la bata que había extendido en una silla la víspera para que se secara. Había olvidado que las ganzúas estaban escondidas en uno de los bolsillos. Contemplé la bata durante un rato y luego, dándole la espalda a Tamsin, saqué la caja y me la metí en el bolsillo de la falda. Había llegado el momento de ver cuán poderosa era la información.

Tamsin se alisó el vestido y luego soltó una risa inesperada al verme.

—Bueno, bueno, qué seria estás esta mañana. Ni que estuvieras en una misión secreta.

Esbocé una sonrisa forzada mientras salíamos por la puerta.

—Podría ser.

3

Los rumores persistieron en la casa durante un tiempo, pero como Clara no los alimentaba terminaron por disiparse. Sin embargo, siguió sin desmentirlos explícitamente y sé que algunas chicas continuaron pensando mal de mí. Otras, familiarizadas con el estilo de Clara, imaginaron que se trataba de otra de sus estratagemas y dejaron correr el asunto. Las historias nunca llegaron a oídos de Jasper ni de mis compañeras. Tamsin y Adelaide se habrían enfrentado a Clara y yo no quería verlas implicadas.

Sin embargo, Clara no había terminado conmigo. Dejó a un lado las calumnias para desatar un renovado torrente de acciones que convirtieran mi vida en un infierno. Siempre estaba jugándome malas pasadas: me robaba las asignaciones, me ponía zancadillas en la clase de danza y cosas por el estilo. Me parecía un incordio, pero lo toleraba.

Y es que yo tampoco había terminado con ella. Comencé a experimentar con las ganzúas en secreto por la casa. Unas veces lo hacía solo para aprender a usar las herramientas y ver lo que era capaz de hacer con ellas. Otras, buscaba activamente material de chantaje. Mi acto más atrevido fue irrumpir en la habitación de Clara y revolver entre sus enseres. No descubrí ningún secreto, pero logré abrir un joyero con un cerrojo complicado. Me sentí como si hubiera superado un examen.

—Hemos realizado algunos cambios en nuestro programa de hoy —nos dijo la señorita Masterson una mañana durante el desayuno. Todas dejamos de comer y observamos a la imponente figura de esa mujer de facciones angulosas y cabellos grises severamente recogidos en un moño—. Vuestras clases habituales han sido canceladas. Cada una se reunirá en privado con el profesor Brewer para determinar los conocimientos lingüísticos más esenciales que necesitáis mejorar y os centraréis en ellos en vuestras clases de

lengua a partir de ahora, para acelerar vuestro progreso. Ah, bueno, todas excepto Adelaide, por supuesto. Tú no te reunirás con él, así que puedes dedicar la mañana al estudio.

El rostro de Adelaide resplandeció, probablemente porque no tenía intención de estudiar. El profesor Brewer nos torturaba con la expresión oral. Puede que yo fuera la única que había nacido fuera de Osfrid, pero muchas de las chicas habían llegado con dialectos locales mucho peores que el mío. Si los Thorn deseaban demostrar a nuestros pretendientes que podíamos medirnos con la clase alta, entonces necesitábamos hablar como ella. Tras su primera reunión con el profesor Brewer, Adelaide fue dispensada de asistir a más clases. Su refinado osfridiano era lo único que había retenido perfectamente de sus tiempos de sirvienta en casa de una dama noble.

—Después de las evaluaciones —prosiguió la señorita Masterson—, tendremos a un invitado especial en el almuerzo.

Concluimos el desayuno con un rumor. La señorita Masterson mantenía un régimen estricto en la casa, haciendo raras excepciones. Las chicas en general acogieron con emoción la pausa de las clases, pero Tamsin se mostró recelosa.

—Algo está pasando —nos dijo a Adelaide y a mí—. No es normal. Esto rompe la rutina de la Corte Reluciente.

—Tenemos evaluaciones todo el tiempo —le recordé.

Tamsin negó con la cabeza.

—Ya tenemos clases particulares con el profesor Brewer. ¿Qué tiene esta de especial para que hayan cancelado las clases? ¿Y por qué de repente intentan acelerar las lecciones de lingüística? Tenemos cinco meses por delante, muchísimo tiempo para mejorar las cuestiones lingüísticas principales y luego trabajar en embellecimientos que realmente impresionen a los caballeros de Adoria. Te lo digo, está pasando algo extraño.

—¿No estarás preocupada por si no te sale bien, verdad? —preguntó Adelaide, esbozando su sonrisa traviesa. Tenía mil sonrisas distintas—. Las dos habláis de maravilla. Tamsin, tú solo esfuérzate por no decir tanto «demonios».

Tamsin no le devolvió la sonrisa. Permaneció pensativa toda la mañana, sin apenas dirigirme la palabra cuando aguardamos fuera del despacho donde el profesor Brewer realizaba las entrevistas. No

obstante, ni siquiera cuando se encerraba en sí misma, Tamsin perdía detalle a su alrededor… como cuando Clara intentó chincharme.

—Seguro que estás nerviosa, Mira. Cualquiera que te vea pensará que eres osfridiana, pero en cuanto abras la boca delatarás tus orígenes. Me pregunto si los Thorn habrán tenido alguna vez a alguna chica sin propuestas de matrimonio.

—Oh, cierra el pico, Clara —espetó Tamsin—. Tú todavía hablas como una carnicera de barrio, casi puedo oler el cerdo podrido. Si a estas alturas no has podido sacudirte eso, ya no podrás hacerlo nunca.

Los ojos de Clara casi se salieron de sus órbitas, pero antes de que pudiera replicar la llamaron por su nombre. Sonreí, contenta de ver que la Tamsin guerrera que yo conocía había regresado, aunque duró poco. Al cabo de poco volvió a ensimismarse; su mente afilada seguía intentando descifrar lo que estaba pasando.

El profesor Brewer sonrió satisfecho cuando llegó mi turno. A mí me preocupaba constantemente mi acento, pero sabía que era una de sus alumnas favoritas. El primer día me había dicho que le gustaba enfrentarse a nuevos retos lingüísticos.

—Eres mucho más interesante que corregir a chicas que abusan del «demonios» —me dijo—. No estoy seguro de cuánto tiempo más podré aguantarlo.

Me senté frente a él y le devolví la sonrisa, aún un poco nerviosa después de tantos meses.

—Seguramente será complicado que podáis corregir lo que peor me sale —apunté.

El profesor hizo una mueca graciosa.

—Difícilmente. Te imaginas que hablas peor de lo que lo haces. Y no pienses ni por un instante que los adorios, los que han nacido y crecido allí, no tienen, ellos también, acentos atroces. Que os estén educando para que os comportéis como la nobleza no significa que vuestros futuros esposos formen parte de ella. Hablan como los llaneros, solo que peor. Acentúan las sílabas que no tocan y hacen cosas increíbles con las vocales. ¿Sabías que dicen *vayse* en lugar de *vahz*?

—Pero a mí me gustaría hablar como una nativa.

—Te sabes las reglas gramaticales y fonéticas de memoria…

mejor que la mayoría de las chicas. Ahora se trata de practicar, de corregir los sonidos impuestos por tu lengua materna. Entrenarte a decir *sh* y a pronunciar bien las vocales breves. Trabaja ese aspecto, una y otra vez. —Su arrugado rostro se volvió pensativo. En el pasado había sido profesor de la universidad donde Cedric había estudiado—. Escucha, he comprobado que aprender los acentos de otras lenguas de Evaria es un buen ejercicio para mejorar el osfridiano.

Agradecí que siempre dijera «Evaria» y no «el continente», como hacía la mayoría de osfridianos, pero me mostré escéptica ante su sugerencia.

—¿Y eso cómo podría ayudarme?

—Cuando uno entiende las diferencias y los problemas de otros hablantes, capta mejor cómo funciona su lengua materna. Te traeré un libro sobre ello cuando vuelva la próxima semana. —Me hizo un guiño—. También siento curiosidad por ver que lo consigues. Creo que se te dan mejor las lenguas de lo que crees. Tengo la impresión de que has captado el osfridiano muy deprisa. Aquí os enseñan algunas nociones de lorandés, ¿cierto? Tiene las mismas raíces ruvas que el sirminio. Estoy seguro de que no tendrás problemas para terminar este libro de texto.

—Ya lo he hecho —contesté.

El profesor rio y se dio una palmada en la rodilla.

—¿Lo ves? Eres un prodigio.

—Más bien una tramposa. Mi padre viajaba a Lorandia cuando yo era pequeña y nos enseñó un poco a mi hermano y a mí.

—Tendrías que aprender la lengua entera. Te traeré un diccionario de lorandés igualmente.

—Gracias, señor, pero creo que debería esforzarme por trabajar una sola lengua por ahora.

El rostro del profesor Brewer se enterneció.

—Te va a ir bien aquí, Mira. Muy bien. Algo me dice que estás hecha para un sitio como este.

Adelaide se reunió con nosotras a la hora del almuerzo, y la ansiedad aumentó entre mis compañeras mientras especulábamos sobre nuestro misterioso invitado. La señorita Masterson aguardó a que estuviéramos sentadas a la mesa del comedor para comunicarnos las nuevas.

—Una de nuestras antiguas chicas ha vuelto a Osfrid para pasar aquí el verano y vendrá a visitarnos hoy para compartir sus experiencias. Espero que os portéis bien. Esta es una gran oportunidad con la que no siempre contamos. Ojalá sepáis apreciarla.

Jasper, que apenas podía contener su orgullo, llegó con nuestra invitada poco después. Todas charlábamos animadamente, pero callamos cuando la vimos entrar en la sala y sentarse a la mesa.

Se llamaba Florence, y era un ensueño; lucía un traje largo color vino con escarapelas rosa en el escote y las mangas. Al lado del suyo, nuestros vestidos de día parecían andrajos, y eso que eran lo más elegante que habíamos tenido jamás. Sus cabellos de oro estaban arreglados en tirabuzones perfectos. Las joyas incrustadas de brillantes gemas rojas centelleaban por todo su cuerpo. Si la hubiera visto en la calle —algo bastante improbable, incluso hipotéticamente—, la habría tomado por un miembro de la realeza osfridiana, no por una invitada a nuestra casa.

—Florence era la mejor de su promoción —nos dijo Jasper—. Le llovían las ofertas. El hombre que escogió es el que hizo la oferta más alta. Y uno de los magnates navieros más ricos de Denham.

Florence pestañeó y levantó con gracia su taza de té. Un diamante enorme centelleó a la luz del sol.

—Abner era irresistible —dijo, con un acento casi tan refinado como el de Adelaide—. No pude evitar enamorarme de él.

Algunas chicas aplaudieron, con ojos soñadores. Me pregunté si la fortuna del esposo de Florence había sido igual de irresistible.

—Conseguirlo costó mucho trabajo —dijo Jasper, invitándola a que nos relatase lo mucho que se había aplicado en la mansión de La Cresta del Cisne. Todas las chicas escuchaban con avidez, pero no con tanta como cuando empezó a describir los bailes y las maravillas de Adoria. Al vernos ensimismadas, Jasper se levantó al terminarse el almuerzo y se excusó educadamente.

—La señorita Masterson y yo debemos evaluar algunos expedientes. Pero, por favor, disfrutad y preguntadle a Florence cuanto deseéis.

Tamsin arqueó una ceja ante la mención de nuestros expedientes, e imaginé enseguida que su paranoia iba en aumento. La oportunidad de saber más cosas de Adoria era un señuelo muy

fuerte, no obstante, y volvió a centrar su interés en Florence.

—¿Es verdad que tendremos vestidos aún mejores que los de ahora? —preguntó Clara, con los ojos ávidamente clavados en el vestido de satén de Florence.

Florence rio de forma encantadora.

—Uy, sí. Como el mío. Algunos incluso más preciosos. Todos espléndidos y deslumbrantes. Quieren que seamos una fantasía, que hechicemos a nuestro paso. Y lo haréis… ya veréis. —Sin dejar de sonreír, añadió en voz baja—: A veces estos vestidos son un poco incómodos para llevarlos toda la noche, pero no puedes conocer a hombres de élite si no vas a reuniones de élite.

Después, todas querían saber más acerca de los vestidos y si los hombres eran románticos y cariñosos. A mí me preocupaba menos el romanticismo que encontrar a un hombre que me respetara… y fuese lo bastante generoso con su cartera para dejarme pagar la fianza de Lonzo.

—¿Es verdad que hay trabajo para todos? ¿Que hay oportunidades y educación para todos? —La pregunta vino inesperadamente de Tamsin y supuso un cambio respecto de los asuntos más frívolos.

Florence pareció un tanto sorprendida, pero fue rápida en responder.

—Oh, sí. No todo el mundo es rico, claro. Sigue habiendo delincuencia y zonas pobres en Cabo Triunfo, pero nada que ver con lo que te encuentras en algunos suburbios de Osfro. Nada parecido. —El ceño levemente fruncido fue la primera ruptura en su alegre semblante, y recordé que sus raíces también eran humildes—. Pero todo aquel que desee trabajar de verdad puede encontrar una forma de mejorar; es decir, cualquier osfridiano puede.

Mientras hablaba sus ojos se posaron brevemente en mí. Mantuve una expresión neutral, aunque se me cayó el alma a los pies. Las colonias adorias, al parecer, no diferían mucho de la madre patria.

Adelaide había captado la mirada de Florence.

—¿Y qué hay de la gente que no es osfridiana? Otros evarios han ido a las colonias, ¿no es así? Y he oído que incluso hay colonos balancos.

Florence arrugó la nariz.

—Balancos. Son gente extraña.

—¿Cómo son? —preguntó Caroline.

—Se parecen a los sirminios. —Volvió a mirarme descaradamente—. Pero no son iguales. Te das cuenta en cuanto los ves. Y visten de forma estrafalaria, en especial las mujeres. A veces llevan pantalones.

Este comentario provocó grititos ahogados.

—¿Son nómadas como los icori? —preguntó Sylvia, perpleja—. ¿También llevan faldas?

—No —reconoció Florence—. Los balancos no son así. He oído que tienen ciudades y libros y leyes… y otras cosas civilizadas. Pero, obviamente, no tan civilizadas como las nuestras. Yo solo he visto a un par de balancos, la verdad. No se mezclan con el resto.

—Pero siempre hace falta más gente, ¿no? —preguntó Tamsin, reencauzando la conversación—. Todo sigue siendo tan nuevo… por construir.

—Supongo. —Florence parecía incómoda con un tema tan serio. Tras un momento embarazoso, volvió a sonreír—. Chicas, ¿queréis que os hable de lo increíble que es Abner?

Florence se puso a hablar con entusiasmo de lo apuesto que era su esposo, de cómo colmaba todos sus antojos y le compraba cuanto quería.

—Casarme con un hombre como él ha sido maravilloso, más de lo que jamás habría soñado.

—¿En todos los aspectos? —preguntó Ingrid—. ¿Incluso en… los íntimos?

La sorpresa y las risitas corrieron por la mesa. Las mejillas de Florence se sonrosaron, lo que le daba un aspecto más encantador si cabe.

—Bueno, no sería muy apropiado entrar en detalles, pero diré que es bastante amoroso casi siempre.

—¿Casi siempre? —pregunté sin rodeos.

Florence pareció sorprendida de que yo hubiese hablado.

—Bueno… me refiero a que algunos días estoy muy cansada, pero es mi deber como esposa. Y lo hago por él con mucho gusto. Y, como he comentado, puede ser precioso. Y, oh, las cosas bonitas que siempre me dice después… dando rienda suelta a sus emociones. Cumplido tras cumplido. Me dice lo mucho que me

adora. Hasta me ha recitado poemas y todo.

Lo cierto es que a mí no me parecía «precioso» dar un consentimiento obligatorio, pero sus palabras despertaron más suspiros de mis compañeras. Mi parecer debió de ser el mismo que el de Adelaide, porque esa misma noche, cuando nos preparábamos para ir a la cama, apuntó:

—No recuerdo que nuestro libro de estudios femeninos mencione la poesía.

El objetivo de nuestra clase de «estudios femeninos» era preparar a una joven dama para su noche de bodas y otras cuestiones no comentadas entre personas con educación. Adelaide estaba fascinada por todo este asunto. Su libro de texto era el único que le había visto estudiar con empeño.

—Ese libro es un disparate —repuso Tamsin—. Es cuadriculado. Únicamente se centra en cómo hacer felices a los hombres sin dedicar una sola frase a cómo ser felices también las mujeres.

Adelaide y yo intercambiamos miradas a espaldas de Tamsin. Ninguna de las dos tenía el valor suficiente para preguntarle cómo podía hablar con tanta soltura de algo así.

Adelaide terminó de destrenzarse el cabello.

—Yo no necesito poesía. Solo necesito amor. Alguien a quien pueda mirar y sentir una conexión instantánea. Alguien que esté destinado a mí y yo a él.

Con un suspiro melancólico, se puso una bata y desapareció por la puerta para ir al baño.

—Espero que sus expectativas disminuyan un poco cuando lleguemos allí —dije—. No quiero que la hieran cuando se enfrente a la realidad.

—Vaya, no eres lo que se dice un rayo de sol. —Tamsin se cepilló la larga melena—. No empañes su felicidad tan pronto.

—No lo hago —protesté—. Quiero verla feliz, pero es tan romántica que no sé si lo que dice es realista. A ver, tenemos dos meses para aceptar una oferta. ¿Crees realmente que vamos a enamorarnos locamente de alguien en ese tiempo?

—Cosas más raras se han visto. Ya me gustaría. —Señaló con la cabeza el libro de estudios femeninos encima de la cama de Adelaide—. Nos facilitaría mucho todo este asunto.

—Bueno, yo no ambiciono el amor. ¡Y no me mires así! Tú

tampoco has ocultado nunca tus prioridades. Tú quieres al hombre más rico y exitoso que puedas encontrar, y eso es lo que has elegido, con independencia de si sientes amor y atracción por él. ¿Yo? No necesito al más rico, quiero a alguien establecido, con algo de dinero que derrochar. Eso y respeto, claro. Esas son mis prioridades. Puede que sea apuesto, y puede que me guste acostarme con él. Si no, lo sobrellevaré sin más. Eso es ser realista.

La sorpresa llenó los ojos castaños de Tamsin, que sostuvo el cepillo en el aire, olvidado.

—Eso es realista y es deprimente, Mira. Y es… ni siquiera lo sé. ¿Tú te estás oyendo? Haces que parezca un quehacer doméstico. No puedo creer que te hayas resignado tan pronto a un matrimonio muerto.

Me encogí de hombros. No podía explicarle que sabía a ciencia cierta lo relativamente fácil que era desconectar tus sentimientos cuando te hacían insinuaciones indebidas. Lo había hecho numerosas veces, cuando mi padre me pedía que distrajera a los hombres para sus misiones. Había flirteado con ellos. Me había dejado tocar y besar. Y… me había sentido completamente indiferente. De hecho, había sido como cualquier otro quehacer doméstico.

—Solo quiero ir a Adoria —dije finalmente. Ni Tamsin ni Adelaide sabían lo de Lonzo. No podía decir una palabra a nadie, ni siquiera a mis queridas compañeras, de que mi hermano era un asesino en busca y captura en Osfro.

Tamsin hizo una mueca.

—Vale, yo también. Y sí, tienes razón, prefiero el éxito a todo lo demás, pero aun así pienso que también puedo rascar un poco de amor y pasión. No sabes lo que te vas a perder.

—Lo sé. Bueno, en cierto modo.

—¿Sí?

—Besé unas cuantas veces a un chico que era vecino mío en Sirminia, y me gustó. —Saboreé un momento el recuerdo de aquellos besos que habían removido algo en mi interior—. Me marché de Osfrid sin haber pasado de los besos, pero a veces… me gustaría haber probado un poco más. A ver, si voy a casarme con alguien que puede ser como un compañero de alcoba simpático, me gustaría conocer al menos lo que es estar con un hombre… solo por

el placer de…

—Para, para ya. No quiero oír más. —Tamsin se hundió en su cama y dejó de cepillarse la melena.

—Pero sabes de qué estoy hablando. Nada de romances profundos. Solo un amante para…

—Sí, sí, sé exactamente de qué estás hablando y, francamente, no sé qué es peor: si ese simpático «compañero de alcoba» que tendrás que aguantar en la cama o el amante ilícito que no te importa de verdad. —Adoptó una expresión cariñosa y un poco apenada también—. Lo único que sé con certeza es que tienes mucho que aprender. Adelaide no es ni de lejos la más ilusa, por lo que veo.

Adelaide regresó justo al final de esta frase.

—¿Ilusa yo? No seguirás hablando de alguna conspiración, ¿verdad?

En un abrir y cerrar de ojos, Tamsin pasó de consejera amorosa a la cazadora cuya penetrante mirada conocíamos.

—¡Aquí pasa algo! Lo noto. Y no se trata solo de los cambios en el programa de hoy. ¿Habéis oído a Jasper cuando ha dicho que iba a revisar expedientes? Os lo advierto, no bajéis la guardia.

Sus palabras me sobresaltaron, pero no por el nefasto destino que anticipaban. «Nuestros expedientes». La señorita Masterson guardaba toda clase de documentos en su despacho. Pocas chicas lo habíamos pisado alguna vez, pero se había ganado una reputación siniestra. Las chicas tenían miedo de llamar a la puerta. Y nadie se atrevería siquiera a irrumpir en él. Pero…

Expedientes. Expedientes de todas nosotras. Expedientes de Clara.

Esperé a estar segura de que Adelaide y Tamsin dormían y después, para ser un poco más precavida, esperé un rato más. Me hallaba en plena oscuridad, con el corazón acelerado y el juego de ganzúas en la mano. Incluso cuando tuve el convencimiento de que toda la casa dormía profundamente, seguí dudando. ¿Y si alguna chica era sonámbula y vagaba por los pasillos? ¿Y si a alguna de ellas le apetecía picotear algo de comer?

Pero sabía que si estos detalles seguían inquietándome nunca saldría de mi habitación y permanecería petrificada en mi cama. Pensé en la audacia de Lonzo, en la celosa determinación de mi

padre, e incluso en las fantásticas hazañas de héroes legendarios del libro que me había traído de Sirminia y que aún me gustaba leer. Era capaz de hacerlo.

Ninguna de las chicas se revolvió en su cama cuando salí a hurtadillas de nuestra habitación. El pasillo estaba silencioso y vacío, al igual que la planta de abajo. Me encogí cada vez que el suelo crujió bajo mis pies. Era un ruido ensordecedor a mis oídos, y el recorrido se me hizo eterno. El despacho de la señorita Masterson estaba en un ala de la casa que raras veces visitábamos.

Cuando llegué a la puerta, no había mucha luz y tuve que maniobrar a tientas. La mayoría de las cerraduras que había forzado hasta entonces habían sido comunes y solían abrirse enseguida si utilizabas la herramienta adecuada. Esta era nueva para mí, y tras varios intentos, finalmente di con una ganzúa de punta curvada que no había usado nunca. Tuve que darme bastante maña hasta que al final oí un clic que, pensé, seguramente había resonado en toda la casa. Abrí y cerré la puerta con tanto sigilo como pude y encendí un farolillo cuando me sentí segura.

Sylvia había sido convocada una vez al despacho de la señorita Masterson y nos había dicho que era tal la organización y la pulcritud de su guarida de trabajo que resultaba inquietante. Por eso me sorprendió ver un puñado de papeles esparcidos al azar en su escritorio. Al acercarme, pude ver unas frases garabateadas, cuya enérgica caligrafía no era la de la señora de nuestra casa. Este mancillamiento de su espacio sagrado era obra de Jasper.

Algunas notas parecían, efectivamente, indicaciones de Jasper: «Localizar a los contactos», «Fijar una cita con la señora Garrison». Otras eran listas de nombres, que incluían los de las chicas de las otras tres mansiones de la Corte Reluciente. A cada chica le habían asignado un número. El mío era el 200, y supuse que sería la oferta por mi matrimonio. Era la cifra mínima para todas las chicas. Adelaide tenía 250 y un signo de interrogación, mientras que Tamsin alcanzaba la impresionante suma de 350. En otra lista críptica figuraban nombres caprichosos, como «Espíritu de Henrietta» y «Buena Esperanza», con fechas escritas al lado. Era todo interesante, pero los remanentes de Jasper no eran lo que me interesaba.

Descubrí lo que andaba buscando en un archivador de madera

—con cerrojos, por supuesto— que contenía expedientes con cada uno de nuestros nombres. El de Clara me saltó a la vista de inmediato, pero primero saqué el mío. Casi todos los papeles incluidos en el informe versaban sobre mis avances hasta entonces, con los resultados de los exámenes y las evaluaciones más importantes. Observando mi progreso en conjunto, entendí que era bastante respetable. Sin embargo, lo más interesante era un documento que recogía en esencia mi expediente.

Incluía mi nombre, mi último domicilio conocido y una breve biografía que especificaba simplemente mi procedencia sirminia y que había vivido dos años en Osfro. No mencionaba a Lonzo. De hecho, en la casilla correspondiente a mi familia ponía «NINGUNA». El contacto provisto era el de una pareja mayor en cuya casa del barrio sirminio yo había vivido. Cedric era identificado como mi reclutador, y «referencia» era la única respuesta a la pregunta de cómo me habían descubierto. Otros pocos comentarios escritos con la letra clara de la señorita Masterson mencionaban mi vida en la mansión hasta el momento e incluían un ambiguo cumplido: «Progresa bien para ser sirminia».

Wright era la siguiente a Viana y, tragándome mi culpa, eché un vistazo a la carpeta de Tamsin. Ya sabía casi todo lo que decía. Había trabajado para su madre lavandera y provenía de una extensa familia. Jasper la había reclutado. Los comentarios sobre su conducta eran espectaculares, como era de esperar. Una nota especial, sin embargo, destinaba mensualmente a la madre de Tamsin una suma de tres doblones de oro a cuenta de Jasper. No especificaba por qué.

La carpeta de Adelaide también guardaba algunas sorpresas. La sección referida a sus progresos era mucho más extensa que la mía o la de Tamsin, sobre todo porque la señorita Masterson no salía de su asombro tanto por los éxitos como por los fracasos erráticos de Adelaide. En el apartado sobre su familia ponía «NINGUNA», como en mi caso, lo cual me sorprendió. Ella había mencionado ocasionalmente a sus padres y a su abuela, pero no había comprendido que estuvieran al margen. En el campo de contacto también ponía «NINGUNO». Adelaide había servido en casa de *lady* Elizabeth Witmore, condesa de Rothford, cuyo rango de nobleza era mayor del que yo habría esperado. ¿Cómo había conseguido la

dispersa Adelaide durar tantos años al servicio de una familia con tanto pedigrí?

Avergonzada de mi fisgoneo, volví a meter la carpeta de Adelaide en el archivador y por último saqué la de Clara. Casi todo era insignificante. El reclutador era Jasper, procedía de una familia de carniceros y tenía siete hermanas. Sus evaluaciones eran sólidas, pero ahí, al pie de página, había una sección especial de notas como la de Tamsin. Salvo que la de Clara era de una naturaleza completamente distinta.

La leí dos veces y después devolví el expediente al archivador con una sonrisa. «Tenías razón, anciano —murmuré para mis adentros—. El verdadero poder es la información».

4

No utilicé la información enseguida. La reservé, en espera de que llegara el momento oportuno y también para recabar algunos detalles más. La oportunidad se me ofreció casi un mes después, cuando Clara se dedicó a hacerle la vida imposible a otra de sus víctimas favoritas.

Desde hacía tres días, la pobre Theresa sufría una plaga de granos rojos en una mejilla. La señorita Masterson no se alarmó demasiado por ello. «Las manchas son muy habituales en las chicas de tu edad. O eso, o es una reacción a algo nuevo, como un perfume o un tejido. Tendrás que elaborar un inventario tú misma. De todos modos, terminarán desapareciendo». La señorita Masterson dejó a Theresa con un cuenco que contenía un ungüento de olor mefítico e instrucciones para aplicarse cosméticos a conciencia hasta que se le aclarase la piel.

—¿Y si se equivoca? —preguntó Clara con voz dulce y falsa inquietud cuando nos dirigíamos a nuestra clase de música en el conservatorio—. ¿Y si no desaparece? Nunca había visto nada igual.

Theresa palideció.

—Ha… ha dicho que sí. He estado aplicándome la crema.

Clara escudriñó la mejilla de Theresa.

—Pues a mí no me parece que haya desaparecido. Creo que ha empeorado.

—Qué va —dijo Adelaide—. Apenas se ve nada bajo el maquillaje.

—Bueno, eso sí, el maquillaje sí que se nota. Todo el mundo se dará cuenta de que lleva más en un lado de la cara que en el otro. —Clara se tapó la boca con una mano y emitió un grito ahogado—. ¡Oh! Espero que se te haya ido de aquí a mañana. Esperamos al señor Thorn y ya sabes lo tiquismiquis que es. Puedes esforzarte todo lo que quieras en clase, pero lo que importa de verdad es

nuestro físico. No aceptará a una chica que está… bueno, defectuosa.

Comparadas con el resto de problemas en el mundo, las burlas de Clara eran triviales, pero los ojos tristes de Theresa no decían lo mismo. Estábamos otra vez ante el poder de las palabras en acción. Una nimiedad podía tener repercusiones tremendas.

—¿Se te ocurre algo que pueda ayudarla, Clara? —pregunté con ligereza—. Tú vivías en el barrio de la Fuente, ¿no? Allí hay toda clase de boticas. Recuerdo que me hablaron de una buenísima en Hightower Street.

La sonrisa afectada de Clara se heló. Luego su rostro se tensó y se endureció en una mueca mientras me miraba. Nuestro profesor entró en clase y requirió nuestra atención. Clara tragó saliva y repuso con una voz rígida y queda:

—Te equivocas. Yo vivía en el barrio de los Carniceros.

Le devolví la sonrisa con una luminosidad que Adelaide habría envidiado. No dije nada más sobre el barrio de la Fuente en clase. No dije nada durante el almuerzo. Clara no pudo quitarme los ojos de encima en todo el día y, cuando por fin nos liberamos de nuestros estudios por la tarde, se acercó a mí cuando subíamos las escaleras. Entrelacé mi brazo con el de Adelaide y, en voz muy alta, invité a Sylvia y a Rosamunde a que vinieran a estudiar con nosotras. Tuve cerca a las chicas hasta la hora de irnos a dormir, sin darle a Clara la menor oportunidad de encontrarme a solas.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Clara tenía el rostro tan ceniciento que la señorita Masterson le preguntó si estaba enferma. Clara negó con la cabeza, sin dejar de mirarme. Hice como que no me percataba y me puse a charlar con Tamsin hasta que, de pronto, el susto se apoderó de sus ojos. Levantó la mirada hacia algo que estaba detrás de mí, y cuando me giré vi a Jasper entrando despreocupadamente en la sala. No nos habían avisado de su visita.

—Buenos días, chicas —dijo más alegre de lo habitual. Cogió unos panecillos y los envolvió en un paño—. Disculpad que no me quede, pero hoy tengo que comer en mi despacho. Hablamos más tarde.

Los ojos de Tamsin pasaron de la inquietud al recelo, y pude ver cómo se arremolinaban sus pensamientos. Como no había sucedido nada reseñable después de nuestros exámenes sorpresa de lengua,

había dejado de expresar sus temores en voz alta… pero yo sabía que seguían ahí.

—Ya está —murmuró—. Os lo dije.

Adelaide le dio una palmadita en el brazo y le ofreció una sonrisa reconfortante, aunque en vano.

—Tamsin, Jasper se deja caer por aquí muy a menudo. Es normal.

Tamsin se limitó a negar con la cabeza.

Llegó el fin de semana y las clases no pudieron resguardarme de Clara por más tiempo, pero no me importaba. Lo único que quería era evitarla lo suficiente para aumentar su paranoia. Había llegado la hora de asestar el golpe.

—¿Por qué preguntaste sobre el barrio de la Fuente? —me siseó mientras me empujaba hacia un rincón tranquilo más tarde ese mismo día.

—Me pareció oír que ibas mucho por allí. —Mi voz imitaba el tono angelical que ella solía poner—. Y que veías a un boticario en Hightower, al que conocías muy bien. Pero ahora me doy cuenta de que debo de estar confundida, porque las boticas están unas calles más arriba, ¿cierto? Hightower es solo residencial, con montones de casas refinadas. Montones de caballeros refinados… y sus familias.

Clara palideció y luego se sonrojó.

—No sé a qué estás jugando…

—Sabes perfectamente a qué estoy jugando. —No había ya ni un ápice de dulzura en mi voz—. Lo sé, Clara. Lo sé todo sobre el favor que Jasper le hizo al señor Wakefield, y si vuelves a molestarme a mí o a cualquier otra chica de esta casa, todo el mundo se enterará de ese favor. Y no estoy hablando solo de tus chismorreos. Como digas o hagas algo que no me guste… como mires incluso a alguien de una forma que no me guste, todo esto saldrá a la luz.

—Nadie te creerá.

—Tengo pruebas. —Esto no era del todo cierto, porque no había podido robar los documentos del despacho de la señorita Masterson, pero mi actitud era convincente, al igual que el misterio de cómo me había enterado de todo—. Cuando vean las pruebas, todos lo creerán… y a Jasper no le va a gustar. Que disfrutes de lo que queda de día.

La dejé boquiabierta y tuve que contenerme de sonreír como

una idiota. La nota especial escrita en su expediente —con la letra de Jasper— decía:

> Aceptada como un favor a Martin Wakefield, con motivo de reiteradas indiscreciones en su residencia de Hightower. En cuanto la señora Wakefield lo descubrió todo, hubo que trasladar a Clara de inmediato. Es bonita e inteligente y aquí encajará bien. Es lo bastante lista como para saber lo afortunada que ha sido, y dudo que el comportamiento se repita. Aun así, cuanto antes se case mejor.

Unas pocas preguntas a Cedric habían proporcionado el resto de detalles. No sabía nada del trasfondo de Clara, pero había oído hablar de Martin Wakefield. Era un comerciante de cierta reputación, propietario de boticas por toda la ciudad. No podía arriesgarse al escándalo.

No tuve mucho tiempo para gozar de mi victoria porque una Tamsin frenética vino a buscarme unos minutos después. Me agarró del brazo.

—Está pasando.

No soportaba la idea de burlarme de ella cuando mi humor era tan bueno.

—Tamsin, vas a enfermar de tanto preocuparte. Relájate, vamos a encontrar un juego que…

—¡No! —exclamó—. No son imaginaciones mías. Se ha corrido la voz ahora mismo… la señorita Masterson nos quiere a todas en el salón de baile cuanto antes. ¿Dónde está Adelaide?

La paranoia de Tamsin empezó a ser contagiosa.

—En la cocina, creo. Hoy es su día de tareas.

Tamsin, todavía enganchada a mi brazo, me arrastró hasta allí.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Adelaide, por su parte, estaba haciendo un trabajo anárquico de limpieza de platos, y logramos evitar que destruyese un hervidor de cobre antes de presentarnos finalmente en el salón de baile. Fuimos de las últimas en llegar y encontramos el vasto suelo del salón cubierto de mantas. Sobre ellas, nuestras compañeras parecían tan perplejas como nosotras. Las tres encontramos un hueco libre y nos sentamos también.

Cuando unos jornaleros entraron y empezaron a desplegar mesas de comida —muchas más de las que necesitábamos—, Tamsin

parecía a punto de hiperventilar. Comenzó a divagar, diciendo que aquello debía de ser una prueba sorpresa para ver si sabríamos recibir a grupos de invitados elegantes.

—Sin problema. Podemos hacerlo. Podemos hacerlo mejor que las demás porque ninguna ha comprendido lo que está pasando. Les llevamos ventaja.

Tamsin seguía impartiendo consejos —que parecían más dirigidos a ella que a nosotras— cuando los predecibles invitados empezaron a llegar. Muy elegantes no parecían, pero causaron sensación. Nuestras compañeras se despegaron de sus mantas de un salto, profiriendo salvajes alaridos, lanzándose en los brazos de los visitantes. En cuestión de segundos, Tamsin se hallaba entre ellos, corriendo hacia un grupo sonriente y lloroso de personas pelirrojas.

Adelaide y yo nos quedamos solas, contemplando la escena.

—Sus familias —murmuré.

Una de las normas de la Corte Reluciente era que la comunicación con nuestras familias en Osfro solo podía ser por escrito durante nuestro período de instrucción. Habían transcurrido ocho meses, mucho tiempo sin haber visto a nuestros seres queridos.

Observé los reencuentros con una sonrisa melancólica. Adelaide, a mi lado, hizo lo mismo, y recordé que en su expediente también ponía «SIN FAMILIA». De forma inesperada, dos caras familiares cruzaron el umbral y, tras el primer momento de sorpresa, corrí a abrazar a Pablo y a Fernanda Gagliardi. Lonzo y yo habíamos viajado con ellos desde Sirminia, y nos habían acogido en su casa de Osfro. Era muy pequeña, apenas más grande que mi dormitorio en El Manantial Azul, pero habían sido desinteresadamente generosos con los necesitados.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —exclamé. Los dos tenían bien entrados los sesenta años y nuestra mansión quedaba a un largo camino de la capital.

—Asegurarnos de que no te metes en líos —dijo Pablo. Más cabellos grises de los que recordaba surcaban su antes negra cabeza —. Y creo que nos van a dar de comer. Eso es todo lo que nos han dicho. —Mi lengua nativa sonaba como una dulce melodía en mis oídos.

—Mírate —dio Fernanda, abrazándome con los ojos relucientes

de lágrimas. Yo llevaba un vestido de gasa rosa y el pelo recogido hacia atrás con tirabuzones—. Pareces una princesa.

Los llevé inmediatamente adonde se servía la comida. Estaban mucho más delgados que yo. ¿Yo también había estado tan flaca? En cuanto sus platos estuvieron llenos, volvimos a la manta y nos sentamos junto a la familia de Tamsin, a la que era difícil no sonreír. Eran tres chiquillos, y Tamsin tenía al más pequeño en su regazo, una niña de dos o tres años, mientras que los otros —un chico y una chica de más edad— apoyaban las cabezas en ella. Nunca había visto el rostro de Tamsin tan colmado de felicidad y libre de cavilaciones.

Para mi sorpresa —y la de Adelaide—, uno de sus familiares hizo su aparición después de todo. Era una mujer rolliza de cabellos dorados desvaídos y una personalidad sociable. Adelaide la presentó como a la tía Sally, y no mostró excesivo entusiasmo porque fuera esta la pariente que la visitaba.

Después de las presentaciones y la charla de rigor, cambié al sirminio y pregunté:

—¿Habéis recibido alguna carta de Lonzo? —Mi último y desesperado anhelo era este: que mi hermano hubiera restablecido la comunicación durante su ausencia.

Fernanda sacudió la cabeza con tristeza.

—No. Lo siento.

—Lo encontrarás —dijo Pablo.

Me retorcí las manos.

—¿Y si he perdido mi tiempo con la Corte Reluciente? ¡Un año sin buscarlo! Lo lógico habría sido convertirme en sierva y haber partido antes.

—¿Y qué habrías hecho después? —repuso Pablo—. Habrías estado vinculada a tu patrón durante años, sin poder buscar a Lonzo. Pero como esposa de un hombre rico, tendrás más libertad e influencia.

—Y Lonzo no quería que te convirtieras en sierva —añadió Fernanda—. No quería que fueras allí con una deuda sobre tus hombros.

—Tampoco lo quería para él —dije.

—No tenía elección. —El rostro amable de Fernanda se endureció. Ella había conocido a Isabel y ayudado a esconder a

Lonzo de las autoridades después de que este matara accidentalmente al asesino de Isabel—. Tuvo que irse muy rápido. Pero ¿tú? Esto es mejor para ti. Solo los doce saben lo que te depara el destino, pero yo sé que no es trabajar en una plantación durante días sin fin.

Oír que los doce ángeles eran invocados, como era propio de los alanzanos, me recordó que Fernanda y Pablo habían sido los mediadores que trataron con Cedric para llegar a un acuerdo. Cedric tenía el poder de llevarme a Adoria, y el apellido de mi padre me había ayudado a conseguir contactos alanzanos en el Nuevo Mundo. Como yo, Cedric tenía planes en Adoria. Quería unirse a una nueva colonia llamada Westhaven dedicada a promover la tolerancia religiosa. Nuestro acuerdo le había ayudado y, aunque yo era consciente de que era bueno para mí también, seguía preguntándome si había obrado bien. Apenas presté oídos a la magnífica charla de Jasper sobre los lujos que nos esperaban, ni a cómo se jactaba ante nuestras familias de lo cultivadas y refinadas que nos habíamos vuelto. ¿Serían la cultura y el refinamiento suficientes para ayudarme a encontrar a Lonzo?

Salí de mis meditaciones cuando se corrió la voz de que habían llegado los carruajes para conducir a nuestros invitados de vuelta a Osfro. El tiempo había pasado volando y las lágrimas vertidas a la llegada de los invitados se duplicaron a su partida. Algunas chicas parecían tan desoladas que pensé que no les importaría marcharse con sus seres queridos. Pero la exhibición había impresionado claramente a todas las familias, y vi como los parientes de las desconsoladas chicas las animaban con palabras favorables. Aunque no pensé que Tamsin fuera a marcharse, era obvio que también necesitaba un poco de motivación. Con el semblante afligido, se aferraba a los niños, pero asintió con la cabeza cuando su madre apoyó una mano en su mejilla y habló apresuradamente. No oí lo que decía, pero cuando pasé cerca de ellas, cogí al vuelo que Tamsin respondía: «… ir a buscarte las cartas».

Abracé estrechamente a Fernanda y a Pablo, preguntándome si volvería a verlos alguna vez. En cierto modo, eran mi última conexión con Sirminia. Sin embargo, mientras me despedía de ellos, mi mente empezó a precipitarse. Me di cuenta de que estaba pensando como Tamsin. ¿Cuál había sido la finalidad de esta

reunión? Me había encantado, claro, a mí y a todo el mundo, pero había sido una indulgencia fuera de lo común. Una interrupción en nuestra rutina. Empecé a comprender por qué todo aquello había puesto en guardia a Tamsin.

Más tarde, cuando nuestras compañeras y yo fuimos convocadas de nuevo en el salón para reunirnos alrededor de Jasper, supe sin ninguna duda que Tamsin había estado en lo cierto desde el principio.

—Ha sido un auténtico placer para mí conocer a las maravillosas personas que os criaron —empezó Jasper—. Pero esta visita no es la única sorpresa que os tengo preparada hoy.

Mi incomodidad creció.

Jasper sonreía de oreja a oreja.

—Espero que estéis emocionadas ante la perspectiva de ir a Adoria, porque el viaje será… tres meses antes de lo previsto. —Como nadie dijo nada, añadió—: Por esta razón, los exámenes también van a tener que adelantarse. Empezarán dentro de una semana.

La sala se llenó de gritos ahogados y el rumor de conversaciones nerviosas. La señorita Masterson tuvo que mandar callar a todo el mundo para que Jasper pudiera seguir hablando.

—Sé que este cambio de planes es inesperado, pero, en realidad, el hecho de que vayamos a llevaros antes de lo previsto a Adoria se debe a vuestro sorprendente progreso. En tan solo un par de meses, os encontraréis con un mundo completamente nuevo donde se os adorará y codiciará como las joyas que sois. Estoy seguro de que mi hermano se sentirá abrumado cuando vea la promoción de este año. No me cabe duda de que haréis vuestros exámenes a la perfección. —Sonrió más abiertamente, quizá deseando atenuar de esta forma la ansiedad que todas irradiábamos—. Me encantaría quedarme, pero aún tengo que pasar por las demás mansiones. Sin embargo, Cedric vendrá pronto para supervisaros durante los exámenes y daros apoyo moral.

—¿No es peligroso?

La pregunta, formulada con audacia y sin rodeos, vino de una Adelaide notablemente seria.

—¿Que Cedric os dé apoyo moral? —preguntó Jasper.

—No —dijo—. Hacer la travesía a finales del invierno. ¿No es

época de tormentas? —Algunas chicas se enervaron más y tuve la impresión de que Jasper intentaba reprimir una mueca.

—Prefiero llamarlo principios de primavera. Y yo mismo no me embarcaría si entrañase algún peligro. No habrás adquirido conocimientos náuticos que yo desconozco, ¿no, Adelaide? Al menos no que superen a los míos y a los de los capitanes del barco que han accedido a llevarnos, ¿verdad?

Tras la amonestación, Adelaide guardó silencio, pero yo sabía que no estaba nada convencida. Después de algunas instrucciones más, nos enviaron de vuelta a nuestras habitaciones y las reacciones de mis amigas fueron tal y como yo había esperado. Tamsin se dispuso a clavar los codos y Adelaide parecía indiferente… ante los exámenes, al menos. Zarpar en temporada de tormentas seguía inquietándola.

¿Y en cuanto a mí? Me sentía intranquila. No sabía qué pensar. Partir antes significaba que podría encontrar a Lonzo antes, pero también significaba exámenes, matrimonio y el fin de la burbuja de protección en la que vivía con mis amigas. Turbada por una maraña de sentimientos contradictorios, finalmente me fui a dar un paseo por la casa. Necesitaba espacio y la oportunidad de despejar las ideas.

Pasé por delante de un par de chicas que iban y venían entre los baños y la cocina, pero las demás se preparaban para irse a la cama en sus respectivas habitaciones. Abajo, los jornaleros del pueblo terminaban de recoger el pícnic y empecé a alejarme de ellos cuando vi a uno cuyo porte encorvado y abrigo abombado me resultaron familiares.

Estaba apilando unas cajas y me acerqué a él con sigilo.

—¿Te han dejado entrar o has forzado las cerraduras? —pregunté.

El hombre dio un respingo y se volvió hacia mí. Después de dedicarme una mirada breve y burlona por debajo de su sombrero de ala ancha, reanudó su tarea. Pude verle un poco más la cara esta vez —aunque nada sustancial— y no aprecié una gran diferencia: barba desaliñada, cicatrices, mugre. Sus ojos, oscuros y pícaros, seguían siendo los mismos.

—¿Me perseguirías con un cuchillo si así fuera? —preguntó.

—Eso dependerá de si me dices para qué sirve la ganzúa con la

doble curva.

Esto volvió a sorprenderle, lo suficiente como para ganarme una segunda mirada. Aunque el sombrero le velaba parte del rostro, un candelabro le iluminaba claramente la mejilla que ya había visto antes. Lucía la misma piel curtida y la misma cicatriz con forma de estrella. Salvo que… ¿no estaba en otro sitio? Habría jurado que la primera noche había visto la cicatriz en el centro de la mejilla. Sin embargo, esta vez estaba más cerca de la oreja que tenía una muesca. Seguramente, entre la noche oscura y lluviosa y otros asuntos que me rondaban la cabeza, me había equivocado.

—¿Has intentado usarla? —preguntó.

—Las he usado todas —contesté orgullosa—. Por toda la casa. Aún estoy intentando averiguar cómo funcionan algunas, pero a esta ni siquiera puedo encontrarle un cerrojo.

—Es para cajas fuertes —dijo después de un pequeño acceso de tos—. Cajas fuertes grandes, como las que usan los bancos. Dudo que haya alguna por aquí.

—¿Ya has forzado alguna de esas cajas fuertes?

El hombre resopló.

—No estaría retirando vuestros platos, si fuera el caso. Al parecer, os habéis dado algún capricho por aquí.

—Un pícnic en el salón de baile, porque hacía mucho frío para prepararlo fuera. Aunque creo que ha sido más un ardid que otra cosa.

El hombre había apartado la cara y ya no me miraba, pero no pudo resistir el comentario.

—¿Y eso?

—Jas… el señor Thorn nos ha permitido pasar un rato con nuestras familias. Creo que lo ha hecho con la esperanza de que eso mitigara la sorpresa de haber adelantado nuestra partida.

El hombre interrumpió su trabajo.

—¿Adelantado?

—Partimos a Adoria dentro de un mes. Nuestros exámenes empiezan ya.

—Un mes —repitió, con la mirada perdida en la distancia—. No es la temporada perfecta para navegar. Puede hacerse, pero no es agradable. Y a veces es… bueno, nada. Lo que quiere Thorn es sacar ventaja al resto de comerciantes. ¿A qué capitán chiflado ha

conseguido convencer?

Su profundo interés era llamativo.

—Yo de eso no sé nada, solo que tengo que estar preparada a tiempo. Exámenes. Las pruebas de mis vestidos.

El hombre asintió distraídamente y pareció interrumpir su trabajo por completo.

—Tengo que irme.

—¿Y esto qué? —dije señalando las cajas.

—Alguien se ocupará de ellas. Tú misma también eres libre de hacerlo. —Se volvió hacia la puerta—. Buena suerte con los exámenes y los vestidos.

—Espera —dije cuando se puso a caminar. Se detuvo—. Hice… hice lo que dijiste. Sobre la información. Usé las ganzúas para escarbar en el pasado de Clara, y estabas en lo cierto. Guarda un secreto y ahora lo conozco. Y ella sabe que lo sé.

El hombre estaba de perfil pero me pareció que sonreía.

—¿Así que se acabaron los chismorreos?

—Se acabaron. La información es poder.

—Bien hecho. Tienes un talento innato.

—¿Quieres que te devuelva las ganzúas?

—Guárdalas. Ya te dije que tengo más.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ibas a dármelas?

—Porque creo que eres una mujer que quiere ir a muchos lugares adonde otros dicen que no puedes ir. Esto te ayudará a nivelar las probabilidades. —Avanzó a zancadas hacia la puerta con seguridad y supe que ya no podría retenerle por más tiempo—. Gracias por la ayuda —me dijo antes de cerrar la puerta de golpe. Me quedé mirando la puerta, perpleja.

—¿Qué ayuda? —pregunté. La sala vacía no me respondió y al cabo de un rato volví a mi dormitorio para preparar el último capítulo de mi aprendizaje en la Corte Reluciente.

5

Pasé la última semana con la cabeza hundida en los libros. La materia de lingüística era mi prioridad, por mucho que el profesor Brewer hubiera dicho lo contrario. Mi acento y sus implicaciones en la vida diaria de Adoria me inquietaban. Necesitaba un esposo con posibles que me tratase de igual a igual. Esta última parte sería lo más difícil, ciertamente, pero cuantas más opciones tuviera, mejor. Del mismo modo, cuanto más osfridiana pareciera en mi búsqueda de Lonzo, más probabilidades tendría de ser influyente.

Tamsin apenas comía ni dormía. Adelaide se comportaba como siempre; pensaba poco en los resultados de sus exámenes y lo que deseaba principalmente era poder elegir entre algunas buenas opciones. De vez en cuando practicaba la pronunciación conmigo, lo cual me resultaba increíblemente útil, teniendo en cuenta lo bien que hablaba. A ella, en cambio, le gustaba oír mi imitación de los acentos de otras lenguas. Yo había cedido a la sugerencia del profesor Brewer y aprendido varios.

—¡Es increíble! —rio Adelaide la noche previa al inicio de los exámenes—. Hablas igual que la criada que trabajaba en nuestra casa.

Se suponía que estábamos estudiando lingüística, pero me había pedido que hiciéramos una pausa y que imitase el acento de Skarsia. Los osfridianos nativos podían notar que yo era sirminia cuando oían mi acento natural, pero era más difícil averiguar mis orígenes si disfrazaba el osfridiano con otra cosa.

—Ahora el lorandés —me urgió Adelaide con el rostro radiante.

Cuando lo hice, Adelaide se dejó caer de la cama entre risitas, pero Tamsin suspiró en voz alta.

—Si no os importan vuestros estudios, al menos dejad de interrumpir los míos. Ah, y yo me he criado con un panadero lorandés, como quien dice, y dejas un poco que desear.

—No, no deja nada que desear. —Adelaide se incorporó para sentarse, sin dejar de sonreír—. Tienen diferencias regionales, igual que nosotras. Mira imita el acento del noroeste a la perfección.

La sonrisa de Adelaide era contagiosa, pero me sentía mal por estar molestando a Tamsin. Se la veía tan seria, rodeada de libros.

—Lo siento —dije—. Sé lo mucho que significa esto para ti.

—Todas lo sabemos —añadió Adelaide, poniéndose seria—. Pero vas a matarte. Tómate un respiro. Al menos duerme una noche entera.

Tamsin volvió a centrarse en su trabajo con los ojos inyectados en sangre y sacudió la cabeza.

—No puedo arriesgarme. No puedo arriesgarme a echarlo todo a perder. Tengo que hacerlo lo mejor posible. Tengo que ser el diamante.

Nos habían asignado piedras preciosas por categorías según el orden de nuestros resultados. No era un sistema exacto, sino más bien una ocurrencia extravagante que los Thorn habían inventado para presentarnos en Adoria. Pensaron vestirnos con colores y adornos vistosos y usar las piedras preciosas como guía para distinguir a las chicas más «valiosas». Algunos puestos eran flexibles, pero el diamante era el primero incuestionablemente, y las chicas de las otras tres mansiones también competirían por él.

—Creemos que ya eres la mejor —dijo Adelaide con lealtad.

Tamsin consiguió esbozar una sonrisa indulgente. La clasificación era algo que no dejaba de preocuparla, y nosotras la tranquilizábamos cada vez.

—Sí, pero necesito que los demás lo piensen también. Ahora somos cuarenta chicas compitiendo. Por lo menos tengo que conseguir el tercer puesto. Tengo que conocer a los mejores hombres.

—Lo conseguirás —dije.

—Y haremos cuanto esté en nuestra mano por ayudarte. —El semblante sobrio de Adelaide empezó a volverse travieso—. Incluso no distraerte con los increíbles acentos de Mira. Supongo que será mejor repasar el libro de estudios femeninos.

Esto hizo reír incluso a Tamsin y, aunque no dejó de estudiar ni un momento aquella noche, la vi un poco más sonriente.

No obstante, la tensión se duplicó a la mañana siguiente con la

primera ronda de exámenes. Incluso Adelaide percibió el ambiente denso. Cedric vino a quedarse con nosotras esa semana, ofreciéndonos palabras de aliento cuando pasábamos al vestíbulo. Pero, por lo general, intentaba no interferir.

Algunos exámenes eran escritos, mientras que otros exigían representaciones y demostraciones orales. En el del profesor Brewer, cada alumna tenía que ponerse de pie ante toda la clase y leer en voz alta un fragmento que no había visto antes. Yo sujeté mi hoja con firmeza, intentando no echarla a perder con mis sudorosas manos. El texto describía la industria de la lana en el norte de Osfrid y contenía varias palabras que nunca había oído. Usé mis conocimientos de fonética osfridiana y suposiciones aventuradas sobre su pronunciación. Cuando hube terminado y levanté la vista de la hoja, la expresión orgullosa del profesor Brewer me dijo que lo había hecho bien.

A continuación me sentí como si me hubieran quitado un peso de encima. Seguí aplicándome en el resto de los exámenes. Serví el té con gracia. Toqué melodías simples al piano. Di vueltas por el salón de baile, contando los pasos en mi cabeza. Escribí redacciones sobre cultura, historia y moda osfridiana. Cuando la semana tocó a su fin, ya sabía que no lo había hecho todo perfecto, pero que mis resultados serían sólidos. Aprobaría. No sabía qué puesto alcanzaría, pero eso me parecía más bien anecdótico. Lo importante era poder ir a Adoria.

La casa entera emitió un suspiro colectivo de alivio cuando recuperamos nuestra libertad duramente peleada. Las sonrisas volvieron a asomar en los rostros, los espíritus se reanimaron, especialmente cuando la señorita Masterson nos dijo que podíamos dar una fiesta para celebrar el Día de Vaiel. Era el día en que la iglesia ortodoxa de Uros honraba a Vaiel, uno de los seis ángeles gloriosos, organizando banquetes y fiestas. Era también el día más corto del año y los alanzanos lo festejaban con oraciones y rituales a Deanziel, uno de los seis ángeles caídos, mientras contemplaban el regreso de la luz. Para ambos grupos este día era una celebración importante. Cada uno pensaba que el otro lo había corrompido.

Cedric se escabulló en silencio tras la puesta de sol, adentrándose en la nevada noche para ir a honrar a su manera a los doce ángeles caídos. Volvió a tiempo para la cena y la fiesta que

siguió, y yo me entregué gozosamente a las festividades. Algunos de nuestros profesores las celebraron con nosotras y todos participamos en juegos y tomamos vino dulce después de comer. Los futuros esposos eran el centro de las conversaciones, y no me importó. El sentimiento de esperanza y emoción que bullía entre nosotras era tal, que me hizo creer que todo era posible. Que encontraría a Lonzo y acaso también un esposo de mi gusto. Y que tendría a Tamsin y a Adelaide para siempre en mi vida, sin importar adónde nos llevasen nuestros matrimonios. Después de haber vivido en el oscurantismo tantos años, un nuevo mundo se abría a mis pies, un mundo lleno de alegría y esperanza.

El humor siguió siendo jovial en los días siguientes, a la espera de los resultados de los exámenes. La excepción era Adelaide, cosa que nos sorprendió tanto a Tamsin como a mí. Nuestra amiga hablaba poco y a menudo parecía sumida en pensamientos inusitadamente sombríos. También fue una de las primeras en bajar presurosa cuando anunciaron que ya se sabían los resultados. Entramos atropelladamente en la biblioteca, por poco tropezándonos las unas con las otras, y solo recordamos nuestros modales cuando aparecieron Jasper, la señorita Masterson y una modista llamada Garrison. Tras colocarnos en ordenadas filas, escuchamos en respetuoso silencio uno de los inspiradores discursos de Jasper. Después la señorita Masterson colgó la lista de puntuaciones con una sonrisa, y rompimos filas lanzándonos en tropel hacia delante.

Yo encontré mi nombre y apenas pude creer lo que vi. La séptima. La séptima entre cuarenta. Me invadió una oleada de placer y orgullo. Al parecer había aprendido más que lingüística. Después de Tamsin, había obtenido la nota más alta de la casa, aunque la diferencia de puntos entre nosotras era considerable. Su nota rozaba la perfección. El nombre de Adelaide figuraba justo en mitad de la lista, en el puesto décimonoveno, y Clara —que me miró con un mohín—, en el octavo.

Adelaide y yo nos abrazamos, pero nos separamos cuando una voz familiar se abrió paso entre el alboroto.

—¿Cómo es posible que haya quedado tercera? ¡Las chicas que están por encima de mí tienen la misma nota que yo!

Me volví —como la mitad de la sala— y vi a Tamsin discutiendo

con la señorita Masterson.

—Sí, habéis empatado, ha sido impresionante, la verdad. La decisión responde a una cuestión meramente estética —explicó la señorita Masterson—. A Winnifred, la primera chica, le van que ni pintados los tonos diamante. La segunda piedra preciosa es el rubí, y obviamente no iría bien con el color de tus cabellos. Así que la tercera, el zafiro, parecía…

—¿Zafiro? —interrumpió Tamsin—. ¿Zafiro? Todo el mundo sabe que mi color es el verde. ¿La esmeralda no es acaso más inusual que el zafiro?

—Se aproximan bastante. Y la tela verde no ha llegado todavía —dijo la señorita Garrison. Varios de sus asistentes ya habían entrado con rollos de telas, listas para tomarnos las medidas—. No creo que llegue hasta la semana antes de que zarpéis.

—Y las categorías son flexibles… Lo que buscamos es más bien una gama de piedras preciosas —añadió la señorita Masterson—. Pensamos que era mejor decidirnos por el zafiro para que pudiese empezar a confeccionar tu vestuario. De lo contrario, habría tenido que trabajar a última hora.

—Pues también podría coser un poquito más rápido y ya está —espetó Tamsin.

—¡Tamsin! Te has pasado de la raya. Te conformarás con el zafiro, y deberías dar gracias por figurar entre las tres primeras. Y vigila ese tono.

La propia Tamsin comprendió que había ido muy lejos.

—Sí, señorita Masterson. Me disculpo. Pero puedo repetir los exámenes que me han salido peor, ¿verdad?

—Por supuesto. Todas las chicas podéis hacerlo. Pero, si te soy sincera, con un 9,99 dudo que puedas aspirar a nada mejor.

—A la perfección —repuso Tamsin.

—Pobre Tamsin —murmuré. No me gustaba ver a mi amiga triste, pero era difícil sentirse demasiado mal por ella. Nadie podría dudar de su excelencia y, si bien las tres primeras chicas asistirían a eventos más exclusivos, yo sabía que Tamsin no tendría dificultades para conocer a hombres de élite. Como Adelaide no respondía, levanté la mirada y la vi observando a la señorita Masterson con expresión pensativa.

—Voy a preguntarle si yo también puedo repetirlos —dijo

Adelaide finalmente.

—¿En serio? —Su rostro era demasiado serio como para pensar que bromeaba, pero me costaba creer que quisiera experimentar de nuevo el estrés de los exámenes—. Estás en el medio, no está nada mal.

Adelaide se limitó a encogerse de hombros y se alejó para captar la atención de la señorita Masterson. Alguien me tiró de la manga y al volverme vi a una de las asistentes de la modista.

—Eres Maribel, ¿verdad? —Llevaba un puñado de telas doradas y amarillas en toda clase de tejidos y acabados—. Estoy aquí para medirte. Te han asignado el topacio.

Las telas parecían tan irreales que daba miedo tocarlas. La ropa que habíamos vestido hasta entonces en El Manantial Azul me había impresionado, pero esto era otro nivel completamente nuevo. Un nivel de cuento de hadas. La costurera había terminado de medirme la cintura cuando la señorita Garrison se acercó emitiendo un chasquido de consternación.

—Esto no servirá. Esto no servirá para nada.

La señorita Masterson, al oírlo, se acercó a nosotras.

—¿Cuál es el problema?

La señorita Garrison señaló las muestras de terciopelo en tonos amarillos y ocres que yo sujetaba.

—Estos amarillos no van con su tez oliva. ¿Quieres que parezca que está enferma? Su piel es inmaculada. Hay que resaltarla y cambiarle la piedra. Darle un color más oscuro o incluso más brillante.

Tras más objeciones, la costurera convenció a Jasper y a la señorita Masterson para que me quedara con el granate y me vistieran con tonos rojos. Clara, que había sido el granate, odiaba el amarillo y me miraba con abierto desprecio. Yo mantuve una expresión solemne hasta que oí que Jasper decía:

—El granate es una gema más común, le irá bien.

La tarde se convirtió en un torbellino incesante. Además de tomarnos las medidas, la señorita Garrison determinó toda suerte de detalles. Trajo más muestras de tela en cada color de la paleta de las necesarias y tuvo que afinar cuál quedaba mejor en la colección de cada chica. Nos envolvió en sedas y terciopelos, a juego con gemas y joyas que hacían girar mi cabeza. Tomó notas, incluso, de

nuestros rostros y figuras para determinar qué tipos de escotes y mangas serían más favorecedores.

—Bien, bien —dijo escudriñándome—. El tuyo es sobresaliente.

—Dis… disculpe, ¿cómo?

Acercó una muestra de seda roja a mi pecho.

—Puedes rellenar un corsé, por descontado. Vamos a tener que apretar y estrujar a algunas de las chicas para simular que tienen algo de pecho, pero tú lo tienes de verdad y podemos enseñarlo. Allí se llevan escotes más bajos, ya sabes.

—Esto, ah, ¿gracias? Pero estoy segura de que hay otras… o sea, quiero decir que todo el mundo sabe que Ingrid… —No pude terminar la frase.

—¿Aquella chica de allí? Oh, sí. De hecho, tendremos que contenerlo. Una cosa excesiva, qué te voy a contar. Y es tan bajita que el desequilibrio salta a la vista, parece que de un momento a otro va a caerse de bruces. Tú tienes el necesario para llamar la atención, y eres suficientemente esbelta para que todas las proporciones funcionen a la perfección.

Sentí tanta vergüenza que no pude responder.

—No pongas esa cara —me dijo—. No haremos nada indecente, pero mi trabajo es sacaros el mejor partido. Después me lo agradecerás.

—Menudo día —dije a mis compañeras cuando por fin me permitieron volver a la seguridad de mi habitación. Tamsin había hallado consuelo en la idea de repetir los exámenes y rebosaba de energía—. ¿Todo esto no te está… perturbando, aunque sea un poco? —pregunté. No podía soportar hablarles de la señorita Garrison y su continuo análisis de mi escote. Su solo recuerdo me horrorizaba.

—Yo he nacido para esto —declaró Tamsin—. Lo único turbador para mí ha sido que me hayan asignado el azul y no el verde.

Adelaide, tendida en su cama, resopló con exasperación.

—Verde, azul. No es cosa de vida o muerte.

El semblante de Tamsin decía lo contrario.

—Para ti es muy fácil decirlo, señorita Amatista. Estás resplandeciente de morado. Tienes suerte de haber aterrizado en ese puesto.

Adelaide no dijo nada y comprendí que seguramente no había

mencionado sus planes de repetir los exámenes.
Tamsin no tardó en descubrir estos planes cuando, a la semana siguiente, ella y Adelaide se presentaron a los nuevos exámenes junto con otro puñado de chicas. Tamsin se quedó pasmada, sobre todo cuando supo que Adelaide quería repetirlos todos, no solo algunas materias. Pero lo que más me sorprendió a mí fue ver a Adelaide estudiar con tanta diligencia como Tamsin.

Durante el tiempo que duró aquello, mis únicas obligaciones reales fueron presentarme a las pruebas de los vestidos. Mi precioso vestuario rojo crecía día a día y, aparte de sentirme abrumada por la opulencia, no podía dejar de pensar en lo que habría costado todo aquello. Un solo vestido habría bastado para alimentarnos un mes entero en Osfro.

—¿Cómo pueden costearse todo esto? —pregunté a la señorita Garrison un día—. ¿El precio de nuestros contratos cubre de verdad el coste de la ropa y el pasaje a Adoria?

—Pues sí. Y luego el señor Jasper recupera incluso más vendiendo vuestros vestidos o reutilizando los materiales para las chicas de la siguiente promoción. —Levantó la vista del dobladillo para estudiar el vestido de terciopelo escarlata que llevaba puesto. Dejaba un hombro al descubierto y relucía con adornos de cuentas —. Aunque el señor Charles insiste en que cada chica se quede uno, si quiere, para su boda. Este sería excelente.

—¿Cómo es el señor Charles? —Rara vez nos hablaban del hermano y socio de Jasper.

—Tiene una disposición más amable. Creo que el señor Jasper le mangonearía más si pudiera, pero el señor Charles puso mucho más dinero en el negocio. Su difunta esposa era una rica heredera o algo así.

—¿Y la esposa del señor Jasper? Nadie habla nunca de ella.

—¿La señora Thorn? Lo último que he oído es que vive en Mertonshire. Dicen que le sienta mejor a su constitución que el aire de la ciudad. —La señorita Garrison bajó la voz y cuchicheó en tono conspirador—: Pero entre tú y yo, creo que ella y el señor Jasper son más felices juntos… cuando no están juntos. Supongo que algunos matrimonios se entienden mejor así.

—Supongo —murmuré pensando en mi futuro.
Al cabo de unos días salieron los resultados de los nuevos exámenes

y Jasper y la señorita Masterson nos convocaron en la biblioteca otra vez. Ambos tenían una expresión de perplejidad. Cuando Cedric entró con sigilo poco después y se colocó a su lado, ni siquiera se dieron cuenta.

—Sé que algunas de vosotras estáis esperando los resultados de la convocatoria extraordinaria de exámenes, así que os alegrará saber que ya han llegado. La mayoría habéis mejorado, de lo cual me siento particularmente orgullosa. Pero no ha habido ningún cambio significativo como para cambiar de puesto ni de joya. —La señorita Masterson hizo una pausa—. Con una excepción.

Me costaba creerlo. Nunca había dudado del empeño de Tamsin, pero me parecía poco probable que pudiera superar su nota de 9,99.

La señorita Masterson intercambió unas miradas breves con Jasper y luego volvió a dirigirse a nosotras.

—Adelaide, tu mejoría ha sido… notable, por decirlo de un modo suave. Nunca había visto a una chica incrementar su nota de esta forma. Y… nunca había visto a una chica alcanzar la puntuación máxima. Es inusual que modifiquemos los temas en función de la convocatoria extraordinaria, aunque existe tal posibilidad. Y, en este caso, es absolutamente imprescindible llevarla a la práctica.

No capté de inmediato lo que había pasado. Tamsin, boquiabierta, lo había captado claramente.

—Adelaide, querida, has desbancado a Winnifred, de la mansión Dunford, del primer puesto: el diamante —dijo Jasper. Miré a mis mejores amigas a izquierda y a derecha, incrédula—. Todas las chicas que estuvieran por encima de ti descenderán un puesto. Todas las chicas conservarán, no obstante, sus piedras preciosas, con alguna excepción.

La señorita Masterson tomó la palabra de nuevo y se dirigió a Adelaide.

—Como ha explicado maese Thorn, tú serás el diamante. Tú y Winnifred tenéis más o menos la misma talla, así que la señorita Garrison podrá ajustar sus vestidos para ti sin mayor dificultad. Como su puntuación era muy alta, no puedo asignarle una piedra semipreciosa como la amatista. Creemos que le irá mejor el zafiro, así que hemos hecho un par de cambios de última hora: Tamsin, finalmente podrás tener la esmeralda. La señorita Garrison me ha

confirmado que las telas verdes llegarán la próxima semana, y ella y sus ayudantes trabajarán contra reloj para tener tu vestuario listo a tiempo.

Tamsin no mostró su contento por haber conseguido su ansiado color.

—Pero… si los puestos se han movido, eso significa que… estoy en cuarto lugar.

—Sí —dijo la señorita Masterson.

—Vas a deslumbrarlos a todos con tus vestidos de esmeralda —dijo Jasper a Tamsin—. Aunque no estés invitada a todas las fiestas de élite, sé que habrá una altísima demanda para ti. Estoy orgulloso. Estoy orgulloso de todas mis chicas… aunque parece que esta temporada ha sido mi hijo quien ha encontrado a la joya de la corona.

A juzgar por la expresión estupefacta de Cedric, no parecía haber sido informado de antemano sobre esta nueva clasificación.

Cuando se disolvió la reunión, la señorita Masterson retuvo a Adelaide. En la planta de arriba, nadie hablaba de otra cosa que no fuera aquel giro sin precedentes. Yo hice caso omiso de todas las preguntas que llovieron sobre mí y conduje a Tamsin, visiblemente afligida, a la intimidad de nuestra habitación.

Mi amiga se sentó en su cama con las manos cruzadas en el regazo. Siempre había tenido la tez clara, pero su palidez me hizo temer que fuera a desmayarse.

—Tamsin…

—¿Cómo? —preguntó a media voz, mirándome con unos ojos enormes que brillaban y reprimían las lágrimas—. ¿Cómo es siquiera posible? Lo he dado todo, he dado todo lo que llevaba dentro. He trabajado mucho. He estudiado de verdad.

Me senté a su lado.

—Pues claro que lo has hecho. Lo que pasa es que Adelaide ha estudiado…

No pude terminar, porque me di cuenta de lo estúpidas que parecerían mis palabras.

—¿Ha estudiado más que yo? —prosiguió Tamsin—. Las dos sabemos que eso no es verdad. Y mis sueños se han acabado.

—¡Pues claro que no! —Esta Tamsin conmocionada y abatida me pareció más sobrecogedora que la fogosa y temperamental de

costumbre.

Respiró hondo.

—Escucha, para algunas de estas chicas estar aquí es un sueño hecho realidad: tener un techo sobre sus cabezas, comida en abundancia, todos esos vestidos. Pero a mí no me importaba nada de eso. Es decir, me gusta, vale, pero para mí no ha sido fácil llegar hasta aquí. Algunos días han sido angustiosos, tan lejos de la ciudad…

Adelaide abrió la puerta, y cualquier indicio de la chica deprimida que tenía a mi lado se evaporó. Tamsin se puso en pie como un relámpago, la mirada feroz.

—¿Se puede saber qué has hecho? —exigió saber.

Adelaide hizo una mueca.

—Eh… No sé a qué te refieres.

—¡Que me parta un rayo si no lo sabes! ¿Es que todo esto ha sido una especie de broma? ¿Has ido en punto muerto todo este tiempo para luego acelerar y aplastarnos a todas? —Como Adelaide no contestaba, Tamsin continuó—: ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has podido sacar la nota máxima en todo?

Pude ver que Adelaide intentaba conservar la calma y dar cierta apariencia a sus modales por lo general desenfadados. Pero el intento fue débil.

—Aprendí muchas cosas cuando trabajé al servicio de mi señora. Siempre estaba rodeada de gente de la nobleza, supongo que los observé más atentamente de lo que creía. Ya lo sabes.

Tamsin se llevó los puños a las caderas.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde ha estado todo eso que observaste durante estos nueve meses? Metías la pata constantemente, ¡pero no siempre en las mismas cosas! Dabas una de cal y otra de arena, perfecta a veces y otras siendo un auténtico desastre. ¿Qué clase de juego es este?

—No es ningún juego —dijo Adelaide—. Los nervios hicieron que diese lo mejor de mí. Al final todo afloró a la superficie en la recuperación de los exámenes.

—Imposible. No entiendo cómo ni por qué has hecho esto, pero sé que hay algo más. Y si crees que puedes arruinar mi vida y…

—Oh, vamos. —La serena fachada de Adelaide empezaba a quebrarse—. No te he arruinado la vida, ni mucho menos.

—Eso no es cierto. Lo había conseguido. Estaba entre las tres mejores, ¡las tres que más se exhiben!, y entonces has llegado tú y me lo has arrebatado. Sabías lo importante que era para mí, pero has seguido adelante y has arruinado todo por lo que he trabajado.

Aquello fue el colmo para Adelaide.

—¡Tamsin, basta ya! He aguantado tus teatros durante nueve meses, pero esto está yendo demasiado lejos. ¿Me puedes decir qué es lo que he arruinado de tu vida exactamente? ¡Puedes conversar sobre política actual, sabes qué cubiertos usar para comer siete platos distintos y tocas el piano! Vale, puede que te pierdas unas cuantas fiestas, pero de todas formas vas a casarte con un hombre rico y prestigioso en el Nuevo Mundo. Has llegado muy lejos para ser la hija de una lavandera y, si de verdad fueses mi amiga, tú también te alegrarías de lo lejos que he llegado yo.

Al oír «si de verdad fueses mi amiga», Tamsin se estremeció un poco, pero no bajó la guardia.

—Esa es la cuestión, que no sé lo lejos que has llegado. He vivido contigo todos estos meses y sigo sin saber nada sobre ti. Lo único que sé es que has estado mintiéndonos a todos, ¡y este «triunfo» tuyo lo demuestra!

Se me hizo un nudo en el estómago. Toda la esperanza que tan alegremente había construido se desmoronaba ante mí. «No, no —pensé—. No puedo perder esto. No puedo perder esta burbuja de paz». Odiaba ver a Tamsin tan disgustada. Odiaba ver cómo dirigía sus crudas emociones contra Adelaide. Y odiaba ver cómo estas emociones cambiaban a Adelaide.

—Tamsin —dije con mucha cautela y suavidad. Mi tarea era mediar, como siempre—. Eso no es justo. ¿Qué hay de malo en que ella también haya intentado tener buenas notas? Es lo que queríamos todas. Y ya te lo ha explicado, los nervios sacan lo mejor de ella…

—Esa es la mayor mentira de todas. Nunca ha demostrado ningún miedo, desde el primer día, cuando se enfrentó a Clara, o el otro día cuando salió en mitad de la noche a buscar acebo. Las bromas, el aire despreocupado… Todo era una farsa. —Tamsin desvió su mirada de mí a Adelaide—. Los nervios no son ningún problema para ti. Me niego a verme atrapada en tu red de mentiras, y no quiero volver a tener nada que ver contigo.

Intenté decirle que estaba exagerando, pero ningún ruego pudo calmarla. Se levantó rabiosa, dando un portazo tan fuerte que hizo temblar el suelo. Adelaide se desmoronó después, echándose en la cama; toda su resistencia anterior había desaparecido. Corrí a arroparla entre mis brazos, aunque yo también estaba a un paso de desmoronarme.

—Tranquila —le dije—. Voy a solucionar esto. Recapacitará.

Pero no lo hizo.

Al principio pensé que solo necesitaba tiempo. Nos quedaba una semana para zarpar a Adoria. Yo estaba segura de que su cólera se enfriaría. Y así fue, supongo, en cierto sentido. Pero mudó a una clase de rabia fría y bullente que resultaba casi tan mortífera como la ardorosa e iracunda. El hecho de que las tres tuviéramos que dormir en la misma habitación solo empeoró las cosas. Tamsin hacía lo posible por no estar en el dormitorio y se acostaba tarde con la esperanza de que Adelaide ya estuviese dormida.

Adelaide, por su parte, intentó hacer las paces en varias ocasiones, pero Tamsin se negó. Yo también lo intenté, convencida de que la testaruda Tamsin terminaría cediendo. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces las había visto discutir, a ellas y a sus personalidades extremas? Y siempre, pero siempre, habían terminado reconciliándose.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, empecé a afrontar la espantosa y horrible realidad de que posiblemente no iban a arreglarse. Todo lo que yo había vivido en el pasado —pérdida, dolor y abandono—, se producía de nuevo. Mis padres. Lonzo. Sirminia. Mis deseos de ir a Adoria se apagaban. Era como si el suelo se resquebrajara bajo mis pies. Y yo me viniera abajo con él.

La noche antes de zarpar, hice un último intento y arrinconé a Tamsin en la biblioteca. Me había prometido a mí misma que le hablaría con sosiego y convencimiento. «Puedo arreglar esto».

—Tamsin, te lo ruego. Escúchala hasta el final. Nunca le has dado una oportunidad. Zarpamos mañana. Tenéis que perdonaros la una a la otra.

Un fuego frío centelleó en las profundidades de sus ojos.

—No hay perdón para lo que ha hecho. No te haces una idea del daño que he sufrido.

—¡Y ninguna de las dos entiende el daño que me estáis haciendo

a mí! ¡Me estáis partiendo en dos! He visto lo que ocurre cuando ninguna de las partes da su brazo a torcer en una riña. Nadie gana, Tamsin, y ya estoy harta de eso. Estoy harta del dolor. Estoy harta de la pérdida. Ya no puedo más… no puedo perderos a vosotras también.

El rostro de Tamsin permaneció muy quieto, y un rato después me apretó las manos con las suyas.

—Mira, tú nunca me perderás. Da igual lo que pase, o adónde nos lleve este mundo, siempre estaré allí para ti. —Las siguientes palabras las pronunció con cierta dificultad—. Y pase lo que pase entre Adelaide y yo… bueno. Sé que ella también estará presente para ti.

—Pero no será lo mismo.

—Lo siento, Mira. Ojalá no estuvieras en medio. Eres la última persona a la que deseo hacer daño.

—Entonces déjalo correr. Por favor. —Me quedaba un último argumento, desesperado. «Puedo arreglarlo»—. Vosotras no podéis estar dos meses a bordo del mismo barco sin solucionar el problema.

—Tienes razón —dijo soltándome las manos—. No podemos.

6

Zarpamos de Culver, una ciudad portuaria de la costa occidental de Osfrid, un día frío y tempestuoso. El agua gris bañaba los muelles y las gaviotas chillaban en el cielo. El paisaje era tan parecido a la ciudad del otro extremo del país donde había desembarcado la primera vez que tuve una breve sensación de *déjà vu*. Aquel día iba con mi hermano. Esta mañana me acompañaban dos amigas que eran como hermanas y que seguían sin hacer las paces.

—¿Se han creído en serio que vamos a pasar dos meses en compañía de estos marineros? —preguntó Tamsin, arrugando la nariz mientras varios de ellos pasaban por nuestro lado transportando mercancías. Se dirigía a mí en particular, aunque Adelaide estaba con nosotras.

Estudié a los marineros un buen rato antes de responder. Algunos jornaleros que la señorita Masterson solía contratar habían venido a ayudarnos, pero el llanero que había conocido no parecía encontrarse entre ellos. Me volví hacia Tamsin, intentando sonar despreocupada.

—¿Estás diciendo que no conociste a ningún marinero cuando salías a entregar la colada?

—Sí, claro que sí. Pero aquello fue entonces y esto es ahora. Estoy en un rango muy distinto, ahora no me relacionaría con esa clase de gente.

—No te preocupes —dije—. Tampoco es que vayas a compartir camarote con ellos. Y alguien tendrá que tripular el barco.

—Especialmente cuando yo no tengo ninguna clase de conocimientos náuticos —constató Adelaide, recordando amargamente la réplica de Jasper cuando ella había querido saber más acerca de las tormentas invernales.

Tamsin estuvo a un tris de responder, pero entonces recordó que era Adelaide quien había hablado. Luego nos dio la espalda y se

dedicó a observar a los hombres que seguían cargando la mercancía a bordo. Adelaide suspiró.

El viaje a Adoria se haría en dos barcos, el *Buena Esperanza* y el *Albatros Gris*. Cada barco llevaría a la mitad de las chicas, además de todo tipo de mercancías que Jasper tenía pensado vender allí. Un puñado de pasajeros y otros productos vendrían con nosotros, de modo que, a lo que parecía, no éramos las únicas dispuestas a correr el riesgo de realizar una travesía en invierno.

—Estaréis en las cualificadas manos de la señorita Culpepper cuando lleguéis —dijo la señorita Masterson en voz bien alta para que el viento no ahogara sus palabras. Se ajustó el chal oscuro alrededor de los estrechos hombros—. Ella lo supervisa todo en Adoria y se ocupará de vosotras.

Ella y las institutrices de las demás mansiones estaban con nosotras, prestas a darnos buenos consejos, como el de evitar a los marineros y no olvidar nuestros modales en Adoria. Solo algunas institutrices viajarían con nosotras. La señorita Masterson no era una de ellas. En su lugar, nuestra carabina a bordo del *Buena Esperanza* sería la institutriz de Dunford, la señorita Bradley, que parecía bastante amable.

Una vez que los marineros hubieron guardado el cargamento, llegó nuestra hora de subir a bordo. Sorprendimos a la señorita Masterson con abrazos y a continuación aguardamos a que leyeran nuestros nombres. Jasper empezó a leer primero los nombres de la lista del *Albatros Gris*, a bordo del cual viajarían las chicas de Dunford y La Cresta del Cisne. Cuando oí el nombre de Tamsin, pensé con seguridad que me había hecho un lío.

Pero no, Tamsin se separó de las chicas de El Manantial Azul, entregó a la señorita Masterson un fardo de cartas y después recorrió el muelle hasta el *Albatros Gris*. Sus rojos cabellos danzaron al viento y no se volvió para mirar atrás.

—Tamsin… —suspiré.

Adelaide no dijo nada, pero sus ojos azules se abrieron de incredulidad. Cuando llegó nuestro turno de subir al *Buena Esperanza*, susurré:

—Cambiará de opinión. Tiene que hacerlo. Este viaje le dará mucho tiempo para pensar.

Sin embargo, pude oír la vacilación en mi voz y supe que

Adelaide no me creía. Yo tampoco. Tuve que esforzarme para dar un paso delante del otro cuando empezamos a caminar hacia el muelle. Había fracasado, puesto que no había sido capaz de arreglar las cosas entre ellas. Varias chicas de El Manantial Azul miraron a Adelaide con compasión.

—¿Puedes creerte que es para tanto? —susurró Clara a Caroline en un aparte—. Tamsin no ha pensado que mereciese una despedida siquiera.

Al parecer, Tamsin había pensado que yo tampoco la merecía.

Intenté poner cara de indiferencia mientras un marinero nos guiaba bajo cubierta del barco y luego por un estrecho pasillo donde se ubicaban los camarotes de nuestro grupo. Adelaide se detuvo con sobresalto cuando entramos en el nuestro, cuyo tamaño no superaba la mitad de nuestra antigua habitación. El minúsculo camarote incluía seis literas integradas en las paredes, en las que dormiríamos nosotras, otras tres chicas de El Manantial Azul y Martha, de La Cresta del Cisne, con quien Tamsin se había intercambiado el sitio. Aunque todas nosotras proveníamos de familias humildes, este cambio fue un choque al lado de nuestras condiciones de vida en las mansiones. Yo también me había vuelto consentida, y tuve que recordarme con severidad que Lonzo y yo habíamos tenido que ir de pie en un buque carguero abarrotado de personas en nuestra travesía desde Evaria.

Adelaide seguía con ese aire melancólico, y la tomé del brazo para subirm a cubierta. Quería recuperar sus antiguas sonrisas, y no era la única que necesitaba distraerse.

—Vamos, están a punto de soltar amarras.

En comparación con este barco, el pequeño buque con el que había navegado por el canal era insignificante. El *Buena Esperanza* y el *Albatros Gris* eran grandes bestias del océano, vastas y poderosas, y dispuestas a emprender la travesía que teníamos por delante. Nos reunimos junto a la barandilla con otros pasajeros curiosos, mientras los marineros gritaban y trajinaban a nuestro alrededor, cada cual centrado en su tarea. El voluminoso barco se bamboleó sobre las olas —arriba y abajo, adelante y atrás— y cuando el último cabo fue recogido se separó lentamente del embarcadero. El viento hinchó las ondulantes velas y zarpamos.

La emoción del momento embargó incluso a Adelaide, aunque

yo sabía que había visto a Tamsin en la cubierta del otro barco al zarpar. La visión de sus cabellos rojos me desgarró el corazón. «Déjala marchar, Mira —me reproché a mí misma—. Las personas se van, y eso es algo que has visto toda tu vida. Céntrate en lo que viene, en Lonzo, en Adoria, en el Nuevo Mundo. Por fin va a ocurrir».

Cedric también viajaba en nuestro barco y pasó por nuestro lado cuando Adelaide y yo hablábamos de los camarotes. Vestía un abrigo largo de color escarlata y corte inusual; inusual en esta tierra, al menos. Yo había oído que estaba muy de moda en las colonias de Adoria.

Adelaide le dedicó la primera sonrisa de verdad que le había visto en días.

—Supongo que tendrás un camarote de lujo individual.

Él le devolvió la sonrisa.

—Eso mi padre. Yo estoy en un camarote como los vuestros, y lo comparto con otros pasajeros.

Seguí la dirección que señalaba con la cabeza y vi a un grupo de personas en la barandilla opuesta. Después de haber pasado la mayor parte del año en una casa viendo las mismas caras todos los días, me moría por escuchar historias y conversaciones nuevas. Deseé que la señorita Bradley no insistiera en encerrarnos bajo llave. Nuestros compañeros de barco procedían de orígenes muy distintos, eso era evidente, pero todos eran hombres, lo cual era natural, habida cuenta de que el número de mujeres triplicaba el de varones en las colonias. Daba la impresión de que algunos pasajeros habían invertido hasta el último centavo para poder viajar a bordo de este barco. Otros, probablemente mercaderes y comerciantes, exhibían prosperidad en sus ropas y maneras.

Pero, según Cedric, no la prosperidad suficiente. Cedric estaba comentando precisamente que ninguno de ellos podía permitirse aspirar a nosotras cuando se acercó Rosamunde. La chica se unió a mi valoración sobre nuestros compañeros de barco, mientras Cedric y Adelaide seguían charlando a mi otro lado.

—Si pudiéramos encontrar a una pareja respetable en este viaje, seguro que eso nos ahorraría un montón de líos —comentó Rosamunde.

—Pues al parecer ninguno de los que viajan en el barco tiene

suficiente dinero. Además, pensaba que querrías ir a todas las fiestas.

—Y quiero, pero a veces me pone nerviosa pensar en toda la presión y tanta gente. —Ladeó la cabeza como especulando—. Mira a ese rubio. Es atractivo, ¿no te parece? Y lleva un chaleco de seda. Algunos posibles tendrá.

El hombre en cuestión tenía rizos por encima de las orejas y llevaba el resto de la cabellera recogida en una coleta con un lazo de seda azul. Estaba tan pálido que era difícil saber si estaba enfermo o se había excedido con los polvos.

—Tiene pinta de no haber salido al aire libre en su vida —dije a modo de desaprobación—. Y parece bastante molesto con el viento enredándole la cabellera.

—¿Y? Puede que sea un refinado caballero que prefiere quedarse en casa leyendo. Todo el tiempo. Y pienso que su melena es muy elegante. —Rosamunde hizo un repaso visual de los demás—. Vale, ¿y qué me dices de ese? El de la pipa. Es un poco mayor, pero también va bien vestido. Y es muy guapo.

Lo miré de reojo.

—Lleva un anillo de bodas. Y no es tan guapo.

La expresión de Rosamunde delataba incredulidad.

—Bueno, ese de ahí tiene buena pinta, el del abrigo largo oscuro. Eso no puedes negarlo.

Abrí la boca para protestar pero entonces volví a mirarlo otra vez.

—Vale —admití—. No puedo negarlo.

Rosamunde frunció el ceño.

—Pero necesita asearse. Afeitarse la barba, en primer lugar. Y un buen corte de pelo. Quiero decir, ¿se lo está dejando crecer o es que es demasiado perezoso?

La lustrosa cabellera del joven llevaba a confusión: demasiado larga para el estilo militar y pulcro de los hombres más viejos de Adoria, pero no lo bastante larga para recogerla en una coleta como la de Cedric, tan a la moda entre algunos hombres.

Me aparté los cabellos revueltos por el viento para poder ver mejor.

—No sé, a mí no me desagrada su pelo, ni la barba incipiente. Le dan un aire… tosco.

Rosamunde puso los ojos en blanco.

—¿Y piensas que el traje que lleva también le da un aire tosco? Porque el corte no está mal, pero no se ha molestado ni en plancharlo. Además, parece holgado económicamente, pero no rico. Podemos encontrar un partido mejor.

Mientras su interés se centraba en los demás pasajeros, yo seguí fijándome en el hombre de cabellos negros y en todas sus pequeñas rarezas. Definitivamente, era un hombre contradictorio… y con una constitución fuerte y musculosa que nadie en su radio podía igualar. Mis ojos se demoraron en él más de lo deseable, perfilando las líneas de su cuerpo, tomando nota de los anchos hombros y de cómo sus pantalones se ajustaban a sus piernas. Los relajados pasatiempos de los caballeros ricos no proporcionaban un físico así. Pero había una cualidad vigilante, casi fiera, en su actitud, que no era exactamente propia de un don nadie. Me descubrí pensando en los escandalosos comentarios que le había hecho a Tamsin sobre lo atractivo que sería vivir un romance breve, puramente físico, antes de sentar la cabeza con un esposo del que pudiese enamorarme o no. Me resultaba fácil imaginar a este misterioso hombre en ese papel. Aunque la posibilidad de hacerlo mientras siguiese bajo la firme garra de la Corte Reluciente no me resultaba tan fácil de imaginar.

Y en ese momento me di cuenta de que me estaba mirando.

No… No estaba mirándome a mí. Miraba a Adelaide. Sus ojos, tan oscuros como sus cabellos, descansaban resueltamente en ella, que le reía alguna gracia a Cedric; era asombroso que Adelaide no notara una mirada tan penetrante. O quizá sí que la notaba. Un rato después, Adelaide miró en su dirección. En cuanto se dio cuenta, el hombre saludó amablemente con la cabeza y se alejó con una pose en apariencia despreocupada. Pero no lo era: la tensión encrespaba su cuerpo, completamente consciente de cada detalle a su alrededor.

Mis cavilaciones ilícitas se desvanecieron. Los hombres miraban a Adelaide todo el tiempo. ¿Cómo no iban a hacerlo? Era una belleza que deslumbraba a su paso. Sin embargo, yo no había percibido ningún signo de atracción en los ojos del caballero al mirarla. No había percibido nada en sus ojos. Y eso me inquietaba.

No volví a verlo en el transcurso de la semana y, gradualmente, me

fui olvidando de él. La monotonía se instaló en el barco, lo mismo que los episodios de mareo. La señorita Bradley comprendió la futilidad de recluirnos en los camarotes y nos dio permiso para movernos libremente, siempre y cuando no saliéramos a pasear solas por cubierta ni incumpliésemos las otras normas del protocolo. Algunas chicas no respetaban la orden de los paseos en grupos. Yo era una de ellas.

El zarandeo del barco apenas causaba malestar a Adelaide, y a mí en absoluto. Adelaide dio muchos paseos conmigo durante los primeros días, y hablábamos largo y tendido sobre el porvenir o recordábamos El Manantial Azul. Y a Tamsin. Siempre hablábamos de Tamsin. El *Albatros Gris* nunca se alejaba de nuestra vista. Una de las cosas que más me gustaba a bordo de nuestro barco era apostarme en el extremo de la barandilla a babor o a estribor. Me encantaba contemplar el agua que surcábamos a toda velocidad y sentir la brisa de frente, pero el carácter despreocupado de Adelaide vacilaba en este punto.

—Ten cuidado —me dijo un día. Probablemente era la centésima vez que me lo decía a lo largo del viaje.

Estábamos dando otro paseo por cubierta, en una tarde que se tornaba agradable. El sol había penetrado la bruma de la mañana y yo no quería alejarme del extremo de la barandilla. Adelaide permaneció a una distancia prudente de mí y negó con la cabeza, sonriendo, cuando la animé a acercarse.

Acababa de volverme hacia el agua moteada por el sol cuando oí que una voz le decía:

—¿Es vuestro primer viaje?

Me volví al instante, inquieta por si tenía que protegerla de algún marinero. Por el contrario, me encontré de cara con «él», el hombre de las contradicciones, que miraba a Adelaide con la misma expresión desconcertante. Me acerqué rápidamente a ella.

—Lo siento —dijo educadamente—. Se supone que no debemos hablar sin habernos presentado formalmente, ¿verdad?

—Bueno, no son circunstancias muy formales. —Adelaide sonrió de inmediato, sin compartir ninguna de mis inquietudes—. Soy Adelaide Bailey y esta es Mira Viana.

El hombre nos saludó inclinando la cabeza.

—Grant Elliott. Me quitaría el sombrero si tuviera uno, pero

aprendí hace tiempo que no merece la pena llevarlo con este viento.

—¿Habéis estado en Adoria antes? —pregunté.

Los ojos de Grant se posaron en mí brevemente antes de volver a ella.

—El año pasado. Tengo una tienda donde vestimos a la gente para explorar y para la supervivencia en la selva. Mi socio ha estado al frente durante el invierno y ahora vuelvo yo para encargarme de ella.

La idea de explorar la selva de Adoria casi me hizo olvidar mis recelos. Uno de los atractivos de Adoria era su vasto territorio virgen, una tierra ni siquiera colonizada por los icori y los balancos. A Lonzo y a mí siempre nos había intrigado. No esperaba ver mucho de aquella selva cuando fuera la consentida esposa de algún hombre de negocios, pero la aventura y el romance seguían atrayéndome.

—¿Habéis participado en muchas exploraciones, señor Elliott? —pregunté. Quizás el que fuera un colono aventurero podría explicar el toque de rudeza que percibía en un porte por lo demás adecuado.

—Alguna que otra vez. Nada que os pudiera resultar interesante. —Se rascó la barbilla y volvió a centrarse en Adelaide. Tenía la misma sombra de barba que Rosamunde había comentado, como si la mantuviera a propósito; ni cortada al raso, ni lo bastante larga como para constituir una barba propiamente dicha—. Ahora, ayúdenme a entender cómo funciona su organización. Estáis clasificadas por joyas, ¿cierto? Y vos sois la número uno, ¿no?

—El diamante —afirmó—. Y Mira es el granate.

—Entonces, eso significa que podréis asistir a todo tipo de…

Un optimista Cedric que se aproximaba hacia nosotros lo interrumpió.

—Aquí estáis. Parece que ya os conocéis. El señor Elliott es uno de los caballeros que comparte camarote conmigo. —Ambos se dieron un apretón de manos a modo de saludo—. Adelaide, necesito robarte un momento. Mira, ¿volverás abajo con ellas cuando se vayan?

Cedric señaló a un grupo de chicas de Guthshire. Pude entreoír que una de las chicas estaba describiendo las virtudes del terciopelo sobre la seda en materia de cintas para el cabello.

—Por supuesto —dije, sin la menor intención de unirme a ese corro—. Y quizás el señor Elliott pueda hablarme más acerca de su negocio.

Pero Grant ya se disponía a irse.

—Me encantaría, pero acabo de recordar que tengo algo que hacer.

Se marchó en una dirección, mientras Cedric y Adelaide se alejaban en la otra. Un par de chicas del grupo que debatía sobre los lazos miró entonces a Grant. Oí que la otra decía:

—Ese necesita a una mujer que lo cuide.

—Yo no me preocuparía mucho por él —constató otra—. Seguro que es un trabajador común.

—No, he oído que es comerciante —dijo la primera chica—, aunque uno de poca monta.

Un comerciante de su rango jamás podría permitirse a una chica de la Corte Reluciente, y mucho menos a Adelaide, nuestro diamante. Entonces, ¿por qué Grant había intentado por todos los medios hablar con ella —pero no conmigo— durante la conversación? ¿O solo quería medir sus posibilidades de seducción con una chica que estaba fuera de su liga? Mi instinto visceral me decía que no. Su comportamiento era extraño, pero no coqueto.

A medida que nuestros caminos siguieron cruzándose en los días siguientes, me convencí cada vez más de que Grant buscaba a Adelaide. Cada vez que ella asomaba en cubierta, aparecía él, como salido de la nada. Sin embargo, Adelaide no se percataba de nada. Tenía otras cosas en la cabeza, y Grant nunca dijo nada que no hubiera dicho también delante de la señorita Bradley.

Pronto comprendí que no solo seguía a Adelaide, sino que me evitaba a mí a conciencia. Si me veía acercarme sola, encontraba una excusa para marcharse. Al principio creí que era porque no quería perder el tiempo con nadie que no fuera ella. Sin embargo, cuando sucedía que Grant encontraba a Adelaide en medio de un corro, entablaba una educada conversación con cualquier otra chica. ¿Y yo? A mí me dispensaba el trato mínimo exigido por el decoro, y casi nunca un contacto visual.

Después supuse que sus reservas conmigo debían de tener su explicación en mis orígenes, pero Grant no parecía tener prejuicios con el puñado de chicas a bordo que tampoco eran osfridianas. Solo

se conducía así… conmigo.

No dije nada a Adelaide ni a Cedric de mis sospechas, puesto que se basaban en mi intuición principalmente. Tamsin me habría creído, lo cual solo hizo que me sintiera peor. Una tarde en que la añoraba, di un paseo por estribor, donde el *Albatros Gris* navegaba en perfecto paralelo a nuestro barco. Entrecerré los ojos para ver mejor las figuras que se movían en cubierta, con el anhelo de atisbar sus rojos cabellos.

—Sabes que cuando lleguemos a puerto ya habrá hecho nuevas amistades —dijo una voz sarcástica detrás de mí.

Cerré un momento los ojos antes de volverme hacia Clara.

—Espero que lo haga —repuse con serenidad—. La travesía será larga.

Clara ladeó la cabeza, sonriendo con esa hostilidad tan suya.

—No quieres enterarte, ¿verdad? No querrá saber nada de vosotras dos cuando estemos en Adoria. Adelaide es una rival muy fuerte… y tú… bueno, tú eres tú.

—Somos amigas.

—Pues no es eso lo que parecía cuando partimos de Culver. Vamos, Mira. Tú has vivido con ella. Sabes cuán ambiciosa es. Tener una amiga sirminia no la ayudará allí, y es lo bastante lista para saberlo.

Había más personas congregadas en cubierta, de modo que me aseguré de mantener la sonrisa mientras decía:

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Por qué no te buscas un hombre casado con el que ser cariñosa? Creo que hay unos cuantos a bordo.

Clara se puso rígida. La furia refulgía en sus ojos, pero, al igual que yo, conservó una fachada cordial.

—Siempre es un placer hablar contigo, Mira. Que pases un buen día.

Tan pronto como se hubo ido, me volví hacia el mar y me hundí encima de la barandilla, poniendo la mano en visera.

—Tamsin —murmuré—, ¿por qué has tenido que llevar esto tan lejos?

—¿Me habláis a mí?

Esta nueva voz era familiar pero inesperada: Grant Elliott. Estaba a mi izquierda, a tan solo unos pasos de mí. Noté que se

sentía molesto, como si tuviese que hablar a la fuerza.

—No —dije, sin importarme que por fin me prestara atención. No estaba de humor para fingir—. E intuyo que lo sabéis, señor Elliott. Parecéis un hombre observador.

—¿Eso pensáis, eh? —Su voz sonaba risueña, aunque su semblante seguía serio. Se apoyó en la barandilla a mi lado y contempló el *Albatros Gris*—. ¿Estáis…? —Un hondo suspiro—. ¿Estáis bien? Vuestra cara cuando esa chica…

—Esa chica no es nadie —le corté—. Ni nada de vuestra incumbencia.

Se enderezó.

—De acuerdo. Os dejaré sola.

—No, esperad. —Me sacudí la tristeza, siendo consciente de la oportunidad que tenía ante mí—. He sido maleducada. Lo siento. No os marchéis.

Vaciló, desplazando el peso de un pie al otro, y pensé que lo había perdido. Después de dudar un poco más, se apoyó en la barandilla pero sin mirarme expresamente.

—No necesitáis disculparos. Todos tenemos nuestros días.

Mi mente se aceleró, e intenté ralentizarla. Lo tenía. Por fin. Necesitaba retenerlo.

—¿Os… os emociona volver a Adoria?

—Yo no diría exactamente que «me emociona», pero me quedan algunas cosas por ultimar en Cabo Triunfo. Y un par de personas a las que quiero ver.

Cuando fui a responderle tuve una extraña sensación de familiaridad, como si le conociera, pero era imposible.

—Sois afortunado, volvéis a casa, junto a personas a las que les importáis. —Imágenes de Lonzo y Tamsin cruzaron mi mente.

—No estoy seguro de que Cabo Triunfo sea mi hogar.

—Siempre he pensado que las personas son las que hacen que un sitio sea tu hogar.

—Las personas complican las cosas. Pueden ser peligrosas si te encariñas con ellas.

Seguía sin mirarme, pero me di cuenta de que ya no tenía ese aire en exceso apropiado que solía proyectar. Tenía una actitud casi cándida, y su manera de hablar revelaba un ligero cambio. Yo siempre usaba mi mejor osfridiano en público, pero cuando me

relajaba entre amigos, mi acento natural se colaba en mis palabras. Me pareció que eso es lo que le estaba pasando a él en aquellos momentos, pero no podía descifrar el acento que percibía en su voz. Era exasperante. Como estudiante de lengua, necesitaba desentrañarlo. Y como la mejor amiga de Adelaide, necesitaba desentrañarle a él.

—Pensándolo así suena como a algo… solitario.

Se limitó a encogerse de hombros. Yo estaba en un tris de adivinar qué era esa cadencia en su voz.

—¿Vuestro viaje está yendo bien?

—Cualquier viaje en el que sigues a flote va bien.

Un nuevo silencio. Lo tenía. Casi. Había oído suficientes acentos coloniales a bordo como para reconocerlos a estas alturas, incluso si estaban cuidadosamente camuflados bajo la correcta pronunciación osfridiana tan conseguida por él. Sin embargo, se me escapaba algo de la suya.

—Señor Elliott… ¿de qué parte de Adoria sois?

Su postura cambió por completo, volviéndose más rígida. En guardia.

—¿Qué os hace pensar que nací allí?

—Algo en vuestra voz, en vuestro acento. Quiero decir, cuesta captarlo, pero está ahí. Vuestra forma de recalcar las vocales, creo.

Finalmente recibí contacto visual, y estaba lleno de sospecha.

—¿Y cómo demonios ibais a saber…? —Se calló y desvió otra vez la mirada—. He viajado mucho. Lo más seguro es que se me hayan pegado algunos sonidos locales.

—¿Habéis estado fuera de las colonias centrales? No he escuchado a tantos adorios de la periferia, pero debe de haber diferencias regionales.

—¿Sois profesora de lengua en vuestro tiempo libre, señorita Viana?

—No, pero estudié con un linguista en Osfrid. —Noté que trataba de eludir mi pregunta—. He intentado deshacerme de mi acento sirminio.

—¿Por qué?

Pensé que era una broma, pero parecía genuinamente sorprendido.

—La mayoría de la gente piensa que si mi acento no se nota

conseguiré un mejor partido.

Sus ojos se pasearon por mi cuerpo, estudiándome de pies a cabeza.

—A menos que os caséis con un hombre ciego, a ningún marido le importará vuestro acento.

Una ola de calor invadió mi rostro. No tenía razones para sentirme ofendida, puesto que yo lo había estudiado a él exactamente de la misma manera el primer día.

—Supongo que sería deseable que le importara algo más que mi apariencia física —repliqué.

—¿He dicho yo algo de vuestra apariencia física? —Se puso a mirar las olas de nuevo, pero pude percibir una sonrisa irónica en la comisura de sus labios.

—No teníais por qué.

—No pretendía ofenderos, y creo que lo sabéis… porque vos también parecéis una persona observadora. —El decoroso señor Grant había hecho su reaparición. Me hizo una pequeña reverencia y se volvió en dirección a la puerta que conducía a los camarotes—. Gracias por vuestro tiempo, señorita Viana.

Se alejó, y en ese momento me fijé en algo que no había visto antes, probablemente porque el viento siempre revolvía sus cabellos.

Una muesca en la oreja izquierda.

Dejé caer la mandíbula hacia delante. Yo había visto esa muesca antes, dos veces: en el jornalero de El Manantial Azul. Intenté convencerme de que sería pura coincidencia, porque no podía ser otra cosa. El llanero era mayor que Grant, tenía cicatrices y el cuerpo encorvado, por no mencionar sus reiterados ataques de tos. Si bien un poco desaliñado, Grant era un hombre apuesto y no mucho mayor que yo. Era cultivado. Conversaba fácilmente con los pasajeros de clase media y alta. Los dos hombres no tenían nada en común, salvo la oreja.

Y sus voces, caí en la cuenta. El jornalero tenía un acento de las Llanuras muy pronunciado, similar al de Ingrid, pero con un deje distinto del de ella. Algo que no pude identificar, como tampoco podía identificar en la voz de Grant.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía un hombre arreglárselas para ser dos personas completamente distintas? Modificar el acento era

la primera vía, supuse. Si yo era capaz de imitar un buen número de acentos, ¿por qué no iba a poder hacerlo Grant? Y además, ¿tan difícil sería fingir una espalda encorvada y ataques de tos? Nunca le había visto claramente la cara en El Manantial Azul, salvo los ojos: unos ojos oscuros y cínicos. Unos ojos que no perdían detalle.

Me agarré con fuerza a la barandilla. Vale. Podían ser la misma persona. Pero ¿con qué fin? ¿Por qué había estado antes en El Manantial Azul y por qué viajaba después en nuestro barco?

Y, lo más importante, ¿por qué toda su atención se centraba en Adelaide? No tenía la menor idea de qué buscaba de mi amiga, pero no podía ser nada bueno si para ello recurría a disfraces e identidades falsas. Sentí una opresión en el pecho mientras bajaba apresuradamente las escaleras para ir a comprobar que Adelaide estaba bien. Protegería a mi amiga, averiguaría qué tramaba Grant y le pararía los pies.

Solo tenía que encontrar la manera de hacerlo.

7

Mi oportunidad se presentó unos días más tarde, durante un paseo con Adelaide y Cedric. Un pasajero con el que nos cruzamos invitó a Cedric a una partida de cartas esa misma noche, y Cedric aceptó. Cuando el hombre se hubo ido, Adelaide y yo quisimos saber más.

—Es algo que los hombres del barco suelen hacer un par de veces a la semana —explicó Cedric—. Los pasajeros, no los marineros. A mi padre no se le da bien, pero siempre participa, pues está convencido de que un día tendrá un golpe de suerte.

—Estoy segura de que desplumas al resto de jugadores en cada partida —dijo Adelaide.

—Juego peor que algunos y mejor que la mayoría.

—¿Todos los hombres de tu camarote participan? —pregunté.

—Sí, todos los hombres de mi camarote participan, aunque algunos no deberían —dijo riendo—. ¿Jeb Carson? ¿El anciano del bigote blanco? Juega peor aún que padre. Pero el que nos despluma a todos es Grant Elliott. Se marca buenos faroles.

—No me sorprende —murmuré.

Cuando llegó la hora de la partida de cartas, me escabullí de nuestra ala del barco, esquivando a Adelaide y a la señorita Bradley. Encontré a Agostino, el marinero sirminio, y le convencí para que me condujera al camarote de Cedric y Grant.

—No quiero meterme en líos si te pillan robando —dijo. Le gustaba tener a alguien con quien conversar en sirminio, pero no éramos amigos exactamente—. ¿Y por qué necesitas robar nada si de todas maneras vas a convertirte en la mujer de un hombre rico?

—No pienso robar nada. Y no diré una palabra sobre ti si me pillan.

Receloso, me dio un farolillo y cerró la puerta detrás de mí. Escudriñé el camarote vacío, sin saber por dónde empezar. Localicé fácilmente la cama y los enseres de Cedric, pero el resto era menos

obvio. Vi un par de baúles abiertos, y un rápido examen del contenido me permitió descartarlos. Entonces distinguí un abrigo familiar echado sobre una litera. Era de corte largo, a la moda de Adoria, hecho de lana marrón oscuro; se lo había visto puesto a Grant numerosas veces. Debajo de la litera había un baúl gastado de piel negra. Lo saqué de allí a rastras y estaba cerrado, cosa que no me sorprendió.

Saqué el juego de herramientas del bolsillo de mi vestido. La ironía de usar el regalo de Grant para rebuscar entre sus pertenencias no se me escapó. El baúl tenía un tipo de cerrojo que nunca había visto, pero después de forcejear un poco, acerté a abrirlo.

El contenido me decepcionó: ropa, sobre todo, y otras cosas de lo más comunes; un par de libros, de buena literatura osfridiana; un cepillo; una cuchilla de afeitar que, a todas luces, usaba raras veces. Me senté sobre mis talones, desinflada. Había creído que encontraría una importante revelación, algo que explicase el misterio que Grant Elliott ocultaba…

El baúl. Había algo raro en él. Lo examiné desde donde estaba sentada y luego me incliné hacia delante para mirar en su interior. Las caras interna y externa no coincidían. Saqué todas sus cosas de dentro y las amontoné a un lado. Una vez vaciado el baúl, supe con seguridad que estaba mirando un falso fondo. El baúl contenía más cosas, solo que estaban ocultas.

Pasé los dedos por las esquinas del fondo de madera, en busca de algún cierre. Finalmente, localicé una pequeña pieza de metal con un resorte que parecía servir para levantar la chapa. Pero tenía un ojo de cerradura y el falso fondo seguía sin ceder. Volví a sacar las ganzúas y elegí la más pequeña.

Descubrir cómo maniobrar una herramienta tan delicada me llevó más tiempo que mi primer intento. En el fondo no dejaba de inquietarme que alguien entrara en el camarote. ¿Cuánto duraban las partidas de cartas? Por fin oí un clic y cuando tiré de la palanca de metal el falso fondo se levantó, revelando el resto del interior del baúl.

Lo primero que vi fue una pistola.

Mal comienzo. La aparté a un lado con cautela. Debajo había una caja de herramientas, y recordé que Grant había presumido de

tener otras tres. ¿Qué había hecho con las demás? ¿Entregárselas a otras chicas vengativas? También había una bolsa de dinero —que pesaba—, pero no me entretuve contándolo. Debajo de la bolsa vi un montoncito de pelo, y me pregunté si no habría guardado a algún animal muerto en el interior del baúl. No obstante, cuando levanté la bolsa me di cuenta de que era una barba falsa; la misma barba que mi «amigo» llevaba puesta en El Manantial Azul. Unas cuantas pelucas y otros bigotes falsos acompañaban la barba. También había un juego de cosméticos. Algunas cremas y pigmentos como los que habíamos aprendido a usar en El Manantial Azul. Otras sustancias eran más misteriosas y ofrecían texturas extrañas; texturas que podrían dar el pego como cicatrices después de aplicarse sobre la piel, comprendí en ese momento.

—Vale —murmuré—. He descubierto el cómo, pero no el porqué.

Un cuaderno con tapas de piel insinuaba respuestas. Lo abrí con avidez, pero solo contenía páginas en blanco. Al pasar las páginas, un ligero aroma cítrico flotó en el aire. Volví a comprobar que no me había saltado ninguna página escrita y constaté que varias hojas del principio habían sido arrancadas.

Reviví un viejo recuerdo: mi padre enviando y recibiendo mensajes de fuentes secretas de su red de espías. Destapé el farolillo y acerqué la primera página a la llama, todo lo cerca que pude sin quemar el papel.

Las palabras aparecieron poco a poco.

Habían sido escritas con lo que se conocía como tinta invisible; una tinta a base de jugo de limón u otra sustancia ácida, que solo aparecía cuando era expuesta al calor. Triunfal, pasé la página y acerqué la segunda al fuego. Las palabras aparecieron en esta y en la tercera, pero nada más. Ya tenía una carta y una lista de nombres.

Señor Silas Garrett
Sastrería Percival e Hijos
Cabo Triunfo
Colonia Denham

Mi querido Silas:

Fue un placer recibir vuestra carta. Sois tan franco como

siempre, rasgo que, como veo, habéis transmitido a vuestro protegido. He disfrutado alojándolo como mi huésped este invierno y creo que lo encontraréis más refinado. Por mucho que me duela daros la razón cuando la tenéis, convengo con vos en que ha sido un estudiante de espionaje excelente. Ha aprendido con facilidad los viejos trucos y unos cuantos nuevos.

Nuestros espías a este lado del océano han seguido investigando la conspiración que vos y yo comunicamos el pasado otoño. Las pruebas sugieren que la disidencia sigue organizándose entre algunos colonos. Lo que los hace más peligrosos es que ahora están recibiendo ayuda de los lorandeses en forma de suministros, que entran de contrabando desde el continente y también roban aquí. Las pistolas y los víveres pueden convertir a los quejicas y los lloricas en un temible ejército. Lorandia siempre ha codiciado nuevos territorios; no podemos dejar que esta situación les dé un punto de apoyo.

Ahora nuestro principal objetivo es cortar el flujo de suministros a los rebeldes. Esto retrasará otros posibles planes de traición y nos permitirá localizarlos. La lista adjunta incluye los nombres de los individuos que, por su posición, podrían participar en la conspiración, hombres con poder o cargos decisivos. Creemos también que hay un noble lorandés activo en las colonias que está destinando directamente una suma sustancial de oro a los traidores. Seguir el rastro de este dinero nos ayudará a encontrarlos.

Vuestro protegido os pondrá al corriente del resto de los detalles de la misión, así como de una oportunidad única. Tiene en su haber el estipendio anual de la agencia adoria McGraw. Este asunto es de tal urgencia que Su Majestad ofrece una recompensa adicional de quinientos doblones de oro si logramos desbaratar la conspiración de aquí a otoño. Podréis distribuir este extra como deseéis, o entre vuestros agentes o quizá para sacar vuestra oficina de una sastrería.

Cordialmente,

SIR RONALD ASPEN

Tuve que estabilizar mis manos temblorosas cuando leí la carta por segunda vez. ¡La agencia McGraw! Aquello parecía sacado de los relatos de héroes que me encantaba leer. Todo el mundo había oído hablar de la agencia McGraw en Osfro, pero eran pocos los que conocían a alguno de sus miembros. Trabajaban para garantizar el cumplimiento de la ley, pero no como hacían la soldadesca o los guardias. Sus casos eran más importantes. La élite de Osfrid los contrataba para que investigasen asuntos privados, y la Corona para asuntos de seguridad nacional. Algunos agentes trabajaban públicamente mientras realizaban pesquisas o recababan

información, pero otros lo hacían en secreto, sin que nadie conociera sus identidades. «Hombres en la sombra», oí que los llamaban una vez. De ahí venía su aureola; de ahí y de los supuestos relatos heroicos de desafío a la muerte.

El ruido del picaporte del camarote me sacó de mis ensoñaciones, devolviéndome a la realidad. Rogué a todos los ángeles —los seis o los doce— que quien entrase por la puerta fuera Cedric, pero no era él.

Grant se movió más deprisa de lo que yo habría imaginado. Cerró de un portazo y acotó la distancia entre ambos en cuestión de segundos. Con gesto veloz, me agarró y me empujó contra la pared.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —inquirió—. ¿Quién os ha enviado?

Sus manos apretaron mis muñecas y su rostro estaba a unos centímetros del mío. Pero, incluso después de un año de desentrenamiento, todas las lecciones de defensa volvieron a mi mente.

«Evita una pelea si puedes —era uno de los consejos de mi padre—. Y si no puedes, entonces pon todo tu ser en ella». Y después Lonzo: «No te dejes impresionar por su corpulencia. Cuanto más grandes, más fáciles resultan como presa».

Le di un rodillazo a Grant en la pierna, no lo bastante rotundo como para hacerle caer, pero le pilló tan de sorpresa que me soltó. Me zafé de él y, una vez liberados los brazos, le arañé la cara con las uñas. Acto seguido, cuando daba un paso atrás, le asesté un golpe rápido en un lado del cuello. «Las cabezas son duras, hermanita. Apunta al estómago. Apunta al cuello».

Grant emitió un sonido de espanto y de asfixia y yo me lancé hacia la puerta. Había recorrido la mitad del camarote cuando me placó por detrás. Aterricé sobre mi estómago y la caída me dejó sin respiración. Grant se lanzó sobre mi espalda, inmovilizándome en el suelo con su peso, que era superior al mío.

—¡Suéltame! —grité, intentando estirar el cuello para mirarle.

—¡Shhh! ¡No quiero hacerte daño!

—¡Me has empotrado contra la pared!

—¡Te he *frenado* para descubrir por qué me estás robando! ¿Quién te envía?

—¡No me ha enviado nadie! Intentaba averiguar por qué

persigues a mi mejor amiga.

Esto le hizo dudar, pero no me soltó.

—¿Perseguirla?

—No te pienses que no me he dado cuenta.

Otra pausa.

—Tenemos que hablar. Si te suelto, ¿intentarás huir? ¿O me arañarás el resto de la cara?

—¿Cuáles son mis alternativas? ¿Gozar de tu agradable compañía?

—Quiero que te expliques. Si no has venido a robarme, ¿a qué has venido?

—¿Soy yo la que debe explicarse? —Forcejeé, con la intención de asestarle otro golpe en el hombro. En vano.

—De acuerdo. Nos explicaremos los dos. Y lo digo en serio, no quiero hacerte daño. No lo haré. Lo juro por tu ángel favorito.

La sangre me hervía por dentro, la furia de la batalla sofocaba mi miedo.

—Me quedaré si puedo permanecer junto a la puerta.

—Me parece justo.

Se levantó y corrí hasta la puerta, apoyando una mano en el picaporte. Él levantó las manos y retrocedió hasta la otra punta del camarote. Le había arañado la cara a base de bien. Su belleza salvaje se había vuelto *muy* salvaje.

La fachada educada y amable que mostraba en público se había desmoronado. Incluso el personaje sardónico de cubierta se había desvanecido. En estos momentos tenía ante mí a un hombre astuto y letal.

—Hablemos. ¿Por qué…? —Tuvo que mirar dos veces el baúl para comprender que el falso fondo estaba abierto—. ¿Cómo lo has abierto?

Saqué la caja de herramientas de un bolsillo de la falda de mi vestido.

—Con tu ayuda.

Su incredulidad fue en aumento.

—¡Fui un idiota al dártelo! La próxima vez que quiera ayudar a alguien, recodaré que conviene preguntarle primero si es espía.

—No soy espía. —Volví a esconder la caja en el bolsillo, donde guardaba el cuchillo, y apreté el mango con la mano.

Grant señaló el diario abierto, cuyas palabras saltaban a la vista.

—¿Entonces cómo sabes ese truco?

—Me lo enseñó mi padre. Era…

—No me lo digas. ¿Espía?

—¡No! Lo que él fuera es lo de menos ahora. —Me sudaba la mano y tuve que ajustar mi agarre al cuchillo—. He venido para asegurarme de que no le haces daño a mi amiga.

—¿Hacerle daño? En nombre de Ozhiel, ¿por qué demonios iba a hacer eso?

—¡Dímelo tú! Tú eres quien la persigue. Tendría que haber avisado directamente a Cedric o a Jasper de que hay un estafador obsesionado con ponerle las manos encima a…

—No sigas por ahí. Vamos a dejar algunas cosas claras. —Levantó un dedo—. En primer lugar, deja de decir «obsesionado». Me hace parecer una persona inestable. —Otro dedo—. En segundo lugar, no tengo la menor intención de «ponerle las manos encima». No sabría ni por dónde empezar con todas esas capas de vestidos. —Tercer dedo—. Y, por último… ¿un estafador?

—¿Cómo describirías si no a un hombre que se disfraza para fisgonear en la casa de otras personas y luego las sigue a bordo de un barco con una identidad falsa?

—Esta es mi identidad real —espetó—. Principalmente. Y, si lees esa carta, encontrarás la respuesta que buscas.

Su voz delataba cierta duda, como si tratara de averiguar hasta donde sabía.

—Sí. La he leído entera. Sé lo de la agencia McGraw y lo de tu misión. ¿Pensáis que somos traidores? ¿Que Adelaide lo es?

El silencio que siguió se debió a la incertidumbre, no al enfado. Comprendí que Grant temía hablar más de la cuenta sobre la conspiración que querían desmantelar.

—Ya sé muchas cosas —presumí—. No pasará nada porque me confíes el resto.

—No puedo confiar en nadie, y menos en una mujer que ha entrado sin permiso en mi camarote.

—Ya te lo he dicho, ¡era para proteger a Adelaide! ¿Qué harías en mi lugar si alguien estuviese persiguiendo a tu amiga del alma?

—No habría tenido que hacer nada. En cuanto mi amiga hubiese visto a un tipo merodeando a su alrededor, le habría arreado hasta

hacerlo papilla.

Pensé en ello durante unos instantes, fascinada por la idea de que alguien persuadido de lo peligroso que era encariñarse con alguien pudiese tener una amiga del alma —y encima mujer—, aparentemente capaz de golpear a alguien «hasta hacerlo papilla».

—Cuéntame el resto. —Con suerte, si yo adoptaba una actitud civilizada, él haría lo mismo—. Por favor. Ya lo he leído todo. ¿Qué más podrías hacerme?

—Podría entregarte a las autoridades por traición. Quizá puedas encontrar esposo en la cárcel.

Para eso me valía la actitud civilizada.

—¡No he hecho nada que pueda considerarse una traición! Solo intento salvar a mi amiga.

Se pasó una mano por el cabello y empezó a pasearse por el camarote.

—Has leído la carta. Habrás visto que los líderes de esta conspiración son más bien hombres de poder e influencias, hombres a los que un humilde tendero como yo no puede acceder fácilmente.

—¿Eres un humilde tendero o eres un agente de McGraw? ¿O eres un jornalero con problemas de espalda?

—Soy todos ellos. Salvo que mi espalda está bien. —Hizo una pausa—. ¿Cómo me has reconocido?

—Tu oreja —dije—. Y eso me ha hecho pensar en otras cosas. Como la inflexión en tu voz. Y que las cicatrices estaban en zonas distintas cuando te vi en El Manantial Azul. No eran muchos detalles, pero los suficientes.

No entendí lo que Grant dijo entre dientes a continuación. No era una lengua que conociese, pero, al parecer, acababa de superar algún tipo de prueba.

—A mí no me será posible entrar en contacto con muchos de estos hombres poderosos —dijo finalmente—. Pero vosotras, las chicas, sí. Y si lo que dice todo el mundo es cierto, tu amiga entrará en contacto con la mayoría de ellos.

—¿Quieres… quieres que Adelaide sea una espía?

—El término correcto es «fuente» —dijo—. Alguien que recaba información para un espía. ¿Puedes hablar con ella por mí?

—No. No quiero que Adelaide participe en algo peligroso.

—Todo lo que tiene que hacer es observar y escuchar en todos

esos bailes y cenas de lujo.

—No.

Dejó escapar un largo y angustioso suspiro.

—Vale, entonces olvidemos todo esto y que cada cual siga su camino. Estoy seguro de que ambos tenemos cosas importantes que hacer… unos más que otros. —No pensé que fuera a dejar a mi amiga en paz tan fácilmente, pero antes de poder advertirle, me preguntó—: ¿Y cuánto dinero me costará tu silencio?

Me quedé helada.

—¿Dinero? ¿Cuánto… me ofreces?

—Ahora parece que nos entendemos. Dos doblones de oro.

Una idea descabellada empezó a tomar forma en las profundidades de mi mente.

—Necesito doscientos.

—¿Doscientos? Apenas dispongo de cinco a mi nombre. Y si tuviera doscientos, no te los daría.

Señalé el diario.

—Pero recibirás una enorme recompensa por resolver el caso.

—No la recibiré yo. Silas es quien lo controla todo. Y después habrá otros gastos que compensar. Pero un pequeño silencio no vale doscientos doblones. Ni siquiera una fuente lo vale.

—¿Ibas a pagar a Adelaide? ¿Cuánto?

—Está por determinar —dijo tajantemente.

—Escucha, tienes razón cuando dices que ella es la mejor de la Corte Reluciente. Ha ganado el título de diamante. Pero esto… ¿esto de fisgonear? ¿Subterfugios, recabar información y todo lo demás? No va con ella. Yo soy quien necesitas.

Me preparé para uno de sus comentarios mordaces, pero cuando habló, su tono no era… en fin, de respeto exactamente, solo traslucía un poco menos de sarcasmo.

—Te doy puntos en lo que respecta a los subterfugios. Y eres ingeniosa. Sin duda, me has dado una lección y ya no usaré tintas sensibles al calor. —Se tocó uno de los arañazos de la cara e hizo una mueca de dolor—. Y en adelante me tomaré tus amenazas en serio. No puedo imaginar de lo que serías capaz si tuvieras un cuchillo.

Saqué el cuchillo del abrigo.

—Lo tengo.

Grant dio un paso adelante para estudiarlo más de cerca.

—¿Y eso corta de verdad?

—Acércate y lo descubrirás.

Estas palabras le arrancaron una sonrisa. No de confianza, desde luego, pero sí elogiosa.

—Sus notas la llevarán a sitios adonde tú no puedes ir.

—No necesito buenas notas para ir adonde quiera —dije, paseando la vista por el camarote—. Tengo habilidades que no tiene ninguna otra chica.

—Y también tienes un nombre sirminio. Eres la única chica que pertenece a un grupo de herejes mentirosos de piel oscura que inundan las calles de la capital y roban todo lo que cae en sus sucias manos, según cree la mayoría de los osfridianos.

Sentí que me quedaba sin respiración y di un amenazador paso hacia delante.

—¡No sabes nada de nosotros!

—No vuelvas a pegarme —dijo, y me di cuenta de que había empezado a levantar la mano—. No he dicho que yo lo vea así, pero te estoy diciendo cómo lo verán los demás. Y no finjas que no te has sentido así antes.

Mi ira se aplacó.

—Sí.

—Volverás a verlo. Muchos de ellos son así… especialmente quienes viven en Cabo Triunfo y han nacido en Osfrid. Créeme, sé de primera mano cómo funciona. —Esta vez me estudió más atentamente—. Pero eres aguerrida y quizá consigas hacer progresos con algunos de los antiguos colonos. No siempre son tan cerriles, no después de haber sobrevivido allí tanto tiempo.

Fue mi turno de estudiarle, de leer sus intenciones.

—¿Significa eso… que me das el trabajo de «fuente»?

—Estoy considerándolo. Y se debe sobre todo a mi cansancio y a que me has desgastado. —Luego añadió a regañadientes—: Y… podrías ser útil si pudieras abrir unos cuantos cerrojos en esas fiestas a las que asistirás.

Me invadió la emoción, y no solo por el dinero. Ser parte de la legendaria agencia McGraw tenía su encanto. Bueno, ser parte de ella no, supuse. Ser como una contratada… más bien, pero así y todo podría hacer algo más importante que emperifollarme para las

fiestas. Podría dar continuidad al legado familiar y combatir la injusticia, pero en mis propios términos, no en los de mi padre.

Y Lonzo… esto me permitiría ganar un poco de oro por mí misma. No tendría que preocuparme tanto porque mi esposo pagara la fianza. Y si conseguía ganar mucho oro, cancelaría mi contrato. No necesitaría un esposo en absoluto. La sola idea me dio vértigo.

Pero todo eran grandes «síes». Y de momento no tenía ningún doblón de oro.

—Puedo hacer más que espiar —dije—. Todos mis acentos son buenos. Puedes enseñarme a disfrazarme, y has visto cómo peleo. Sé usar la espada y…

—¡Vale, vale! —dijo levantando las manos—. Para el carro. No necesito enseñarte nada de eso. Lo sé. Bueno, lo de la espada no. Lo que necesito es que observes. Necesito que distraigas a los hombres para que digan estupideces y se rindan a tus deseos. ¿Puedes hacerlo?

Mi entusiasmo se vino abajo; de repente era como trabajar para mi padre otra vez. Combatir la injusticia por mi cara bonita, a través de la distracción, insinuándome a los hombres.

Pero Lonzo…

—¿Es eso lo que deseas? Sí. Pero lo digo en serio, no subestimes las otras cosas que puedo hacer. He entrado aquí gracias a que he aprendido tus hábitos. Y después he descubierto la protección de tu carta. Parece que eso se acerca mucho a lo que esperas de las habilidades de una fuente.

—¿Protección? No lo creo. El zumo de limón es un truco de novato, pero Aspen no sabía qué reactivos usa Silas actualmente.

No sabía lo que era un reactivo, así que insistí en lo que sabía.

—Mi padre usaba cifras y códigos y…

—Sí, sí, lo he entendido. Lo que no entiendo es por qué hacía todo eso si no era espía.

Grant me miró expectante, y comprendí que esta era la última prueba que quedaba entre el empleo y yo. Nadie en mi nueva vida, aparte de Cedric, conocía el pasado de mi padre. ¿Cómo recibiría Grant esta información? ¿Renegaría de mí? ¿La compartiría con otros? Quizá yo no fuera alanzana, pero nadie me creería. Por otra parte, mi instinto me decía que si mentía a Grant, se daría cuenta.

—Mi padre era una especie de cruzado. Era famoso por sacar a

alanzanos de Sirminia clandestinamente. Antes de la guerra… bueno, el rey y la iglesia cometieron atrocidades contra ellos. Mi padre no pudo hacer la vista gorda y dejar que aquello sucediera, aunque no compartiésemos su fe. Usó todos los recursos a su alcance para ayudarles… y eso incluía a su familia.

—¿Dónde está ahora?

—Muerto.

El semblante de Grant no cambió un ápice.

—De acuerdo, Mirabel —dijo al fin—. Te reclutaré para este plan, loco de mí. ¿Qué hay que perder, aparte de la totalidad de las pertenencias coloniales de Osfrid y mi futuro? Pero tú no te preocupes por eso.

—¿Sabes? Haces un poco difícil caerle bien a la gente.

—No tengo por qué caerte bien, Mirabel. Solo tienes que trabajar conmigo.

—Casi todo el mundo me llama Mira.

—Y yo te llamo Mirabel. Ahora sal de aquí antes de que alguien te descubra. Ya tengo suficientes problemas sin que los Thorn me persigan también. —Empezó a meter sus cosas en el baúl.

—No tan rápido. No hemos hablado de dinero. Has dicho que las fuentes cobran.

—No voy a darte doscientos doblones. Te daré… veinte.

—Cincuenta.

—Treinta.

—Cincuenta.

Grant levantó las manos.

—Las negociaciones no funcionan así. Se supone que tienes que bajar a cuarenta y entonces fijamos el precio en treinta y cinco.

—Cincuenta —repetí.

—Con eso no empiezas ni a pagar la cuota de tu contrato y lo sabes.

Dejé que pensara que rescindir mi contrato con la Corte Reluciente era mi objetivo primordial.

—Yo me ocuparé de los otros ciento cincuenta.

—Tendrás que ocuparte de los otros ciento sesenta porque no puedo pagarte cuarenta. Ya estoy regalando dinero que no me corresponde a mí regalar.

Estuve a punto de protestar, pero me mordí la lengua y pregunté

en cambio:

—¿Podrías usar tus recursos, los recursos de la agencia, para seguir la pista de un siervo que llegó a Cabo Triunfo el año pasado?

Grant cruzó los brazos y se apoyó en el baúl.

—Ah. ¿Tienes a otra persona en mente como marido?

—No es nada de eso. Es… un amigo de la familia. —No debía revelar la identidad de Lonzo ni siquiera a este lado del océano—. Conozco a la compañía con la que firmó, pero no sé quién compró la fianza ni adónde fueron. Solo sé que a alguna de las colonias exteriores.

—No.

—No es que te lo hayas pensado mucho.

—No necesito hacerlo. Aunque convenciera a Silas para que consintiera en usar nuestras conexiones, es casi imposible seguirle la pista a un siervo escasamente documentado. Y tengo demasiadas cosas pendientes como para perder el tiempo con eso.

—Pero…

—No, Mirabel.

Borré la decepción de mi cara.

—Si no puedes ayudarme, entonces no pienso aceptar por menos de cincuenta.

—¡Vamos!

—Cincuenta o no hay trato. Te arrepentirás si me pierdes.

—Intuyo que me arrepentiré de todas formas. —Grant me ofreció su mano—. Lo dejamos en cincuenta.

8

Nunca volví a mirar a Grant de la misma manera.

O, al menos, nunca volví a mirar a su personaje público de la misma manera. En el transcurso de nuestra travesía me pareció vivir continuamente en un teatro. Cada vez que coincidía con él en compañía de otras personas, Grant era la quintaesencia del protocolo. Yo no podía tomármelo en serio después de haber visto su verdadero carácter: huraño, sarcástico y cortante. Parecía el mismo, pero podría estar usando otro disfraz perfectamente.

—Sabes cómo ser amable —le dije un día que estábamos apoyados en la barandilla de la cubierta superior, unas semanas después del inicio del viaje—. Sabes cómo ser elegante. Entonces, ¿por qué no eres así todo el tiempo? Harías más amigos.

—¿Qué te hace pensar que no tengo legiones de amigos? Y solo porque sepa ser amable no significa que me parezca algo natural. Sé cómo llevar un traje y eso tampoco me gusta, la verdad. —Se tiró del cuello de la camisa.

—Hay formas de llevarlo y formas de llevarlo. El tuyo no te va bien. Unas tijeras de sastre harían maravillas. ¿No decía la carta que la oficina de tu mentor es una sastrería? Puede que te hagan un descuento al llegar.

Grant sacudió la cabeza, exasperado.

—Felicidades por tu fantástica memoria. Ahora dime cómo la has usado para averiguar algo.

Aquello se había convertido en un juego entre los dos. Cada día yo intentaba descubrir algo nuevo sobre uno de los pasajeros, bien porque ponía abiertamente la oreja, bien porque los engatusaba con alguna conversación. No siempre era fácil: podía encontrar motivos para hablar con las chicas de la otra mansión, pero entablar una conversación con un marinero o incluso con un varón desconocido del pasaje no estaba visto con buenos ojos. Empezaron a gustarme

estas pequeñas pruebas. Adelaide raras veces quería subir a cubierta, y Grant —frustrante o no— resultaba un buen divertimento.

—Hoy he hablado con el señor Kent y el señor Robertson. El señor Kent es un mercader de papel. Ha pasado un tiempo en Adoria. —Intentaba atenerme a los hechos y no emitir ninguna opinión personal que no estuviera basada en pruebas sólidas—. El señor Robertson nunca ha estado allí. Es bastante despectivo con todo aquel que no tenga ascendencia osfridiana. Icori y lorandeses. Balancos. Y yo, para el caso.

Grant permaneció en silencio, los ojos clavados en el horizonte.

—El señor Robertson no tiene nada establecido en Adoria aún, pero está seguro de que hará fortuna allí —continué—. Al señor Kent le van bien las cosas, pero como los piratas han asaltado algunas de sus caravanas está pensando en contratar seguridad extra. He entablado conversación con ellos «accidentalmente» después de dejar caer mi brazalete cerca de ellos y diciendo que el cierre estaba roto. Les he dicho que pertenecía a mi abuela y que formábamos parte de la pequeña nobleza antes de que la revolución nos expulsara. El señor Kent lo ha recuperado para mí y me ha dado el nombre de un joyero en Cabo Triunfo. Oh, y también me ha ofrecido un descuento en papel.

Cuando me quedé callada, Grant se volvió hacia mí.

—¿Eso es todo?

—Eso es mucho.

—¿Descuento en papel y un joyero? Dime por qué iba a serme eso útil. —Conocía el tono de su voz, me estaba poniendo a prueba.

—Un joyero estará en contacto con ciudadanos ricos. Ir a verle con una referencia es menos sospechoso que entrar en la tienda sin más buscando información. Y si quiero volver a hablar con el señor Kent alguna vez, lo tengo fácil: puedo decir que he olvidado el nombre del joyero. O puedo ir a comprar papel.

—En eso puede que tengas razón —viniendo de Grant, era un gran elogio—, pero si hubieras sido realmente encantadora, habrías conseguido el papel gratis. No has coqueteado con él.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque nunca lo haces. ¿Sabes cómo hacerlo?

—Tú tampoco lo haces nunca.

—No lo necesito.

—Quizás habrías reclutado a Adelaide si hubieses coqueteado con ella en vez de adoptar toda esa rígida cortesía tuya.

Grant emitió un gruñido, divertido.

—Lo dudo. Está demasiado centrada en un trofeo mayor como para fijarse en mí.

—O acaso es que no eres bueno en el juego de la seducción, sencillamente. —Vertía tantas críticas contra mí que era satisfactorio devolverle algún golpe.

—La idea de pertenecer a la pequeña nobleza ha sido buena. La mayoría de los osfridianos piensa que los sirminios son los refugiados pobres que ven en las calles. Pero Sirminia posee un pasado icónico, más que Osfrid en realidad. Sois los descendientes de Ruva, la civilización que trajo paz y cultura a Evaria. Recuérdaselo a tus presas. Y a tus pretendientes reales.

—Estás esquivando mi pregunta.

—Porque no estás formulando la pregunta correcta. ¿Por qué quiere Kent contratar seguridad? Eso es lo importante.

Su evasión me irritaba, pero después de un momento comprendí lo que estaba insinuando.

—Porque los piratas están asaltando sus caravanas… Lo cual resulta extraño, ¿verdad? Sus caravanas viajan por tierra… así que, ¿por qué habrá hablado de piratas?

—Exacto. Debes comprender cómo funcionan las cosas en Cabo Triunfo. Al principio, los piratas fueron un problema en las colonias adorias. La mayoría de los militares destinados allí participaron en campañas terrestres contra los icori. El océano quedó desprotegido. Y en cuanto el comercio empezó a florecer realmente entre las colonias y Osfrid, todos esos barcos llenos de tesoros se quedaron solos esperando que algún hombre emprendedor los secuestrara. Y siempre hay hombres así.

—Has dicho que fue un problema al principio. ¿Ya no lo es?

—Claro que sí, pero la Marina Real tiene más presencia ahora. Patrullan las costas. Muchos buques mercantes se arman por sí mismos o contratan escoltas mercenarios. El comercio pirata disminuyó y algunos de ellos volvieron a tierra firme.

—¿No habría que llamarlos brigantes entonces? —pregunté—. ¿Bandidos? ¿Ladrones?

—Podría decirse que sí, pero siguen reivindicando la piratería como parte de su identidad. Y hay mucho más: algunos son celebridades ahora. Llevan máscaras y han asumido identidades extravagantes. Todo el mundo sabe sus nombres y cuentan relatos sobre su valentía y astucia.

—¿Robar es valiente y astuto?

Grant puso los ojos en blanco.

—Lo es cuando estas historias empiezan a circular. La mayoría de sus asaltos van dirigidos contra nativos osfridianos, los peces gordos, los ricos. Al colono trabajador medio estas cosas no le afectan demasiado. Para ellos, esta gente no es la gente «de verdad», y a todo el mundo le gusta el desafío a la autoridad de vez en cuando. A partir de aquí, solo es cuestión de que los susodichos piratas echen unas monedas a su paso (a un viejo enfermo, a un niño hambriento), y de la noche a la mañana se han convertido en unos héroes. Nadie los delatará.

—Pero sus víctimas sí que son gente de verdad. Mira al señor Kent, por ejemplo —dije indignada—. Es muy real.

Grant volvió los ojos al mar.

—Para ellos no. Para ellos no es más que otra mano que paga. Las autoridades se quedan cortas en eso. La milicia hace algo, pero para mucha gente estos piratas son lo más parecido que tienen a la justicia. Y por si esto fuera poco, sir Ronald tiene la certeza de que los traidores están comprándoles artículos robados, lo que hace que sea más difícil seguirles la pista. Estoy seguro de que Silas mataría por tener ojos y oídos ocultos en ese círculo.

—¿Existe la posibilidad de que los piratas asistan a las fiestas de la Corte Reluciente?

—Ojalá. Estoy seguro de que tu cuchillo les impresionaría.

Un grupo de chicas de la Corte Reluciente había subido a cubierta para dar un paseo y me alejé unos pasos de Grant.

—Debo marcharme. ¿Sabes? Todos piensan que eres un pendenciero después de ver lo que te hice en la cara. —La mayor parte de los arañazos había desaparecido, pero pensé que merecía un recordatorio de cuando en cuando. Incluso arañado, su rostro conservaba la tosca belleza que tanto me había cautivado el día que zarpamos. Sin embargo, cuanto más conocía su complicada personalidad, más me costaba imaginármelo como el protagonista

de un apasionado romance.

—Espera, Mirabel. Antes de marcharte… —Grant no apartó la vista del mar y percibí una tensión especial en su voz—. Tienes razón. En cierto modo. Soy capaz de hablar con las mujeres sin ofenderlas. A veces puedo resultarles agradable. ¿Soy el mejor seduciendo? No, pero no tengo que seducir a nadie. Tú sí.

—Eso suena un poco hipócrita.

—Porque tiene mucho de hipócrita.

—Eres sincero, eso he de reconocerlo.

Se volvió y me miró a los ojos.

—Tengo que mentir para ganarme la vida, es mi trabajo, y para salvar el pellejo. Pero si vamos a trabajar juntos y estás cerca de mí, de mi yo real, entonces te diré siempre la verdad. No me gusta gastar saliva. Si no hay nada que decir, por lo general no diré nada. Si hay algo que decir, entonces te diré lo que estoy pensando. Normalmente sin filtros, pero será la verdad.

—De acuerdo —dije, un tanto superada por su intensidad.

—Y te digo que, para este caso, habrá veces que tendrás que hacer algo más que confiar en tu atractivo. No te estoy pidiendo que te acuestes con nadie, pero asegúrate de que sabes cómo usar ese encanto. Los traidores a los que nos enfrentamos pueden ser astutos, pero incluso un hombre brillante puede perder el seso por una chica bonita. Y casi todos ellos te subestimarán. Si dejas que se tomen unas copas de más, les inflas el ego, sonríes como tú sabes… entonces habrá más probabilidades de que empiecen a pensar más en lo mucho que desean llevarte a la cama que en la información que no deben desvelar. Para eso sirve la seducción. —Como no respondí, preguntó—: ¿Entiendes lo que digo?

—Por supuesto.

—¿Por supuesto?

No pude disfrutar de su asombro, porque estaba perdida en el pasado, en recuerdos de conversaciones que rara vez dejaba aflorar. Conversaciones muy similares a esta.

Primero: «Solo un poco de piel, Mira. La suficiente para distraerle y poder enterarte de sus planes».

Después: «Te rodeará con el brazo, puede que te bese, pero tú no lo pienses. Desconecta tus sentimientos. Recuerda que es por un bien mayor».

A continuación: «Los hombres pueden decir cosas desconsideradas cuando están en la cama. Sé que es pedir mucho, pero piensa en ello como en un instrumento. Como si utilizaras un arma. Puede que sea una situación incómoda, pero no correrás ningún peligro. Hay gente que está dando su vida por esta causa. ¿No puedes tú dar tu cuerpo, aunque sea por un rato?».

Y al final: «Eres cobarde, Mira. Tienes que aprender a tomar decisiones difíciles». Mi pensamiento se esforzó por volver al presente, a la búsqueda de mi hermano. Miré a Grant de hito en hito.

—No soy estúpida. Hemos hablado de cerrojos y códigos, pero sé que no me has contratado por eso.

—Nunca he pensado, ni por un segundo, que fueses estúpida.

—Si quieres que seduzca, seduciré. Sé cómo conseguir favores de los hombres. Lo he hecho antes.

No supe interpretar la pausa que siguió. ¿Dudaba de mí?

—Entonces refresca tus habilidades, Mirabel. Consigue que algún hombre de este barco pierda la cabeza por hacer algo por ti. Algo que sea una inconveniencia. Algo más que un descuento en papel.

—Fácil —le dije—. Pero quiero algo de ti a cambio.

—¿Más de cincuenta doblones de oro? ¿También quieres mi parte de la recompensa?

Era una idea tentadora, desde luego, pero ya conocía cuáles eran sus límites.

—Si consigo obtener un gran favor, quiero que me digas de dónde eres. Qué es eso en tu voz que no consigo descifrar.

No podía verle la cara, pero sabía que estaba sonriendo.

—Más te vale que sea un favor realmente grande.

Grant no volvió a mencionar el asunto de la seducción. No me presionó con ningún plazo de tiempo. Durante nuestras reuniones clandestinas de aquella semana hablamos de otras cosas. Me explicó los detalles del clima político en Denham. Yo me dediqué a memorizar la lista de nombres sospechosos y la historia de cada cual. Siguió diciéndome que no necesitaba aprender más trucos de espionaje, pero me los enseñó de todas formas.

Mantuve mi afirmación de que era capaz de conquistar a los hombres, pero lo cierto era que cuando lo había hecho por la causa

de mi padre, por lo general eran ellos quienes tomaban la iniciativa. Yo solo tenía que aparecer y seguirles el juego. Entre un grupo de pretendientes de Adoria podría ser del mismo modo, pero aquí, en un barco donde todos los hombres sabían que debían ser cautos con nosotras, el asunto era más complejo.

—¿Cómo seduces a un hombre?

Adelaide levantó la vista del vestido que se estaba abotonando. Nuestras compañeras de camarote estaban fuera y decidí consultar una segunda opinión.

—¿Te refieres a mí en particular? —preguntó—. ¿O a un método general de seducción?

—Las dos cosas. —Me apoyé en la pared, sintiendo el suave vaivén del barco—. Y supongo que no hablo solo de seducir. Tú puedes conseguir que cualquiera hable contigo. Le gustas a todo el mundo.

—Oh, Mira, tú le gustas a mucha gente.

—No es eso lo que… verás, sé que suena raro, pero solo quiero saber cómo lo haces. Cómo consigues que se abran a ti.

Adelaide volvió a centrarse en su vestido.

—No sé cómo lo hago. Ni siquiera pienso realmente que sea tan seductora. Pero empieza por encontrar un punto en común, una conexión con algo que os una a los dos. Muéstrate interesada. Hazles sentir que son especiales.

—¿Eso es? ¿Solo eso?

—El truco está en cómo hacerlo. No puedes pensarlo demasiado. —Se enderezó y se alisó los faldones—. Ah, y la confianza. A ver, a veces tienes que ser recatada, pero si te encuentras en una situación que necesita una solución descabellada, muestra confianza. Si finges que estás completamente convencida de algo, la gente te creerá.

Asentí con la cabeza mientras recorría una lista mental de pasajeros con los que pudiera compartir intereses.

—Uau, estás guapísima —dije, fijándome por primera vez en lo que llevaba puesto. Era uno de sus mejores vestidos confeccionados para Adoria, ciertamente no un vestido de noche, pero algo mucho más presentable que los que llevábamos en el barco.

—Esta noche tenemos la cena… la cena con los otros pasajeros.

Refunfuñé. La señorita Bradley había decidido que debíamos estar al día con nuestras lecciones, así que había organizado una

cena en el salón común con algunos de «los pasajeros más respetables». Nos había ordenado que hiciésemos gala de nuestros modales más formales y de nuestros vestidos más elegantes. El grueso de nuestro vestuario, en particular las prendas verdaderamente majestuosas, viajaba en las bodegas. Examiné con detalle lo que tenía en el baúl y extraje un vestido de terciopelo repujado de color borgoña que conjuntaba con una blusa blanca de volantes. El terciopelo era una tela que disimulaba las arrugas que se habían formado en el vestido por haber estado tanto tiempo doblado.

—Cuidado con tu hombro —bromeó Adelaide mientras yo buscaba algunas horquillas—. A la señorita Bradley le dará un ataque si ve semejante indecencia.

Levanté la mirada de las horquillas y comprendí a qué se refería. El generoso escote —de corte bajo, al estilo adorio— había resbalado por mi hombro izquierdo, lo cual apenas era indecente, pero la señorita Bradley me regañaría por descuidada. Me lo subí.

—No recordaba que este escote estuviese tan suelto.

—Es la comida que nos dan aquí. Todas estamos perdiendo peso. Cuando lleguemos, ya podemos atiborrarnos de pasteles adorios o tendrán que ajustarnos el vestuario entero.

—Uy, no me hables de pasteles. ¿Crees que la señorita Bradley también vestirá de gala la comida de esta noche?

Adelaide sonrió burlona.

—Seguro. ¿Quizás una buena mantequilla y salsa de vino para aderezar las galletas marineras?

Llegamos pronto a la sala común donde algunos invitados ya estaban a la mesa, incluido el señor Kent, al que yo conocía. Sopesaba si aprovechar la noche para estrenarme en el juego de la seducción a bordo cuando una inquieta señorita Bradley dijo: «Mira, ¿vas a buscar a las demás? Ya deberían estar aquí». Quedaba media hora para la cena, pero ella se lo tomaba como si de un banquete real se tratara.

Llamé a la puerta de varios camarotes y transmití el mensaje. Sylvia y Rosamunde se hallaban en paradero desconocido, lo cual quería decir que probablemente habían perdido la noción del tiempo en cubierta. Fui hasta el final de nuestro pasillo y, al volverme hacia las escaleras que conducían arriba, me faltó poco

para tropezar con Grant, que venía de su ala del barco. Me quedé petrificada un instante, sorprendida de verlo en esta zona del barco y vestido de gala. Llevaba el mismo traje elegante del día de nuestra partida, con la camisa de lino y el chaleco de ante, pero había adornado el conjunto con un esmoquin y un pañuelo negro al cuello.

—¿Estás entre los mejores pasajeros? —dejé escapar.

—¿Cómo? —Parecía igual de desconcertado que yo.

—La señorita Bradley ha dicho que esta noche solo iba a invitar a… los pasajeros de élite. No esperaba verte.

Grant torció el gesto con su característico sarcasmo y se apoyó en la barandilla.

—Muy desesperada habrá tenido que estar para rellenar esas sillas con el primer vagabundo de turno.

Crucé los brazos sobre el pecho e inmediatamente noté que el vestido resbalaba de nuevo. Grant no cambió de postura, pero sus ojos siguieron el recorrido de la tela a medida que descubría mi hombro. No me sorprendió que no perdiese detalle, porque no se le escapaba nada, pero me pareció que lo estudiaba con más interés del necesario. Y ciertamente no era necesario que examinara el resto del cuello de encaje que orillaba el escote de mi vestido, pero lo hizo. Dejé la manga rebelde donde estaba y di un paso hacia Grant.

«Incluso un hombre brillante puede perder el seso por una chica bonita».

—Van a pensar que eres un vagabundo si no te aseas un poco —le regañé. Por poco dio un respingo cuando le subí el cuello y empecé a ajustarle el pañuelo. Aparte de la pelea que habíamos tenido en su camarote, nunca nos habíamos tocado—. ¿El propósito de ir a Osfro no era adquirir maneras refinadas? Deberías saber cómo se hace esto.

—Sé cómo hacerlo. Sencillamente, no me gusta perder el tiempo en detalles.

—Con el disfraz de llanero sí que te tomaste tu tiempo.

—Pero eso es distinto. Aquello era un trabajo más arriesgado, pero ¿un holgado tendero? Unas cuantas arrugas no despertarán las sospechas de nadie.

Terminé de arreglarle el pañuelo y lo remetí debajo del chaleco,

asegurándome de que mis dedos rozaran la piel de su cuello.

—¿Unas cuantas? —Deslicé lentamente las manos por su pecho, alisando el suave tejido—. Será mejor que repases tu capacidad de cálculo antes de que lleguemos. Parece una destreza necesaria para un espía cuyo fin es recabar información.

—Sé… —Observó mis manos durante unos segundos y luego se aclaró la garganta—. Sé contar sin problemas.

Terminé de alisarle las arrugas pero dejé las manos apoyadas en su pecho, como si un pensamiento inesperado me hubiera distraído de pronto, olvidando que las tenía ahí.

—A ver… en serio, estoy segura de que, una vez en Cabo Triunfo, tendrás que ocuparte de un montón de asuntos, y no olvido lo que me dijiste, pero…

Ladeó la cabeza.

—Pero ¿qué?

Suspiré, di un último tirón a su chaqueta para enderezarla y luego junté las manos. Al hacerlo, me incliné ligeramente hacia delante, exponiendo una pizca más lo que había debajo del corsé de mi vestido. Pude imaginar a la señorita Garrison con un gesto de asentimiento. «Mi trabajo es sacaros el mejor partido. Después me lo agradeceréis».

—¿Estás seguro de que no tendrás tiempo de averiguar el paradero de mi amigo el siervo? —pregunté.

—Oh. —No me rechazó inmediatamente, lo cual era prometedor —. Bueno, lo que dije era cierto. No es tan sencillo como parece.

—Lo sé, pero… —Levanté la vista y fingí sorpresa—. ¿No tienes un peine?

—¿Cóm…?

De puntillas, y estrechando la distancia entre ambos, intenté alisar los mechones lacios de sus rebeldes cabellos. Eran más suaves y sedosos de lo que había imaginado.

—Tus cabellos son manejables cuando no están expuestos al viento. No tienes excusa.

Mis dedos se enredaron distraídamente en sus cabellos, mi rostro apenas a unos centímetros del suyo y… ¿se había acelerado su respiración? Sí, sin ninguna duda. Contra todo pronóstico, había despistado al astuto y sensato Grant Elliott con mis armas de mujer. ¿Acaso lo había puesto nervioso también?

Había tenido la impulsiva idea de convertirlo en el objeto de seducción, pero no sabía si funcionaría. Aquello suponía un gran reto y él no era el tipo de hombre fácil de distraer. Vivía por y para su misión. Lo lógico hubiera sido que me desenmascarara al instante, en particular porque era bueno descubriendo subterfugios.

Solo que mi actuación no era un subterfugio. No exactamente. Puede que Grant no siempre me agradara, pero su exasperante personalidad no me pareció un elemento tan disuasorio en ese momento, máxime cuando una emoción inesperada se desenroscaba lentamente dentro de mí, invadiendo todo mi cuerpo. Quería acercarme más a él. Quería tocar algo más que sus cabellos. Quería que él me tocase a su vez.

Y puede que yo tampoco le agradase siempre, pero comprendí, al menos entonces, que también le gustaba estar cerca de mí. Le gustaba mirarme. Le gustaba que yo le tocara. Teníamos algo en común, después de todo.

—Ahora —dije, obligándome a adoptar un tono frío y calculador —, lo de mi amigo.

—¿Lo de tu…? Ya. Averiguar su paradero. —Grant no sabía en qué centrarse. Mirarme a los ojos parecía incomodarle, de manera que dejó que su mirada se perdiera en mi corpiño, rezagándose ahí, hasta que recordó que no debía hacerlo—. Debe de haber un manifiesto de carga en los archivos del puerto, y puede que un registro de quién lo contrató. Pero si partieron de Denham hacia alguna colonia ignota, eso complica mucho más las cosas.

—Pero no es imposible.

—No. Tan solo significa que tendremos que desplegar nuestras antenas en muchos sitios diferentes.

—¿No tienes amigos en todas partes?

—Silas los tiene.

Terminé de domar sus cabellos —estaba mucho mejor así, aunque a mí no me molestaba su aspecto desaliñado precisamente — y dejé caer mis brazos a ambos costados del cuerpo. Sin embargo, no me moví de mi sitio y lo miré con una súplica en los ojos que no era fingida.

—Por favor, Grant, ¿no podrías hacer solo algunas averiguaciones?

El silencio pendía entre nosotros. Y más cosas. La tensión sexual

era latente entre nosotros.

Grant exhaló un suspiro.

—Yo… Hay un par de personas con las que puedo hablar.

—¿Solo un par? ¿Después de todo el trabajo que he hecho para que estés presentable entre personas educadas?

Un esbozo de su sonrisa sardónica asomó en su rostro, pero sus ojos seguían traicionando otros pensamientos en su cabeza. Alargó la mano hacia la manga caída de mi vestido y la subió. Y solo con ese simple gesto, las yemas de sus dedos sobre mi piel, aspiré profundamente y me olvidé de mis intrigas.

—Mira quién habla —dijo—. Eres tan descuidada como…

La puerta de la cubierta superior se abrió de golpe y nos separamos rápidamente cuando vimos que Sylvia y Rosamunde bajaban a toda prisa las escaleras, la mirada histérica.

—¿Llegamos tarde? —exclamó Sylvia—. Casi nos olvidamos de la cena.

Tragué saliva. Cuando la distancia entre Grant y yo se acrecentó comprendí lo cerca que habíamos estado tan solo un segundo antes.

—No, pero deberíamos ir subiendo.

Grant hizo un gesto hacia el salón.

—Después de vosotras, señoritas.

Sylvia sonrió mientras pasaba por delante de él.

—Estáis muy guapo esta noche, señor Elliott. ¿Os habéis hecho algo en el cabello?

En la cena Grant y yo nos sentamos de punta a punta de la mesa. Él apenas desvió la mirada en mi dirección y mantuvo su típica conversación superficial con los comensales cercanos. La distancia me despejó la mente. Me relajé. El anhelo de tocar y de ser tocada se desvaneció, y cobré más dominio de mí misma… además de sentirme exultante: mi plan había funcionado.

En adelante solo me quedaba esperar y ver cuánto tiempo tardaría él en darse cuenta.

A la mañana siguiente, mientras contemplaba la puesta de sol en la popa, oí unos pasos que se acercaban.

—Lo que percibes, lo que nadie más ha percibido nunca, no es ningún acento colono regional. Lo que estás percibiendo es que no empecé a hablar osfridiano hasta que cumplí ocho años.

Me volví y Grant estaba ahí de pie, de brazos cruzados.

—¡Claro! —exclamé—. No es tu lengua materna. Llegué a pensarlo, pero conozco el acento de la mayoría de los hablantes de evario cuando aprenden osfridiano.

—No crecí hablando ninguna lengua de Evaria.

Lo miré confusa un buen rato. Luego no pude contener la lenta sonrisa que se abrió en mi rostro.

—Eres balanco.

—Medio balanco.

—No pareces… Es decir, nunca he conocido a ninguno. Pero nunca habría imaginado que no eras… —Estuve a punto de decir «uno de nosotros», pero me sentí estúpida. Yo me quejaba a menudo de las hostilidades del «nosotros» y el «ellos» entre osfridianos y sirminios, y en este momento era yo quien hacía lo mismo con otro pueblo.

—Lo que yo soy es más obvio para los balancos que para los osfridianos.

—¿Lo saben? ¿Aquí? ¿O en Cabo Triunfo?

Negó con la cabeza.

—La mayoría no. Es más sencillo así.

—Así que consigues mezclarte entre ellos.

—¿Es eso lo que quieres tú?

Tuve que meditar la respuesta.

—Siempre me he considerado sirminia, y me siento orgullosa de ello, pero intento sobrevivir en un mundo osfridiano. Intento ganarme su respeto. No sé si eso tiene sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. —Su mirada se ensimismó un momento—. Cuando los demás te rechazan con tanta facilidad, lo que quieres es… no, lo que necesitas es demostrar que se equivocan. Exigir respeto.

Torcí la cabeza para colocarme en su campo de visión.

—¿Seguimos hablando de mí?

Pestañeó y volvió a centrar su atención en mí.

—Te crees muy lista hoy, ¿verdad?

—Bueno, no eres el único al que se le da bien interpretar a la gente.

—Al parecer no se me da tan bien —dijo con tono burlón—. A veces incluso me toman el pelo.

Ahí estaba: el reconocimiento de mi triunfo.

—Me dijiste que practicara, pero no con quién.

—Ey, no te estoy reprochando nada. Te salió de maravilla. —Hizo una pausa, sus pensamientos alejándose de mí otra vez. ¿O hacia mí? ¿A la víspera?—. Hiciste lo que tenías que hacer. Pero ¿por qué iba eso a sorprenderme? Si no ves opciones, las creas tú misma. Al menos eso es lo que he oído.

Sus ojos oscuros estaban anclados en mi rostro, a la espera de captar cada detalle de mi reacción. Mi sonrisa se esfumó. ¿Por qué me resultaban familiares sus palabras? ¿Por qué había adoptado un aire tan engreído?

«Buen hermano, os agradezco vuestro interés. Y lleváis razón: hay chicas desesperadas sin otras opciones que recurren a medios desesperados. Pero no soy una de ellas.

»—¿No estáis desesperada?

»—No me faltan opciones. Si no veo ninguna, entonces me las creo yo misma».

Solté un grito ahogado.

—¡Eras… eras tú! ¡Hace casi un año! El monje en las escalinatas de la iglesia.

Nunca había visto una sonrisa tan amplia en el rostro de Grant.

—¿Cómo crees que tuve la idea de investigar vuestra mansión? Sir Ronald quiso que practicara con disfraces ese día y el destino me deparó la mejor forma de espiar en Adoria. Había oído hablar de la Corte Reluciente antes de partir, pero no comprendí todo su potencial hasta entonces.

—Increíble —dije sacudiendo la cabeza—. Apuesto a que has estado aguardando el momento perfecto para decírmelo. Sabía que aquel día pasaba algo extraño. Los monjes siempre mantienen la mirada baja, pero tú me mirabas a los ojos.

—Difícil no hacerlo. Solo intentaba escuchar a hurtadillas a los parroquianos y entonces aparecisteis vosotros, un estudiante zalamero y una chica intrépida que…

—¿Que qué? —interrumpí.

La sonrisa desapareció. Se metió las manos en los bolsillos y me dio la espalda.

—Que no debería usarme de nuevo para practicar. Hasta mañana, Mirabel.

9

Navegamos día y noche, acortando la distancia que nos separaba de Adoria. Los días transcurrían más deprisa y Grant se mostraba cada vez más inquieto, incluso nervioso. Más taciturno que antes, con frecuencia parecía ensimismado en sus pensamientos. Cuando me hablaba, por lo general terminaba repitiendo historias pasadas sobre Adoria. Su sarcasmo también había disminuido.

—Todo es importante —me dijo una tarde plomiza. Pocas personas habían salido a cubierta, a pesar de que el capitán preveía que avistásemos tierra esa misma semana—. Presta atención a con quién hablan esos hombres. Toma nota de cualquier taberna o comercio predilecto que mencionen. Nadie va a delatarse abiertamente como un traidor, pero es posible que digan algo útil sin darse cuenta. Tan solo asegúrate de que tú sí te das cuenta.

—Lo sé. Y estoy preparada. He aprendido tus códigos. He memorizado todos los nombres, toda la historia. Puedo hacerlo.

Se apoyó en la barandilla del barco y me miró de frente; su hombro descansaba en lo alto de la madera. Era uno de esos días de calma chicha y sus negros cabellos inmóviles enmarcaban su rostro. No solía disfrutar a menudo de una visión tan clara de él.

—Sé que puedes. No quiero olvidar nada, eso es todo.

Tanta sinceridad no era típica en él y me descubrí en una actitud reconfortante igual de inesperada.

—No olvidarás nada. Vas a lograr tu propósito. Darás con esos traidores y cortarás sus recursos. Serás un héroe.

Un resquicio de su humor sardónico afloró.

—Tienes mucha fe en mí. ¿Cómo sabes que no soy un espía malísimo en realidad? Me conoces desde hace apenas dos meses.

—Te conozco desde hace casi un año —corregí—. Cualquier persona que se hace pasar por un monje, un llanero y… lo que quiera que seas ahora, no tendrá ningún problema en controlar a un

puñado de hombres descontentos.

—Ojalá tengas razón. Un puñado de hombres descontentos puede hacer mucho daño, especialmente si están acostumbrados al poder y a los privilegios.

—Lo sé. Porque no son ellos quienes tienen que lidiar con las consecuencias a la hora de la verdad. —El frío se instaló en la boca de mi estómago mientras las imágenes del pasado asaltaban mi mente—. Son las personas inocentes, que ni siquiera quieren verse implicadas.

—Adoria no se convertirá en Sirminia, Mirabel.

La ternura en su voz me asombró tanto como si me hubiera gritado.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en eso?

—Porque estoy atento. Porque adivino que no estás huyendo simplemente a un nuevo lugar; estás huyendo del anterior. Y cargas con tus fantasmas.

Me estremecí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso es lo que los balancos dicen cuando conservas cerca de ti los espíritus de tus seres queridos. Que tu atracción es demasiado fuerte como para dejarlos marchar al otro mundo. —Me lanzó una mirada penetrante—. Y a veces su atracción también es demasiado fuerte. Como la de tu padre sobre ti.

Lo miré de hito en hito, callada.

Grant se encogió de hombros y dijo:

—Te lo dije, estoy atento.

—Mi padre fue un héroe. Salvó incontables vidas. —Me puse furiosa al ver la expresión indiferente de Grant—. ¡No te debo la historia de mi vida! Y tampoco te veo rebosante de historias sobre tu padre.

—¿Quieres que te hable de él?

—Como si fueras a hacerlo…

Grant desvió su mirada hacia la barandilla, inclinándose sobre ella y cruzando los brazos de suerte que solo podía verle de perfil. Permaneció callado tanto tiempo que pensé que habría dado por zanjado el tema. Entonces dijo:

—Era osfridiano. Mi madre lo conoció cuando vino a Cabo Triunfo con un grupo de comerciantes. Nunca se casaron y ella no

volvió a verlo después de partir. Los balancos creen que los padres deben hacerse cargo de la educación de sus hijos. Si tu padre no puede, otro pariente varón se encarga de ello. Mi tío se encargó de mí, pero a disgusto. Me odiaba. Y cuando cumplí diez años, finalmente dijo que no era justo negarme mi verdadero «legado», así que me envió de vuelta a Cabo Triunfo para que buscara a mi padre, pero no estaba allí. Hacía años que no estaba.

—¿Qué hiciste? —Era reacia a hablar por temor a que se diera cuenta de que, por una vez, estaba abriendo su corazón y volviera a callarse.

—Una pareja se compadeció de mí y me adoptó: me vistieron y me alimentaron. No tenían hijos propios. Eran buena gente, pero no eran mis padres, y eso me enfurecía. Con los años me fui haciendo mala sangre, solo quería estar con mi padre. Entonces, un día… regresó. Y no era buena persona. ¿Quieres que entremos?

La repentina pregunta me pilló por sorpresa y entonces comprendí que Grant había visto que me ceñía la capa para protegerme de la fresca brisa.

—Estoy bien. Continua. ¿Por qué no era buena persona?

Grant vaciló y yo pensé que había perdido mi oportunidad.

—Porque era una especie de prófugo, aunque entonces yo no lo sabía. No sabía nada de él, la verdad, pero cuando me ofreció irme con él, no miré atrás. Tenía catorce años. Fuimos al sur, a las tierras que los sirminios habían abandonado al estallar la guerra. Y viví una vida, e hice cosas en esa vida que me perseguirán durante el resto de ella. Pensé que eso es lo que quería, pensé que seguir el camino de mi padre era lo que debía hacer. Pero casi tres años después, me desperté una mañana y comprendí que no quería ese camino. Tenía que apartarme de esa vida antes de convertirme en algo que no tuviese remedio… en lo que mi padre ya se había convertido. Así que me fui. Me separé de él.

Me estremecí, pero no de frío esta vez. El pasado de Grant compartía muchos puntos en común con el mío, pero admitirlo era algo que no podía soportar.

—Yo te he contado mi vida. ¿Vas a contarme la tuya?

—¿Por qué te importa tanto?

Cambió de postura, inclinando más su cuerpo sobre la barandilla.

—Porque… porque me gustaría comprender por qué eres como eres.

—Mi padre fue un héroe —repetí—. Luchar para proteger a otras personas es algo noble.

—No estoy diciendo lo contrario. —Su tono era moderado, pero tenía esa mirada capaz de penetrarte el alma—. Y puedo ver el mismo ímpetu en ti. Estás dispuesta a conquistar el mundo en nombre de la justicia. Pero también veo esa mirada particular cuando hablamos de tu padre. Hay algo de él que te agobia.

De repente me sentí asfixiada y presa, pese estar al aire libre, en la amplia cubierta.

—¡Lo que me agobia es tu interrogatorio!

—Intento ser amable.

—Bueno, pues no se te da demasiado bien.

La ira prendió en su mirada.

—No puedo creer que una vez me acusaras a mí de ser difícil y me costara resultar agradable.

—No tengo que gustarte —le recordé—. Solo tenemos que trabajar juntos.

Su respuesta fue quitarse el abrigo y echármelo por encima de los hombros.

—Póntelo.

—¿Por qué?

—Porque aquí fuera refresca. Y sí que me gustas. —Parecía que le molestara reconocerlo.

Apreté el abrigo contra mi pecho, la pesada lana marrón aún caliente del calor de su cuerpo. Mi ira se aplacó y miré hacia abajo.

—Es solo que no quiero hablar de mi padre.

—Sí, eso lo he captado. Ahora ponte el maldito abrigo. O no… olvídalo. Entremos. Nadie es tan estúpido como para permanecer aquí fuera con este viento.

Lentamente, levanté la cabeza y miré en derredor. Olas furiosas rizaban el mar, tan oscuras que casi parecían negras. Llevaba un rato manteniendo el equilibrio de mi cuerpo y ajustándome al creciente balanceo sin haberme dado cuenta de ello.

—¿Cómo es posible que se haya levantado tanto viento en tan poco tiempo? —pregunté—. Había calma cuando hemos salido. Me admiraba de lo quietos que tenías los cabellos.

—¿Estabas estudiando mis cabellos?

—Me has dicho que lo estudie todo.

Pero no me sentía tan frívola como sonaba. Se me había erizado la piel. El cambio de tiempo se había producido realmente en un santiamén. Los relámpagos zigzagueaban sobre nosotros y una ola sacudió con tanta fuerza el barco que nosotros —y los marineros que andaban cerca— tuvimos que luchar para no perder pie. Grant me atrapó, rodeándome con su brazo hasta que la cubierta volvió a estabilizarse.

Agostino vino corriendo hasta nosotros y dijo en sirminio:

—El capitán quiere que todos los pasajeros regresen a sus camarotes.

—Pero se trata de una tormenta más, ¿verdad? —pregunté. Empezó a llover—. Os enfrentáis a esto todo el tiempo, ¿no?

—Vuelve a tu camarote —repitió, apresurándose hacia la otra punta del barco.

—No necesito saber sirminio para entender lo que ha dicho —dijo Grant—. Vamos.

Llovía a mares y el viento era tan feroz que Grant tuvo que forcejear con la puerta que conducía a la bodega para poder abrirla. La puerta se cerró de golpe en cuanto estuvimos dentro, pero todavía era perceptible el aullido del viento al otro lado de la gruesa madera.

—Voy a averiguar si la cosa pinta muy mal —dijo Grant—. Pero yo de ti me prepararía para una larga noche.

—Espera —le dije cuando empezó a caminar hacia su pasillo—. Grant, yo… —Se detuvo y me miró. Ya no parecía enfadado. No pude adivinar su estado de ánimo. Y tampoco sabía lo que quería decirle. Le devolví el abrigo sin más.

—Cuídate, Mirabel. —Luego desapareció doblando el pasillo.

Una vez en mi ala del barco, comprobé que mi camarote estaba vacío y descubrí que la mayoría de las chicas se habían reunido en el salón común.

—Vamos, vamos, solo es un poco de mar brava —les estaba diciendo la señorita Bradley. El barco cabeceaba con fuerza y al menos una chica jadeaba o chillaba cada vez que se mecía—. Se calmará pronto.

—¿Dónde está Adelaide? —pregunté.

Caroline echó un vistazo alrededor.

—Puede que esté en vuestro camarote.

—No, vengo de allí.

—Espera y verás como vuelve pronto —dijo la señorita Bradley.

Sin embargo, en cuanto me dio la espalda me escabullí por la puerta. Quizás Adelaide y yo nos habíamos cruzado sin darnos cuenta. No hubo suerte. El camarote seguía vacío. Me dirigí de nuevo a la cubierta, avanzando lentamente al ritmo bamboleante del barco. Aunque sabía lo que me aguardaba fuera, conseguí abrir la puerta a duras penas y el vendaval la cerró de golpe a mis espaldas. La tempestad había arreciado más de lo que yo creía y la lluvia fustigaba mi rostro. Me sequé el agua de los ojos y salí al diluvio con piernas temblorosas, trastabillando por la cubierta.

Nadie habría sospechado que solo era media tarde. Nubes oscuras y amenazantes se arremolinaban en el cielo, y era difícil delimitar la frontera entre estas y el mar. La lluvia enturbiaba mi visión y lo único que pude discernir con claridad fueron las descargas de relámpagos, seguidas, casi instantáneamente, de truenos.

Escudriñé la cubierta, tratando de encontrar a Adelaide. El vestido color lavanda que llevaba por la mañana la habría hecho destacar normalmente. Sin embargo, todo el mundo llevaba la ropa empapada y pegada al cuerpo, lo que imposibilitaba distinguir unos colores de otros. Además, todas las personas que estaban en cubierta se movían; por lo que pude ver, eran miembros de la tripulación que desempeñaban frenéticamente sus tareas, con la urgencia de asegurar el barco mientras el capitán y el primero de a bordo luchaban porque sus voces se oyeran por encima del estruendo.

Me moví entre ellos, apenas percibida por los nerviosos marineros, y seguí buscando a Adelaide. Mis zapatos resbalaban en la madera mojada y el viento dificultaba mis movimientos mientras concluía un engorroso circuito por cubierta. Ni rastro de Adelaide. Ni rastro de otros pasajeros. Yo era la única persona lo bastante descerebrada para enfrentarse al temporal, y había llegado la hora de quitarme del medio.

Cuando me dirigía hacia una de las puertas que llevaban a los camarotes, oí un grito a mi izquierda. Un marinero —prácticamente

un crío, más joven que yo— había perdido el control de un cabo que conectaba con una de las velas. El viento había alejado el cabo, agitándolo salvajemente mientras la vela se desplegaba. El chico intentó alcanzar la soga danzante pero no tenía la altura suficiente. Corrí a su lado y probé suerte. Yo tenía la altura necesaria, pero el endiablado revoloteo del cabo hacía difícil atraparlo. Se me escurrió de los dedos varias veces antes de poder asir la punta finalmente.

El mástil sobre nosotros era uno de los más pequeños, pero pude ver que se doblaba cuando el viento hinchó sus velas. Otras velas estaban siendo arriadas, y si no hacían lo mismo con esta el mástil pronto terminaría quebrándose por la fuerza del temporal. Devolví el cabo al chico que empezó a tirar de él en vano. Oí un crac que venía de arriba, pero el mástil seguía en pie. Agarré el cabo, intentando añadir mi peso al del muchacho, pero las fibras húmedas se me escurrían entre los dedos.

—Apártate —gritó una voz. Un marinero alto y corpulento se había acercado a grandes pasos y nos arrebató el cabo. También le resbaló de las manos, pero su agarre era más seguro y sus músculos más fuertes. Mientras plegaba la vela, la tensión del mástil se aflojó. Cuando estuvo suficientemente enrollada, el marinero ató el cabo, asegurándolo, y se apresuró hacia su siguiente tarea sin decir palabra.

El muchacho me hizo un rápido gesto de agradecimiento y, cuando se disponía a seguir al otro marinero, ambos volvimos a oír el crujido. Una verga se había desprendido del mástil y comenzó a caer. Empujé a mi joven compañero para apartarlo, pero no fui lo bastante rápida. Resbalé y caí al suelo hacia atrás, cerca de la borda. La viga fue a parar sobre mi pie y tuve la gran fortuna de que la parte que aterrizó encima de mí estaba ligeramente ahuecada; lo bastante como para evitar que la viga me aplastara el pie y el tobillo con todo su ímpetu, aunque no tanto como para permitirme sacar la pierna de debajo. Quedé atrapada.

El marinero vino corriendo hasta mí e intentó apartar la viga, pero esta ni siquiera se movió.

—Voy a pedir ayuda —gritó. Acto seguido desapareció en la cortina de lluvia y, a juzgar por el frenético ajetreo de todo el mundo en cubierta, dudé que la ayuda fuese a llegar pronto. Ningún marinero interrumpiría su faena, si esta podía salvar el barco, para

rescatar a una pasajera incauta.

Intenté sacar la pierna de nuevo, pero la verga la tenía bien sujeta. Pesaba tanto que no rodó con el zarandeo del barco como el resto de objetos sueltos. Clavada en mi sitio, pude centrarme más en lo que sucedía en cubierta. La mayoría de las velas habían sido afianzadas. Las olas rompían por encima de la cubierta cuando nos inclinábamos demasiado, lo que me hizo creer que volcaríamos. Luego volvíamos a enderezarnos, pero una parte de mí seguía pensando que el fin de nuestra suerte solo era cuestión de tiempo.

Por encima del viento oí que alguien gritaba con voz arisca:

—¿Qué haces, chica? ¡Vuelve abajo!

Y una voz conocida que respondía:

—¡Id a buscar ayuda! ¡Tenéis que quitársela de encima!

Estupefacta, levanté la vista hacia Adelaide, que venía hacia mí con el miedo plasmado en su pálido rostro. Un marinero viejo pasó de largo apresuradamente.

—Quítasela tú. Nosotros tenemos que evitar que este barco se hunda.

Adelaide se arrodilló junto a mí e intentó levantar la viga. Un nuevo pánico se instaló, no en mí, sino en mi amiga. El viento y las olas eran muy poderosos y estábamos peligrosamente cerca de la borda.

—¡Pesa demasiado! Déjame y vuelve abajo.

El rostro de Adelaide se endureció mientras volvía a intentarlo.

—¡Ni hablar!

Pude ver cuánto esfuerzo le costaba, cuánto dolor estaba soportando. Cuando intenté urgirle a que se fuera de nuevo, apareció Grant y se arrodilló junto a ella. Sus lacios cabellos estaban pegados a su cabeza.

—¡Tira conmigo! —ordenó a Adelaide. Como sus esfuerzos no dieron fruto, le lanzó una mirada feroz—. ¡Maldita sea! ¿Lo estás intentando al menos, chica?

Si a Adelaide le sorprendió la diferencia entre el verdadero Grant y el Grant público, no lo dejó entrever. Estaba demasiado centrada en mí, demasiado asustada y frustrada.

—¡Claro que sí!

Yo no podía tolerar el riesgo que estaban corriendo.

—Tenéis que iros los dos…

—Calla —me dijo Grant. Luego miró a Adelaide—. Lo haremos a la de tres. Tira con todas las fuerzas que tengas y busca las que ni siquiera sabías que tenías. ¡Una, dos y tres!

Tiraron juntos, sacando todo el músculo que pudieron. Al principio pareció que este intento también fracasaría, pero entonces sentí un ligero cambio de presión sobre mi tobillo. No fue mucho, pero la viga se levantó justo lo necesario para dejarme deslizar la pierna antes de que soltaran su peso. Grant vino corriendo junto a mí y me pasó un brazo por la cintura para levantarme. Me tambaleé un poco pero pude incorporarme y descargar peso sobre mi pie.

—¿Puedes andar? —me preguntó.

Asentí con la cabeza, pero a cada paso que daba sentía un dolor punzante en el tobillo. Adelaide me cogió rápidamente por el otro costado y los tres avanzamos cojeando por la cubierta, abriéndonos paso entre el azote del viento y la lluvia. Un relámpago atrajo mi atención hacia el mar, y tuve que mirar dos veces para creer lo que veía. En la distancia, entre la luz tenebrosa y la cortina de lluvia, el *Albatros Gris* reñía su propia batalla en el océano. El viento y las olas lo zarandeaban como a un juguete. Yo sabía que el barco era tan sólido y descomunal como el nuestro, pero en ese momento parecía muy frágil.

—Adelaide —dije señalando el barco.

Adelaide se detuvo y miró hacia donde yo señalaba. Sus ojos se abrieron y supe que estaba pensando en Tamsin.

Grant nos ordenó a ambas:

—¡No os quedéis pasmadas! ¡Vamos! ¡Daos prisa!

Conseguimos entrar y bajar a nuestro salón.

—¿Adónde vas? —pregunté cuando Grant se volvió inmediatamente hacia la dirección por donde habíamos venido.

—A ver si algún otro necio necesita ayuda.

—Los hombres siempre lo hacen todo —farfullé a sus espaldas.

—¿Quieres salir ahí fuera de nuevo? —preguntó Adelaide, apartándose una guedeja de pelo que le goteaba en la cara.

—Preferiría hacer algo útil en vez de quedarme aquí sentada y preocupada por si se me moja el vestido.

—¡Chicas! —nos llamó la señorita Bradley desde el salón común —. ¡Entrad aquí! Gracias a Uros que estáis bien.

Las chicas seguían dentro del salón, algunas lloriqueaban,

abrazadas las unas a las otras para reconfortarse. No pensaba haberme roto ningún hueso, pero me vino bien sentarme y descansar el tobillo y el pie. Seguramente me dolerían unos días, pero tampoco pensaba hacer nada especialmente atlético en un futuro próximo. En el salón, todo eran rostros pálidos y ojos abiertos. Estábamos todas asustadas. Todo el mundo a bordo del *Albatros Gris* debía de estarlo, pero al menos Adelaide y yo nos teníamos la una a la otra. ¿Quién podría reconfortar a Tamsin?

La noche transcurrió pesadamente. Terminé tan acostumbrada al zarandeo constante del barco que en los breves momentos de calma la habitación parecía seguir girando. Estos respiros brindaban una esperanza ilusoria que pronto cedía paso a bandazos más fuertes que los anteriores. Si no hubiera sido por Adelaide, probablemente habría regresado a cubierta. Aunque no habría sabido decir para qué, la verdad. Para causarle más problemas a alguien, lo más seguro. Pero me costaba pensar que los marineros se esforzaban por salvarnos la vida mientras nosotras permanecíamos a resguardo aquí abajo, sin hacer nada.

Grant también estaba arriba. Se había quejado y nos había gritado, pero yo había visto la inquietud en sus ojos. Y, pese a que era una persona con unos aires tan arrogantes que siempre hablaba del desapego hacia el prójimo, había vuelto a salir a la intemperie sin vacilar.

No fue hasta bien entrada la madrugada cuando me atreví a creer que lo peor había pasado. Las aguas se fueron calmando y el barco se estabilizó. Las chicas se sumieron en un sueño reparador y Adelaide y yo intercambiamos miradas expectantes, sin que ninguna tuviese el valor de expresar en voz alta sus deseos. Cedric pasó finalmente a vernos, el tiempo justo para facilitarnos la información de última hora.

—Mi padre ha hablado con el capitán; hemos dejado atrás la tormenta —dijo. Adelaide suspiró con alivio, todavía aferrada a mí, y Cedric prosiguió—: Sorprendentemente, no hemos perdido a nadie y el barco ha sufrido pocos daños. Aún es de noche, y en cuanto se dispersen las nubes, el capitán podrá evaluar nuestra posición. Mientras tanto, descansad lo que podáis.

—Se acabaron las travesías por mar para mí —dijo Adelaide cuando Cedric se hubo ido—. Si mi esposo quiere ir a visitar a su

familia a Osfrid, tendrá que hacerlo solo.

—Asegúrate de dejárselo claro a tus futuros pretendientes.

Se echó a reír, y me pareció que hacía siglos que no oía el sonido de su risa. Le sonreí, sintiéndome mil veces más ligera. Habíamos salido sanas y salvas de la tormenta. De algún modo, contra todo pronóstico, lo habíamos logrado. Adelaide consiguió dormir a ratos según avanzaba la noche, pero yo solo pude contar los minutos hasta que se hizo de día. Necesitaba subir a cubierta y ver por mí misma que la tormenta había amainado de verdad. Cuando tuve la certeza de que había llegado el momento, rogué a la señorita Bradley que me diera permiso para subir.

Otras chicas me siguieron, sin saber lo que nos esperaba. Salimos a una mañana pálida y neblinosa. El sol apenas brillaba, como si también él hubiera recibido una paliza en el tormentoso combate. Había escombros esparcidos por la cubierta, y el agua había calado en todo el barco. Los marineros y otros pasajeros, como Adelaide y yo, estaban claramente empapados. Yo casi me había secado por completo durante la noche, aunque mi vestido estaba tieso y arrugado.

Todos contemplamos el espectáculo con pasmo, y no se sabía qué era lo más asombroso: si el hecho de haber sobrevivido o que las aguas pudieran estar tan calmas después de una noche de furia.

Noté una presencia familiar junto a mí y casi desfallezco del alivio. Grant.

—Mirad —dijo. Seguí con los ojos el horizonte que nos señalaba, en dirección oeste. Habitualmente, habría esperado ver el punto de encuentro entre el cielo y el mar, una débil costura gris. Pero este día, los separaba una franja verdosa y marrón.

Tierra.

—Habría jurado que la tormenta nos llevaba al mismísimo infierno, pero, si lo ha hecho, parece ser que nos ha traído de vuelta. Eso es Cabo Triunfo.

Miré a Grant, incrédula, y me devolvió una sonrisa. Desvié mis voraces ojos de nuevo hacia el oeste. Había creído que terminaríamos en el fondo del mar, pero aquí estábamos, frente a nuestro futuro.

—Adoria —murmuró Adelaide, el rostro lleno de dicha—. ¡Adoria!

Una risa emocionada recorrió la cubierta, pero no todo el mundo compartía nuestro entusiasmo. Cedric y Jasper tenían el mismo semblante sombrío. Nunca se habían parecido tanto físicamente como en este momento.

Adelaide también se dio cuenta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Reparé antes que ella en el marinero que se acercó a Cedric con una pieza de madera astillada con forma de rostro de mujer. Oí que Cedric blasfemaba en balanco a media voz. O quizás estuviese recitando una oración. Adelaide se inclinó hacia el marinero y palideció al reconocer lo que yo ya había identificado. Era el mascarón del *Albatros Gris*. Lo había visto de cerca al embarcar en Osfrid y también desde la distancia durante nuestra travesía, apenas discernible desde nuestra nave gemela.

Pero el *Albatros Gris* ya no navegaba junto a nosotras; al menos no estaba a la vista. Lo único que podía verse eran los restos de la nave flotando en el agua.

10

La cara que me miraba al otro lado del espejo no podía ser la mía. Y no era por el maquillaje cuidadosamente aplicado o el elegante moño. No era por los relucientes granates en el cuello y en las orejas. No era por el vestido de satén escarlata bordado en oro.

Era la expresión de mi rostro; la mirada de alguien que no sentía nada. Esta no podía ser yo. No era posible que acabase de perder a una de mis mejores amigas y que, en estos momentos, estuviese a punto de desfilar por Cabo Triunfo como si no me preocupara nada en el mundo. Esta no podía ser yo.

Envidiaba a Adelaide. Cuando Jasper nos dijo que seguiríamos adelante con la procesión de la Corte Reluciente en el puerto, no había podido reprimir sus emociones. Se enfureció con él y se marchó corriendo con lágrimas en los ojos. Estuve a punto de correr tras ella, pero Cedric fue más rápido.

—Ya me encargo yo —dijo cuando pasó como un rayo junto a mí.

Adelaide no había tenido pudor de mostrar su pena. Yo sí. Yo sabía que si la dejaba aflorar, aunque fuese un poquito, nada podría detener el resto. Era o todo o nada. Y no podía permitir que las demás lo vieran. No podía permitir que la dura y sensata Mira se derrumbara. Que se desintegrara.

«Mira, tú nunca me perderás. Da igual lo que pase, o adónde nos lleve este mundo, siempre estaré allí para ti».

Eso había dicho Tamsin, pero ya no estaba en este mundo.

Y, por un breve espacio de tiempo, me inquietó la posibilidad de perder también a Adelaide. Al marcharse hecha una furia, había amenazado con regresar a Osfrid y cumplir su contrato en un hospicio. Tardó tanto en volver a nuestro camarote que empecé a preguntarme si había sido sincera. Finalmente, cruzó el umbral y la atraje rápidamente para abrazarla.

—No quiero volver —me reconfortó con un nudo en la garganta—. Pero es que… No sé cómo se supone… es imposible que podamos… No lo sé. ¿No te cuesta hacer esto?

Me costaba mucho. Quería hacerme un ovillo y llorar hasta quedarme sin lágrimas. No quería disfrazar la muerte de Tamsin poniéndome elegante. No quería sonreír y pestañear con coquetería a nuestros admiradores, pero estábamos atrapadas en esto y yo debía cuidar de Adelaide.

—Por supuesto que me cuesta —dije, intentando aparentar brío y pragmatismo—. Pero volver a Osfrid no va a solucionar nada. Necesito seguir adelante, pasar a la siguiente etapa. Y tú también.

—Lo sé. Y de verdad que entiendo lo que implica todo esto. Quiero hacerlo. Pero Tamsin…

Sabía lo que no era capaz de decir. Se sentía culpable. Pensaba que era responsable de que Tamsin hubiera viajado en el otro barco. Pero yo les había fallado a las dos, no había conseguido acertar en el papel de conciliadora.

—Lo sé —le dije—. Yo me siento igual. Pero no es culpa tuya.

La señorita Bradley nos estaba llamando para que nos reuniéramos, y ayudé rápidamente a Adelaide a ponerse el vestido gris y plateado. Le apliqué kohl en sus ojos inyectados en sangre y le arreglé los mechones rizados para que enmarcaran perfectamente su rostro. Cuando terminamos, su presencia era tan impecable como la mía, salvo que su rostro seguía destilando pena.

—Podemos hacerlo, Adelaide.

—Eres tan fuerte… —dijo.

Si eso era cierto ¿por qué era yo la que tenía tanto miedo de mostrar mis sentimientos?

Nos reunimos en cubierta con los demás pasajeros, y la señorita Bradley nos dio un breve repaso sobre lo que nos esperaba. El capitán izó una bandera en cuanto nos aproximamos a Cabo Triunfo; bandera reconocible para los residentes por ser la de la Corte Reluciente. Todos los años, los potenciales pretendientes y los mirones curiosos se juntaban en los muelles para vernos desembarcar. Jasper, siempre el perfecto animador, había convertido aquel acontecimiento en un gran desfile, recreando dramatismo y *glamour* para garantizar que causáramos sensación desde el momento en que plantábamos literalmente un pie en

Adoria. Lo aborrecí por obligarnos a hacer todo aquel paripé y, sin embargo, una pequeña parte de mí, imparcial, entendía su lógica. Él tenía un negocio que llevar. Mis compañeras de viaje y yo estábamos allí para encontrar un buen partido. Salir del barco de luto, con la cabeza gacha, no habría sido un comienzo prometedor para semejante empresa.

La costa estaba cada vez más cerca. Cabo Triunfo se asentaba justo en la punta de un trozo de tierra que circundaba la Bahía Denham. Su ubicación interna ofrecía protección contra las tormentas a la ciudad portuaria, pero también la hacía accesible a los barcos que arribaban de allende los mares o bordeando la costa. Era uno de los puertos más antiguos e importantes de las colonias osfridianas, pero la colección de casas, iglesias y edificios comerciales que saltaban a la vista no parecían hacer mucha mella en la costa virgen. Rodeaban la ciudad frondosos bosques en los que descollaban árboles de hoja perenne sobre los de hoja caduca aún pelados del invierno. Me recordó las cordilleras del norte de Sirminia: millas y millas de naturaleza en su forma más pura. La selva parecía invencible, como si las manos humanas jamás pudieran domarla. Aunque Osfrid también tuvo que ser así en su día, supuse.

No me sorprendió que Grant se materializara a mi lado con esa manera suya de hacerlo. Como toda la multitud estaba ensimismada con Adoria, nadie se dio cuenta de que me andaba buscando.

—Mirabel…

—Lo sé, lo sé —dije tranquilamente, sin apartar los ojos de la costa—. Y no te preocupes, esto no cambia nada. Haré lo que necesitas que haga.

Permaneció callado tanto rato que tuve que mirarlo para asegurarme de que no se había ido.

—No he venido por eso. Solo quería decirte… Lo siento. Y que tengas cuidado y no vayas a arrastrar otro fantasma.

—¿Piensas que debería olvidar a mi amiga?

—No. Pienso que no deberías olvidar que sigues viva.

Se mezcló con los otros pasajeros y sentí una breve punzada de envidia. «Las personas complican las cosas. Pueden ser peligrosas si te encariñas con ellas». Esto es lo que me había dicho en nuestra primera auténtica conversación, y yo había estado displicente. Pero

en estos momentos entendía lo que quería decir. Perder a Lonzo y a Tamsin no me habría dolido tanto si no los hubiera amado, pero sin su amor, mi vida habría sido mucho más pobre.

La señorita Bradley avanzó dando palmas para imprimir énfasis.

—Chica, chicas. Vamos a prepararnos. Seremos las primeras en bajar en cuanto el barco atraque.

El *Buena Esperanza* se deslizó más cerca del muelle. En esta orilla de la Bahía Denham, las aguas eran más calmas y cómodas para el atraque, lo que contribuía, de nuevo, al emplazamiento ideal de Cabo Triunfo. El extremo más alejado de la bahía flanqueaba otros territorios coloniales y era mucho menos hospitalario. Sus aguas poco profundas y sus orillas rocosas permitían el acceso a embarcaciones pequeñas, pero nada del tamaño de nuestro barco.

Apreté la mano de Adelaide mientras los marineros maniobraban con cuidado y empezaron a lanzar cabos al muelle. En los últimos años, había empleado tanto tiempo en tratar de pasar desapercibida que la visión de todas aquellas personas mirándonos y esperando que bajáramos a tierra era más intimidatoria que la indomable urbe y la salvaje naturaleza tras ellas. En cuanto el barco estuvo bien asegurado, tuvimos que esperar a que las autoridades portuarias subieran a bordo y hablaran con el capitán. Los inspectores de aduanas los siguieron para comenzar un arduo inventario y, sin darme cuenta, nos hicieron desembarcar y ponernos en fila.

Después de tanto tiempo en alta mar, la tierra firme se me antojó tan desorientadora como lo era el vaivén del barco. La señorita Bradley nos puso en fila según nuestro rango y Adelaide fue la primera, asumiendo con valentía tan visible posición. Amelia, una chica de la otra mansión, fue la segunda. Y después la señorita Bradley me llamó a mí.

—¿Por qué soy la tercera? —pregunté.

Su rostro era macabro.

—Porque ahora eres la tercera. Casi todas las chicas que estaban por delante de ti iban en el *Albatros Gris*.

Las tres primeras. Lo que Tamsin tanto había codiciado. Miré a Adelaide y tuve que apartar la vista de la angustia que percibí en sus ojos, porque si los miraba demasiado rato tendría que reconocer

mi propio dolor. Y, en ese caso, no sabía cuánto tiempo sería capaz de mantener mi endurecida fachada.

—Adelaide, tienes que avanzar ahora —dijo la señorita Bradley sin malicia.

Adelaide echó los hombros atrás y la cabeza bien alta dando un paso al frente. La transformación era remarcable. Nadie habría sospechado que tenía el corazón roto o que la estaban exhibiendo como un animal de presa en el mercado. Caminó —no, más bien se deslizó— con un porte regio que parecía encarnar la nueva nobleza que los Thorn tanto deseaban inculcarnos. Actuó como si esta clase de exhibición no fuera nada extraño para ella, como si llevara haciéndolo toda la vida.

Inspirada por el ejemplo de Adelaide, seguí a Amelia. Era difícil mantener la vista al frente, no tanto por temor como por curiosidad. Deseaba estudiar este nuevo mundo y a sus gentes. Las ojeadas que pude arañar mostraron una variedad que superaba con creces mis expectativas. Ciudadanos solemnes vestidos de terciopelo y seda. Plebe burda y tosca con raídas chaquetas y sombreros de piel de castor. Hombres, mujeres y niños. Había visto ahorcamientos en Osfro que suscitaban menos interés que nosotras, y eso que eran espectáculos muy populares.

Algunas personas de este último grupo —los más groseros, al menos— no vacilaron en compartir sus pensamientos sobre nosotras. Miradas lascivas, comentarios vulgares. Proposiciones. Algunas observaciones iban dirigidas a nuestro grupo en conjunto. Una mujer nos llamó «Rameras Relucientes». Otros mirones nos señalaban por separado. Amelia, que me precedía, era muy visible por su melena cobriza y vi como se estremecía ante un comentario especialmente lascivo sobre «la pelirroja». Yo, cómo no, también era visible como la «chica sirminia»; aunque «chica» no fue la palabra que usaron todas las veces.

Los provocadores eran minoría; la mayoría de los espectadores nos observaban sencillamente como la novedad. Los niños nos miraban con admiración. Y algunos hombres, a todas luces la élite, nos sopesaban con más profesionalidad, y lo más seguro es que hicieran pesquisas después.

La procesión finalizó ante un grupo de carruajes que Jasper había alquilado y que llegaron rodeados de fornidos escoltas a los

que también había empleado.

—Solo un loco deja un tesoro desprotegido —oí que decía mientras Adelaide y yo éramos conducidas a un carruaje. Sus ojos estudiaban a la multitud—. Excelente, excelente. Ya puedo ver a los pretendientes potenciales. Seguro que haber traído solo a la mitad del elenco sube los precios.

Me mordí el labio con tanta fuerza que casi me hice sangre. La ira y la pena me quemaban el pecho y luché por conservar la calma mientras pasaba por delante de él y subía al carruaje. Nos pusimos en marcha con una sacudida, y tuvimos la primera visión real de Cabo Triunfo. Me arrellané en mi asiento y me froté el tobillo, que me dolía de mis aventuras en la tormenta. Caminar sobre él durante el desfile había sido más doloroso que enfrentarme al gentío.

Grant nos había explicado un poco la geografía de la ciudad, de modo que ya sabía que los muelles estaban en la ribera sur. Bordeamos los arrabales de la urbe, sin pasar por su bullicioso centro comercial. Me pregunté por cuánto tiempo más el barrio comercial podría resistir la expansión. Cabo Triunfo crecía rápidamente, y pasamos por delante de muchos edificios en construcción o recién terminados. Todos eran toscos y más utilitarios que estéticos. No habían vivido los siglos de lustre y remodelación de las ciudades al otro lado del mar. Había visto poblaciones así en mis viajes, pero sabía que las variopintas edificaciones eran desconocidas para Adelaide, que había pasado casi toda su vida en los distritos históricos regios.

Un camino embarrado nos condujo por las vastas tierras rurales de los aledaños de la ciudad, que eran inhóspitos y abrigaban malos presentimientos. Los brotes de la primavera luchaban por abrirse paso, pero el invierno aún no había soltado su garra.

Nuestra nueva morada, Las Glicinias, era una bonita casa blanca con postigos negros. Si bien era más pequeña que El Manantial Azul, era mucho más agradable que cualquiera de las que habíamos visto en nuestro breve trayecto desde la punta de Cabo Triunfo. Los hombres contratados nos ayudaron a descender de los carruajes y luego se pusieron a descargar nuestro equipaje. Dentro de la casa nos recibieron Charles Thorn y nuestra institutriz de rostro impávido, la señorita Culpepper. Supe inmediatamente que Charles tenía un talante más amable que su hermano, y expresó verdadera

tristeza cuando le relataron la pérdida del *Albatros Gris*. De inmediato aceptó la sugerencia de Cedric de que nos tomásemos un tiempo antes de empezar los actos sociales.

—Sí, sí, por supuesto. Pobres joyas mías… Debéis recuperaros de este revés. ¡Pero os aseguro que os divertiréis cuando dé comienzo la temporada! Este paseo solo ha sido un aperitivo de las delicias que os esperan. —Charles se levantó las gafas y nos sonrió a todas.

«Paseo» no era precisamente la palabra que yo habría escogido para describir el desfile desde el barco, pero parecía sincero en sus buenas intenciones.

La señorita Culpepper se mostró un poco más fría al recibirnos. A su lado, la señorita Masterson era incluso indulgente.

—Sin duda muchas pensáis que el Nuevo Mundo es un lugar relajado donde podréis hacer lo que queráis. Pero eso no va a ocurrir, al menos no mientras yo esté al frente de esta casa. Seguiréis todas las normas que os marque y cualquier instrucción que os dé. No permitiré ningún tipo de comportamiento inapropiado o burdo bajo mi techo. —Sus ojos se posaron en mí.

Adelaide y yo teníamos una habitación entera para nosotras solas, pero era un lujo agridulce. Tenía dos camas extra, en principio para acomodar a más chicas; chicas que ya nunca vendrían. Me quedé mirando una de las camas vacías, la que estaba junto a la ventana, y sentí un nudo en la garganta al acordarme del día que había conocido a Tamsin. Se había negado a ocupar la cama de la ventana en nuestra habitación, aleccionándonos sobre la luz solar y las pecas.

En cuanto nos instalamos y aprendimos las normas de nuestra nueva casa, nos dejaron hacer el duelo, como habían prometido. Al parecer, los Thorn discutieron sobre el número de días que debía durar este duelo, pero de momento no teníamos nada que hacer aparte de descansar y hacernos a nuestra nueva vida. Después de toda la actividad de los últimos días, recibimos esta calma como un impacto.

Adelaide solo quería tumbarse y tener un momento de paz, y no se lo cuestioné, como tampoco su súplica de que no me preocupara por ella. Necesitaba asimilar lo ocurrido. Ninguna palabra mía podría cambiar el sentimiento de responsabilidad que sentía por la muerte de Tamsin, y solo pude desear que mi amiga no cargase con

una culpa inmerecida.

Desesperada por distraerme, «asimilé» mi pena explorando la casa. Las Glicinias tenía dos plantas principales, una bodega en el sótano y un modesto ático arriba. Si bien la casa se erguía sobre una vasta extensión de terreno, el accidentado suelo no había sido ideado para pasear por él placenteramente, y no lo cuidaban. La recomendación era no salir de la casa y solo nos permitían ir al porche delantero, bajo la mirada vigilante de los mercenarios.

La casa tampoco ofrecía tantas estancias como El Manantial Azul. No había salón de baile, ni salón de música, ni sala de estar. Prácticamente cada espacio de la casa tenía un función utilitaria, siendo la excepción un adornado saloncito. Pero incluso esta estancia, como me dieron a entender, se llenaría en cuanto nuestros pretendientes comenzaran a llegar. Un descansillo con baranda daba a este saloncito desde el segundo piso, ofreciendo una valiosa privacidad. Me quedé en ese rincón después de haber explorado el resto de la casa, acurrucándome contra la pared para hacerme lo más pequeña que pude.

«Tamsin está muerta».

Creí que rompería en sollozos o gritaría mi ultraje al mundo, pero el arranque de emociones en mi pecho se había enfriado. Sentía un vacío, y solo el dolor de la pérdida llenaba ese espacio. Grant había dicho que arrastraba fantasmas, pero se equivocaba. Me sentía como uno de ellos. Insustancial. Perdida.

El suelo crujió y alguien se sentó a mi lado. Feliz de no haber gritado, levanté la cabeza para ver cuál de mis compañeras había descubierto este escondrijo.

Pero no era ninguna de las chicas de la Corte Reluciente. La mujer que estaba junto a mí llevaba pantalones holgados y una blusa suelta sin remeter con bordados azul oscuro en el cuello y las mangas de campana. Un largo collar de perlas e historiadas hojas doradas colgaba de su cuello. Su larga y negra cabellera descansaba sobre su hombro en una trenza suelta que me hizo sentir envidia de otros tiempos más fáciles. Y su piel… era del mismo tono que la mía. Por un instante creí que estaba delante de otra sirminia. Pero no.

—Eres balanca —constaté.

Un gesto divertido se plasmó en sus hermosos rasgos, que lucían

unos ojos negros muy vivos y unos pómulos prominentes que ya hubieran querido para sí las chicas de la casa.

—Y tú eres Mirabel.

—Lo siento. —Noté que me sonrojaba—. He sido una maleducada.

La cadencia de su voz me cautivó. El acento era una versión más pronunciada y pura que la que dejaban traslucir las palabras de Grant. Era muy diferente de cualquier otro acento evario que yo hubiera oído y me entraron deseos de comprender el funcionamiento de la lengua.

—Puedes llamarme Mira —le dije—. Y es un placer conocerte…

—Aiana. —Me tendió la mano y se la apreté. Anillos de plata adornaban casi todos sus dedos—. Sé que estás de duelo por tus amigas. No te molestaré mucho tiempo.

—En realidad, sobre todo por una amiga. —Desvié la mirada, la novedad de conocer a Aiana de pronto sustituida por una punzada en el corazón—. Y no sé cómo voy a seguir adelante sin ella.

—¿Los tuyos no creen que los ángeles guían a los muertos al paraíso? ¿Flotando en un mar de luz?

—Yo no sé en qué creo. —Me froté el puente de la nariz y traté de apartar a mi amiga de mis pensamientos—. Eres el contacto de Grant, ¿cierto? La que le transmitirá mis mensajes. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Trabajo aquí —dijo sonriendo de nuevo—. Para los Thorn. En teoría no deberíamos presentarnos aún, pero quería que supieras quién soy.

—¿Qué clase de trabajo haces para los Thorn?

Aiana abrió las manos.

—De todo. A veces hago de carabina en las fiestas. A veces trabajo de escolta. Entre temporadas, compruebo si las chicas casadas son felices y sus esposos las tratan bien. Me aseguro de que todo funcione, realmente.

—¿Y qué ocurre si no funciona?

—Entonces le pongo remedio —dijo después de un rato—. Normalmente por medios razonables. Algunos matrimonios se han disuelto, pero en raras ocasiones.

—¿Y si… no puede resolverse por medios razonables?

—Entonces le pongo remedio —repitió.

Me sacaba media cabeza y, aunque llevaba prendas holgadas, pude adivinar un cuerpo esbelto y musculado. Algo en el tono de su voz me dio ciertas ideas de cómo podía poner remedio a los problemas.

—Por lo que me ha dicho Grant, tengo la impresión de que la mayoría de los balancos guardan las distancias con nosotros… la gente de Evaria y Osfrid. —Era otro comentario descarado, pero había una soltura en ella que hacía que me sintiera cómoda y le hablara sin pelos en la lengua—. Que… piensan… pensáis que somos primitivos.

Se echó a reír.

—Primitivos no, más bien… incultos. La mayoría de los balancos piensa que tu gente tiene poco que ofrecer y que vuestra ambición es peligrosa.

—¿Y tú no?

—Yo pienso que tenéis algo que ofrecer —dijo sin reconocer la peligrosa afirmación—. Hay algo fascinante en vosotros. Incultura, sí, aunque nunca te aburres. No tenía pensado quedarme aquí, pero tampoco tenía nada pensado realmente cuando llegué. Antes de darme cuenta ya había conocido a los Thorn y descubrí que estaba satisfecha. Y tengo que vigilar a Iyitsi.

—¿Quién es I-yit-si? —pronuncié con dificultad.

—¿Tú qué crees?

—¿Grant?

—Sí. —Su gesto divertido de antes se desvaneció—. No me gusta que te utilice, pero nunca me ha escuchado. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—¿Es dura la vida aquí para ti? ¿Siendo balanca? —Yo me enfrentaba a muchos prejuicios, y eso que tenía mucho más en común con los oriundos que ella.

—En algunos aspectos sí, en otros no. Yo no escondo quién soy, y eso es más fácil que intentar ocultarlo o comportarse como uno de los vuestros. Si lo hiciera, siempre tendría alguna carencia. Me siento mejor siendo fiel a mí misma y abiertamente balanca. Nadie cuestiona mi identidad. Ahora bien, ¿qué piensan de los balancos personalmente? Eso siempre es una sorpresa.

—Grant dice que las cosas siempre son más sencillas cuando potencia su lado osfridiano.

—Más sencillas para otros, puede ser. Pero ¿para él? Bueno, nada es sencillo cuando se trata de él. Pero sí, habla como un oriundo y potencia la parte de su padre, lo suficiente como para que nadie repare en él. No pienso que los beneficios de parecer osfridiano al cien por cien le importen tanto como demostrar que puede transformarse en quien quiera. Mientras pueda hacerlo, no tiene que preguntarse quién es. —Su mirada se volvió introspectiva durante un segundo mientras meditaba sus palabras. Al cabo, salió de su ensimismamiento y su rostro se endureció—. Bueno. No dejes que sus objetivos interfieran en los tuyos, Mira. No has venido aquí a perseguir conspiraciones, y tan pronto como quieras liberarte de esto, házmelo saber.

Algo en sus palabras disparó una pregunta que llevaba tiempo incordiándome.

—Tú me llamas Mira y él siempre me llama Mirabel. ¿Hay alguna razón que lo explique o es solo una de sus rarezas?

Su sonrisa regresó.

—Los nombres tienen un significado. Tienen poder. Mirabel es tu nombre de nacimiento, ¿verdad? ¿El que te dieron tus padres? Te define. Acortarlo o crear un apodo a partir de él disminuye esa importancia. Por eso damos otros nombres si es necesario. Quienes asumen un nuevo estatus, un líder militar, por ejemplo, pueden escoger otro nombre para este rol. Una persona que ha sufrido rechazo también podrá elegir algo diferente. Y en las relaciones afectivas (amistad, familia, marido, esposa), normalmente terminamos llamándoles de otra forma también. Un nombre que solo existe entre dos personas. Implica un vínculo. Podría ser algo tan sencillo como «hermano» o «hermana». Podría ser algo descriptivo. La mejor traducción para esto es… un «nombre íntimo».

—Pero si me llamas Mira no estás conservando esa costumbre.

—La conservo con mi gente. En tu caso, me parece más importante respetar tus costumbres.

Medité todo lo que me había dicho.

—¿Es I-yi-yitsi le nombre de nacimiento de Grant?

—Iyitsi —me corrigió—. Así es como lo llamo yo. Nunca me ha dicho cuál es su nombre de nacimiento balanco.

—¿Significa algo?

—Iyitsi es uno de nuestros dioses. Un tramposo. El dios

enmascarado. El dios de múltiples caras. —Sus ojos brillaron de nuevo—. Él lo odia, pero yo creo que le va como anillo al dedo.

Reflexionando sobre lo que sabía de Grant, dije:

—No podría estar más de acuerdo contigo.

11

Cuando se puso en marcha el verdadero negocio de la Corte Reluciente experimenté sentimientos confusos. Por una parte, agradecí que se interrumpiera el estancamiento en el que nos habíamos sumido. Pero esto también significaba que debía afrontar el futuro que había tratado de rehuir. Ya no podía dejar que la pérdida de Tamsin focalizase mis pensamientos.

Técnicamente, seguíamos de duelo cuando aparecieron los primeros pretendientes. Jasper y Charles habían aclarado públicamente que no estaríamos de forma oficial «en el mercado» hasta el baile inaugural, pero tampoco despachaban a los hombres que venían afirmando que solo deseaban hacer amables preguntas. Algunos hombres pasaban por casa movidos realmente por la curiosidad: querían saber los precios, qué cualidades se esperaba de nosotras, etcétera. Otros, sin embargo, habían presenciado nuestra llegada a puerto y ya habían elegido a algunas chicas de su interés.

Mi escondite en el rellano peligró cuando mis compañeras descubrieron que daba a la sala donde los Thorn recibían a las visitas. Incapaces de resistir la tentación, nos agrupábamos todas en excitado tropel para escuchar a hurtadillas las conversaciones de la planta de abajo. Cada una de las chicas deseaba que mencionaran su nombre, además de comprobar las perspectivas futuras del resto. Cuchicheaban sobre qué hombre era el más atractivo, quién el más romántico. Yo por mi parte valoré a los pretendientes con mucha más frialdad, intentando determinar cuál me daría menos problemas y más rienda suelta.

Ver trabajar a los Thorn me tenía embelesada. El comercio y la retórica corrían por sus venas, incluso en el caso del dócil Charles. Los tres se turnaban para dirigir estas reuniones, aunque a veces más de un Thorn recibía a un solo pretendiente. A mí me encantaban estas reuniones porque los pretendientes nunca tenían

la menor oportunidad.

Uno de los hombres que tuvo la mala suerte de verse con Cedric y Jasper captó especialmente mi interés, pues su nombre era uno de los que figuraba en la lista de Grant.

Se llamaba Theodore Craft y había hecho fortuna con la gestión de varias destilerías en Denham y las colonias adyacentes. El mentor de Grant, Silas Garrett, había empezado a investigarle justo antes de la partida de Grant. Al parecer, Craft hacía calculados —y sospechosos— viajes para visitar sus propiedades, viajes que alguien con sus medios probablemente no necesitaba hacer en persona.

Me incliné hacia delante cuando Cedric le instó a sentarse. Theodore era un hombre robusto, con entradas en las sienes y vestido para impresionar. Estaba interesado en Beatrice, una chica de Guthshire, y no disimuló por qué le gustaba.

—Me gustan las rubias —afirmó. Como nadie conocía nada de nosotras aparte de nuestra apariencia física, nuestro atractivo era el único motivo por el que un hombre podía sentirse atraído por una de nosotras. Muchos de ellos intentaban elaborar razones más profundas, alegando cosas como: «Parece que es una dura trabajadora». Pero todos sabíamos la verdad.

—Bueno, pues tenemos bastantes —dijo Cedric, alegre como siempre—. Todas talentosas y adorables.

—Me gusta esta de aquí. —Beatrice sonrió satisfecha al oírlo, hasta que Theodore añadió—: Pero estoy abierto a otras si la diferencia de precio es considerable. Veréis, ya ha llegado la hora de casarme y quiero estar seguro de elegir a una mujer digna de mi rango. Mi empresa elabora el ron y el whisky más exquisitos de todas las colonias, como sabréis.

—Oh, sí —dijo Jasper—. Lo sé muy bien. Todo el mundo conoce vuestro excepcional negocio.

Creí a Jasper. De hecho, creí que tendría una idea bastante buena de las ganancias de Theodore, hasta el último centavo. Dedicaba mucho tiempo a investigar a los ciudadanos ricos de Cabo Triunfo.

—Un hombre de negocios respetable necesita a una mujer respetable —añadió Cedric. Era una frase que usaba todo el tiempo —. Y ha sido buena idea que vinieseis a hablar con nosotros primero. No es que estemos negociando ningún trato todavía, pero

estamos teniendo muchas, muchísimas consultas.

Jasper asintió a lo que decía su hijo.

—Preveo que la mayoría de estas chicas ya estarán comprometidas antes de que el baile inaugural haya terminado. Este año tenemos menos chicas, como sabréis. De modo que, desgraciadamente, algunos hombres quedarán decepcionados.

El ceño levemente fruncido de Cedric fue el único signo de disgusto a la sutil referencia al *Albatros Gris*, pero fue rápido en corregir el desaguisado de su padre.

—Esto explica que tomar una decisión temprana sea tan importante. Quienes se demoren terminarán perdiendo su oportunidad. Porque hemos oído incluso que algunos hombres ya están moviendo activos y pidiendo préstamos para sus honorarios, ¿no es así, padre?

—Desde luego. Por supuesto, las chicas tienen toda la temporada para elegir, pero ¿si se les presenta una propuesta temprana y respetable en la gala de debut? ¿En especial si hay dinero seguro de por medio? —Jasper se encogió de hombros con elocuencia—. Bueno, dudo mucho que estas joyas vayan a esperar demasiado.

Por lo general, los Thorn intentaban vender la chica más cara a los postores, pero una serie de delicadas preguntas pronto revelaron que el de Beatrice era el precio más alto que Theodore estaba dispuesto a pagar. De modo que Jasper y Cedric se pusieron manos a la obra, elogiándola y ensalzando sus virtudes y, cómo no, su belleza.

—¿Cuándo es el baile inaugural? —preguntó Theodore nerviosamente—. Tengo que hacer un viaje importante a Bakerston por la mañana. Y no puedo aplazarlo. Estaré allí unos días.

—El anuncio no es oficial todavía, pero creo que tendréis el tiempo justo —le dijo Jasper con complicidad—. Pero no lo alarguéis.

El rostro de Theodore se iluminó.

—Descuidad, no lo haré. Y hoy mismo empezaré a consultar mis cuentas.

Un viaje a Bakerston. Un viaje que no podía postergar.

Se me aceleró el pulso. Esta era precisamente la clase de información que Grant quería: los movimientos de un hombre bajo sospecha por sus misteriosos viajes.

Como todo el mundo estaba ocupado observando a nuestros pretendientes, me fue fácil escabullirme y salir al porche.

—Hola —dije acercándome a uno de los mercenarios—. ¿Sabéis dónde está Aiana? —No sabía cómo localizarla de otro modo, sobre todo cuando se suponía que aún no nos habíamos conocido.

El hombre dudó, consciente de las normas que le impedían hablar con nosotras.

—No. Hoy es su día libre. Ahora volved dentro.

Se me cayó el alma a los pies. No esperaba que Aiana estuviese siempre a mi disposición, pero esto complicaba las cosas para utilizarla como intermediaria con Grant. ¿Sería muy importante la información sobre Theodore Craft? Bastante, si tenía en cuenta que partía a la mañana siguiente.

Antes de poder decidir cómo solucionar este problema, un gran revuelo se apoderó de la casa con la llegada de Warren Doyle, el hijo del gobernador de Denham. Todas las chicas se agolparon junto a la barandilla, intentando obtener la mejor visión posible de la sala de reuniones. Comprendí a qué se debía tanto alboroto: Warren era guapo y educado y no tardó en informar a los Thorn de que acababan de nombrarlo gobernador de su propia nueva colonia, Hadisen. Varias chicas que estaban a mi lado entrelazaron sus manos de la emoción. Una incluso ofreció una oración.

Pero todo aquello fue en vano, porque Warren ya había elegido a una chica y una sola chica: Adelaide. Un Jasper visiblemente impaciente le arrebató el terreno de juego a Cedric en lugar de ceder a su tira y afloja habitual.

—Adelaide es sin duda incomparable —dijo Jasper. Warren no solo la había contemplado desde los muelles, sino que además se había informado enseguida sobre su excelencia en cualquier área. Jasper volvió a aludir a la proximidad del baile y dijo que Warren no tendría que esperar mucho para conocerla. La reacción de Warren fue un poco distinta de la de Theodore.

—No necesito conocerla —dijo Warren—. Estoy seguro de que es excepcional. Me gustaría firmar el contrato de matrimonio ahora mismo.

Cedric, que hasta ahora había hablado poco, se estremeció.

—No es así… no es así como funciona esto. Las chicas conocen a sus potenciales pretendientes durante la temporada de actos

sociales. Al final, son ellas las que eligen.

—No quiero arriesgarme a perderla porque otro la impresione con grandes artificios —repuso Warren—. Les voy a hacer una oferta por la que les merezca la pena eliminarla de la selección antes de hora; una oferta que no igualaré si he de esperar: mil doblones de oro si cerramos el trato en este momento.

Nunca habían ofrecido una suma igual. Se oyeron gritos ahogados en la planta de arriba. Adelaide guardó silencio, pero era porque estaba aguantando la respiración. O quizás es que no podía respirar siquiera. Pienso que habría existido una buena posibilidad de que Jasper modificara en el acto las normas de la Corte Reluciente si Cedric no hubiera mostrado una postura tan inflexible.

—Eso supondría un incumplimiento de nuestra política habitual —admitió Jasper—. Pero estoy seguro de que, dadas las circunstancias, no habría nada malo en que ella os conociese ahora y…

—Ella tiene derecho a valorar sus opciones y a elegir —dijo Cedric—. Está estipulado en su contrato. Nada de acuerdos preferentes.

Los dos siguieron discutiendo, aunque la comisión por este matrimonio habría sido para Cedric. Su honorable actitud no me sorprendía. Había dejado claro en nuestra primera reunión y durante sus visitas que deseaba que fuéramos algo más que género. Finalmente se salió con la suya, aunque todos sabíamos que padre e hijo tendrían una acalorada discusión más tarde. Warren se marchó a regañadientes, vencido, de momento.

Su oferta fue la comidilla de la casa por la noche. Muchas chicas pensaban que Cedric había sido un loco por rechazarla. Y otras que Adelaide habría debido bajar las escaleras y aceptarla.

Por su parte, Adelaide tenía un conflicto. Ella también se preguntaba si no debía de haber aceptado semejante oferta de un hombre tan poderoso. Y al mismo tiempo respetaba la insistencia de Cedric en que debía valorar todas sus opciones. Esa noche, Adelaide daba vueltas por nuestra habitación, pensando y sopesando ambas posibilidades. Yo no pude ofrecerle mucho, salvo un oído atento.

—Tamsin habría aceptado la oferta —declaró finalmente.

No pude evitar una leve sonrisa.

—Tamsin habría llamado a un sacerdote y se habría mostrado

dispuesta a casarse en el acto.

Adelaide no me devolvió la sonrisa. Tenía un semblante sombrío.

—Es Tamsin quien debería haber recibido esta oferta. Ella tendría que haber sido el diamante.

Me acerqué enseguida y la rodeé con mis brazos.

—No pienses eso.

—Es solo que pienso que no me lo merezco.

—Tamsin te quería. Te has ganado tu sitio aquí. —Las palabras de Grant en el barco se me vinieron a la cabeza, cobrando todo su significado. «Y no olvides que sigues viva».

La propuesta de Warren continuó preocupándola, pero al menos dejó de sentirse culpable. Yo por mi parte tenía mi propio dilema que resolver esa noche. ¿Qué debía hacer con Theodore Craft? No pude quitármelo de la cabeza durante toda la cena y mientras me preparaba para acostarme. Adelaide se fue a la cama temprano, lo cual resultó un alivio. Aunque tenía le cabeza en otras cosas, habría terminado por intuir mi conflicto interno.

Cuando volvía del cuarto de baño, una opción arriesgada se me presentó inesperadamente. Una sirvienta que llevaba un puñado de cajas pasó por delante de mí hacia la puerta del ático que había al fondo de mi pasillo. Me detuve y observé cómo desaparecía por unas pequeñas escaleras. Yo había explorado esa zona los primeros días, encontrando poco más que una despensa. En cuanto regresó y se dirigió a la planta principal, salí como una flecha y subí al desván. Una amplia ventana cuadrada daba a los escasos jardines traseros de la casa. Los escoltas raras veces patrullaban esta zona, pues la primera planta no tenía ventanas. Se quedaban cerca de la entrada y a los costados, junto a las puertas. Y como esta ventana estaba en la tercera planta, la descuidaban más, pues no había modo de acceder a ella.

Me acerqué un poco y eché un vistazo a la oscuridad exterior. La pared de la casa tenía un enrejado de madera, delicado, pero capaz de aguantar de sobra el peso de una chica. Lo contemplé; la mente me daba vueltas. Esperar a ver de nuevo a Aiana era lo más inteligente, lo más seguro. Pero, por lo que sabía, también libraba al día siguiente. Y al otro. ¿Cuándo podría comunicarle las noticias a Grant? Nadie me había explicado lo que debía hacer en una

situación parecida.

Cuando volví a mi dormitorio había tomado una decisión. A tientas, en la oscuridad, me enfundé un vestido de lana ligero y me recogí la cabellera en un moño. Cuando salía de la habitación me envolví con una bata, por si me encontraba a alguien en el pasillo y me preguntaba qué hacía vestida y despierta. Sin embargo, no fue necesario. Todas las chicas estaban dormidas en esta planta o lo estarían pronto.

Abrí la puerta del desván sin hacer ruido. La luz de la luna brillaba en lo alto, iluminando las escaleras como un sendero mágico. Subí y forcé el pestillo de la ventana para tener una visión más completa del enrejado. Viejo, pero sin duda lo bastante sólido como para poder bajar por él. No había ningún guardia en el jardín. Era mi oportunidad. Me quité la bata y puse un pie en la repisa de la ventana, decidida a jugármelo todo. Un frío viento me estremeció, recordándome que la primavera aún no había llegado. Con las prisas, no había cogido nada de abrigo.

Por fortuna, tenía pilas y pilas de ropa y accesorios extra a mis espaldas. Recordé que la señorita Culpepper había mandado guardar algunas de las prendas que llevábamos en el barco. ¿Habrían terminado aquí las pesadas capas? Una a una, abrí todas las cajas, que contenían combinaciones, zapatos y brazaletes, pero ninguna capa. Ya casi había terminado de buscar cuando encontré una caja de pelucas. Empecé a cerrarla también cuando me descubrí pensando en Grant disfrazado de jornalero encorvado y entrecano.

¿Qué riesgos correría si me escapaba? El de que me atraparan, obviamente; o el personal de la Corte Reluciente o algún bandido en el camino a Cabo Triunfo. Incluso en el caso de que lograse mi objetivo sin ser detenida, corría el riesgo de que me reconocieran. Tendría que explicar muchas cosas y eso pondría en peligro mi posición.

Miré el contenido de la caja y solo vi pelucas de fantasía: de color púrpura, naranja y rosa. Difícilmente lo que necesitaba para pasar desapercibida. Pero entonces, entre las llamativas pelucas, vi una rubia, muy creíble, y muy distinta de mi pelo. La saqué y seguí revolviendo en las otras cajas.

Finalmente encontré la que contenía las capas y otras prendas de abrigo. Si bien estas capas eran nuestra ropa «diaria», seguramente

eran más ricas que las de la mayoría de los ciudadanos de Cabo Triunfo. La ropa buena podía convertirte en una presa fácil en los caminos, pero no me quedó otra que desear que la capa de lana negra forrada de piel fuera mejor que la de seda. Unos guantes de piel y una máscara para el tiempo frío completaron el conjunto. Estas máscaras cubrían la mitad superior del rostro y eran comunes a ambos lados del océano. Para algunas personas era un artículo de moda. A la señorita Culpepper no le gustaban porque corrían el maquillaje de los ojos, pero también decía que, ocasionalmente, eran un mal necesario para protegerse de los vientos gélidos que podían agrietar la piel de una chica joven.

Cuando me descolgué del enrejado y me planté en el jardín, ya no era Mira Viana. Era una mujer rubia enmascarada, vestida de negro y dispuesta a sumergirme en las profundidades de la noche.

12

Me deslicé lentamente por los jardines, ocultándome en las sombras y esperando el momento en que los vigilantes no mirasen en mi dirección. Aunque su cometido era vigilarlo todo, su mayor prioridad era impedir la entrada de cualquier vándalo a la casa para aprovecharse de las indefensas mujeres que moraban en su interior.

El camino de tierra que conducía a Cabo Triunfo pasaba por delante de la casa, y era fácil de seguir hasta la ciudad. Fácil de seguir para cualquiera, ese era el problema. Disfrazada o no, me hallaba sola en la noche y armada solo con mi cuchillo romo. Y aunque era el camino preferido de quienes viajaban desde zonas remotas de Denham, no era una ruta directa a Cabo Triunfo. Era lo más directo que la ingeniería del hombre había logrado, no obstante. Había oído a los guardas contratados quejarse de ello. En los aledaños de esta zona de Denham la tierra parecía un mosaico. Algunas áreas estaban despejadas, para futuras o pasadas plantaciones, y rodeadas por extensiones de bosque más vastas con toda clase de vegetación. Una de estas regiones boscosas separaba Las Glicinias de los arrabales de Cabo Triunfo. Si acortabas por ellas, decían los hombres, podías ahorrarte un tercio del tiempo de viaje. Pero la tierra estaba cubierta de maleza y, peor aún, algunas partes eran pantanosas; aunque fuera posible despejar algunas, seguiría siendo muy arriesgado transitar por ellas con carros y carruajes.

Sin embargo, existían más posibilidades de sortearlas a pie. Y si alguien se cruzaba con otro viajero, sería más fácil ocultarse entre los árboles que en un camino despejado.

Me zambullí en los bosques, desgarrándome enseguida la capa y la falda entre las zarzas. Las vides se habían secado debido al invierno, pero sus espinas seguían afiladas. El problema no era tanto que me lastimaran como que ralentizaran mi marcha, lo

mismo que ir pisando ramas caídas y otros residuos forestales: hacían que resultara imposible avanzar a hurtadillas.

Cuando llegué a la zona próxima al pantano, el barro estaba sólidamente congelado. Era uno de los beneficios del frío, supuse, pero el suelo seguía siendo irregular y accidentado. Un sendero rudimentario me ofreció finalmente algún alivio, pero era tan estrecho que no podía poner un pie junto al otro.

Salí a otro camino una hora y media después de haber iniciado mi recorrido, con la ropa desgarrada y sucia, y el tobillo dolorido. Al norte, a menos de una milla de distancia, las luces de la ciudad brindaban un débil resplandor, y sentí que recobraba nuevas energías. La tierra compacta y las huellas de las ruedas me confirmaron que se trataba de un camino transitado, y dos hombres a caballo me adelantaron con gran estrépito sin prestarme atención. Seguí el camino con avidez, casi tan emocionada por el hecho de ir a la ciudad como por el de transmitir mi información. Un carromato me adelantó también, y pronto mi camino se unió a otro más amplio y uniforme con más tráfico de a pie. En este punto el majestuoso fuerte de Cabo Triunfo se alzaba ante nosotros, y comprendí que había llegado a las puertas de la ciudad. Solo dos soldados vigilaban desde lo alto de los muros. Uno parecía ocupado limpiando su arma, o quizá tallando algo con un cuchillo.

Tuve que esforzarme por seguir avanzando cuando crucé las puertas. Deseaba pararme y memorizar cada detalle de alrededor. Yo había conocido otras ciudades antiguas como Santa Luz y Osfro, ciudades impregnadas de historia, cuyas piedras tenían linajes y cuyos barrios dividían nítidamente a ricos y pobres. En Cabo Triunfo las líneas eran más difusas. Conocía la historia de su trazado, y pude apreciarlo mientras deambulaba por sus calles deseando no parecer forastera. Los distritos más antiguos de la ciudad presentaban las huellas de la primera colonización, donde los colonos habían erigido cualquier edificio y comercio que pudieran defender sin respetar demasiado ningún esquema coherente. Más lejos, las calles se habían construido con más seso, distribuyéndose en áreas residenciales y comerciales. Pero tampoco aquí se habían respetado las antiguas normas: era fácil ver una joyería al lado de una curtiduría, una elegante sombrerería junto a una taberna.

Supuse que en las zonas residenciales las divisiones entre ricos y pobres serían más evidentes, pero aquí, en la arteria comercial, todo era un delicioso batiburrillo. Sus gentes también lo eran, haciendo gala de la misma variedad de clases sociales y vestidos que había observado en los muelles. Muchos poblaban ociosamente las calles a esta hora, y la mayoría eran hombres. Decidí caminar resueltamente, pues tiempo atrás había descubierto que era una forma de llamar menos la atención.

Pasé por delante de una pareja de ancianos que en ese momento cerraba las puertas de una pastelería y les pregunté si conocían la tienda de Grant. Empleé el acento belsa, que ocultaba el sirminio pero era bastante comprensible a los osfridianos.

—Hay muchas tiendas hoy en día —me dijo la anciana—. Todo el mundo quiere marcharse a la naturaleza y hacerse rico.

—Uno de los propietarios se llama Elliott —dije.

Su esposo se rascó la cabeza.

—Oh. Winslow y Elliott. En la calle Broad. ¿Siguen vivos?

—Bueno, su tienda sigue abierta —contestó la mujer.

—Hace años que no he visto a Winslow ni a Elliott —añadió—. Dudo que haya existido siquiera un Elliott.

—Ahora hay un Elliott allí —dije—. Acaba de volver de Osfro.

Grant me había explicado un poco cómo funcionaba la tapadera: el negocio era legítimo y Winslow, el fundador original, se había jubilado y lo gestionaba desde la distancia a través de apoderados. Como fiel súbdito y amigo de la agencia McGraw, Winslow había llegado a un acuerdo con Silas para nombrar a Grant como falso copropietario.

—Bueno, está por allí —dijo la esposa—. Seguid por Central dos manzanas más hasta Broad y torced a la derecha. Lo veréis enseguida.

—Lo más seguro es que esté cerrada —señaló el esposo.

Reprimí un gruñido. Existía la posibilidad de que el anciano estuviera en lo cierto y, si así era, ¿cómo daría con el paradero de Grant? Recordé la carta de Silas Garrett.

—¿Y qué podéis decirme de los sastres Percival e Hijo? ¿Sabéis dónde están?

Al hombre se le iluminaron los ojos.

—¿Os referís a Percy el sastre? Oh, claro.

Me indicaron cómo llegar allí también, pero pasé antes por la tienda de Grant, por si trabajaba hasta tarde. El rótulo WINSLOW & ELLIOTT destacaba en la fachada, lo mismo que el cartel de CERRADO. Con menos seguridad en mí misma, tomé la calle que conducía a la sastrería, deseando correr mejor suerte.

Sin embargo, esta tienda también estaba cerrada. Suspiré. O Silas no vivía allí realmente o no se encontraba en la ciudad. Al levantar la vista vi que todos los comercios tenían un desván. Algunas ventanas estaban oscuras, pero la mayoría tenían luz, como la del desván de la sastrería. ¿Negocios mundanos abiertos hasta tan tarde? No, comprendí, entreviendo una estrecha escalera que conducía al rellano del desván. La planta baja era el espacio comercial y la de arriba el residencial. Seguí las escaleras y llamé a la puerta que estaba directamente encima de la sastrería.

Me abrió un hombre mayor, con los cabellos surcados de canas y la tez ajada por el sol. Arqueó una tupida ceja al verme, y entonces me pregunté qué haría en caso de que mi corazonada hubiera sido falsa. La protesta que oí detrás del anciano me confirmó, no obstante, que había dado con el lugar que buscaba.

—Esto debe de ser una broma. Métela antes de que alguien la vea.

El anciano gruñó y se hizo a un lado, con ojos atentos y perspicaces. Grant avanzó hacia mí con un semblante que yo conocía de sobra. En pantalones de trabajo y una camisa apenas remetida, era una versión mucho más descuidada que la del pasajero de bien a bordo del *Buena Esperanza*. Sus cabellos no habían cambiado.

—Demasiado tarde —dije, mientras la puerta se cerraba detrás de mí—. Me ha visto mucha gente, pero nadie me ha reconocido.

—Yo te he reconocido en dos segundos. Quítate eso. Te queda fatal el rubio.

El otro hombre se nos acercó, con las manos en los bolsillos.

—Siempre tan cortés, Grant. Me alegra ver que Osfro no te ha cambiado. ¿No vas a presentarme a tu amiga?

Grant hizo una seña vaga en mi dirección.

—Sí, sí. Mirabel Viana, Silas Garrett. Silas, Mirabel.

Un pequeño espejo en la pared me mostró que no me quedaba fatal el rubio. Podría pasar por osfridiana —o belsa— con más

facilidad de la que había creído.

Me quité la peluca y la máscara y le di un apretón de manos a Silas.

—Encantada de conoceros. Y podéis llamarme Mira.

La expresión de Silas no cambió demasiado, pero volvió a arquear la ceja mientras estudiaba mi rostro. Con un tono suave, señaló:

—El chico lleva razón por una vez. La peluca te desmerece.

—¿Qué queréis decir con «por una vez»?

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Silas.

—Buena pregunta. —Grant desvió la mirada hacia mí—. Conoces el acuerdo con las fuentes. Se supone que no debes venir a verme.

—¿Fuentes? —Silas arqueó la otra ceja—. ¿Desde cuándo te dedicas tú a reclutar fuentes?

Le lancé una mirada nerviosa antes de contestar a Grant.

—Aiana no estaba en casa.

—¿Es una de esas chicas de la Corte Reluciente? —La incredulidad de Silas crecía, desplazando su mirada entre Grant y yo—. ¿Las has metido a ella y a Aiana en esto? ¿Has perdido la cabeza?

Era la primera vez que veía a Grant un poco intimidado.

—Le presentarán a la mayoría de nuestros sospechosos. Ella recaba la información y Aiana nos la transmite. Es perfecto.

—Nada de esto es perfecto —dijo Silas.

—Y no debería estar aquí a no ser que tenga una buena razón —añadió Grant con intención, casi esperanzado.

Tragué saliva y me sentí un poco acobardada cuando los dos hombres fijaron toda su atención en mí. Silas tenía una clase de fortaleza distinta de la de Grant. La de Grant venía en gran parte de la seguridad en sí mismo y la indiferencia hacia las sutilezas sociales. Silas irradiaba autoridad, pese a su aspecto engañosamente moderado. Su presencia llenaba la habitación. Pude entender que regentara la agencia McGraw en las colonias.

Cobré ánimo mientras le miraba a los ojos.

—Theodore Craft estuvo hoy en nuestra casa y mencionó que iba a Bakerston mañana. Que era importante y no podía aplazarlo.

Se hizo el silencio. Ninguno de los dos hombres dijo o hizo nada,

y empecé a sentirme estúpida. Las palabras que acababa de pronunciar sonaban triviales. Insignificantes. Acababa de ofrecer una banalidad de lo más insignificante.

Finalmente, Silas levantó los brazos en el aire y se alejó de nosotros.

—¡Maldita sea!

Miré incómoda a Grant, que estaba… radiante.

—Tranquila —dijo—. Silas solo está enojado porque yo tenía razón.

Silas se volvió.

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero lo piensas. —El buen humor se borró del rostro de Grant y fue sustituido por algo más serio e intenso—. Pero tú también tenías razón. Pensaste que Craft hacía contrabando y he oído que ayer llegaron dos buques mercantes.

—Entonces parece que he hecho bien en venir a decírtelo —comenté.

Grant me miró con algo asombrosamente parecido al orgullo.

—Sí, has hecho bien.

Silas comenzó a recorrer la habitación arriba y abajo.

—Tenemos que avisar a Crenshaw. De inmediato. Él podrá averiguar con quién piensa verse Craft.

—Puedo partir ahora mismo —dijo Grant. Hizo ademán de alcanzar un pesado abrigo de piel que descansaba en una silla.

—No, iré yo —dijo Silas—. Puedo partir esta misma noche. Mis articulaciones no son lo que eran pero sigo siendo un jinete tan veloz como tú. Crenshaw me conoce más a mí y no quiero que nadie sospeche de tu tapadera. Tienes que establecerte aquí. Mira a ver si puedes averiguar cuál es el motivo público del viaje de Craft. Y descubrir si Abraham Miller era el inspector de aduanas de guardia. Ahora sí que necesitamos más que nunca registrar su casa uno de estos días, si es que alguna vez conseguimos una oportunidad segura.

—¿Y yo que debo hacer? —pregunté.

—Volver y buscar marido. —Silas se detuvo y se volvió hacia Grant—. Y tú asegúrate de que vuelve a casa esta noche. Pero primero… unas palabras en privado. Por favor, siéntate y ponte cómoda, señorita Viana.

Silas señaló con la cabeza lo que parecía ser un dormitorio. Con una mueca, Grant lo siguió obedientemente. Silas cerró la puerta.

Me senté en la silla donde estaba el abrigo de Grant y miré a mi alrededor mientras enderezaba la pierna. Había una cocinilla en un rincón y el espacio principal de la estancia parecía ser una mezcla de salita y despacho. Desde mi sitio apenas me llegaban sus voces apagadas, y furiosas. Miré fijamente el suelo, preguntándome si mi carrera de espía tocaba a su fin. Luego, saltándome cualquier ética, me levanté de la silla y apoyé la oreja en la puerta.

—¿… sabes algo de la Corte Reluciente? —decía Silas—. ¡Tratan a esas chicas como a mercancía valiosa! Los Thorn contratan a matones para vigilarlas. ¡No te auguro nada bueno si te pillan trayéndola aquí de noche!

—Su posición…

—Al diablo con su posición. No va a ocurrir un milagro solo porque es bonita y goce de una buena posición. Y justo cuando estabas… argh. No doy crédito. —Oí que el suelo crujía y me pregunté si Silas estaría dando vueltas arriba y abajo otra vez.

—No es ninguna pobre desgraciada. —Grant sonaba extraordinariamente sosegado—. Ya conocía numerosos métodos y ha aprendido todo lo que le he enseñado en cuestión de semanas.

—Me sorprende que le costara tanto —gruñó Silas.

—E incluso ha memorizado el cifrado completo.

—¿Le has enseñado el cifrado? Sí. Claro que lo has hecho.

—¿Cómo si no iba a pasarme mensajes escritos de forma segura?

—¡Pues aparentemente poniéndose un antifaz y escabulléndose en mitad de la noche! Tienes suerte de que siga viva, sola e indefensa como está.

—No está indefensa. Lleva encima un cuchillo. Sabe pelear.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. En el barco, Grant me había elogiado lo justo.

—No entraba en los planes que viniera aquí —prosiguió Grant —, pero dadas las circunstancias con Aiana…

—Aiana tampoco debería participar en esto. Todo el mundo ya desconfía bastante de los balancos. Se meterá en un buen lío si la descubren husmeando.

—Aiana sabe cuidarse de sí misma. No te preocupes por ella.

—No es ella lo que más preocupa. Eres tú. No sabes cómo dirigir

a espías, así que no empieces ahora. Si lo hicieras bien, las personas de tu círculo no estarían hablando entre sí. No se conocerían. ¡No sabrían cómo llegar hasta esta casa! Tu chica prodigiosa habría usado sus conocimientos de cifrado para dejar un mensaje en un punto de entrega para Aiana en la propiedad de los Thorn, que a su vez habría llegado a ti en otro punto de entrega.

—Mirabel sabía que la información era importante y que debía hacérmela llegar —argumentó Grant—. Eso es actuar con ingenio.

—Eso es la forma más fácil de que descubran a una espía… y la maten. No puede volver a hacerlo. Está fuera. Que vuelva a sus fiestas y a sus vestidos.

Cerré los ojos. No, no. Necesitaba el trabajo. Necesitaba el dinero para ayudar a Lonzo. Y necesitaba hacerlo por mí, para demostrar que tenía la capacidad y el ingenio.

—Silas, si lo haces perderás una gran oportunidad. Deja que lo haga. Es lista. Tiene las conexiones que necesitamos. Sabe distraer a los hombres.

—Y que lo digas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sabes muy bien lo que significa. ¿Estás acostándote con ella?

Se hizo el silencio. Abrí los ojos.

—Pues claro que no.

—¿Y quieres? —insistió Silas.

Otra vacilación.

—Estás perdiendo el tiempo. Esto es irrelevante y ridículo.

—Tú sí que eres relevante haciendo el ridículo. —Cuando Silas volvió a hablar estaba más calmado. Más cansado—. Escucha, este es el caso más importante que hemos tenido jamás entre las manos. Es más grande que nosotros. Las colonias corren peligro, al igual que tu futuro. ¿Has cambiado de idea? ¿Has olvidado lo que está en juego para ti?

—No lo he olvidado.

—Pues entonces sácala del caso, Grant.

Como ninguno de los dos dijo nada más, comprendí que probablemente saldrían del dormitorio. Volví corriendo a mi asiento y fingí interés en mi tobillo cuando se abrió la puerta.

—Gracias por tu ayuda esta noche —me dijo Silas con un tono mucho más cordial que el de hacía un minuto. Recogió un abrigo y

una cartera—. Grant te acompañará de vuelta. Salgo para Bakerston.

Silas se fue sin una palabra más. Levanté la vista hacia Grant expectante, dispuesta a escucharle decir que mi trabajo con la agencia McGraw había terminado. En cambio, me preguntó:

—¿Qué te pasa en el pie?

—¿Um? Oh. Me duele el tobillo desde la tormenta. Y ahora también la pantorrilla.

—¿Te duele? —Se arrodilló delante de mí e hizo ademán de tocarme la pierna, pero entonces se detuvo y me miró con expectación. Comprendí que esperaba mi permiso.

—Adelante —dije, perpleja porque aún no había dicho palabra de las órdenes de Silas.

Con cautela, Grant me subió la falda hasta la rodilla.

—Sujétala.

Luego me quitó el zapato embarrado y me palpó suavemente el tobillo y el pie, calibrando mi reacción. Después subió hasta la pantorrilla. Cuando me apretó la zona interna, solté un grito ahogado acompañado de un mohín de dolor.

—El tobillo está bien —dijo—. Pero debes de haber caminado en una mala postura, ¿has descargado tu peso en el tercio anterior y el lateral del pie? Seguramente has intentado liberar el tobillo a expensas del resto. Eso tensa los músculos, y se habrán sobrecargado viniendo hacia aquí. Puedo ayudarte. —Cuando empujó de nuevo el tobillo, aullé y le aparté la mano de un golpetazo.

—¿Esto ayuda?

—Es parte del proceso. Te aliviará, pero empeorará antes de mejorar. Tú decides. No soy yo quien tiene que bailar con zapatitos de tacón en las próximas semanas.

—Vale. Haz lo que tengas… ¡Au!

No bromeaba cuando decía lo de empeorar. Yo sabía que todos los músculos me dolerían en esa zona de la pierna, pero no era consciente del nudo que se había formado en la pantorrilla hasta que Grant empezó a clavar los dedos en ella.

—Relájala —ordenó, estirando la pierna—. No… Estás tensándola más. Relaja. Déjala en punto muerto. No intentes hacer nada con ella. No la mantengas erguida siquiera.

Relajé la pierna todo lo que pude e intenté no gritar mientras él seguía con el brutal masaje. Apreté los dientes.

—¿Qué ha pasado con Silas?

—Lo que me esperaba más o menos —dijo sin levantar la mirada —. Muchas quejas.

—No… no parecía muy contento de verme. Supongo que querrá romper el acuerdo, que me vaya y negarse a pagarme.

—Nadie va a desembarazarse de ti, y menos después de la información tan importante que has conseguido. Silas me puso al tanto de la situación cuando llegué a la ciudad. No es que hayan llegado muchos barcos aún, pero los viajes de Craft siempre coinciden con la llegada de alguno. Esta es la primera vez que Silas consigue un soplo antes de que Craft se vaya. Y es todo gracias a ti y a tu ingenio.

—Para. Nunca me habías dicho tantos piropos. Me resulta inquietante. —Eso y que seguía sin creer que estuviera mintiéndome. ¿O sí? Nada de lo que había dicho era falso. Lo único es que no estaba diciéndome toda la verdad.

Me puse más nerviosa cuando levantó la mirada y me sonrió. Una sonrisa de verdad, que le llegaba hasta los ojos y que me oprimió el pecho. Nunca había visto a Grant tan… feliz. Como a una persona normal, de trato fácil… no como a un cínico siempre en tensión y obcecado con su trabajo.

—Tú, Mirabel, acabas de demostrar que vales cincuenta doblones de oro. Pero no pienses que vas a conseguir ni uno más.

—No podría ni soñarlo —murmuré, observando que seguía con el masaje—. ¿Entonces qué hago ahora? ¿Seguir con mi vida en la Corte Reluciente? ¿Prepararme para utilizar mis encantos y bailar con todos los hombres que pueda?

Se detuvo, con las manos apoyadas a ambos lados de mi pantorrilla. No podía verle el rostro tan bien desde ese ángulo, pero parecía que la sonrisa se había apagado un poco.

—Supongo. A eso has venido. ¿Qué tal la pierna ahora?

Me palpé la pantorrilla. El nudo no se había deshecho por completo, pero se había aflojado. El músculo entero estaba relajado. Liberada de lo peor del dolor, de pronto fui consciente de lo escandaloso de la situación: un hombre a mis pies, yo con la falda levantada, él con sus manos en mi pierna.

Pero no estaba escandalizada. Mediante un acuerdo tácito, nunca habíamos aludido al día que yo lo había engañado para obtener su favor. Nos comportábamos con el debido decoro propio de las relaciones entre un hombre y una mujer, solo pecando de informalidad cuando nuestras clases derivaban en bromas o uno de los dos molestaba al otro. Yo seguía estudiando sus rasgos esculpidos; a veces, seguía recordando el día que había tocado sus cabellos y su pecho con mis manos. Sin embargo, era fácil reprimir cualquier deseo persistente que siguiera albergando si me centraba en mis principales objetivos en Adoria. Era muy fácil una vez que había dejado de verlo a diario.

Pero en estos momentos lo tenía delante, con mi pierna entre sus manos. Notaba el calor de su piel, cada rincón de mi cuerpo por el que habían viajado sus dedos había cobrado vida; y los lugares por los que no habían pasado ansiaban que lo hiciera.

«Contrólate —me dije—. Pon fin a esto, como has hecho otras veces. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte. ¿Recuerdas la conversación con Tamsin? ¿Cuando hablabas de irte a la cama con un hombre como si fuera algo que puedes tomar o dejar a tu antojo? Pues deja a este».

Por el contrario, cuando hice este comentario a la ligera no había tenido delante a un hombre tan frustrantemente atractivo, y frustrante en general. A un hombre que me miraba como si también acabase de entender la naturaleza de nuestra situación.

Me solté la falda apresuradamente y sus manos se apartaron de mi pierna casi con la misma rapidez.

—Mejor —dije—. Aún me duele, pero es como una comezón.

—Bien.

Hubo un momento incómodo y me habría gustado leerle la mente. Se había puesto otra vez su máscara inescrutable.

—¿Cómo… cómo conocías el remedio? —pregunté por fin.

—Porque una vez, en otra vida, fui aprendiz de curandero.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Cuando vivía con mi tío. Pero, como he dicho, aquello fue en otra vida. —Grant se puso en pie y me alcanzó el zapato—. El tobillo mejorará si cejas en tu empeño de no apoyarlo cuando caminas. Deja que trabaje un poco de vez en cuando y luego descansa siempre que puedas. Bailar no creo que sea lo más

recomendable.

—Eso sí que no podré evitarlo. —Yo también me puse en pie y dejé caer tímidamente mi peso sobre la pierna dolorida—. Mucho mejor.

—Silas se ha llevado el único caballo al que podía acceder fácilmente, pero voy a buscar otro.

—No es necesario. Podré llegar. Y no tienes por qué acompañarme. No me pasará nada.

—Probablemente, pero las calles oscuras y los caminos rurales son peligrosos para cualquier persona que vaya sola.

—En realidad no he venido por el camino principal. He atajado por los bosques de Las Glicinias.

—¿Por los bosques del lago Keeler? ¿Has atravesado una ciénaga de noche?

—Estaba helada. Y he encontrado un sendero.

—Mirabel.

Eso fue todo lo que dijo antes de desaparecer en el dormitorio. Cuando volvió era una versión con menos cicatrices que la del jornalero de Osfrid, completada con una peluca revuelta y un abrigo demasiado grande.

—¿Para qué es el disfraz? —pregunté mientras me ponía el mío.

—Grant Elliott no debe ser asociado con otra cosa que no sea su tienda. ¿Una salida nocturna ocasional, un trago rápido en una taberna? No es gran cosa. Pero salir todas las noches puede levantar sospechas.

Cuando partimos, la ciudad seguía llena de juerguistas, y Grant nos guio evitando los puntos más concurridos. Yo estudié detenidamente las ruidosas calles con el anhelo de poder explorarlas un día. Quizá pudiera casarme con el dueño de una taberna.

Grant y yo hablamos poco cuando cruzamos las puertas de la ciudad y salimos al camino principal. No nos tocamos, pero yo tenía plena conciencia de cada centímetro que nos separaba. Finalmente me detuve y señalé una zona boscosa a un lado del camino. A la ida había dejado atrás la maleza fijándome en un tocón con una forma curiosa como punto de referencia.

—Este es el camino de vuelta.

Grant ladeó la cabeza mientras lo miraba.

—Eres realmente temeraria.

—Querrás decir valiente. Y, en serio, déjame seguir sola en este punto. El sendero es estrecho y si me pillan al otro lado será mejor que no estés conmigo.

Grant estudió un poco más los tenebrosos árboles y finalmente se volvió hacia mí.

—Ten cuidado. Si oyes a alguien, cualquier cosa, párate y escóndete.

—Lo haré. —Pero no me moví. Debía intentarlo una vez más—. Grant… ¿estás seguro de que no soy un engorro para Silas? ¿Estás seguro de que no tendrás problemas?

—¿Yo? ¿Problemas? Difícilmente.

—Parecía muy enfadado.

—Son las cejas. Le hacen parecer más temible de lo que es.

—Lo digo en serio.

—Yo también. —Grant dio un puntapié al camino de tierra—. Tenías razón en el barco. Me habría arrepentido si no hubiera contado contigo.

No dijo nada más, ni la más mínima alusión a dejarme fuera del caso.

—De acuerdo. —Me volví hacia los bosques—. Nos veremos… pronto.

—Ten cuidado —repitió—. No te pierdas en el bosque.

Señalé el cielo.

—Tengo ayuda. Las constelaciones son las mismas aquí que en Evaria. Sé dónde se mueven durante las estaciones. Y sé que la estrella Ariniel no se mueve nunca.

Grant escrutó el cielo.

—Para los balancos, la estrella de Ariniel es la estrella de los caminantes, la estrella que siempre te lleva a casa, por muy perdido que estés. Lo único con lo que un viajero puede contar.

—Tú debes de saberlo bien —bromeé, pensando en las historias que me había contado de su pasado.

—Me guía. Pero nunca me ha llevado a casa. Buenas noches, Mirabel.

13

En los días que siguieron me moría por saber qué estarían haciendo Silas y Grant, y si mi filtración les había ayudado. Pero no era así como funcionaba el acuerdo con las fuentes. Yo le pasaba información a Grant. Él no me la pasaba de vuelta. Si yo no tenía nada que comunicarle, no había motivo para ponerme en contacto con él.

La proximidad del baile inaugural garantizó que nadie parase quieto en Las Glicinias. La señorita Culpepper y la señora Bradley nos mandaron probarnos mil vestidos y experimentar con nuevos peinados. Ninguna alteración era insignificante si redundaba en la mejora. Los diseñadores de Osfrid se habían superado con mi ardiente vestido de debut. La seda atrapaba la luz en todos los ángulos, y centelleaba con cientos de tonalidades rojas. Habían adornado el vestido con retoques negros que no le gustaban nada a la señorita Culpepper. Según ella, le daban un aire lúgubre.

—Eres un rubí —me dijo, frunciendo el ceño al ver las cuentas de azabache brillantes alrededor del escote y las mangas—. Tienes que vestir el cargo.

—Soy un granate.

—No, un rubí. Has ascendido a la tercera posición. No podemos dejarte con un tono menor.

Intentó hacer algunas modificaciones del vestido durante la semana, sustituyendo las enaguas de volantes negros por otros colores o cubriendo las cuentas con lazos. Pero al final reconoció que el diseño original era preferible.

Me gustaba el negro. Me parecía arriesgado. Peligroso. Me recordaba mi escapada de incógnito.

Cuando por fin llegó la gran noche, los Thorn tuvieron que alquilar una flota de carruajes para transportarnos a todas. La señorita Culpepper solo nos dejó viajar de dos en dos —cada una en un

asiento— para que conserváramos nuestros conjuntos lo más prístinos posible. No habría arrugas ni lágrimas innecesarias bajo su supervisión. Yo viajé con Adelaide, claro, que se sentó enfrente de mí con un vestido de seda blanco y cuentas de cristal. Envidié que le hubieran dejado los cabellos al natural, recogiéndolos simplemente en un moño parcial. Yo había podido llevar el pelo suelto, lo cual me gustaba, pero la señorita Culpepper lo había «reforzado» con extensiones de un rojo oscuro. Otras chicas habían tenido que soportar el peso de historiadas pelucas, de modo que podría haber sido peor.

Nuestro viaje nos llevó por el centro de Cabo Triunfo y me acerqué con entusiasmo a la ventana, captando los detalles que de noche no habían sido tan nítidos. Los comercios seguían abiertos y la gente que circulaba por las calles lo hacía por trabajo y asuntos mundanos, no por placer y ocio nocturno. Aun así, el popurrí de residentes de Cabo Triunfo no dejaba de asombrarme. Un grupo de hombres cruzó la calle cerca de nuestro carruaje con máscaras y ropas vistosas, luciendo abrigos de colores brillantes y sombreros de plumas. Me pregunté si estaría viendo a los afamados piratas de la ciudad, pero al fijarme más en ellos decidí que incluso los piratas con un gusto por lo teatral debían de tener las manos sucias. Los ropajes de este grupo eran inmaculados, como si el desgaste no fuera con ellos. Todos ellos eran jóvenes, también, y ansiaban desesperadamente llamar la atención con sus contoneos. Estos muchachos eran los aspirantes a piratas.

Nuestro baile iba a celebrarse en un enorme auditorio en el extremo opuesto del centro urbano. En ese momento llegaba a su entrada principal la alta sociedad de Cabo Triunfo; no eran solo pretendientes, sino también aquellos con ganas de ver y dejarse ver. Nuestros carruajes llegaron hasta la puerta trasera del auditorio, donde nos recibieron por una puerta privada que nos condujo a una antecámara poco visible, lejos del salón principal. Así, la señorita Culpepper y la señora Bradley ganaron tiempo para inspeccionarnos mientras Jasper impartía las instrucciones de último minuto.

Cedric, espléndido en su abrigo de damasco azul acero, se acercó y permaneció junto a mí y Adelaide, ofreciendo comentarios ocasionales mientras observábamos el ajetreo en la sala. Cedric explicó que los pretendientes interesados en nosotras tendrían que

hablar con nuestros «representantes» para acordar los bailes. El objetivo era conseguir una buena organización, pero también garantizar que los pretendientes de alto *standing* recibieran un trato preferencial. No me asombró oír que Cedric se encargaría de presentar a Adelaide. Sí que me sorprendió, por el contrario, que señalara a Aiana y dijera que ella se encargaría de mí.

Aiana estaba en la otra punta de la sala, hablando con Charles. De nuevo, llevaba un conjunto de falda pantalón, pero el tejido vestía más y los adornos eran más elaborados. Cuando caí en la cuenta de que en teoría aún no nos conocíamos, fingí la misma sorpresa que Adelaide.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es balanca. Hace varios trabajos para nosotros —dijo Cedric.

«Y más de los que tú te crees», pensé.

Hicimos nuestra entrada en el auditorio antes de tener oportunidad de hablar con ella. Esta vez fue una versión más formal y civilizada que nuestra llegada a puerto. Entramos una a una, haciendo una pausa cuando nos anunciaban, y luego recorrimos un largo pasillo hacia una tarima en el extremo opuesto del salón. Adelaide marcó el ritmo, tan elegante y serena como siempre, actuando como si aquellas damas y caballeros de alto copete y el auditorio ricamente decorado le fueran indiferentes. Los invitados la contemplaron estupefactos, profiriendo murmullos de asombro.

Yo recibí más cuchicheos y miradas atónitas que ella, lo cual no me sorprendió. Lo que me sorprendió fue que también despertara gran admiración. No oí groserías como en el puerto. Estaba tan acostumbrada a ser «la sirminia» y a que me trataran como un accesorio de las demás chicas, que sentirme al mismo nivel que ellas fue una sensación extraña.

En fin, algunos me trataron al mismo nivel, pero otros… no tanto.

—¿Estáis realmente en venta? —me preguntó el hombre con el que bailé el primer vals.

La elección de esa palabra me sentó como un tiro, pero intenté mantener una sonrisa agradable mientras componía una respuesta diplomática:

—Estoy dispuesta a casarme, siempre y cuando el futuro esposo pueda pagar los honorarios de mi contrato.

El hombre me estudió con escepticismo.

—Oh, pensé que los Thorn estarían ampliando sus negocios.

—¿Ampliándolos?

—Bueno, es la primera vez que traen a una sirminia. ¿Por qué iban a empezar a hacerlo cuando debe de haber cientos de chicas osfridianas que estarían más que felices de venir aquí? Pensé que quizá… bueno, que mezclaros a vos con las chicas realmente elegibles era una tapadera, que quizá los Thorn vendían ahora servicios a hombres que no buscan esposa pero siguen, eh… interesados en tener compañía femenina. Existe una gran demanda de eso, ¿sabéis?

El hombre siguió hablando de lo buena que era esta idea de negocio, a pesar de que le aseguré en múltiples ocasiones que los Thorn no ofrecían nada parecido. Le agarré la mano con más fuerza mientras bailábamos para no tener la tentación de abofetearlo.

—Pensáoslo —me dijo cuando terminó la música—. Económicamente puede ser más jugoso que el matrimonio.

No pude pronunciar una sola palabra y sencillamente dejé que Aiana me guiara hasta mi siguiente pareja de baile.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Pareces… disgustada.

¿Disgustada? Eso era quedarse corta.

—Aiana, ¿crees que echaré a perder la fiesta si estrangulo a alguien?

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Creo que los Thorn lo desaprobarían, sí.

Algunos hombres se comportaron conmigo con bastante amabilidad, y parecían genuinamente abiertos a la idea de tener una esposa sirminia. Sin embargo, este hecho no garantizaba que fueran buena gente.

Uno de estos hombres era un juez llamado Abel Mathers. La vaga insinuación de que yo pertenecía a una familia noble arruinada le cautivó, y se mostró comprensivo con la desgracia del pueblo sirminio.

—No puedo culparles por querer irse. Lo que ha sucedido es horrible.

—Lo es. Pero es difícil marcharse, y casi más difícil encontrar un lugar adonde ir.

El juez asintió con la cabeza.

—Deberían venir todos aquí.

—Es un viaje caro.

—Como siervos. Como siervas. Les pagan el viaje. Les dan techo y comida. Es más de lo que tienen muchos, pero, en cambio, los siervos sí que tienen la oportunidad de comprar su libertad tras un periodo de tiempo razonable.

Estuve a punto de rebatirle lo de «razonable», pero hubo otra palabra que me soliviantó.

—¿Ellos sí que tienen la oportunidad? ¿Comparados con quién?

—Con los trabajadores penales, por supuesto.

—¿Quiénes son?

—Bueno, pues son parecidos. También están vinculados a un amo y un contrato de trabajo, pero es así porque están cumpliendo una condena por haber cometido un delito. Son delitos menores, como hurtos, nada de homicidios. Como castigo, resulta más útil que meter a alguien entre rejas. Tampoco cobran como los siervos, claro.

Hice una mueca.

—Entonces ¿cómo se ganan su libertad?

—Comprándola con su tiempo, que depende de la duración de su contrato. El juez establece el plazo cuando el delincuente es sentenciado en los tribunales.

—¿Existen reglamentos o normas? ¿O solo depende del juez?

—Existen directrices —dijo con un guiño—. Pero en última instancia el juez decide el tiempo de condena que deben cumplir… y con quién la cumplen. Las personas que quieren trabajadores penales o siervos pueden hacer una solicitud en los tribunales.

Yo estaba cada vez más estupefacta.

—¿Pueden pedir sin más un trabajador al que no tienen que pagar? Pues habrá mucha demanda.

—Oh, desde luego. Más demanda que presos disponibles, de hecho. —Sonreía demasiado para estar hablando de un tema que no era alegre. Tenía un diente de oro que no había visto antes.

—¿Y decís que son los jueces quienes deciden quién consigue a estos trabajadores?

—Sí, basándonos en quiénes creemos que se ajustan mejor. Los solicitantes interesados no escatiman esfuerzos por citarse con los jueces y fundamentar por qué necesitan trabajadores, qué clase de

trabajadores y por cuánto tiempo. Este tipo de cosas. Y, dependiendo de la amplitud de su motivación, estudiamos su solicitud.

—La amplitud de su motivación… —Me fijé en el diente de oro de nuevo, así como en su presencia física en conjunto. Traje de terciopelo. Broche de zafiro. Un juez podría ganar lo suficiente para permitirse desposar a una chica de la Corte Reluciente, pero a este le iba muy, pero que muy bien—. Aceptáis sobornos a cambio de conceder trabajadores penales.

—Me gusta pensar que son incentivos, no sobornos. —No parecía avergonzado en lo más mínimo—. Esto no hace daño a nadie, de verdad. El trabajo extra mejora nuestra sociedad. Una sentencia prolongada mantiene a estos elementos fuera de las calles. ¿Y si encima puedo sacarme algún extra? Bueno, pues eso me permite un estilo de vida que una joven esposa ciertamente disfrutará.

Entendió mi silencio como de conformidad, pero lo cierto es que yo estaba pensando en las infinitas vías de abuso del sistema. Aquello me puso enferma y no dejé de darle vueltas mientras me llevaban a conocer a mi siguiente pareja de baile.

—¿Os encontráis bien, señorita Viana? —preguntó el hombre educadamente.

Forcé una sonrisa. Mi nueva pareja no era mucho mayor que yo y parecía sinceramente amable.

—Sí, disculpad. Me noto un poco cansada.

—Puedo imaginarlo. Os exigen demasiado.

—Sois el primero en reconocerlo. ¿Sois de Cabo Triunfo, señor Chambers? —Hablaba como muchos hombres de Cabo Triunfo, con un acento sólidamente adorio que dejaba traslucir las inflexiones de un profesor osfridiano.

—Llamadme Cornelius. Oír «señor Chambers» me hace pensar en mi padre —dijo riendo entre dientes—. Y sí, nací aquí. Mi padre vino hace casi cuarenta años, cuando seguíamos combatiendo a los icori y reclamando nuestros derechos. Nuestra familia es una de las más antiguas de Adoria. Tenemos plantaciones de tabaco y de añil en Denham y en North Joyce. Nuestros productos se venden en el mundo entero y los auténticos entendidos conocen la calidad de nuestra mercancía.

—Eso es muy impresionante.

Se avergonzó un poco.

—Quizá demasiado impresionante. Disculpadme… Me estoy vendiendo como un fanfarrón. Son las ansias por dejar clara la buena posición que vos, o cualquiera que entre a formar parte de nuestra familia, tendríais.

—Creo que es evidente lo buena que sería —dije, cautivada por su aturdimiento—. Y me halaga que me consideréis siquiera. No he visto mucho de eso esta noche.

Pareció genuinamente sorprendido.

—¿Qué queréis decir?

—Que muchos de estos hombres preferirían novias osfridianas y no sirminias.

—Pues son unos locos. Presas de la ignorancia y de ciegos prejuicios —repuso—. Esta no es una tierra donde reinen anticuadas creencias y rígidas políticas. Lo llamamos Nuevo Mundo por una razón: un mundo donde cualquiera, venga de donde venga, puede llegar a ser alguien. Por eso debemos seguir adelante. Quienes no lo hagan, quedarán atrás. Y teniendo en cuenta que la mitad de los hombres de esta sala empezaron desde cero, son unos hipócritas y unos locos por creer lo contrario.

—Señor Chambers… Cornelius… no podéis imaginar lo estimulante que es… —Me callé cuando mi mirada aterrizó en el punto en el que sus dedos envolvían mi mano—. ¿Es eso… una alianza?

—Oh, sí. Me casé el otoño pasado. Ella es maravillosa. Apenas puedo creer que… —Sus ojos se abrieron—. ¡Pero qué estúpido charlatán! Tendría que habéroslo explicado desde el principio. No he venido a buscar esposa esta noche.

Levanté la vista del anillo.

—Ya veo.

—He venido a buscar una esposa para mi padre.

—¿Su… padre?

—Rupert Chambers. Está buscando una nueva esposa. Desde nuestra hacienda, el viaje hasta la ciudad es largo, así que he venido en su nombre para ahorrarle el viaje. En sus tiempos mi padre viajaba mucho, ¿sabéis? Adora Evaria. Adora Sirminia. Por eso, cuando os he visto, he comprendido la inmensa oportunidad

que teníamos. Habéis visto tanto mundo, sois tan refinada… Sois una interlocutora maravillosa. Y él adora la buena conversación.

Mantuve la sonrisa plasmada en la cara y recordé que había dicho que su padre llevaba cuarenta años aquí.

—Sois muy amable, gracias. Y qué fascinante que haya viajado tanto. ¿Vuestro padre era… uh, pequeño cuando llegó a Adoria?

—Tendría unos veinte años. Pero regresó cruzando el Mar de Poniente varias veces. Es un hombre muy cultivado.

«Y viejo», pensé, haciendo el cálculo. Como mínimo sesenta años.

—Sí —dijo Cornelius, que pareció leerme el pensamiento—, habrá una diferencia de edad, pero, como he dicho, si entráis a formar parte de nuestra familia podréis permitiros cualquier lujo jamás soñado. Y mi padre piensa como yo sobre el futuro de esta tierra. No existen prejuicios caducos en nuestra casa. No permitiremos que os hagan el más mínimo desaire. Lo único que importa es que sois una muchacha sabia y emprendedora, y además hermosa.

—Sinceramente, no sé qué decir.

—Al menos decidme que lo conoceréis —insistió Cornelius—. Apuntad una de nuestras fiestas en vuestra agenda y hablad con él. Si la cosa no funciona, no habrá más que decir y seréis libre para cualquier otra espléndida oferta.

Su rostro era tan sincero, sus ojos tan grandes, que no pude decir que no.

—Será un placer conocer a vuestro padre.

Se pasó el resto del baile elogiando a su padre y las virtudes de su familia hasta el momento en que Aiana me envió al siguiente hombre. En este punto, tanta conversación me tenía exhausta.

—¿Os he visto bailando con Cornelius Chambers? —preguntó mi nueva pareja de baile. También tenía acento colonial, pero más fuerte y menos refinado que el de Cornelius—. Es un buen amigo mío.

—Parece muy simpático —dije de forma automática—. Creo que asistiré a una fiesta en su casa próximamente.

—Yo asistiré a una allí esta noche. —Su expresión se tornó maliciosa—. Pero seguramente será muy distinta de la fiesta a la que iréis vos.

—¿Y eso, señor…? Disculpadme. He olvidado vuestro nombre. —Durante las presentaciones mi mente había estado demasiado distraída.

—Miller. Abraham Miller. Cornelius organiza las mejores partidas de póquer de la colonia. Posiblemente de todas las colonias. En cuanto esto termine, iré con un grupo a su casa. Será divertido. Tendremos mucho de qué hablar después de esta velada y con suerte puede que hasta salga de allí con algunas monedas en el bolsillo.

Abraham Miller.

Yo conocía este nombre. Lo había oído unas noches antes, cuando fui a contarle a Grant lo que sabía de Theodore Craft. Abraham Miller trabajaba en la oficina de aduanas del puerto y era sospechoso de falsificar manifiestos de carga para los conspiradores. «Y descubrir si Abraham Miller era el inspector de aduanas de guardia. Ahora sí que necesitamos más que nunca registrar su casa uno de estos días, si es que alguna vez conseguimos una oportunidad segura».

—Entonces os deseo buena suerte, señor Miller —dije—. ¿No queda la plantación Chambers fuera de la ciudad? Parece que la noche será larga para vos.

Sus labios se plegaron en una línea recta.

—Sí, esa es la inconveniencia de las partidas. Cuesta más de una hora llegar allí, incluso a caballo. Su familia solía tener una casa aquí en la ciudad, pero la vendieron este invierno. No sé por qué.

Cuando concluyó el baile, Aiana me dijo que podía hacer una pausa breve. Mientras caminábamos hacia la tarima, le susurré:

—Tengo información que puede interesar a Grant. ¿Crees que podrías hacerle llegar un mensaje esta noche?

Aiana se volvió, perpleja.

—Pensé que todo esto había terminado para ti.

—¿Por qué?

—Porque hablé con Silas el otro día. Me contó lo de tu visita. —No se explayó sobre mi excursión ilícita, pero su semblante transmitía exactamente lo que pensaba al respecto—. También me dijo que había sido una mala idea involucrarte en esto y que estabas fuera del caso.

—Pues ha cambiado de opinión. Creo que Grant habló con él. —

Deseé que no descubriera la mentira, que Grant había desobedecido sus instrucciones.

—Ojalá no lo hubiera hecho —dijo frunciendo más el ceño—. No puedo llevarle nada a Grant esta noche, y menos con todo este lío, pero le haré llegar un mensaje por la mañana.

—Pero…

—Esto puede esperar, Mira. Y tú también vas a tener que esperar. Se acabó lo de escaparse a hurtadillas. Mi trabajo es protegerte, incluso de ti misma.

No protesté, máxime cuando su voz era de acero, pero no podía dejar pasar el asunto tan fácilmente. Se equivocaba. Mis noticias no podían esperar a la mañana, y menos cuando sabía con certeza que Abraham Miller se ausentaría esta noche. Pero ¿cómo podía comunicárselo a Grant con mayor rapidez?

Adelaide estaba haciendo una pausa. Me senté a su lado, contenta de poder descansar el tobillo. Recapitulamos nuestras respectivas veladas y luego nos sumimos en un cansado silencio mientras nos dedicamos a observar a la bulliciosa asistencia. La Corte Reluciente deslumbraba entre los invitados, sin duda, pero muchos de los ciudadanos insignes de Cabo Triunfo también captaban el interés con sus coloridas y sofisticadas galas. Formaban un fascinante despliegue que se movía en danzas y conversaciones por la sala, y me tomé un momento para apreciar el mundo realmente increíble al que había ido a parar. Pero justo entonces, en medio de tanto esplendor, divisé un punto negro. Un trabajador, encorvado y vestido con un abrigo deslucido y holgado, se dedicaba a sacar sillas por la misma puerta trasera por la que habíamos hecho nuestra entrada. Apenas podía creerlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adelaide al ver que me levantaba.

—Na… nada. Tengo que… tengo que ir a comprobar una cosa. Vuelvo enseguida.

Bajé los escalones como un rayo, sintiéndome fatal por separarme de ella sin darle una verdadera explicación. Pero debía descubrir qué estaba haciendo Grant en la fiesta.

Me llevó cierto tiempo abrirme paso por la abarrotada sala. Algunos invitados me miraron con interés, pero yo solo necesitaba esquivar a Aiana y a los Thorn; eran ellos quienes controlaban mi programa y sabían que escabullirme por la puerta de atrás no

formaba parte de la agenda.

Logré pasar desapercibida y volví a la antecámara, que estaba prácticamente vacía, a excepción de un par de trabajadores que traían barriles de cerveza y vino. Ninguno de ellos era Grant, y me pregunté dónde se habría metido.

—Aquí está, la sensación de la noche.

Me volví y allí estaba Grant, justo detrás de mí. Llevaba el mismo disfraz de nuestro primer encuentro pero hablaba con su voz normal.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Vigilarme?

—Vigilar a todo el mundo. —El Grant fugaz y optimista se había esfumado. Andaba a la caza de nuevo, centrado y yendo directo al grano—. Tú y tus amigas seréis la supuesta atracción, pero este es el tipo de acto que reúne a ricos y poderosos. Es una buena oportunidad para observar y ver qué hace migas con qué.

—Quién —dije—. Quién hace migas con quién.

—No me corrijas en tu segunda lengua.

—¿No es tu segunda lengua también?

—Llevo hablándola más tiempo que tú.

—Y yo he estudiado su gramática más tiempo que tú. Vale, no importa. Puedo hablarte de dos que han hecho migas: Cornelius Chambers y Abraham Miller.

—Eso ya lo sé. Frecuentan los mismos círculos.

—¿Sabías que Cornelius organiza una partida de póquer después del baile?

—Las personas como yo no formamos parte de esas listas de invitados.

—Abraham Miller sí. Irá allí. Tarde. Y su casa estará vacía.

El brillo se reflejó en sus ojos cuando comprendió.

—Mirabel…

—Ya me darás las gracias después. Deja de mover sillas y ve.

Suspiró, y la esperanza se borró de su rostro.

—Qué más quisiera. Hacen falta dos personas, y Silas no ha vuelto aún. Pero has hecho un buen trabajo.

—Pues déjame hacer más —dejé escapar—. Llévame contigo.

El rostro desaprobador de Aiana revoloteó en mi mente y lo aparté de inmediato.

—No.

—¿Cuándo tendrás otra oportunidad como esta? Y sabes que sé manejar la situación.

—¿Manejar la situación? Entrar furtivamente en Cabo Triunfo no es lo mismo que allanar una morada.

—Lo hice en el barco. ¿Recuerdas? ¿Cuándo descubrí sin esfuerzo todos tus secretos?

—No empieces. —Me miró y casi pude ver los pensamientos girando en su cabeza. Era una buena oportunidad, y la necesitaba desesperadamente—. Vas demasiado ataviada. ¿O quizá poco? Ese corpiño parece que…

—¿Distrae? —sugerí.

—No abriga.

—No te preocupes, me cambiaré para que puedas centrarte en tu trabajo.

—Ni que yo… Mira, esto es serio. Miller vive en una zona exclusiva de la ciudad. Su casa está vigilada y la milicia suele patrullar esos distritos más que otros. Los sobornan para que lo hagan. Tenemos que tener cuidado.

—Entonces no hay tiempo que perder. Me escabulliré de la casa como la otra vez. —Lo medité, pensando en el largo trayecto desde Las Glicinias—. De hecho… Ahorraremos tiempo si me escabullo en cuanto esto concluya.

—¿No crees que se darán cuenta de que les falta una de las chicas? Controlan todos tus movimientos. Lo he visto esta noche. Aiana nunca aparta la vista de ti o de las otras dos a su cargo.

—Bueno, parece obvio que sí lo ha hecho; si no, no estaría aquí. Te lo repito, no te preocupes. Encontraré la manera de cambiarme de ropa y escabullirme. Ese no es tu problema. Y le dejaré una nota para que no se preocupe si no me ve y no me delate.

Grant suspiró exasperado, pero yo sabía que había terminado por ceder.

—Estupendo. Entonces mañana seré yo quien se lleve el rapapolvo y quien tendrá que aguantar los gritos de Aiana. Tenemos muchos sinónimos de «idiota» y «bastardo» en nuestra lengua, y ella los conoce todos. Creo que ha inventado algunos incluso.

—Ese es tu problema —repetí.

14

El final del baile fue caótico, lo que me vino de perlas. En cuanto el programa de baile oficial hubo terminado, los pretendientes más descarados intentaron captar el interés de nuestras chicas para hablar con ellas o decir un cumplido de último minuto. Yo logré encontrar un trozo de papel donde escribí «G. E».. Aiana estaba atrapada en un corro de hombres que intentaban hablarle al unísono. Algunos se quejaban de sus carnés de baile y otros querían programar futuras citas. Todas las carabinas estaban en una situación similar. Conseguí que alguien le entregase mi nota a Aiana y salí como una flecha del salón. Seguro que Aiana entendería el mensaje, pero supuse que no podría liberarse para poder detenerme. También estaba segura de que me cubriría, aunque no le hiciera ninguna gracia.

Encontré la recámara vacía, pero las puertas estaban abiertas de par en par, revelando a los persistentes guardianes y la llegada de nuestros carruajes. La señorita Culpepper había mandado traer cajas de vestidos y accesorios extra por si acaso, y me alivió ver que aún no las habían subido a los carruajes. La recámara se llenaría de gente en un santiamén, así que me puse a revolver inmediatamente el contenido de las cajas. Encontrar una peluca rubia similar a la de la última vez fue cosa fácil. Pero, como de costumbre, fue más difícil localizar prendas discretas. Finalmente me deshice de mi elaborado vestido y decidí llevar sencillamente la blusa negra opaca de debajo. Logré encontrar unos guantes y un antifaz púrpura, pero seguía sin un abrigo adecuado. Desesperada y escasa de tiempo, agarré una lona de arpillera ancha y me la enrollé a la cabeza y al cuerpo como una capa, prendiéndola con un broche sobrante. Enrollé mi vestido en un grueso fardo de satén que me puse bajo el brazo. Intenté no pensar en las arrugas.

Los guardias contratados aún no estaban en alerta y en cuanto

los dejé atrás fue fácil cruzar la ciudad hasta la dirección que Grant me había dado. Era un desván como el de Silas, en la segunda planta de un edificio, pero no estaba encima de una sastrería como aquel, sino de una panadería. El portal se encontraba en el lateral del edificio, apartado de la calle principal. Tanto mejor para hacer negocios clandestinos, supuse.

—¿Esto es tuyo? —pregunté cuando me hizo pasar. El nuevo hospedaje de Grant olía a pan recién hecho. El espacio consistía en una minúscula sala de estar y, por cuanto pude ver a través de una puerta entornada, un dormitorio más pequeño incluso, acaparado por la cama. Era el único mueble de la casa. Tampoco había cocina, y me pregunté cómo se las arreglaba para comer—. Necesitas algunos muebles o algo de decoración. Ahora mismo parece la morada de un fantasma.

—He sido un fantasma durante mucho tiempo. No me importa. ¿Y ves? Te equivocas con la decoración, ahí hay un espejo, al lado de la puerta.

—Sí, pero no lo tienes por estética, sino para ponerte tus disfraces. ¿Cuándo nos vamos?

Se fijó en mi abrigo de arpilla.

—En cuanto entienda qué es eso que llevas puesto.

—No tenía muchas opciones —dije a la defensiva, intentando alisar la lona.

Me lanzó un fardo que estaba en el suelo.

—Menos mal que uno de los dos tiene acceso a una tienda de artículos.

Desenrollé la ropa y encontré unos pantalones y un abrigo de verdad hecho de una tela apagada pero resistente. También había una camisa lisa de botones con corte de hombre pero lo bastante pequeña para mí. Me cambié en el dormitorio, impresionada porque hubiera adivinado correctamente mi talla.

—No tenían botas tan pequeñas —dijo después, señalando mis zapatos de baile negros—. ¿Podrás caminar con eso?

—Llevo haciéndolo toda la noche. —Desde luego, no pensaba decirle lo mucho que me dolía la pierna.

Abraham Miller vivía fuera del bullicio de Cabo Triunfo, cerca de la zona verde de la ciudad que me faltaba por ver. Las casas solariegas y las mansiones orillaban las plácidas calles, lejos del

intenso tráfico peatonal que atraían los comercios. Grant —que seguía vestido con el disfraz de antes— me condujo hasta un grupo de viviendas blancas idénticas. Nos detuvimos a la sombra de un grupo de retoños recién plantados y observamos a un hombre que se paseaba por la manzana de enfrente, parándose de vez en cuando para encender una pipa.

—Muchos solteros ricos viven aquí, los que tienen demasiado dinero como para alojarse en una casa de huéspedes, pero no el suficiente aún para comprar una casa —explicó Grant—. La de Miller está al final, en la planta superior.

—¿Y él? —pregunté, señalando al hombre de la pipa.

—Es un vigilante. Muchas de estas casas tienen uno. Este es demasiado vago para dar la vuelta entera a la casa, pero estará atento a las entradas frontales, que es, por desgracia, adonde necesitamos ir nosotros.

—¿Cómo lo esquivamos?

—Aquí es donde entras tú, a no ser que hayas usado ya todos tus encantos esta noche. —Pronunció «encantos» como si cuestionara que los tuviera en absoluto.

—¿Esto es lo que haría Silas si te estuviese ayudando?

—Lo distraería de otra manera. Quizás enseñándole algunas credenciales y diciéndole que persigue a un delincuente.

—Eso suena mucho más digno que lo que me pides a mí.

—Todos trabajamos con los dones que tenemos. El mío es abrir cerraduras. Ve a hablar con él. Distrae su mirada de las puertas. En cuanto yo haya entrado, zanja la charla y ve a buscarme rodeando la casa. Estaré esperándote en la parte de atrás.

Escéptica con el éxito del plan, emprendí mi misión con tenacidad y me encaminé hacia el vigilante. Este se cuadró, asustado por mi presencia, pero se relajó al verme con más claridad a la luz de las farolas. Probablemente porque pensó que yo era una mujer, dócil e inofensiva.

—Disculpadme, señor —dije con un acento de clase baja, parecido al acento natural de Tamsin—. ¿Sabéis dónde vive Benjamin Pierce?

El hombre, de mediana edad y nariz torcida, se rascó la frente. Detrás de él, vi como Grant se deslizaba hacia la puerta del edificio, ocultándose en las sombras en la medida de lo posible.

—Nunca he oído ese nombre.

Sin duda, porque me lo acababa de inventar.

—Me han dicho que era aquí. Pine esquina con West. La casa blanca.

—Lo habrás entendido mal. —Me miró con recelo—. ¿Y qué hace una chica como tú visitando a un hombre a estas horas de la noche?

Puse una mirada ofendida.

—Un trabajo honrado. Su ama de llaves no está en la ciudad y me han contratado para venir a limpiar la casa.

Grant seguía forzando la cerradura. Un gran don el suyo, desde luego.

—¿A estas horas?

—Al señor no le gusta estar en casa cuando hacen la limpieza y me ha hecho venir mientras él se encuentra en alguna de esas lujosas fiestas —repuse amargamente—. ¿Pensáis que me apetece salir a estas horas por una estúpida moneda? Pero una chica tiene que sobrevivir.

—Todos tenemos que hacerlo —dijo el vigilante con empatía—. Pero no deberías salir sola. Nunca sabes quién puede estar acechando en la oscuridad.

Lo que yo sabía era que Grant estaba en la oscuridad y que aún no había sido capaz de abrir la puerta.

—Mi padre está ayudando en el embarcadero. Me habría traído de haber podido.

—Bueno, te llevaré a la calle East con Pine —dijo el hombre—. Seguramente las habrás confundido.

El pánico se apoderó de mí. No podía irme de allí, y menos a la otra punta de la ciudad.

—No puedo permitirlo, señor. ¿Y si alguno de los propietarios de estas casas llega y no os ve? Podríais perder vuestro trabajo.

Su vacilación me confirmó que estaba en lo cierto. En ese preciso instante vi que Grant conseguía abrir la puerta y se colaba en la casa.

—Tendré cuidado —dije al vigilante—. Sé cómo pasar desapercibida, una chica también tiene que saber hacer eso. Seguramente tenéis razón y he confundido las calles. Gracias por vuestra ayuda.

Me alejé presurosa y bajé por Pine hasta que lo perdí de vista. Rodeando la calle, volví a la parte de atrás de la casa de Miller, que daba a otro edificio, creando un estrecho pasaje en medio. Las ventanas al nivel de la calle eran enrejadas, pero las de la primera planta no.

—Has tardado mucho —dijo una voz desde arriba. Levanté la cabeza y vi a Grant mirándome desde una ventana de la segunda planta, con los brazos cruzados en la repisa, como si llevara allí toda la noche.

—¿Yo soy la que ha tardado mucho? Tendrías que haberme dejado a mí lo del cerrojo mientras tú preguntabas por la dirección.

La respuesta de Grant fue lanzarme una cuerda. Yo había trepado numerosas veces en la granja de mi familia y subí sin esfuerzo. Había dos pequeñas velas encendidas y me dio una.

—Podemos usar esta luz sin ser vistos. Regístralo todo, por muy inverosímil que parezca. Si esconde algo aquí, seguro que no está en lugar visible.

También examinamos los lugares obvios: el escritorio y las estanterías. Había documentos y libros de cuentas, pero todo eran registros claramente identificables de transacciones del ejército. Luego rebuscamos en sitios menos evidentes, como cajones y cómodas. Finalmente, debajo del colchón de Miller encontré una hoja de papel.

—Tengo algo —avisé a Grant—. Más cuentas, pero sin una explicación clara.

Grant se acercó y echó un vistazo por encima de mi hombro.

—La primera columna son nombres de barcos. Las fechas son del último verano, probablemente cuando arribaron a puerto. Estoy seguro de que los registros de aduanas confirmarán que Miller era el agente que hizo las inspecciones.

—Cinco yardas de hule, diez libras de estaño… —Di un golpecito a la columna que figuraba junto a las fechas—. ¿Cargamento?

—Cargamento robado. Cantidades menores, desviadas desde arriba, probablemente no lo bastante significativas como para que sus propietarios se den cuenta o protesten. Algo así sería pan comido para Miller, especialmente con cualquier remesa retenida un tiempo en aduanas. —Los ojos de Grant se achicaron—. Imagino

que alguien se daría cuenta y creería que los ladrones de la mercancía serían marineros, no un inspector de aduanas. Tenemos que repasar los registros oficiales para ver si existen reclamaciones.

—Mira los nombres de al lado. Craft aparece cinco veces.

Grant asintió con la cabeza.

—Porque es uno de los mensajeros que realiza el contrabando. Estos eran sus encargos.

—¿Conoces a los otros?

Otros cuatro nombres aparecían múltiples veces. Presumiblemente eran los otros mensajeros que habían transportado el cargamento que Miller había ayudado a robar para los traidores. Madisin, Bush, Skarbrow y Cortmansh.

—Bush. A los otros no, o eso creo. Conozco a un Madison con «o», no con «i»; será que Miller comete faltas de ortografía. En cualquier caso, es raro que alguien esconda registros legales debajo del colchón. No es la finalidad de un lecho.

—¿Te refieres a que es dormir?

—Oh, Mirabel, qué inocente eres. —Grant sacó papel y pluma de su abrigo y se puso a copiar los registros—. Es como si no entendieras a los hombres algunas veces.

—Los entiendo bastante bien. Como a ese que conocí en un barco. Conseguí que me hiciera un gran favor.

—No tan grande. ¿Y sabes qué? He pensado mucho en ese día.

—¡Oh, no me digas! —exclamé con malicia.

Grant hizo una pausa y levantó la vista, su semblante triste era visible incluso a la luz de la vela.

—La manga caída. ¿Real o falsa?

—Real.

—No.

—Sí.

Volvió a centrarse en su faena con un suspiro.

—Eso lo empeora.

—¿Qué?

—Olvídalo.

Cuando hubo terminado, devolvimos el registro a su escondrijo original e ideamos la complicada tarea de salir de la casa. Como no queríamos dejar ninguna huella de nuestra visita, no podíamos bajar por la cuerda y dejar abierta la ventana.

—Bajaré yo —explicó Grant—. Tú desatas la cuerda, sales a la repisa, cierras la ventana y saltas.

Lo explicó tan razonablemente, sonaba tan fácil, que tuve que repetírmelo varias veces en mi cabeza para asegurarme de que no se me había escapado la parte en que todo cobraba sentido. Eché un vistazo por la ventana. «Repisa» era exagerar un poco. Lo cierto es que era una clase de moldura ornamental que envolvía todo el edificio entre las dos plantas. La moldura tenía una superficie plana encima, probablemente lo bastante ancha para que cupiese mi pie. El suyo desde luego que no.

—Es un buen salto —dije por fin.

—No tanto. Estos pisos no son tan altos como los de la casa donde te alojas. Además, yo te sujetaré, si no te importa.

—¿La alternativa es que no lo hagas?

—Has estado en brazos de otros hombres toda la noche. Imagino que estarás cansada de eso.

—Puedo soportar un par más… eso asumiendo que aterrice en ellos, porque lo más seguro es que te tire al suelo.

—En ese caso amortiguaré tu caída. El riesgo es mío. Ahora, date prisa.

Yo no tenía tan claro quién de los dos corría más riesgo, sobre todo cuando lo vi bajar sin esfuerzo por la cuerda y luego me hizo seña de seguirle. Este edificio era más bajo, en eso llevaba razón. Era elegante pero sin pretensiones de impresionar por fuera como Las Glicinias, con sus techos abovedados y aguilones, y el suelo, al menos, era de tierra compactada. Tuve que pensar en que unos adoquines habrían sido más dolorosos.

«Vamos, Mira —me dije—. Padre lo haría. Lonzo lo haría».

Desaté la cuerda y la dejé caer. Con cautela, salí a la estrecha moldura colocando un pie detrás de otro. Pensar que el salto desde la ventana trasera de las Glicinias me había parecido peligroso era ridículo en este momento. La repisa tenía una saliente y me aferré con firmeza a ella con una mano mientras cerraba la ventana con la otra. Una vez concluido esto, me volví hacia Grant muy despacito. El suelo parecía mucho más lejos que la última vez que lo había mirado.

Grant abrió los brazos.

—¿Te sentirás mejor si te digo que Aiana me matará como te

pase algo?

—No mucho.

Sin embargo tensé los músculos, ignorando el dolor de la pierna, y me lancé al vacío. En el mismo instante en que mis pies se despegaban de la repisa, se oyó un grito que provenía del fondo de la calle.

—¡Ey! ¿Qué crees que estás haciendo?

El vigilante. Su inesperada presencia nos despistó a los dos. Yo di un salto torpe, olvidando por completo apuntar hacia Grant. Él también se asustó y desvió la mirada hacia la voz durante un segundo, justo cuando yo caía en picado contra él. El resultado fue que finalmente sí que amortiguó mi caída y ambos rodamos por el suelo.

Grant se puso en pie primero y me levantó.

—Corre —dijo, tirando de mí en el sentido opuesto al vigilante que se acercaba rápidamente a nosotros—. Somos más jóvenes y estamos en mejor forma. No podrá atraparnos.

El silbato del vigilante perforó la noche.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ayuda!

—Esperemos que quien acuda en su ayuda no sea más joven y esté en mejor forma que nosotros —gruñí mientras despejábamos la calle. Mantuve la velocidad de Grant, pero sentía un dolor punzante en la pierna a cada paso que daba.

—¿Por dónde han ido? —gritó una nueva voz.

—¡Por allí! ¡Calle abajo! —voceó el vigilante. Las pisadas de las botas, más de un par, resonaban en el suelo, a una calle de distancia de nosotros, a lo sumo.

—¡Por la autoridad del gobernador, deteneos y entregaos!

—Maldita sea nuestra suerte, la milicia estará patrullando esta noche —refunfuñó Grant—. Por aquí. Los despistaremos yendo por el centro.

Al torcer una esquina, nos encontramos con la vida nocturna de Cabo Triunfo. Una gigante posada con una taberna ocupaba casi toda la manzana ante nosotros. La música se filtraba hasta la calle y las doradas ventanas revelaban una gran multitud en su interior. Otros grupos se demoraban en el porche; los hombres fumaban y las mujeres se contoneaban, ligeras de ropa a pesar del frío. Eché un vistazo atrás, en la dirección de donde veníamos, y pude oír unos

gritos y percibir apenas las siluetas de varios hombres corriendo tres manzanas más abajo.

—Quítate la peluca —me ordenó Grant mientras él empezaba a tirarse de la barba. Me quité la peluca con una mueca de dolor cuando las horquillas se clavaron en mi pelo de verdad. Grant se metió los dos postizos en otro bolsillo de su abrigo gigante y luego me agarró de la mano, guiándome hacia la puerta del establecimiento.

Dentro, el barullo era más intenso. El piano entonaba una airosa melodía que no tenía nada que ver con nada de lo que me habían enseñado en El Manantial Azul, y los parroquianos reían y daban voces en derredor. Algunos jugaban al póquer golpeando la mesa con monedas y cartas. Hábiles camareros se deslizaban entre la multitud portando bebidas y comida. El humo de los cigarros y el olor a sudor flotaban en el aire recargado. Más mujeres ligeras de ropa se contoneaban por la sala; y algunas hacían algo más que contonearse. Contemplé, incrédula, a una pareja que se besaba en la puerta, ajenos a cuanto les rodeaba. Otra mujer se había subido a una mesa de hombres, y bromeaba y reía con ellos mientras estos intentaban levantarle el borde de la falda. Me volví hacia Grant, siendo muy consciente de la peluca que me faltaba, con un antifaz como único escudo.

—¡Nadie puede reconocerme en un sitio así! —le dije a voces.

—Mejor esto que la cárcel —me respondió—. Ahí hay una mesa libre junto a la barra.

Nos abrimos paso entre el populacho, ocupando las dos sillas antes de que nadie nos las quitase. Nos sentamos tan cerca de la barra que Grant solo tuvo que levantarse y pedir vino al cantinero dando una voz. Momentos después, un decantador y unas tazas aparecieron encima de la mesa.

—Solo estamos tomando una copichuela. Pasando un rato agradable. —La mirada de Grant, de todo menos agradable, seguía clavada en la puerta mientras hablaba—. Si a la milicia se le ocurre mirar aquí dentro, no podrán reconocernos, sea cual sea la descripción que tengan.

Con las manos temblorosas, llené las tazas de vino pero no toqué la mía.

—Menos mal que el vigilante era demasiado vago como para dar

la vuelta entera a la casa.

Grant me lanzó una mirada fulminante.

—¿Te duele mucho la pierna?

—¿Te refieres a antes o a después de tirarme por la ventana?

Hizo una mueca.

—Tendrías que haberme dicho que seguía molestándote. Le echaré un vistazo cuando volvamos… —Desvió la mirada detrás de mí y supe lo que ocurría.

—La milicia.

—Solo uno. No te vuelvas. Bebe vino. Sonríe.

No logré sonreír, pero me llevé la taza a los labios sin beber. Un hombre llegó hecho una furia a la barra y se detuvo justo a nuestro lado.

—Estoy buscando a una pareja de ladrones —dijo al cantinero dándose aires de importancia—. Un hombre y una mujer.

El cantinero dijo sin pestañear:

—Los tenemos a raudales. Sírvete tú mismo.

—Una chica rubia. Un hombre mayor.

—Sírvete tú mismo —repitió el cantinero, señalando la poblada sala a nuestras espaldas—. No recuerdo a nadie así, pero tu descripción es un poco vaga.

El miliciano frunció el ceño y supervisó la cantina, repasándonos a Grant y a mí con la mirada.

—Tú —gritó, haciendo una seña hacia la puerta—. Ven aquí y cuéntale lo que has visto.

La sonrisa fingida de Grant se puso más rígida.

—Es el vigilante. Viene hacia aquí.

Miré a los ojos de Grant alarmada. Yo había estado cara a cara con el vigilante. Era posible que me reconociera incluso sin la peluca. Aparté la vista cuando entró dando pisotones hasta el miliciano y escupió lo que había visto.

—No he podido verlo bien, pero creo que llevaba barba. Gris. La chica era rubia. Bonita. Llevaba un antifaz.

—Echa un vistazo por la taberna si quieres —dijo el cantinero, más harto que preocupado por los ladrones de casas.

—Que cada uno busque por su lado —dijo el miliciano.

No oí lo que dijeron después. Lo único que sabía es que no podía permitir que me vieran la cara. No podían descubrirme, y menos

después de todos mis esfuerzos por llegar hasta Adoria. Con los latidos del corazón rugiéndome en los oídos, me senté en el regazo de Grant sin avisarle y le besé, ladeando mi cuerpo para colocarme de espaldas a la barra. El pasmo de Grant apenas duró un segundo, y después me rodeó la cintura con las manos, apretándome firmemente con los dedos. Su boca se abrió contra la mía, y el sabor de su lengua y de sus labios colmó mis sentidos mientras el pánico previo se disolvía. Le rodeé el cuello con los brazos y una de sus manos se deslizó hacia arriba por mi espalda, enredándose con mis cabellos. Con la otra mano me subió el antifaz, y abrí los ojos, que se encontraron con los suyos durante el espacio de un suspiro antes de que nuestras bocas se fundieran de nuevo. Sus dientes rozaban mis labios, y cada milímetro de mi cuerpo se tensó, sediento de… algo.

Un hombre se aclaró la garganta detrás de nosotros, y a mi confusa mente le llevó un buen rato registrarlo. Rápidamente, me bajé el antifaz y me separé de Grant. Los dos levantamos la cabeza y vimos al ceñudo cantinero plantado ante nosotros de brazos cruzados. El vigilante y el miliciano no se veían por ninguna parte.

—Me importa poco si no es una de nuestras chicas —dijo el cantinero—. Si queréis hacer eso, te la llevas arriba y pagas una habitación como todo el mundo.

Grant pestañeó unas cuantas veces y después me empujó delicadamente a mi silla.

—Me la llevo a casa. Eso… eso es. Nos vamos.

Se levantó y dejó unas monedas en la mesa, aunque sus ojos supervisaron la taberna mientras lo hacía. Con una rápida inclinación de cabeza me indicó que estábamos a salvo, y ambos caminamos hacia la puerta. O yo lo hice cojeando, mejor dicho. Nos paramos de nuevo en el porche para comprobar por segunda vez si nuestros perseguidores estaban allí, pero se habían ido.

Bajamos lentamente por la calle, y me ofreció su brazo para apoyarme en él. Negué con la cabeza.

—No duele tanto —mentí. Me daba miedo tocarle otra vez. Me daba miedo decir nada. Volvimos a la panadería en silencio, y tuve que reprimir las ganas de tocarme los labios y recorrer el paso de los suyos.

—Grant… —dije reuniendo el valor y tragando saliva varias

veces antes de continuar—. Deberíamos… necesitamos hablar de…

—No —dijo con la vista clavada al frente.

—¿No? ¿No tienes nada que decir?

—No. —Su voz tenía su ligereza habitual, pero sonaba frágil, como si estuviera luchando consigo mismo—. ¿Hay algo que quieras decirme?

Muchas cosas. Como por qué no había disimulado. Era un actor excepcional, pero no me había besado con fingido entusiasmo. Me había besado como si quisiera devorarme. Y me apretaba contra él… bueno, como si me deseara, pura y llanamente.

«¿Qué quieres que te diga, Mira? ¿Por qué le estás buscando tres pies al gato?», me pregunté. Me refugié en una actitud arrogante.

—Principalmente solo quería oírte decir que reconoces que he sido mejor opción que Silas esta noche.

—Bueno, ciertamente en algún… —Miró al frente, a su casa, y gruñó—. Maravilloso.

Seguí su mirada.

—¿Qué?

Aiana estaba delante de la panadería, a poca distancia de un caballo atado. Apoyada en un poste, reaccionó al vernos, el rostro ceniciento. Inmediatamente, empezó a reprender a Grant en balanco. Él le respondió en la misma lengua conservando la calma, cosa que solo pareció enfurecerla más.

Aiana estaba enredada en una nueva monserga cuando dije:

—Espera, espera. No ha sido culpa suya. La idea ha sido mía. Y si sirve de algo, te diré que él estaba en contra.

Aiana cambió al osfridiano.

—Bueno, ¡pues al parecer no lo suficiente! Andando, volvemos a casa. Es un milagro que nadie se percatara de tu ausencia después del baile. Bueno, estoy segura de que Adelaide sí que se ha dado cuenta.

—Ha sido algo puntual —dijo Grant—. Y la culpa es mía.

Aiana se volvió hacia él.

—¡Pues claro que la culpa es tuya! Nunca deberías haberla implicado en esto.

—Puede tomar sus propias decisiones. Se ha metido en esto ella sola.

—¡Incitada por ti! No la arrastres a una vida temeraria como la

tuya. ¡No la conviertas en alguien como tú! Aquí tiene una buena oportunidad. Una oportunidad para tener estabilidad y felicidad, puede que hasta amor.

La calma y el aire sosegado de Grant se desintegraron en una furiosa incredulidad.

—¿Con un matrimonio pactado con el mayor postor? ¿Cómo funcionó eso para ti con Mishi, Aiana? ¿Y dónde estaban tu amor y tu felicidad cuando entrabas y salías a hurtadillas de la alcoba de esa partera? Tendrías que haber aprendido la lección, pero estoy seguro de que has caído en brazos de otras amantes desastrosas en mi ausencia.

A juzgar por la expresión de Aiana, era como si Grant la hubiera abofeteado.

—Al menos yo me sé los nombres de mis amantes —dijo más tranquila—. Y al menos busco la conexión humana. Puede que no lo consiga, pero lo intento.

Reinó un silencio gélido mientras se miraban el uno al otro, y se me vino a la cabeza una escena poco grata de la pelea entre Adelaide y Tamsin. El calor que había sentido en la taberna se había esfumado. Todo lo que deseaba era que hiciesen las paces.

Grant cedió primero, el desafío borrándose de sus ojos.

—Sekem, no quería…

Aiana alzó una mano y se dirigió hacia el caballo.

—Déjalo. Ya es como tú. Quizá siempre lo haya sido. Y a partir de ahora voy a asumir que entrará y saldrá como le venga en gana. La cubriré cuando pueda, pero si le pasa algo es cosa tuya. Espero que todos tus sueños y tu gloria merezcan esto. Vamos, Mira.

15

El sueño me venció nada más acostarme, y la mañana llegó demasiado deprisa. Abrí los soñolientos ojos y Adelaide estaba inclinada sobre mí, vestida para el día y llena de preguntas.

—Lo siento —dije—. No quería asustarte. Gracias por no decir nada a nadie.

Comprendí que esperaba más detalles, acaso una explicación o simplemente saber dónde había estado. Permanecí en silencio, más que nada para no tener que mentirle. Finalmente, preguntó con cautela:

—¿Estuviste explorando la ciudad?

—Sí. —Eso, al menos, era cierto—. Ha sido una imprudencia, lo sé.

—¡Podría haberte pasado cualquier cosa! Prométeme que no volverás a hacerlo. No es seguro que una mujer ande por ahí sola.

—El mundo no es seguro —constaté con tristeza. Era la historia de mi vida.

Me miró con severidad.

—No lo has prometido.

—Porque no puedo.

—Mira…

—Adelaide, tienes que confiar en que no haré nada, peligroso o no, si no es por una buena razón. Pero… bueno…

Desvié la mirada, de pronto enfrentada a un aspecto de este subterfugio que no había tenido que encarar previamente. En el barco, Adelaide había tenido demasiadas distracciones como para darse cuenta de mis tejemanejes. Y hasta hacía poco, mi mayor temor era ser descubierta por quienes tenían mi futuro en sus manos, como los Thorn. Mi colaboración con Grant no debía afectarla, o eso me había propuesto. Técnicamente seguía siendo así, pero desde la víspera Adelaide había observado un

comportamiento raro en mí y yo tenía que decidir cómo abordar el problema.

—Todos tenemos nuestros secretos —dije, mirándola de nuevo—. Sé que tú también, y lo respeto.

Adelaide difícilmente podía rebatirme este argumento; sin duda, recordó que nunca le había insistido para sonsacarle detalles de su errático comportamiento en El Manantial Azul. Aun así, no podía recriminarle que se preocupara por mí. Ella era todo lo que me quedaba después de Tamsin, y quería protegerla. Tendría que haber sospechado que la pérdida de Tamsin llevaría a Adelaide a querer protegerme a mí también.

Dejó de interrogarme e incluso me dedicó una sonrisa al salir de la habitación, aunque yo sabía que no había conseguido despejar sus temores. Cuando terminé de recogerme el cabello con horquillas, intenté imaginar que le contaba la verdad. ¿Qué diría cuando supiera que había entrado en casa de un respetable ciudadano de noche? ¿Que había besado a un hombre en una taberna de mala reputación? ¿Que este hombre era un espía con un peligroso pasado y una personalidad exasperante?

Me detuve en el umbral de mi dormitorio, cerrando los ojos un momento antes de seguirla escaleras abajo. Contra mi buen juicio, me permití saborear el recuerdo del beso de Grant, de nuestros cuerpos entrelazados. Abrí los ojos y respiré hondo.

«Tienes que frenar esto. Grant es una distracción —me recordó mi severa voz interior mientras bajaba las escaleras—. Solo es un medio para ayudar a Lonzo».

En la mesa del desayuno, la señorita Culpepper estaba leyendo la agenda del día. Los Thorn se habían asegurado de que ninguna chica permaneciera ociosa. Algunas, como Adelaide, habían recibido toda clase de peticiones de citas, y mi amiga se pasó el día entero en casa recibiendo a un visitante tras otro. Las que no estaban ocupadas con citas individuales eran enviadas en visitas de grupo para tomar el té u otras actividades de exhibición. Yo recibí algunas solicitudes también. Uno de ellos hacía la ronda de todas las chicas. El otro parecía sentir auténtica curiosidad por mí, lo cual me halagaba, pero nada en él me dejó huella.

Nuestras actividades más importantes tenían lugar por las tardes. Las cenas y las fiestas atraían a los pretendientes más

prestigiosos y nos daban la oportunidad de valorar las casas y los recursos de quienes nos cortejaban. Adelaide, Amelia y yo acudimos a nuestra primera fiesta privada en casa de un apreciado comerciante. A pesar de la ostentosa fortuna de nuestro anfitrión, la fiesta fue bastante desenfadada al lado de la pompa y el exceso del baile inaugural. Seguíamos perfectamente acicaladas y haciendo gala de nuestros mejores modales entre la élite de Cabo Triunfo, pero al menos no eran tantos los hombres presentes. También teníamos la libertad de mezclarnos con quienes quisiéramos. No hubo carnés de baile fijados para esa noche. De hecho, no hubo mucho baile de ninguna clase, lo que dio un respiro a mi tobillo.

Pensar en mi tobillo me hacía pensar en Grant, y pensar en él me hacía pensar en sus manos sobre mi pierna, y pensar en eso…

—¿Estáis bien, señorita?

Pestañeé, alejando mis pensamientos de mi imaginación traicionera y miré al joven de ojos curiosos que tenía delante.

—¿Disculpad?

—Os veo muy sonrojada —dijo—. Espero que la sala no esté demasiado cargada para vos. ¿Queréis un poco de agua?

—Si fuerais tan amable, gracias.

Luché por mantener la sonrisa mientras él le hacía señas a un sirviente. Era una locura. Solo había sido un beso. Bueno, un beso y una falda subida. Cuando el solícito joven volvió con el agua, elevé mis niveles de encanto al máximo, coqueteando con él más que con cualquier otro en el baile inaugural. Si una parte de mí deseaba experimentar con un amante pasajero, seguramente podría encontrar a otro hombre. A otro hombre menos… complicado.

Pero no funcionó con este, como tampoco funcionó con el siguiente con quien trabé conversación. Ni el otro. Hice todo lo posible por encontrar al hombre más apuesto de la fiesta y descubrí que tanto Grant como la señorita Garrison habían acertado sobre mi atractivo. Algunos hombres parecían indecisos a la hora de conversar con una sirminia, pero se animaban en cuanto comprendían que yo era una persona «normal». Y no necesitaban animarse en absoluto en lo relativo a mis atributos físicos. Incluso a través de sus máscaras de amabilidad, pude ver que estudiaban mi figura. Su interés era palpable, pero yo no sentía el menor cosquilleo. No sentía deseos de sentarme en el regazo de ninguno de

ellos. No sentía deseos de sentir sus labios contra los míos. Admiraba su atractivo, nada más.

Cuando nuestro grupo regresó a Las Glicinias más tarde, encontramos a muchas de las chicas reunidas en el salón, todas deseosas de hablar de sus respectivas fiestas. Adelaide se fue pronto a la cama, y me ofrecí a subir con ella. Se había sentido indispuesta durante el día, y me inquietó que el estrés de ser el diamante estuviera haciendo mella en mi amiga. Tenía la agenda más apretada de todas.

—Solo estoy cansada —dijo, despidiéndome con la mano—. Quédate levantada si quieres.

No tenía interés en escuchar las anécdotas sobre los pretendientes de las chicas, especialmente después de las conversaciones superficiales que había tenido que soportar. Pero sí que me gustaban los otros cotilleos sobre Cabo Triunfo. Aunque en las colonias centrales reinaba la paz, siempre circulaban rumores sobre amenazas lorandesas e icori. Los escándalos y los crímenes locales eran otra fuente de chismorreos. Escuchar la historia de una familia ninguneada por la milicia o los soldados luego de ser víctimas de un robo en una calle comercial me enojó, pero un cambio de tema sobre los enigmáticos piratas de la ciudad me distrajo. Al parecer, algunos se habían echado a la mar de nuevo.

—Un barco desapareció anoche sin más —nos contó Juliana—. Los vigilantes de los muelles no vieron nada. La bruma era muy espesa.

—¿No había nadie a bordo? —preguntó Martha.

—Solo la tripulación mínima, y ninguno de ellos sabe lo que sucedió —explicó Juliana—. Los dejaron inconscientes, los ataron y los abandonaron más lejos en la costa.

Me incliné más hacia delante, fascinada.

—¿Qué había en el barco?

—Principalmente azúcar. Algunas especias. También se llevaron todos los pertrechos de los marineros. El barco había atracado en el puerto esa misma tarde y aún no habían bajado el cargamento. —Juliana suspiró—. Espero que al menos nos quede azúcar para el té y el café. El caballero que me contó lo del barco me dijo que estos productos escasearán hasta que el comercio con el sur se incremente en primavera. Subirán los precios.

Clara recorrió su estrecho talle con las manos.

—Tanto mejor. ¿Quién quiere dulces? Deberías empezar a privarte de los bollos de nueces en el desayuno, ¿sabes? Aún no estás prometida.

Juliana se sonrojó y se abrazó instintivamente el cuerpo con las manos. Yo intenté no poner los ojos en blanco. Sinceramente, ¿Clara no podía participar en una conversación sin tener que denigrar a alguien de alguna manera?

—Pues me sorprende mucho que no te hayas casado ya —dije a Juliana—. No has dejado de recibir visitas de pretendientes. Y según parece, has estado hablando con un caballero muy bien relacionado si tanto sabes de comercio.

Juliana resplandeció.

—Oh, sí. Barton Scarborough. Comercia por toda la costa. Bailé con él dos veces.

—Ooh, qué suerte —arrulló Theresa—. ¡El señor Scarborough viste con tanta elegancia! Lo vi en el baile pero no tuve oportunidad de bailar con él.

—Esta noche llevaba rosas de seda bordadas en el chaleco. —Juliana levantó la barbilla con orgullo—. Es porque su padre, el difunto señor Scarborough, vivió en Lorandia hace años. Son una familia muy a la moda.

Decidí que era hora de irme. Había restaurado la reputación de Juliana y no merecía escuchar un análisis detallado del vestuario masculino. Pero cuando llegué a la puerta, me detuve. Cada vez que pronunciaban «Scarborough» sentía un cosquilleo en la memoria, sobre todo en la voz de Juliana. Al igual que yo, ella relajaba su osfridiano formal en privado, recuperando su acento original, un dialecto de los muelles que casi se tragaba la segunda sílaba de Scarborough. Sonaba como *scar-brow*.

Skarbrow.

Era uno de los nombres de la lista que habíamos descubierto en casa de Abraham Miller. Grant no lo había reconocido porque, como otros de los nombres, Miller lo había escrito mal. Tenía que ser Scarborough. ¿Grant habría hecho ya esta conexión? Si no, necesitaba saberlo. Era fundamental identificar a los inspectores de aduanas de la lista.

Sentí que una nueva energía me recorría por dentro. Regresé

corriendo al dormitorio, con cuidado de no despertar a Adelaide, y escribí un mensaje con el cifrado que había aprendido de Grant. Cuando bajé las escaleras, llegué justo a tiempo de ver a Aiana en la entrada.

—¡Aiana! —susurré—. ¿Sales?

—He terminado de trabajar. No suelo tener turnos de noche.

Le entregué el papel.

—¿Puedes darle esto a Grant?

Me miró con un asombro burlón.

—Bueno, bueno. Pensaba que bajarías por el enrejado y se lo darías tú misma.

—Oye, no siempre ando detrás del peligro.

Aunque no pensé que me creyera, cogió la nota de todos modos.

—Pasaré por allí de camino a casa.

—Aiana… —Apoyó la mano en el picaporte de la puerta y se detuvo para volverse—. Siento lo de anoche. Que Grant y tú os pelearais por mi culpa.

—No fue culpa tuya.

—Pero…

—Sé que tuviste que ver en lo del paseo nocturno, pero no nos peleamos por tu culpa. Es nuestra forma de ser. Y normalmente nos perdonamos bastante rápido. No tengo hermanos. Supongo que es así como los dioses me enseñan lo que es tener uno.

—Suele ser así. Mi hermano y yo nos peleábamos sin parar, pero nunca nos guardábamos rencor. Y no había nada… —Sentí que empezaba a fallarme la voz—. No había nada que no hubiéramos hecho el uno por el otro.

Los oscuros ojos de Aiana rebosaron de compasión, pero no quiso saber más. Se limitó a apretarme la mano y a decir:

—Le haré llegar esto a Grant.

No tuve noticias de si lo hizo, y mi torbellino de vida se reanudó al día siguiente: más pretendientes, más excursiones vespertinas. La fiesta de esta noche se celebraría en casa del gobernador, el padre del pretendiente más famoso de Adelaide, Warren Doyle. La reunión contaba con una lista de invitados exclusiva, y decidí estar alerta en medio de tantos ciudadanos prominentes. Pensé que Cedric o Aiana serían nuestros acompañantes, pero en lugar de ellos vino Jasper, lo cual tenía su lado positivo, pensándolo bien, pues raras veces me

prestaba excesiva atención.

Warren tampoco lo hacía. Yo quería hablar con él, no porque fuera un posible traidor, sino porque tenía todas las papeletas de ser una de sus víctimas. Los suministros para su nueva colonia llegaban a puerto varias veces a la semana y eran la clase de artículos de supervivencia básicos que un ejército rebelde podría necesitar. Sentía curiosidad por saber si había echado en falta algo de su cargamento.

Sin embargo, Warren monopolizó a Adelaide la mayor parte del tiempo, y cuando finalmente ella se alejó, ofreciéndome una oportunidad para hablar con él, apenas me dedicó una mirada.

—La casa de vuestra familia es preciosa —le dije.

—¿Mmm? Oh, sí, sí, gracias. —Sus ojos repasaron la sala, abarcando a otros invitados y sus actividades.

—Sé que vuestro padre pasó un tiempo en Denham, pero esta casa es de construcción reciente, ¿correcto? —Como no respondió, insistí—: ¿Señor Doyle? ¿Cuánto tiempo tiene vuestra casa?

—¿Cómo? Oh. Ah, diez años o así.

Cada vez más impaciente, adopté una perspectiva más deshonesta.

—Sabéis… Adelaide me estaba diciendo que le preocupa que no tengáis una casa igual a esta en Hadisen.

Este comentario atrajo su interés, y volvió a desviar la mirada hacia mí.

—¿Eso ha dicho?

—Le gustáis mucho, pero es un riesgo; no vos, claro, sino partir a una nueva colonia. Aquí tenéis el respaldo de la fortuna y el prestigio de vuestro padre, pero ¿en Hadisen? Bueno. Podría no ser el caso.

—Seré su gobernador —exclamó—. No se puede obtener más prestigio que eso.

—Pero ella ha oído que allí hay una ciudad y poco más, y que los suministros escasean. Y no me refiero a artículos de lujo, incluso los básicos.

—Las cosas están difíciles ahora —reconoció—. Pero a finales de mes guiaré a un grupo hasta allí y llevaremos toda clase de mercancías que ayuden a estimular la economía. Y, por supuesto, en mi casa no habrá escasez de nada, por muy duras que sean las

condiciones en otros lugares. Aseguraos de que lo sepa.

—Lo haré. ¿Qué clase de mercancías vais…?

—Ah, señorita Viana, aquí estáis.

Me volví hacia la nueva voz y comprobé con asombro que se trataba de Cornelius Chambers.

—Señor Chambers. No pensé que volviera a veros hasta que celebraseis esa fiesta tan prometida.

Chambers sonrió.

—Sin duda cumpliré mi palabra, pero estáis de suerte. Los Doyle son grandes amigos de nuestra familia, de modo que padre ha decidido venir esta noche. Podré presentaros tan pronto como quedéis libre.

—Por supuesto, eso sería… —Me volví y Warren ya se había marchado. Fin de mis pesquisas—. Bueno, parece que ahora estoy libre.

Casi había olvidado nuestro curioso acuerdo, y permití que Cornelius me guiara hasta un rincón donde un elegante caballero de avanzada edad aguardaba sentado en una butaca de respaldo alto. Unos mechones se habían soltado de la coleta recogida en la nuca, y un sombrero ancho de tres picos descansaba torcido sobre su cabeza. Sujetaba un bastón con una mano y conversaba con un hombre joven. Al vernos, el joven se levantó de su asiento e hizo una reverencia antes de excusarse y dejarnos.

—Padre —dijo Cornelius—, os presento a Mirabel Viana, la señorita de la que os he hablado. De Sirminia. Señorita Viana, mi padre, Rupert Chambers.

Hice una reverencia de cortesía antes de aceptar el asiento vacante que me ofrecían. Rupert se volvió hacia mí. Unos amables ojos castaños iluminaban su rostro marchito.

—Una hermosa doncella de la plácida tierra de los poetas y los filósofos, ¿eh? ¿Qué hace una belleza como vos en un lugar tan primitivo como este?

—Aquella ha dejado de ser una tierra plácida, señor —dije.

Cornelius tocó nuestros hombros.

—Os dejo solos para que os pongáis al día.

—Es una lástima —dijo Rupert cuando su hijo se hubo marchado— en qué se ha convertido aquel país. ¿Están las cosas tan mal como dicen?

—Depende de lo que digan. Probablemente estén peor.

—Una lástima —repitió. Su mirada se perdió en la lejanía—. Nunca olvidaré la primera vez que mis ojos se posaron sobre las ruinas del Palacio de los Senadores. ¿Lo habéis visto? ¿Donde los antiguos ruvos firmaron la paz con la liga occidental? Espléndido. Espléndido y toda una lección de humildad.

Negué con la cabeza.

—Nunca he llegado tan al sur. Mi hogar estaba cerca de las montañas.

—Ah, sí. Otro lugar hermoso. Decidme, ¿esa parte del país sigue llena de limoneros? Recuerdo cuán dulce era el aire.

Le conté lo que sabía y por primera vez en siglos estaba con alguien que entendía realmente la pérdida sufrida en mi país natal. Su rostro se llenó de pena mientras le hablaba, pero resplandeció cuando comentamos la antigua grandeza de Sirminia, cómo había brillado como el último bastión de la cultura ruva cuando el resto del gran imperio se había desintegrado. Hablar de mi tierra natal me hizo recordar a mi padre y la época en que creía que había conquistado sus gloriosas victorias por medios igualmente gloriosos. Mi presencia en esta fiesta me hizo sentirme frívola e inútil. Una vergüenza para el nombre de mi familia. No había conquistado ninguna victoria.

—Sois una mujer joven y deliciosa —me dijo Rupert, después de un breve acceso de tos—. Demasiado buena y culta para esta ciudad atrasada. Y demasiado joven para una reliquia como yo. No sé por qué Cornelius está empeñado en que me case, acaso se siente culpable de ser feliz junto a su nueva esposa. Pero eso no sigue siendo razón para imponeros mi presencia.

—No debería decir eso —repuse, ocultando mi sorpresa. Cornelius había dicho que su padre era quien deseaba casarse de nuevo.

—Os digo la verdad. Y, sí, supongo que un matrimonio conveniente resulta atractivo, pero estoy seguro de que hay otras fortunas ahí fuera y que no pertenecen a viejos aburridos.

—En realidad, esta es una de las charlas más interesantes que he tenido hasta ahora en una velada —me sinceré.

Rupert sonrió y las arrugas se pronunciaron en la comisura de sus párpados.

—Y yo. Pero apenas lleváis un puñado de semanas en la ciudad. Debéis salir más. Bailar. Disfrutar de vuestra juventud, de vuestros admiradores. Debéis encontrar a algún joven apasionado que os dé muchos hijos.

—No sé si quiero una prole —reí.

—Bueno, conmigo no tendréis ninguna en absoluto —dijo entre líneas—. Supongo que yo puedo ofreceros buena conversación de cuando en cuando y, por supuesto, vuestra propia cuenta. Eso es, más o menos. Aguardad un mes, y entonces si de verdad decidís resignaros a los planes de mi hijo, venid a hablar conmigo. Es más, venid a hablar conmigo cuando así lo deseéis. Será un placer.

Cornelius regresó, paseando una sonrisa radiante entre su padre y yo.

—El señor Thorn acaba de regañarme por ocultarla en un rincón, así que he de llevármela. Pero espero que hayáis tenido una conversación amena.

—Muy amena —dije cálidamente—. Espero volver a veros, señor Chambers.

Cornelius no pudo contenerse mientras nos alejábamos.

—¿Lo decís en serio? ¿Os casaréis con él?

Me estremecí, pasmada por el celo en sus ojos. Antes de poder responder, una joven se acercó presurosa hasta nosotros.

—¿Lo hará? ¿Van a casarse?

La miré perpleja.

—Disculpad, vos sois…

—Mi esposa —dijo Cornelius, apretando la mano de la joven con los labios—. Lavinia Chambers.

Lavinia era una mujer deslumbrante, de cabellos rubios plateados y ojos verdes de gata. Era una lástima ver su belleza natural recargada con capas de joyas y un arcoíris de sedas y terciopelos que herían la vista. Su vestuario competía con ella.

—Es un placer conoceros —dijo Lavinia. Por su acento parecía natural de Osfrid—. ¿Puedo esperar que pronto seáis mi suegra?

—Yo… ¿cómo? No. Quiero decir, no lo sé.

Cornelius frunció el ceño.

—Pero me ha parecido que congeniaban muy bien. Y sé que mi padre está impaciente por volver a casarse.

¿Lo estaba?

—Es encantador —dije—. Pero aún me queda mucha temporada por delante.

—Está pensando en mudarse a una de las propiedades familiares en North Joyce. —La voz de Lavinia era esperanzada. Impaciente—. Es pequeña, pero se encuentra en una de las playas más hermosas que hayáis visto jamás, justo a las afueras de Kiersy. Es una ciudad muy de moda en este momento.

—Estoy segura de que es fantástica, pero aún tengo mucho que pensar y muchos hombres por conocer. —Me alejé de su presencia asfixiante—. Parece que han servido la cena. Tendremos que hablar en otra ocasión.

Afortunadamente, la familia Chambers al completo cenó en el otro extremo de la mesa, dejando que yo meditara libremente el peculiar episodio. Los comensales que estaban a mi lado parloteaban de asuntos menores que requerían escasa participación por mi parte, pero un comentario atrajo mi interés.

—Ya va siendo hora de que alguien se encargue de esos herejes. Me alegra saber que se están tomando medidas.

Me volví hacia mi vecino.

—¿Herejes?

Él asintió categóricamente.

—Sí. Están por todas partes. El joven señor Doyle y otros líderes de la ciudad están organizando patrullas y reclutando a ciudadanos inquietos con este asunto. Su propósito es descubrir a esos paganos que se ocultan entre nosotros y cerciorarse de que reciben un merecido castigo.

Intenté no estremecerme al oír estas últimas palabras, ni pensar demasiado en los castigos que había visto en el pasado.

—¿Qué líderes de la ciudad?

Él y otros comensales arrojaron unos cuantos nombres, algunos de los cuales eran sospechosos de conspiración. «Reclutar a ciudadanos inquietos». ¿Ciudadanos inquietos como el respetable tendero Grant Elliott? Grant había dicho que no formaba parte de las listas de invitados de élite, pero esta podía ser para él una excelente oportunidad de mezclarse con quienes sí figuraban en ellas.

Cuando terminamos el postre y empezamos a levantarnos, oí que una mujer decía:

—Me sorprende que no tengan todas migraña, después de ver cuánto les exige Jasper Thorn.

—¿Hay alguien indispuesto? —pregunté.

La mujer señaló a Adelaide, que estaba en la otra punta del salón y con mala cara.

—Dicen que pronto se irá a casa y que…

No quise oír el resto. Fui corriendo hasta ella.

—¿Te encuentras bien? —Estaba pálida, sin duda, y me olvidé al instante de patrullas contra herejes y estrafalarias ofertas de matrimonio—. ¿Quieres que vaya a casa contigo?

Adelaide negó con la cabeza.

—No, pero necesito tu ayuda. Respóndeme a dos preguntas.

—¿Sí?

—¿Sabes dónde se reúnen los alanzanos esta noche para celebrar la Estrella de Adviento?

Me quedé desconcertada. Sabía la respuesta. Cedric me mantenía informada de las actividades alanzanas en la ciudad, pero me sorprendía que Adelaide recordara siquiera que existía esta festividad tan importante para ellos.

—¿Cuál es la otra pregunta? —pregunté con inquietud.

—Necesito saber cómo entras y sales de la casa sin ser vista.

—Son preguntas muy serias.

—Y no te las haría si no fuera por una buena razón.

Eso mismo es lo que yo le había dicho sobre mis actividades. No me gustaba que usaran mis palabras contra mí. Tampoco me gustaba la desesperación en sus ojos.

—No puedes decírselo a nadie —dije.

—Sabes que no lo haré.

—Por supuesto que no. No tendría ni que haberlo sugerido.

Seguí dudando, sobre todo porque temía por su seguridad, pero antes de poder pedirle más aclaraciones, vi que Jasper le hacía señas impacientemente desde el otro extremo del salón. El tiempo apremiaba, y yo solo tenía que confiar en ella. Aspiré hondo.

—De acuerdo, al final de nuestro pasillo hay una escalera para el servicio. Si la subes hasta el desván, encontrarás una ventana…

16

No aguantaba las ganas de contar las noticias sobre la patrulla contra los herejes, pero cuando llegué a Las Glicinias más tarde esa misma noche, Aiana no estaba allí. Estuve a punto de ir yo misma en busca de Grant, pero entonces me di cuenta de que Adelaide tampoco había vuelto. Permanecí en nuestra habitación un buen rato, con la mirada fija en su cama vacía, y luego me eché en la mía, de pronto sobrecogida por un sentimiento horrible y aplastante. ¿Y si le había ocurrido algo? ¿Por qué la había dejado ir sola? Ya había perdido a una amiga, ¿cómo podía ser tan descuidada con la otra? Tendría que haber fingido que yo también me encontraba mal o haber insistido en acompañarla a casa.

¿Debía ir yo a la reunión alanzana? Sin duda, no me habría preguntado nada al respecto si su intención no hubiera sido ir, ¿cierto? Volví a sentirme culpable por mi hipocresía… por una parte le decía que no pasaba nada porque yo me escapara de noche y por otra deseaba que ella permaneciera bajo llave y a salvo. «Pero Adelaide no es como yo. No lleva un arma encima. No sabe cómo enfrentarse a los delincuentes en las calles oscuras. Apenas sabía peinarse cuando llegó a la Corte Reluciente».

De mala gana, decidí no llevarle el mensaje a Grant. Debía aguardar el regreso de Adelaide. Me hice un ovillo en mi cama, pero estaba agitada y me revolvía constantemente para espantar imágenes horribles de mi cabeza. Cuando Adelaide entró de puntillas finalmente en nuestro dormitorio, me erguí e intenté ocultar mi pánico.

—¿Has conseguido lo que querías?

Ella se detuvo cerca de su escritorio.

—No sé si lo conseguiré nunca.

No podía distinguir su rostro en la oscuridad, pero la tristeza de su voz me partió el alma.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

—Ya lo haces, Mira. Solo por estar ahí. Buenas noches.

Adelaide parecía apagada en el desayuno, como muchas otras chicas. Las fiestas diarias nos pasaban factura. No obstante, la señorita Culpepper continuó presionándonos con su acostumbrada intensidad, expuso el itinerario social del día y nos recordó nuestras obligaciones. Yo no le quité ojo a Adelaide y volví a reconfortarla, pero ella se limitó a repetir que estaba bien.

Encontré a Aiana justo cuando salía a tomar el té y le pregunté si podría entregar el mensaje sobre la patrulla contra los herejes esa misma noche.

—Depende de la hora a la que vuelva —dijo con tono cortante. Se dirigía a hacer de carabina de otro grupo de chicas—. Tengo la jornada llena de compromisos y una cita después de la cena. Pero si no me da tiempo de llevárselo esta noche, lo haré por la mañana.

Vacilé. El descubrimiento que había hecho sobre Scarborough no era cosa de vida o muerte, pero no me gustaba la incertidumbre de su calendario. Ya había callado la noticia una noche y estaba impaciente por compartirla.

—Ya tienes bastante con lo tuyo. Lo haré yo.

Aiana hizo una mueca.

—No finjas que me estás haciendo un favor. Quieres ir.

—Dijiste que no me detendrías.

Pero Aiana tenía razón, yo quería ir por la emoción que entrañaba. Esta misión era lo más parecido a un acto heroico que hubiera hecho jamás. Y… deseaba ver a Grant.

—No te detendré —repuso—, pero eso no significa que voy a fingir que lo apruebo. Es una mala idea.

La anticipación de otra escapada clandestina por Cabo Triunfo eternizó las horas de espera. Cuando por fin concluyó la fiesta de esa noche y regresamos a Las Glicinias, aguardé a que todo el mundo se acostara para ponerme la peluca, la máscara y la ropa que Grant me había procurado. Como siempre, tuve que extremar la cautela para sortear a los vigilantes, pero una vez en los bosques sentí que me había quitado un peso de encima. Fuera las prendas incómodas. Fuera las normas y los protocolos. Era libre, al menos durante un rato.

La sorpresa iluminó el rostro de Grant cuando me abrió la

puerta. Sorpresa y… algo más. Acaso recelo. Después sus rasgos se suavizaron y volvió a ser la persona franca de siempre.

—La seguridad de Las Glicinias es espantosa.

Me quité la máscara y el abrigo en cuanto cerró la puerta. El espacio seguía sin amueblar, de modo que crucé los brazos y me apoyé en la pared.

—Aiana estaba ocupada y he decidido traerte yo misma las noticias.

—Ocupada, ¿eh? ¿Eso es lo que te ha dicho? Seguro que anda detrás de su último romance. —Se volvió y empezó a pasearse por la estancia—. Se supone que no debes venir aquí y lo sabes. ¿Esto no podía haber esperado un día?

—Puede… pero, verás, las noticias ya llevan dos días esperando. —La dureza de su tono y de su actitud me sobresaltaron—. Siempre te he traído las noticias a tiempo y he creído que les sacarías provecho. No esperaba que reaccionaras así. Puedo irme si es demasiado inconveniente…

—No. —Se detuvo y se pasó una mano por los ojos—. No te vayas. Estoy cansado, eso es todo. Ponte cómoda y cuéntame lo que sabes.

Lo estudié un momento mientras se sentaba en el suelo. Había algo que no supe identificar en sus palabras que no sonaba a verdad.

—De acuerdo.

Me senté con las piernas cruzadas a su lado, estirando la rígida espalda. El cuero cabelludo me picaba y me sudaba por culpa de la peluca.

Cuando empecé a sacármela, me dijo:

—Ya veo que te estás tomando al pie de la letra lo de ponerte cómoda.

Me detuve.

—¿Estás seguro de que quieres que me quede?

—Haz lo que quieras. —Pero cuando me sacudí la cabellera, desvió la mirada hacia la ventana oscura del extremo opuesto de la estancia—. ¿Qué sucede, pues?

—Hace un par de noches, en una cena, descubrí algo importante.

—¿A tu futuro esposo?

—Mejor. He encontrado una forma de que hagas nuevos amigos.

Volvió a centrarse en mí y me escuchó con una ceja enarcada mientras le explicaba lo de las patrullas contra herejes y la forma de infiltrarse en ellas.

—Querías entrar en contacto con la élite de la ciudad —dije—. Si no puedes hacerlo poniéndote un vestido de satén para un baile, ¿por qué no uniéndote a un puñado de fanáticos que están deseando acorralar a otras personas por sus creencias?

—Preferiría ponerme el vestido a rondar a esos sujetos, pero es una buena oportunidad. Esta mañana he oído rumores de arrestos en la tienda, pero no sabía que ya estuvieran reclutando a gente. —Su mueca se suavizó—. Ha sido inteligente hacer ese contacto.

—Supongo que entonces ha sido buena idea venir a verte.

Sus labios casi esbozaron una sonrisa.

—Sí, sí. Ya me he disculpado. No lo saques de quicio.

—No te has disculpado, la verdad, pero sé que piensas que lo has hecho y ya es algo. —No respondió a esto último como había esperado, y se hizo un silencio incómodo entre nosotros. No estaba segura de qué hacer. Por lo general, nunca había tenido que romper el hielo con Grant—. ¿Por qué te has afeitado?

Se rascó instintivamente la tersa barbilla, en la que había reparado nada más abrirme la puerta.

—Silas. Piensa que ir rasurado me da una apariencia más respetable como tendero. A mí me gusta dejarme un poco. Me da mayor flexibilidad con los disfraces.

—¿Esa es la razón? Siempre he creído que eras demasiado vago para afeitarte.

—¿Entonces piensas como él?

Ladeé la cabeza para poder estudiarlo mejor. El afeitado no le restaba ni un ápice de atractivo. De hecho, era algo nuevo para mí poder tener finalmente una visión tan clara de su rostro, el seductor perfil de sus labios, la poderosa mandíbula.

—Supongo que entiendo por qué a otros puede parecerles más respetable. Pero echo de menos el desaliño. Era uno de los pocos atractivos que jugaban a tu favor.

—Y dices que yo estoy raro esta noche.

—No eres el único que está cansado. Llevo bailando y sonriendo toda la noche y después he tenido que cruzar el pantano para venir

a verte. —Estiré la pierna e hice una mueca—. No me dolía tanto, pero la caminata hasta aquí ha echado a perder cualquier mejoría.

Hizo ademán de cogerme la pantorrilla pero se detuvo. Sus manos cayeron a los costados y volvió a desviar la mirada.

—Trata de no moverla. Eso ayudará.

Cuando volvió el silencio, pregunté:

—¿Qué te pasa esta noche?

—No me pasa nada.

—Pero estás… —luché por verbalizarlo—. Estás actuando como si mi presencia te molestara de verdad. Ni siquiera me miras a los ojos.

Dejó escapar un profundo suspiro de exasperación.

—¿Qué más quieres que haga? Ya te he dicho que la pista de los herejes era buena. Y la de tu Scarborough también. Incluso hice hincapié en que todo el mérito era tuyo cuando le di esa pista a Silas.

—¿Lo hiciste?

Algo en mi tono de voz le hizo volverse.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Me mordí el labio inferior, poco dispuesta a reconocer que los había escuchado a hurtadillas.

—Mirabel —me urgió Grant—, dime lo que no me estás contando.

—Tú primero.

—¿Qué?

—Me dijiste que siempre me habías dicho la verdad, pero no es así.

—Eso no es cierto.

—Acabas de mentir otra vez.

—No he… vale. —Se apartó un mechón rebelde y volvió a esquivar mi mirada—. ¿Qué quieres saber? Hazme una pregunta, la responderé. Hazme dos preguntas. Tres. Da lo mismo.

—Silas me quería fuera del caso desde el primer momento. ¿Por qué no me lo dijiste ni le hiciste caso?

Esto lo desconcertó.

—¿Cómo… cómo lo sabes?

—Escuché vuestra discusión detrás de la puerta.

—Claro, cómo no ibas a hacerlo. Mira, ¿quieres la verdad? Eres

demasiado valiosa en este caso. Yo no te quería fuera y supuse que no había razón para alarmarte con sus quejas. —Grant negó con la cabeza, relajándose un poco ante la oportunidad de bromear—. Y ahora ya sé que en adelante tendré que comprobar siempre si hay alguien escuchando detrás de la puerta.

—No bromees. Y mírame. Deberías…

Tiré de su mano mientras hablaba, intentando captar su atención. El tacto de su piel envió una descarga por todo mi cuerpo, despertando cada uno de mis nervios. Se estremeció, como si él la hubiera sentido también, y lo solté inmediatamente.

En ese angustioso momento comprendí cuál era el problema. Mientras que yo había estado fantaseando y luchando contra la agonía del deseo, su reacción había sido muy distinta. La opuesta, en realidad. Por eso apartaba la vista de mí. Por eso no había querido tocarme la pierna. Por eso no quería mi presencia en su casa. Noté que el rubor encendía mi rostro.

Me puse en pie.

—Me marcho.

Antes de volverme hacia la puerta pude vislumbrar un atisbo de su sorpresa. Me disponía a abrirla cuando apoyó una mano en mi hombro. Todo mi cuerpo se petrificó cuando comprendí que lo tenía justo detrás.

—Mirabel, ¿qué te pasa a ti?

—Supuse que harías como si no hubiera pasado nada. Tú eres así. —Calculé las palabras con calma y precisión—. Pero no esperaba encontrarte enfadado.

—¿Enfadado con qué? —preguntó con una voz que le traicionaba. Grant sabía exactamente a qué me refería.

—Con nuestro beso.

—Dejemos algo claro: fuiste tú quien me besó.

—No estoy de humor para este juego.

Apoyé la mano en el picaporte. Él me apretó el hombro con más fuerza. Contuve la respiración.

—No estoy enfadado. Fue pensado y hecho. Una buena forma de distracción.

Cerré los ojos.

—¿Entonces por qué no me miras? ¿Por qué intentas librarte de mí?

Silencio. Un largo silencio. Grant se movió, tan cerca que nuestros cuerpos se tocaban. Su mano cayó, apoyándose levemente en la zona baja de mi cintura.

—Porque había… porque tú… argh. Porque tú también eres una distracción.

Abrí los ojos, comprendiendo que había malinterpretado su reacción. Me volví lentamente hacia él, sin poder evitar que nuestros cuerpos se rozaran. Nuestros ojos quedaron anclados y la tensión aumentó en el escaso espacio que nos separaba. Había algo de la exasperación habitual, pero el resto… era algo más. Electricidad, supuse. Electricidad con una mezcla de vulnerabilidad.

—Oí que Silas te decía algo más. Una pregunta. Que no respondiste. —Se quedó muy quieto, así que presioné un poco más—. ¿Quieres acostarte conmigo? —Como no respondió, añadí—: Me has dicho que responderías a tres preguntas.

—Ya has hecho más de tres.

No piqué el anzuelo.

—Grant. Contéstame.

—Silas me mataría. —Sus ojos volvieron a apartarse—. Y si tú… es decir… no puedo arriesgar todo esto. Te lo he dicho, necesito este caso. Y necesito que estés en él.

Su lenguaje corporal revelaba mucho más que sus evasivas palabras. Estaba nervioso. ¿Nervioso porque no adivinaba mi pensamiento? ¿Porque no podía adivinarlo?

—¡Sigues sin responderme! Solo has dicho por qué no puedes. No me has dicho si quieres.

Cuando volvió a mirarme, era una mirada atormentada, llena de conflicto y frustración. Se inclinó un poco más hacia mí.

—¿Tú qué crees, Mirabel? ¡Mírate! Eres… tú. Y yo soy yo. Y soy humano.

Me derretí por dentro. La tensión era casi asfixiante. Zumbaba entre nuestros cuerpos. Tiraba de nosotros, como mil hilos finos e invisibles. Apoyé la palma de la mano en su pecho.

—¿Y no crees que yo también?

Deslicé mi mano hacia arriba y él la detuvo con la suya.

—Pienso que tienes otras cosas de las que preocuparte. —Hizo una pausa—. Y estoy bastante seguro de que has dicho que yo no te gustaba.

Cuando intenté mover la mano otra vez, él la apartó, sujetándola contra la puerta. Y mientras la sujetaba —y a mí—, suprimió el mínimo espacio que quedaba entre ambos. Yo no tenía escapatoria, ni la deseaba. Algo se había anudado en mi pecho, algo prieto y dispuesto a estallar.

—No necesito que me gustes —dije.

Sus dedos me apretaron la muñeca y nuestras bocas se encontraron, frenéticas y ávidas. Su otra mano volvió a posarse en mi cintura, pero un último intento de cautela le asaltó.

—Aiana me matará también —dijo. No estaba claro a quién intentaba convencer.

—¿Piensas que soy una distracción? Tú has sido una distracción mayor. Desde el día en que te vi en ese barco. —Apenas reconocía mi propia voz—. No necesito casarme contigo, Grant, pero necesito sacarte de mi universo. Necesito terminar con esto para poder ocuparme de otras cosas.

Me mantuvo —nos mantuvo— ahí, suspendida en el filo de la navaja mientras buscaba una respuesta en mi rostro. Finalmente la encontró, porque dijo:

—Es imposible que yo haya sido la distracción mayor.

Y entonces sus labios besaron mi cuello, mis mejillas y de nuevo mi boca, tan voraces y exigentes como la primera vez. Nos separamos a trompicones de la puerta y terminamos en el suelo, su cuerpo sobre el mío. Mis manos se deslizaron bajo su camisa y no me di cuenta de que le estaba clavando las uñas en la espalda hasta que emitió un quejido de sorpresa y las aparté. El peso de su mirada me tenía tan atrapada como el resto de su cuerpo. Reconocí la mirada familiar, obsesiva. Solo que esta vez no se trataba de una pista que anduviera persiguiendo.

Sus manos y sus labios se movían prácticamente por todo mi cuerpo, y yo le guiaba a los lugares donde no lo hacían. Me sentía ebria, como intoxicada, tanto por lo que él me hacía como por el efecto que yo tenía sobre él. Me encontraba ante un Grant despojado de su cinismo y meticuloso cálculo. Era un Grant desenfrenado, su naturaleza vigilante temporalmente cegada por el instinto.

Recorrí a tientas los botones de su camisa, pero enseguida me relevó, despojándose rápidamente de ella. Fue mucho más hábil

desabrochando los míos, y no tuvo ni que mirarlos mientras me daba besos livianos como una pluma en el cuello. Cuando terminó con los botones, me abrió la camisa de par en par, la mirada ávida y expectante. Lo que encontró lo detuvo.

—¿En serio? —preguntó.

Como el fino tejido de la camisa dejaba traslucir un poco más de lo deseable, esta noche me había tomado el tiempo de ponerme un corpiño, un corsé acolchado y flexible sin ballenas, pero con múltiples lazos.

Pese a mi respiración irregular, logré preguntarle:

—¿Te servirá si te doy mi cuchillo?

Me lanzó una mirada seca y acto seguido comenzó a desatar los lazos con sus habilidosos dedos, deshaciéndolos de arriba abajo con la misma facilidad que había empleado con los botones. Cada vez que deshacía un grupo de lazos, abría el corsé un poco más y luego seguía desenvolviéndome. Yo temblaba ante la novedad de todo aquello, de desnudarme así ante él. Pero esta ansiedad era efímera, sofocada por una impaciencia incontenible de atrapar lo que sucedería después.

Grant casi había llegado al extremo inferior del corpiño, cerca del talle de mis pantalones, y recorrí sus brazos con las manos, perfilando la forma de sus músculos. Mis dedos rozaron un punto debajo de su hombro, donde la piel era áspera e irregular. Era un área redonda, del tamaño de mi puño, y cuando alcé la cabeza para estudiarla mejor vi que era una herida, más profunda y a todas luces más traumática que otras menores que había visto repartidas por su cuerpo.

—¿Qué es esto? —murmuré mientras Grant desataba el último lazo y lanzaba el corpiño al otro extremo de la estancia.

—Nada. —Sus ojos escrutaron mi cuerpo—. Una antigua quemadura.

Posó los labios justo por encima del centro de mi esternón. Suspiré y empecé a cerrar los ojos… pero no podía quitarme la herida de la cabeza. Una ola de emoción, extrañamente compasiva en un momento tan caldeado, me arrebató. La herida —la quemadura— no había sido una nimiedad. «Qué cosa tan difícil de soportar», pensé. Me había impactado sin esperarlo y durante unos segundos mi mundo se centró más en él que en lo que estaba

haciendo con él.

Le acaricié el rostro con la mano, levantándolo, y cubriendo su mejilla con la palma mientras le miraba a los ojos.

—Tuvo que dolerte mucho —dije con ternura—. Pero fingiste que no. Te conozco.

Grant se detuvo y me miró. Parecía tan ensimismado en el momento —en mí— que no sabía ni si me habría oído. Luego pestañeó unas cuantas veces, como intentando despertar de un sueño, y pude ver como su mente afilada luchaba por volver en sí a través del velo del deseo. Escudriñó mi rostro con una intensidad asombrosa, al principio de incredulidad y después de desconcierto. Pronto siguió un desfile de nuevas emociones: frustración, furia e —increíblemente— miedo, que desaparecieron en un santiamén, su rostro instalándose en la frialdad finalmente. Se apartó y volvió a sentarse sobre sus talones. Por unos atónitos momentos, el único sonido en la estancia era el de nuestra pesada respiración.

—¿Qué ocurre? —pregunté. Quise acercarme a él y se levantó de un salto.

—Ya está. Se acabó. Tienes que irte.

Me enderecé apoyándome en un hombro, demasiado aturdida como para ser consciente de que estaba tumbada en el suelo de su casa medio desnuda.

—Yo… ¿qué? ¿Por qué?

—Porque es tarde. —Grant recogió su camisa y se fue al otro extremo de la estancia.

La llama de la pasión seguía quemándome, pero empezó a parpadear mientras algo gélido y terrible se filtraba en mi cuerpo. Me puse en pie.

—Grant, no era mi intención…

—Es tarde —repitió con una dureza que ya conocía bien. Había recuperado su hermetismo. El control. La invulnerabilidad, o al menos la fingía. Contemplé perpleja cómo se abrochaba la camisa y se alisaba los cabellos, mientras seguía dándome la espalda.

—Dime qué sucede —insistí.

—Ha sido una horrible… argh. —Empezó a volverse, pero al verme desvió la mirada—. ¿Puedes ponerte la blusa?

Me quedé como estaba.

—¿Me estás echando?

—Te estoy haciendo un favor. Y te llevaré a casa. ¿Ya te has tapado?

—No. —La ira empezó a desbancar los rescoldos del deseo—. Lo has tirado todo por allí.

Se acercó adonde habían ido a parar la blusa y el corpiño. Desviando la vista, los lanzó en mi dirección. Los lazos aterrizaron en una confusa pila a mis pies. Habría sido imposible recomponer el corpiño en poco tiempo, así que lo metí en uno de los bolsillos grandes del abrigo. Solo me puse la blusa y la abotoné con manos temblorosas.

—¡Dime qué está pasando! ¿Tanto te ha molestado que te preguntara por la herida?

—¿Ya estás decente?

Me miré en el espejo. Las horquillas se enredaban en mis cabellos, creando una maraña con la que tuve que luchar para colocarme la peluca. Tenía el aspecto de… de una chica que había dejado que un hombre se aprovechara de ella en el suelo. Salvo que no lo había hecho.

—Lo bastante decente, teniendo en cuenta lo que acaba de ocurrir.

Grant osó lanzar una tímida mirada sobre su hombro y se volvió por completo cuando vio que estaba vestida.

—Espero que haya sido suficiente para sacar lo que quiera que necesitaras sacar de tu universo. Si no, estoy seguro de que hay muchísimos hombres dispuestos a ayudarte.

—¿Es eso lo que piensas de mí? ¿Que me voy a la cama con el primero que llega? —inquirí.

—No. Pero has dejado muy claro lo que querías. Y no es tan difícil de encontrar.

—Ya, ¡pero es que lo quería contigo! —Hizo una mueca, pero el resto de su expresión no cambió—. Por un momento parecías… no sé. Parecías una persona normal. Con sentimientos. Que conecta con otras personas. Pero da lo mismo. La estúpida soy yo. No puedo juzgarte por tu forma de ser cuando acabo de ofrecerme tan descaradamente.

Gruñó cuando vio que me dirigía hacia la puerta hecha una furia.

—Mirabel, no. No es así en absoluto.

Me volví y lo miré a los ojos sin pestañear.

—Pues entonces ayúdame, Grant. Dime cómo es.

Pareció flaquear un poco.

—Es duro de… oye, ahora mismo no puedo explicártelo. No encuentro las palabras.

—Supongo que hay una primera vez para todo. —Abrí la puerta bruscamente.

—Mirabel…

—No vengas conmigo. No quiero nada de ti. —Cerré de un portazo y no volví la vista atrás.

17

Permanecí en la puerta un rato, respirando hondo el aire fresco de la noche. La furia y la pena luchaban contra el dolor de la lujuria insatisfecha. Aunque hacía frío, el recuerdo de lo que habíamos hecho seguía ruborizándome. Si Grant hubiera estallado inesperadamente para llevarme otra vez a la cama, le habría dejado de buen grado, y eso me enloquecía más aún.

¿Qué había sucedido?

La pregunta daba vueltas en mi cabeza mientras bajaba las escaleras intentado comprenderlo. ¿Se había venido abajo por mi comentario sobre la cicatriz? Yo sabía que era reservado con su pasado, pero ¿tanto le había enojado una pregunta insignificante para detener algo que deseaba con tanta obviedad? ¿O acaso yo había roto el hechizo con mi pregunta? ¿Cómo iba a saberlo? No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, y posiblemente eso era el problema, posiblemente yo había sido una decepción.

Me obligué a poner un pie delante del otro. Las lágrimas producidas por las numerosas emociones bañaron mis ojos, y la colorida vida nocturna que siempre me fascinaba me pareció irritante esta noche. Sorteé la bulliciosa zona de ocio de la ciudad dando un rodeo por calles más tranquilas, pero que seguían conservando la seguridad de las zonas públicas a la vista.

Quería mi cama. Quería cerrar los ojos en la oscuridad y olvidar esta noche. Quería olvidar que había intentado entregarme a un hombre… sin éxito. Me había creído audaz y seductora, pero solo era una cría que jugaba a ser mujer.

Un grito en la noche me sacudió de mis sensibleros pensamientos. Me detuve y me volví para localizar su procedencia. El sonido había venido de un callejón entre grandes bloques de edificios, unas dos manzanas más lejos. En ese punto las calles se extendían desde el centro y eran más residenciales, con menos luces

y gente deambulando por ellas. De hecho, no vi a nadie en absoluto. Las sombras que inundaban el callejón no dejaban traslucir ningún secreto y dudé si acercarme a investigar, pues eso significaba alejarme de la seguridad de las zonas públicas. El grito —de una mujer— volvió a oírse. Recordé las historias sobre la caprichosa protección de la milicia. ¿Cuántas personas se encontrarían ahora mismo desvalidas? ¿Cuántas sentirían que nadie podía salvarlas?

Tomé una decisión.

Me escabullí hacia la callejuela y me amparé en las sombras para avanzar a escondidas. Cuando llegué a la boca de la calle, un tenue farol lanzaba una luz parpadeante sobre un grupo de hombres enzarzados en una pelea. Un examen más riguroso me reveló que tres de ellos se enfrentaban en banda a uno solo. Injusta ventaja. Y no vi a ninguna mujer por ninguna parte.

Valoré un poco más las circunstancias y comprendí que el hombre que luchaba solo se las arreglaba muy bien para mantener a los otros a raya. Quizá fuera una pelea más justa de lo que parecía, pero me trajo a la memoria demasiados recuerdos del pasado, de bandas atacando a personas que superaban en número para robarles o algo peor. Esta clase de delitos ocurrían todas las noches en Osfro y eran los que Lonzo y yo solíamos perseguir. Continué avanzando con mi cuchillo hasta que comprendí cuán patético era. Busqué en derredor y descubrí un montón de madera y otros escombros tirados por el suelo. Cogí una tabla, de la longitud de mi antebrazo, que no parecía podrida. El luchador solitario se enfrentaba con dos de los hombres cuando el tercero intentó embestirle por un costado. Me colé detrás de él y le golpeé con la tabla con todas mis fuerzas en la espalda, logrando que cayera de rodillas. El inesperado ataque hizo vacilar a sus dos compañeros, brindando a su víctima la oportunidad de asestarle a uno un puñetazo en la mandíbula. Antes de que tuviera lugar ninguna represalia, el hombre solitario se lanzó rodando diestramente por el suelo y se puso en pie de un salto al otro lado del callejón. Recogió una espada del suelo a su paso, con la que apuntó a los demás.

El hombre al que yo había golpeado se incorporó, volviéndose hacia mí, pero el espadachín fue más rápido que él y saltó sobre nosotros, clavando la hoja de la espada en el hombro de mi atacante con practicada facilidad. El hombre chilló y volvió a caer por tierra.

Sin pausa, el espadachín arremetió contra su siguiente adversario, noqueándolo con un solo golpe en la cabeza.

—¿Quieres probar suerte tú también? —preguntó al tercero.

El hombre habló sin pelos en la lengua, pero retrocediendo sin embargo:

—¡Tu tripulación ha engañado a nuestro jefe! Tu hombre no tenía derecho a sisarnos el cargamento en las narices.

—Tu jefe nos ha engañado muchas veces —repuso afablemente el espadachín—. Y si le quedase algo de honor no habría ordenado un ataque como este. Y ahora lárgate de aquí mientras seguimos siendo amigos. —Echó un vistazo a los otros contendientes, que habían logrado levantarse pero seguían sin retroceder—. Porque seguimos siendo todos amigos, ¿verdad? —Su voz afable tenía un retintín cortante, tan afilado y mortal como la espada que blandía.

—Sí, seguimos siendo amigos —dijo sin el menor tono amistoso el hombre al que yo había golpeado—. Andando. —Hizo seña a sus camaradas y se fueron lentamente, no sin echar varios vistazos atrás.

Cuando desaparecieron de nuestra vista, el espadachín dijo:

—Ya es seguro.

Pensé que me estaba hablando a mí hasta que oí algo que se agitaba detrás de una pila de basura. Una mujer apareció con un crío envuelto en mantas en su pecho.

—Gracias, Tom. Muchísimas gracias.

—No hay nada que agradecer. Creí que Abernathy no caería tan bajo, pero a veces me equivoco. Me aseguraré de que no se repita. Deja que te lleve a casa.

—Oh, no, bastante te he molestado ya. Es justo ahí. Gracias de nuevo. Que los Seis te bendigan.

La mujer se alejó rauda y el hombre no le quitó los ojos de encima hasta que entró en un edificio al final de la calle. Luego se volvió hacia mí.

Llevaba una máscara, pero no para el mal tiempo como la mía. La suya era de adorno, como las que había visto llevar a otros juerguistas nocturnos.

—Y ahora, mi ángel de la guarda, debo agradecéroslo. —Enfundó la espada y se inclinó hacia mí, apartándose la capa con una gran floritura—. Tom Mangascortas, para serviros.

—En… encantada de conoceros, señor Mangascortas —respondí, usando otra vez el acento belsa. Aunque había envainado su espada, mantuve las distancias.

Se enderezó y ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿No habéis oído hablar de mí?

—No. —Como noté su decepción, añadí—: Pero es que acabo de llegar a la ciudad.

—Ah, entonces estáis perdonada, señorita… —Se encogió de hombros cuando no respondí—. No importa. Los ángeles no necesitan nombres para hacer sus buenas acciones. Solo corazones valientes.

La máscara. La espada. La teatralidad.

—¿Sois…? —Me callé, tratando de encontrar una forma amable de articular mi siguiente pregunta—. ¿Sois uno de esos hombres que quieren ser piratas?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Querida, yo soy el que todos intentan imitar.

—Bueno, como os he dicho, estoy recién llegada. Hay muchas cosas que no sé.

Y una de las cosas que no sabía era si corría peligro. Grant me había explicado que la estrafalaria misión de los piratas era mantener el orden público, pero yo no le había creído mucho. Y sin embargo… este pirata —o quienquiera que fuera— acababa de salvarles la vida a una madre y a su hijo delante de mí.

—Sois bastante habilidosa con una plancha —dijo Tom, señalando la tabla que había tirado al suelo.

Saqué mi cuchillo.

—Me pareció que sería más efectivo que esto.

Se acercó más, pero solo para observarlo de cerca.

—Una almohada sería más efectiva que eso, al menos serviría para asfixiar a alguien. Un ángel de la guarda de verdad necesita una espada de verdad. Pero lo primero es lo primero. Protejámonos del frío y vayamos a tomar un trago.

«Irme con él». Ni en sueños. Hasta ahí llegaba mi beneficio de la duda.

—Disculpad, pero no puedo. Se supone que debería estar en otro sitio.

—Justo aquí, por lo que parece. —Tom señaló el espacio con la

mano—. Habéis ayudado a salvar a inocentes. Me parece cosa del destino.

—¿Por qué querían atacarla esos hombres?

—Su marido es uno de mis socios, y ese grupo cree que les ha engañado. Ha sido por venganza pura y dura.

—¿Así que vos estabais en lo cierto?

—Siempre —dijo, riendo de nuevo—. Siempre.

No sabía si creerle, pero su sonrisa era contagiosa.

—Me alegra que estén bien. Y vos. Pero, de verdad, no puedo quedarme. —Mantuve el tono de mi voz ligero… y el agarre de mi cuchillo firme.

Tom no insistió más.

—Como vos deseéis, pero me sentiré fatal el resto de la noche, ¿sabéis? Detesto las deudas pendientes. Tomad.

Con gran alharaca, sacó una moneda del bolsillo y me la entregó. Parecía una moneda de plata osfridiana común, pero habían calentado la cara de la moneda con el retrato del rey y grabado encima una pluma. En la otra cara, habían tachado el sello de Osfrid con las iniciales «TM».

—Desfigurar la moneda del rey es ilegal —dije.

—¿La moneda del rey? No veo sus iniciales en ella. —Tom cerró mis dedos sobre la moneda sin soltarme la mano—. Este es mi agradecimiento personal, y solo la entrego a unos pocos cuando estoy en deuda con ellos. Si necesitáis un favor, venid a cobrarlo a la taberna del Toro Danzarín.

—Lo tendré en cuenta —dije, preguntándome qué favor podría necesitar yo de él.

—Hacedlo. —Se alejó e hizo una reverencia, apartándose la capa hacia atrás con un gesto teatral antes de desaparecer en la penumbra—. Hasta la próxima, ángel.

Cuando no imaginaba que la noche pudiera reservarme más sorpresas, me crucé con Aiana cerca de la entrada del fuerte. Me había visto antes con el disfraz de rubia, pero aun así tuvo que mirarme dos veces.

—¿Mira? ¿Eres tú?

Me detuve y deseé que la máscara velara mis sentimientos.

—Soy yo.

Me llevó hacia un edificio, lejos del trajín de la vía pública.

Desprendía un débil aroma a vino.

—¿Le has dado a Grant lo que necesitaba?

—Eh, eso es debatible, pero le he transmitido las noticias que tenía.

—Entonces te llevaré a casa —dijo.

Negué con la cabeza.

—Ibas de camino a otro lugar, no quiero que te demores por mi culpa.

Aiana me empujó hacia delante.

—Solo iba a mi casa. He terminado por esta noche. Vamos.

No pensé que necesitara una escolta, pero tolerar su compañía seguramente era más fácil que discutir con ella. Y no era Grant.

Anduvimos en amigable silencio hasta llegar al camino principal. Aiana suspiró.

—Menuda noche.

Eso era decir poco.

—¿La tuya ha sido buena al menos? —pregunté.

—No, en absoluto. —Su voz sonaba más optimista de lo que hubiera esperado para una declaración así. No, optimista no. Arrepentida—. Iyitsi disfrutará diciéndome lo mucho que me advirtió.

Fruncí el ceño, recordando vagamente las palabras de Grant.

—Ha dicho… ha dicho algo de un romance.

Aiana soltó una carcajada.

—¿Eso ha dicho? Imagino perfectamente con qué tono lo ha dicho.

—Lo siento, no es asunto mío.

—Tranquila. Odio que siempre tenga razón, eso es todo. Le hace ser un engreído, más de lo normal. —Suspiró de nuevo, la voz cada vez más seria—. Quizá tenga razón. Puede que no esté hecha para el amor.

—¡No! —exclamé—. Tú eres estupenda. Lo único es que aún no has conocido a la persona adecuada. No le hagas caso.

—Eres un cielo. Y seguramente él es la última persona a la que debería escuchar. A ver, tú lo conoces ya bastante. No es un sentimental. Y menos aún un romántico. —Vacilé, insegura de si quería saber realmente la respuesta a lo siguiente que pregunté—: La última noche que discutisteis… le dijiste algo de que al menos tú

sí que preguntas los nombres de tus amantes…

Gruñó.

—No debería haberlo dicho. Fui cruel. Y, para ser justa, estoy segura de que les pregunta sus nombres primero. Aunque dudo que los recuerde después.

—Me cuesta imaginar que tenga amantes.

—Bueno, amante puede ser un término muy generoso. Quizá «ligue» se ajuste más. Siempre he pensado que un amante es alguien a quien ves más de una vez. De todas formas, eso importa poco. No es exactamente algo frecuente en él. No suele tener la paciencia de encandilar a nadie.

—Tampoco puedo imaginármelo encandilando a nadie.

—Oh, es capaz de hacerlo si se empeña. —Avanzábamos en zigzag mientras Aiana sopesaba la pregunta. Después de un rato soltó una risita—. Recuerdo una vez que viajamos al norte y nos detuvimos en una posada para hacer noche. Estábamos comiendo en el comedor, y tenían a aquella hermosa camarera sirviendo las mesas. Los ojos azules más bonitos del mundo. Y fue como si Grant cobrase vida.

De pronto tuve la absoluta certeza de no querer escuchar el resto de la historia.

—Aiana, de verdad, no tienes por qué…

—No lo habrías reconocido. A mí me costó. ¿Quién habría pensado que podía ser tan encantador? Supongo que no es más que otra de las máscaras de Iyitsi. Puso toda la carne en el asador para cortejarla, y parecía que le funcionaba. Cuando la muchacha terminó su turno, se sentó a nuestra mesa toda la noche. Reía. Sonreía. Se lo estaba pasando bien. Él estaba muy pagado de sí mismo. ¿Y por qué no? Si se había quedado tanto tiempo debía de estar interesada, ¿verdad?

Cuando Aiana hizo una pausa, comprendí que esperaba que dijera algo.

—Mm, supongo.

—Oh, sí. Tenía muchísimo interés. No solo en él. —Aiana rio tan fuerte que eché un vistazo alrededor, incómoda—. Tendrías que haber visto la cara que puso cuando ella vino a mi habitación. A veces casi me siento mal recordándolo. Casi. Tuvo mejor fortuna con otra chica a la noche siguiente, así que las cosas le fueron bien

al final. Al día siguiente seguimos nuestro camino y él no miró atrás. Nunca lo hace. No quiere encariñarse con nadie. No quiere que nadie se encariñe con él.

Yo había llegado a un punto en el que ni siquiera intentaba intervenir en la conversación. Un pie delante del otro, eso es todo lo que tenía que hacer. Llegamos al pantano, de modo que Las Glicinias no quedaban lejos.

—Pues así es él. ¿Pero yo? No lo sé. —La voz de Aiana seguía hablando en la penumbra, de repente más templada—. Divertirse una noche está bien, pero no es realmente lo que yo busco. Yo quiero despertarme junto a la misma persona todas las mañanas. Quiero ser capaz de contarle cualquier cosa. Quiero sinceridad y comprensión. Quiero embriagarme de amor y sentir que cada día ese amor crece más y más. Pero quizá sea demasiado pedir. Quizá tú e Iyitsi estéis en lo cierto al fin y al cabo.

—¿Cómo? —¿Era posible que lo hubiera descubierto?

—Te veo en las fiestas, Mira. Eres como él. Tú tampoco buscas el compromiso. —Las luces de Las Glicinias se filtraban a través de los árboles. Su tristeza del principio volvió a embargarla—. Mantienes la calma. No pierdes la cabeza. ¿Y sabes qué? Probablemente deberías seguir haciéndolo, porque así tampoco perderás el corazón.

Escudriñé el cielo, localizando la posición de la estrella Ariniel.

—Gracias —dije sin entusiasmo—. Intentaré recordarlo.

18

Me pasé casi todo el día siguiente procesando lo ocurrido con Grant. Su rechazo me llenaba de humillación. Había desdeñado numerosas insinuaciones en mi vida y, por mucho que me costara reconocerlo, me habían dejado con la egocéntrica impresión de que los hombres me deseaban sin ninguna duda. Lo único que tenía que hacer era mostrarme. Descubrir que no era cierto me hería.

El relato achispado de Aiana sobre el pasado de Grant me había desconcertado igualmente, pero ese era un sentimiento más complejo de entender. ¿Por qué debía importarme que buscara aventuras impersonales de una noche? Su aversión al compromiso nunca había sido un secreto. Y yo había dejado muy claras mis intenciones. Quería tener una oportunidad de experimentar la pasión antes de recluirme en el matrimonio. Había llegado incluso a decirle que me gustara o no era lo de menos. Entonces, ¿por qué me había echado? Le había ofrecido exactamente el tipo de arreglo que le convenía.

—Pareces tan agotada como yo.

Pestañeé, alejando mis grises pensamientos, y vi a Cedric apoyado en la barandilla de las escaleras. Todo el mundo había vuelto de los compromisos sociales de la velada y yo era la última de mi grupo en volver a casa. Sofoqué un bostezo y me detuve al pie de los escalones. Cedric estaba tan apuesto e impecablemente vestido como siempre, pero desprendía un halo de melancolía.

—Pues sí, no tienes muy buena pinta —dije—. ¿Cuál es tu excusa? ¿Mucho baile y parloteo? Eso es lo que me ha agotado a mí.

Su semblante permaneció sombrío.

—Ojalá fuera eso. ¿Te has enterado de que han apresado a un grupo de alanzanos?

—¿Qué? No… —Entonces recordé que Grant había mencionado que las patrullas de Warren Doyle habían conseguido detener al

primer grupo de herejes. No sabía a qué secta habrían capturado. Eché un vistazo alrededor para comprobar que estábamos solos—. ¿Estabas allí cuando llegaron?

—Me escapé. Fui uno de los afortunados.

—Si te hubiesen reconocido…

—No lo han hecho.

Reprimí la urgencia de aleccionarle sobre los peligros de hacer sus devociones con otras personas de su fe, pero había conocido a suficientes alanzanos en mi vida como para comprender la futilidad de este argumento. Sus principios eran férreos.

—¿Qué harán con ellos?

—Ahora mismo están presos en un calabozo de la ciudad. Mañana los separarán, a unos los encerrarán en la prisión de Archerwoood y otros serán condenados a trabajos forzados. ¿Sabes lo que es eso?

—Por desgracia.

Me ponía enferma solo de pensar en el destino de esos pobres presos y en los abusos del sistema. En mi cabeza, esos alanzanos tenían el rostro de Pablo, Fernanda e innumerables amigos.

—Y no hay nada que yo pueda hacer. —Cedric me dedicó una lánguida sonrisa—. Ojalá tuviese el valor, y la destreza, de ir a liberarlos. Pero seguramente solo conseguiría que me arrestaran, o que me asesinaran.

Le di una palmadita en el brazo.

—No hagas nada descabellado ni te culpes por ello. Demuestras tu valor de otras maneras.

Cedric pareció escéptico ante mis palabras y me deseó las buenas noches, pero mientras se retiraba noté que se me aceleraba el pulso. Cedric tenía razón en una cosa. Mi padre no habría dejado que esos alanzanos sufrieran en prisión o realizaran trabajos forzados. No se habría pavoneado por ahí con sus joyas y sus mejores galas mientras ellos aguardaban sus trágicos destinos. Habría tomado medidas. Habría ido hasta allí y los habría liberado. Me habría llamado egoísta por quedarme al margen. Me habría llamado cobarde… una vez más.

Pero yo no era mi padre, por mucho que deseara serlo a veces. El deseo de ayudar a los alanzanos me quemaba el pecho. Necesitaba actuar con determinación y salvar a los inocentes, pero

no podía asaltar una prisión. No comandaba una red de guerrilleros libertarios.

¿O sí?

Corrí a mi dormitorio, levanté el colchón y saqué la moneda de Tom que guardaba debajo. La apreté en mi mano. Comandaba a un guerrillero libertario. Bueno, seguramente «comandar» no era la palabra exacta, pero me debía un favor. ¿Cuánto valía ese favor?

Había llegado la hora de averiguarlo.

Me escapé como siempre, y a lo largo del boscoso camino noté que el suelo se había ablandado como consecuencia del clima más cálido. Calzaba unos bonitos zapatos de cabritilla esa noche, que eran una mejora respecto de los zapatos de baile, pero seguían hundiéndose en el barro. Tendría que frotarlos bien antes de que la señorita Culpepper los viera.

Una vez en Cabo Triunfo tuve que pedir indicaciones unas cuantas veces antes de localizar la taberna del Toro Danzarín. Dentro, me pareció tan abarrotada como la taberna donde Grant y yo nos habíamos escondido, pero no tan sórdida. Además, estaba más iluminada. Claro que había mujeres muy peripuestas, y cuyas intenciones saltaban a la vista, pero se movían con discreción, sin exhibirse vulgarmente. Solo dos mujeres vestían con austeridad, como yo. Sentadas a una mesa, bebían con duras miradas, y daba la impresión que si alguien las importunaba, lo lamentaría muy pronto.

El resto de los parroquianos eran hombres. Muchos llevaban máscaras. Algunos, agazapados en rincones, lanzaban miradas furtivas. Otros, más alborozados, jugaban a las cartas y a los dados en grandes corros. La indumentaria abarcaba una gama completa, desde la ropa de trabajo más ordinaria hasta el extravagante vestuario de los piratas. Algunas de estas prendas parecían raídas y gastadas, pero otros hombres lucían la vestimenta extravagante y alambicada de los piratas impostores. Un hombre con delantal blanco iba y venía repartiendo cervezas a todo el mundo y una mujer detrás de la barra se aseguraba de que tuviera muchas a mano.

No vi a Tom por ninguna parte.

Dudando qué hacer, me rezagué junto a la entrada mientras calculaba cuál sería mi siguiente movimiento. Tom no me había

proporcionado instrucciones detalladas. Algunos hombres me miraban con curiosidad y comprendí que debía tomar alguna determinación antes de atraer un interés no deseado. Me acerqué a la tabernera.

—Disculpa —le dije con acento belsa—, necesito ver a Tom Mangascortas.

Era una mujer de cierta edad y no levantó la vista hasta que terminó de rellenar una jarra de madera. Cuando habló, su voz era dura.

—Tú y todo el mundo. Ponte a la cola.

Saqué la moneda de mi bolsillo y se la enseñé.

—¿Servirá esto para saltármela?

Hizo una mueca mientras la estudiaba y luego asintió con un gesto rápido.

—Jenks —llamó al otro lado de la habitación—. Ven aquí.

Un hombre gigantesco se levantó de una mesa donde se jugaba a las cartas. Llevaba un antifaz que se había subido descuidadamente sobre la frente.

—¿Qué hay?

—Esta de aquí, que anda buscando a Tom.

Una sonrisa torcida se alzó en su rostro al verme.

—Bah, no lo necesitas, cielo. Déjame invitarte a un trago.

La mujer hizo un gesto impaciente.

—Enséñale a Jenks lo que tienes.

Cuando saqué la moneda, su sonrisa disminuyó pero no su buen humor.

—Oh, vaya, pues qué suerte la tuya.

—Necesito un favor —expliqué.

Los ojos de Jenks brillaron.

—Siempre me han encantado esos favores. Deja que cobre y tiro a buscarlo.

Desapareció entre la multitud, y me quedé esperando en la barra con cierto embarazo mientras la mujer seguía a lo suyo. Toneles de cerveza y botellas de vino llenaban los estantes y vi que en el inferior había un revólver. El hombre que servía las bebidas se acercó presuroso a la tabernera.

—Los del rincón quieren una botella de Harkford.

El disgusto de la mujer aumentó.

—Esas botellas están en el fondo de la bodega.

El camarero dejó un puñado de monedas de plata y de oro en el mostrador.

—Lo dicen en serio. Iría yo a buscarlas, pero ya sabes cómo es…

—Lo sé, lo sé. —La mujer apoyó la jarra con tanta fuerza que desparramó el contenido—. Ya me encargo yo.

El camarero volvió a lo suyo, y vi que la mujer se agachaba, desapareciendo debajo de la barra. Cuando se irguió tenía un llavero en la mano. Levantó un tramo de la barra que le permitió salir y se alejó sin mediar palabra hacia al fondo, hasta una pequeña puerta sin letrero alguno. La abrió con la llave y desapareció al otro lado. Me quedé contemplando con fascinación la puerta cerrada.

—Vaya, vaya, dichosos los ojos. Mi ángel ha decidido honrarme con su presencia.

Me volví al oír aquella voz teatral y vi que Tom se acercaba a grandes zancadas, con Jenks a su lado. A la luz de la taberna pude apreciar mejor sus rasgos. Era mayor que yo, como mínimo cinco años. Sus cabellos eran rubios como la miel y los llevaba recogidos en una coleta, aunque se habían soltado varios mechones. El antifaz negro resaltaba sus ojos verdes. Y cuando se hubo apartado la capa, pude ver algunas plumas de pavo real adornando el borde de las mangas de su camisa a la altura de los codos.

—Bueno, sé que detestas las deudas pendientes. —Señalé uno de sus brazos—. ¿Qué vino antes, las mangas o el nombre?

Me devolvió una sonrisa.

—¿Acaso importa? Una cosa ya no puede existir sin la otra. Es parte de mi imagen.

—Sigue haciendo mucho frío ahí fuera. ¿La imagen lo vale?

—La imagen lo es todo —me aseguró—. Ahora, Jenks afirma que vas enseñando la moneda por ahí. Dime que no es cierto y que solo querías verme.

El consejo que Adelaide me había dado en el barco me asaltó con meridiana claridad. «Si alguna vez te encuentras en una situación que necesita una solución descabellada, muestra confianza. Si finges que estás completamente convencida de algo, la gente te creerá». La situación era incuestionablemente descabellada y sabía que era necesario exagerar mi personaje para mantenerme a

flote. Sonreí con picardía.

—¿Por qué no pueden ser las dos cosas? —Saqué la moneda otra vez y bajé la voz—. Pero me temo que es un asunto de negocios sobre todo. Tengo unos amigos que están en apuros… unos amigos que, de hecho, están retenidos en el calabozo de la milicia. Mañana los trasladarán.

—Ah —dijo Tom—. Esos presos. Nunca habría imaginado que fueras una devota. Pensé que un ángel tendría su propio círculo de devotos.

—No soy alanzana. Pero no quiero que los retengan allí, ni que los trasladen a un sitio peor. Creí que tú podrías ayudarme. —Hice una pausa, como si reconsiderara mi decisión—. Pero quizá no puedas.

Jenks se había mantenido a una respetable distancia de nosotros, haciendo como que no escuchaba, pero soltó un fuerte rugido.

—Te está embaucando —le dijo a Tom.

Tom me quitó la moneda.

—Nada de embaucos. Más que nada, me decepciona que no me haya pedido algo más desafiante. ¿Cuántos hombres crees que habrá vigilando la cárcel, Jenks?

—Dos sería lo normal. —Jenks se rascó la cabeza—. Probablemente el doble si han encerrado a un grupo mayor de prisioneros.

—Entonces es fácil. Vamos a buscar rápidamente a unos cuantos más. —Tom me hizo seña de seguirle mientras él y Jenks volvían hacia la multitud.

Los miré a ambos.

—¿Ahora mismo?

—Sí —dijo Tom—. Necesitas zanjar el asunto ahora mismo, ¿no?

—Bueno… sí. Pero pensé que habría algún tipo de plan.

—Pues claro que lo hay. Los derrotamos, sacamos a tus amigos y seguimos nuestro camino.

Estaba tan acostumbrada al cálculo y el escrutinio de Grant que un acto rápido e impulsivo me parecía sorprendente.

Cuando cruzamos la taberna, el aire de indiferencia de los parroquianos cambió radicalmente. Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y saludaron a Tom con exclamaciones. Él

respondió con la misma moneda, llamando a muchos por su nombre y gastando bromas de las suyas. Un puñado de aspirantes a pirata se puso en pie, deseando llamar su atención. Me lanzaban miradas de envidia y yo intenté fingir que una guarida de piratas no me impresionaba lo más mínimo. Secretamente, estaba fascinada. Podía entender el *glamour* y la intriga que los rodeaba, especialmente si salvar vidas era una de sus prácticas habituales. Pero ¿qué había de sus otras actividades como los robos y los asaltos?

Tom siguió avanzando hasta que llegó a una mesa donde tres hombres enmascarados jugaban a las cartas. Todos levantaron la mirada al instante.

—Caballeros —anunció—, dejad que os presente al ángel del que os hablé la otra noche, el que se lanzó valientemente a la batalla, defendiéndome contra algunos de los secuaces de Abernathy.

Uno de los hombres rio a carcajadas.

—Aún me cuesta creer que necesitaras ayuda.

—No la habría necesitado si alguien me hubiera dicho que Abernathy seguía enfadado por el incidente de la semana pasada. —Tom miró intencionadamente a otro de los hombres, uno enjuto con camisa de rayas que parecía muy joven.

—¡No había oído nada, jefe! Lo juro —exclamó el hombre—. Y me conoces. Siempre tengo una oreja pegada al suelo.

Tom sonrió, pero su voz desprendía cierta rudeza.

—Bueno, pues a partir de ahora usa las dos.

Uno de los hombres, con la cabeza afeitada y un aro de plata en la oreja, se puso en pie y me dio un apretón de manos.

—Me llamo Elijah. Las personas a las que ayudaste son mi mujer y mi hijo. Si necesitas cualquier cosa, pídemelo.

Pese a su dura apariencia, oí una emoción verdadera en su voz.

—Me alegra haber ayudado —respondí.

—¿Eres del continente, señorita? —La pregunta la formuló el hombre de la camisa a rayas—. ¿Skarsia?

—*Milady* —le corrigió Tom—. Uno siempre debe dirigirse a un ángel como «*milady*». Y cualquiera con dos dedos de frente sabe que es de Belsia, no de Skarsia. Anders es de Skarsia. ¿Te parece que habla como él? —Tom desvió la mirada hacia mí—. Lo cierto es que necesitaremos elegirte un nombre en algún momento.

—Podéis llamarme como queráis —dije—, siempre que podamos ayudar a esas personas.

—Está hecha toda una negociante, nuestro ángel. —Tom hizo una seña a Elijah y al joven—. Vosotros dos os venís de visita a la cárcel con nosotros. Peterson, ve a buscar a Anders y comprueba que todo va como está previsto con el cargamento. —Después me dijo—: Para un asunto así no nos hace falta realmente un cerebro. No tienes que venir si no quieres.

La antigua emoción de ayudar a Lonzo y a mi padre me recorría las venas, pero no sabía exactamente lo que pedía Tom.

—¿Cuál sería mi cometido?

—Golpear unas cuantas cabezas entre sí. Empuñar una espada. —Escudriñó mi cintura—. ¿Tienes una siquiera? ¿O solo eso que no merece ni llamarse cuchillo?

Me eché la capa hacia atrás y recordé que debía fingir osadía, y no sentirme cohibida por la hoja sin filo.

—Es mejor que nada.

—Eso es discutible. Peterson, por favor, atiende a *milady*.

Peterson se sacó una vaina de piel del cinto y me la entregó sin vacilar. Acaricié con los dedos la empuñadura de madera, adornada en bronce y hueso, y saqué un puñal. La recta hoja de acero tendría unos dieciocho centímetros de largo y una punta tan afilada que a buen seguro habría partido mi viejo cuchillo en dos. Más que una daga, menos que una espada. Llevaba años sin practicar con un arma así y nunca con algo tan refinado. Me cortó la respiración y lo admiré un rato antes de enfundarlo en su vaina.

—No puedo…

—Chitón —interrumpió Tom—. Y dime si vas a venir con nosotros o no.

Me mordí el labio y fue como estar en el filo mismo del puñal, titubeando entre dos decisiones drásticas. Había llegado a Cabo Triunfo con planes sencillos: sentar la cabeza con una cómoda vida de casada y liquidar la deuda de Lonzo. Pero luego me había involucrado en el espionaje, saliéndome de la burbuja protectora de Las Glicinias. Había entrado a robar en una casa. Había tratado con piratas… y me disponía a combatir junto a ellos.

—Iré —dije ciñéndome el puñal a la cintura.

Tom sonrió.

—¿Estás segura?

—Del todo. Necesito hacerlo.

Necesitaba recordar los principios que siempre había apreciado. Necesitaba recordar lo que era luchar por los inocentes. Y —al menos esta noche— necesitaba olvidarme de Grant Elliott.

19

La cárcel de Cabo Triunfo estaba lejos del bullicioso centro de la ciudad, pero lo bastante cerca como para que los traslados a los juzgados fueran relativamente sencillos.

—Hay otros centros de detención más modestos —me contó Tom mientras surcábamos la oscuridad de la noche—. Los soldados tienen uno en el fuerte. Y la milicia tiene una especie de guardia que también conserva un par. Pero esos sitios solo sirven para encerrar a delincuentes de poca monta o borrachos nocturnos. A los peces gordos los traen aquí.

—Suena todo muy… chapucero —dije—. La guardia urbana en Osfro no siempre era efectiva, pero al menos tenía un sistema. Aquí no existe una autoridad central de verdad.

—Para eso estamos nosotros —dijo Tom alegremente—. El peso de la justicia descansa sobre nosotros.

—Algo me dice que vuestra justicia es selectiva. Y lucrativa.

—Un guardia urbano cobraría por ello. ¿Por qué no nosotros?

Nos detuvimos a unos cuatrocientos metros de la cárcel mientras Tom el Chico —el hombre joven y flaco— escrutaba el horizonte. Como él también se llamaba Tom, le habían puesto el apodo de «chico» para diferenciarlo del jefe. No tenía claro si había sido ocurrencia de Tom o de sus hombres.

—Jenks llevaba razón —dijo Tom el Chico, que se acercó al trote—. Más de lo normal. Seis.

—¿Seis? —dijo Tom irritado—. Me habías prometido cuatro, Jenks.

—Yo no te he prometido nada. Solo he dicho que probablemente serían el doble.

Tom el Chico añadió:

—Son milicianos, no soldados.

—En fin, algo es algo —dijo Tom—. Ahora cuéntanos todo lo

que has visto.

Cinco minutos después teníamos un plan y nos dirigíamos a la cárcel sorteando el camino principal. Un farol en la entrada nos mostró lo que necesitábamos saber. El edificio era rectangular, un mazacote sólido y sobrio sin ventanas. Dos hombres hacían guardia en la puerta, y un centinela custodiaba cada esquina.

Nos dispersamos, colocándonos en las posiciones que Tom nos había indicado. Devorada por la ansiedad, me desplacé hacia una oscura arboleda con Elijah. Nunca había participado en una trifulca premeditada; lo normal es que me sucedieran sin más. Apretaba el puñal con tanta fuerza que tenía que ajustarlo todo el tiempo para que los dedos no se retorcieran.

La acción comenzó con un disparo de Tom el Chico contra uno de los guardias en la parte de atrás del edificio. Tom había dejado muy claro que no quería bajas esta noche.

—La milicia es muy indulgente con nosotros —explicó—. Y quiero que siga siendo así.

También nos había advertido que la milicia solía ser temeraria porque recibía una formación inconsistente. Al oír el disparo, todos los guardias corrieron hacia el origen del sonido, salvo uno, que no se movió de su puesto en la entrada principal. Elijah, que estaba conmigo, blasfemó. Pensábamos que todos los guardias correrían a la parte de atrás, donde nuestros otros tres compañeros los estarían aguardando.

—No hay más remedio —dijo Elijah—. Vamos. Quédate detrás de mí, de lado. Eres un blanco más pequeño, así que cargará contra mí, pero es mejor que permanezcas al margen.

El miliciano de la puerta nos vio venir y empuñó su mosquete. Disparó a Elijah, como era predecible, pero falló el tiro. Había disparado demasiado pronto; unos pasos más al frente le habrían proporcionado mayor precisión con un arma como la suya. Antes de que pudiera volver a amartillarla, Elijah y yo arremetimos contra él. Elijah lo tiró a tierra y lo inmovilizó. El guardia escupía obscenidades mientras yo le ataba manos y muñecas, y deseé que hubiéramos traído mordazas y sogas. Justo cuando estaba terminando, vi la puerta abierta detrás de Elijah.

—¡Cuidado!

Elijah se volvió en el mismo instante en que un cañón de pistola

asomaba por la puerta. Me levanté de un salto y usé mi puñal como si fuera una porra, desviando la pistola lo suficiente para que el disparo no acertara a Elijah. Esto le dio ventaja para abrir la puerta de par en par y desarmar a su dueño, otro miliciano. Elijah le empujó con fuerza contra la pared, pero el hombre era más fornido y le obligó a retroceder con su fuerza bruta. Vi a otro guardia detrás de ellos. La exploración de Tom el Chico solamente nos había revelado la defensa externa, pero ignorábamos qué nos aguardaba dentro.

El segundo hombre no me había visto aún. Por fuertes que fueran mis deseos de manejar el puñal con valentía, puse en práctica las enseñanzas de Lonzo. Este guardia no era tan musculoso como el que luchaba contra Elijah, pero era más alto que yo. Cargué velozmente contra él, para su sorpresa, y le propiné un codazo en la cara con un movimiento que me acercó a él demasiado, poniéndome a tiro. Sin embargo, intentó devolverme el golpe con la pistola, como yo había hecho con el puñal. Su peso actuó en su contra, porque no me encontró donde esperaba, lo cual le obligó a cambiar el pie para mantener el equilibrio mientras yo seguía moviéndome erráticamente. Tiró el arma por tierra y me retó con los puños. Usé esa fracción de segundo para darle otro puñetazo hacia arriba, esta vez en el cuello. Me faltó precisión, pero el golpe fue eficiente. El hombre soltó un débil quejido y se tambaleó hacia atrás. Agarré el mosquete y le apunté con él, ordenándole que cayera de rodillas. Nunca había disparado un arma y esperé dar el pego con convicción.

Al parecer, lo conseguí. El hombre obedeció y oí una carcajada sonora detrás de mí.

—Mírate —dijo Elijah—. Ni siquiera me has necesitado. No me extraña que espantaras a la banda de Abernathy la otra noche. —Su combatiente yacía en el suelo, en apariencia inconsciente. Elijah se acercó corriendo a mi cautivo y comenzó a atarle las muñecas.

—No sé si los espanté como dices, pero me alegra haber ayudado a tu familia.

Elijah frunció el ceño mientras terminaba su trabajo.

—No tendrían que haberse visto en esa situación. Todo ese lío con Abernathy fue por culpa de la arrog…

Se oyó un disparo fuera de la cárcel y miré en derredor

alarmada.

—¿Deberíamos hacer algo?

—No —dijo Elijah—. Eso es su trabajo. Hagamos nosotros el nuestro.

A continuación, Elijah le quitó las llaves al hombre inconsciente y registramos el edificio. Tenía dos pasillos que se bifurcaban en direcciones opuestas, con diez celdas cada uno. Hombres y mujeres asustados nos miraban a través de los barrotes. Habían oído la conmoción pero no tenían ni idea de la causa.

—Tranquilos —dije mientras Elijah abría las celdas—. Estamos aquí para ayudaros. —Mientras los presos salían corriendo en fila, se me vino algo a la mente—. No sabemos si son todos alanzanos. Puede que estemos liberando a criminales reincidentes.

—Pues sí —asintió Elijah—. Pero no tenemos tiempo de hacerles entrevistas.

El último prisionero estaba saliendo por la puerta cuando Tom y los otros entraron. Sonrió.

—Parece que todo ha salido bien.

—Tendrías que haber visto a tu chica —dijo Elijah mientras metía de un empujón al hombre que yo había derrotado en una de las celdas—. No me habías dicho que era tan buena luchando.

Encerramos a todos los milicianos. La cuadrilla de Tom tenía unos cuantos cortes y cardenales más que al principio de todo el asunto, pero nadie de los dos bandos había resultado herido por disparo. Hacía rato que los presos se habían esfumado en la noche cuando finalmente salimos de allí.

—Gracias —le dije a Tom mientras volvíamos a pie a la ciudad —. Sé que me dijiste que me debías un favor, pero aun así, lo aprecio.

—Un placer. —Se hizo un silencio de varios segundos—. Estimulante, ¿cierto?

—¿Qué?

—El ímpetu de la batalla. —Movió las manos con grandes aspavientos—. La emoción. La sangre que hierve. Cada uno de tus miembros en alerta. Es difícil volver a la normalidad.

Ciertamente, había sentido esa especie de ímpetu. Todos mis sentidos se habían aguzado, parecían más nítidos.

—Sí —admití—. Y cuesta volver.

—Esta no es la primera vez que has participado en una pelea.

—No, pero nunca de este calibre. —Mi padre me había enseñado algunas técnicas básicas de combate pero raras veces me había llevado con él a ninguna de sus incursiones. Me dejaba al margen y me usaba de cebo. Solo Lonzo, en el breve tiempo que pasamos juntos en Osfro, me había tratado como a un igual y reforzado mi adiestramiento—. Sienta bien… saber que hemos salvado a personas inocentes de la opresión. Eso también es un estímulo.

—Bueno, ¿quién sabe a ciencia cierta si son realmente inocentes? —preguntó Tom secamente—. Pero los hemos salvado de la opresión, supongo. Ahora, escúchame. Si aún te queda un poco de sed de combate, estoy seguro de que hay otras paradas esperándonos.

Vacilé.

—Debería irme, la verdad.

—Puedo garantizarte que son nobles, hechas a tu medida.

—No, en serio. Debo irme. —Mi decisión estaba tomada y me mostré intransigente—. Ni siquiera debería estar en la calle. Pero me siento agradecida. Me has compensado con creces lo que hice por ti.

—Ah, bueno. Quizá la próxima vez.

—No habrá próxima vez.

Se llevó una mano al pecho.

—Has vuelto a herirme. La mitad de los hombres de la taberna del Toro matarían por trabajar para mí.

—¿Trabajar para ti? Bien por ellos. ¿Y por qué ibas a necesitarme a mí? No tengo ni la mitad de experiencia que el resto de tus hombres. —Una sensación de vacío se instaló en la boca de mi estómago y me alejé, tomando repentina consciencia de la tranquilidad que reinaba en las calles por las que regresábamos a la ciudad—. Escucha, si piensas que «trabajar» para ti incluirá algo más aparte…

Tom rio burlón.

—Eres un placer para la vista, pero no, no es nada de eso. Has tenido agallas esta noche y algo me dice que aprendes rápido. Te compensaremos generosamente también. ¡Tom!

Nos alejamos del resto y Tom el Chico vino corriendo hasta nosotros.

—¿Sí?

—Enséñale lo que te he pagado antes por la visita a casa del juez Mathers.

Tom el Chico se metió las manos en los bolsillos y apenas pude creerlo cuando sacó dos puñados de monedas de plata. Conté unas veinte.

—Me he gastado algunas en la taberna —reconoció.

Tom le hizo señas para que se fuera.

—No importa. Gracias.

Tom el Chico recogió el dinero y se retiró inmediatamente. Tom me miró de soslayo.

—¿Lo ves? Me aseguro de que todo el mundo tenga su recompensa. A veces cobran en oro.

¿Oro? Yo aún seguía mareada por la visión de toda aquella plata.

—No… no he hecho lo que he hecho esta noche por dinero. No habría querido. Lo he hecho porque era lo que había que hacer.

—Incluso los ángeles tienen que comer. Pero me gusta tu forma de pensar. Muchos hablan de justicia y de lucha por el cambio, pero pocos lo viven realmente. Mis hombres son almas bondadosas, pero la mayoría lo hace por dinero. Tienen que llevarse algo a la boca. Me vendría de perlas tener a alguien que luche a mi lado con un espíritu noble como el tuyo.

Estudié su rostro a la luz del farol, calibrando su sinceridad.

—¿De verdad buscas nobleza? No pareces de los que entregan sus ganancias a la caridad. Esas plumas no pueden ser baratas.

—No lo son, pero la imagen es importante. —Acarició con cariño las plumas verdes y azules que adornaban una de sus mangas —. Tengo que guardar algo para los gastos de las operaciones. Y admito sin tapujos que no soy un ángel, quiero mi parte del botín. Pero no soy tan egoísta como piensas. Veo la opresión de la ciudad todos los días, la corrupción y el abuso de poder, y tengo muchas ideas para mejorar las cosas.

La sinceridad de su voz me sorprendió.

—¿Robar a la gente es mejorar las cosas?

—No estoy robando el pan a los huérfanos, precisamente. Suelo comerciar con bienes escasos y valiosos, objetos exquisitos a los que no siempre es fácil echarles el guante, pero que amortizan bien esa

dificultad. Y créeme, los hombres a quienes robamos no están necesitados de dinero.

—Puede que sean buenas personas, incluso si son ricos. Y estoy segura de que algunos mueren durante los ataques. ¿Es eso justo?

—No, como tampoco el hecho de que mucha gente buena muera de hambre y sufra. La moneda y la comida que he regalado han salvado a muchos de ellos.

—¿Y quieres… solo quieres que luche a tu lado? —pregunté recelosa.

—Sin ninguna duda. A veces para «adquirir» productos. A veces para lanzar una advertencia a quienes se creen con derecho a pisotear a los demás. Intentaré mantenerte al margen de misiones que puedan atentar contra tus principios angélicos. Y también te necesitaré para otra cosa. Mi objetivo son los artículos de lujo, pero en mis manos caen múltiples mercancías mundanas que no me sirven. Productos básicos, como alimentos y ropa. Mi carga de trabajo cada vez es mayor y apenas tengo tiempo de distribuir ese excedente a los necesitados. Algo me dice que te gustaría encargarte de esa tarea. Y también pienso que la ciudad quedaría cautivada por un precioso ángel como tú.

—¿Quieres utilizarme para fomentar tu buena imagen?

Sonrió.

—Bueno, como te he dicho, la imagen es importante. Pero no «utilizo» a nadie. Las personas con las que trabajo no son títeres de usar y tirar.

La tentación… Apenas podía contenerla. Oro para Lonzo. Una finalidad para mí. Pero ¿a qué coste?

—No puedo. Tengo otros compromisos.

Tom arqueó las cejas.

—Oh. ¿Algún esposo o amante?

—¡No! —Mi voz me delataba y Tom rio.

—Oh, ya veo. Es una de esas historias complicadas, ¿eh? Razón de más para labrarte tu propio camino. He visto la cara que ponías cuando Tom el Chico te ha enseñado las monedas que le sacamos al juez. Tienes deudas, ¿es eso?

La posibilidad de liquidar la fianza de Lonzo y mi propio contrato me embriagó, pero intenté ocultarlo.

—Juez… ¿has mencionado al juez Mathers?

—¿Lo conoces? —preguntó Tom, mostrando un claro interés.

—En cierto modo. Y sé lo que hace. Los sobornos. Las dudosas sentencias a trabajos forzados.

—Entonces sabes que es una mala persona que incumple la ley.

—Nosotros acabamos de incumplir la ley.

—Por el bien común, ¿recuerdas? —La voz de Tom se endureció—. El juez vendió a algunos de nuestros socios hace poco para trabajar en las plantaciones. Las sentencias eran demasiado largas para un robo de tres al cuarto. No había nadie de mi banda entre ellos, pero es un insulto a nuestra fraternidad. Nunca ha recibido un castigo por lo que hace.

—¿Qué le hicisteis?

—Lo de siempre. Hacerle saber que lo vigilamos. Pasar por su casa, sustraerle algunas cosas, meterle el miedo en el cuerpo de los ángeles rebeldes a él y a sus criados. Nadie ha muerto, si eso es lo que te preguntas. Intento evitar fricciones con la milicia si está en mi mano.

Hicimos un alto delante de la taberna del Toro Danzarín, pero no entré junto con los otros hombres.

—Tom…

—Se acabaron las protestas. Necesitas algo más que dinero. Hay algo que arde dentro de ti, puedo verlo. ¿De verdad quieres ser un ángel vengador que corrija las injusticias del mundo? Esta es la vía. Ven mañana por la noche. —Su rostro destilaba emoción—. Tengo algo de trigo de un golpe que dimos la semana pasada y que pensaba repartir. Ven a ver la otra cara de lo que hacemos.

—Lo pensaré —dije finalmente.

Tom me cogió la mano y la besó cuando empecé a irme.

—Haz algo más que pensar, Aviel.

—¿Aviel?

—Un ángel necesita un nombre. ¿Por qué no el divino defensor de las mujeres y los inocentes? A menos que creas que es un sacrilegio.

Reí mientras me alejaba calle abajo.

—¿Después de todo lo que hemos hecho esta noche? Difícilmente.

Tom se despidió con una grandiosa reverencia.

—Entonces te veo mañana, *lady* Aviel.

20

Regresé a la noche siguiente. Y no pasó mucho tiempo hasta que me convertí en la comidilla nocturna de Las Glicinias. Bueno, yo exactamente no. *Lady* Aviel.

No llevaba ni una semana compinchada con la banda de Tom, pero mi nueva identidad había corrido como la pólvora. Cabo Triunfo tenía un puñado de mujeres pirata, pero ninguna excitaba tanto la imaginación como yo. Aquello se debía en parte a que acompañaba a Tom en sus aventuras. Como era uno de los bucaneros más extravagantes de la ciudad, cualquiera que lo frecuentase terminaba contagiándose de su *glamour*. Ciertamente, Tom tenía grandes riquezas que compartir. Pero, además, yo era más joven que las otras mujeres pirata, lo cual redundaba en historias de increíble —y, en mi opinión, exagerada— belleza. Eso y mi angélica identidad hacían de mí un ser etéreo, como de otro mundo. Un auténtico ángel justiciero.

Pero también podía deberse a que buscaba de verdad la justicia, no solo el enriquecimiento. No todos los trabajos que hacíamos eran desinteresados, naturalmente. Tom perseguía con diligencia a los funcionarios corruptos de la ciudad, pero no había duda de que su principal objetivo era lucrarse. Me asombraba lo mucho que se esforzaba por obtener estos lujos y también la ingente cantidad que había acumulado. También me causaba estupor que, al precio que los vendía, no se hubiera comprado ya un palacio en las afueras de la ciudad donde retirarse el resto de sus días.

Tom cumplió su palabra, y yo distribuía algunas de las mercancías ordinarias que caían en sus manos. Las personas a las que ayudábamos sabían que yo era uno de sus socios, y mi ayuda le daba buena imagen, pero la gente también había comprendido que desde mi llegada era más generoso con sus donaciones, y me

adoraban por ello.

¿Y en cuanto a mí? Había ganado cinco doblones de oro por la labor de una semana. Cinco doblones de oro. Antes de empezar a trabajar con Tom ni siquiera había tocado uno en mi vida.

La actividad nocturna me aseguraba días de agotamiento con la Corte Reluciente. Un puñado de chicas ya estaban prometidas, y los Thorn habían resuelto que las demás aceptásemos ofertas de matrimonio cuanto antes. No nos daban tregua.

Para sorpresa general, Adelaide no se contaba aún entre las chicas prometidas. Warren no había cejado en su agresivo empeño y, al parecer, muchos hombres habían desistido, concediéndole lo que sin duda era una victoria evidente.

—¿Has visto a Warren últimamente? —le pregunté una noche a Adelaide. Estábamos delante del espejo de nuestro dormitorio, ocupadas con los retoques de último minuto para la fiesta de esa noche—. No ha asistido a ninguna de nuestras veladas recientes.

Adelaide se alisó la falda de su vestido de seda blanco. Los bordados de plata centelleaban a la luz de las velas.

—Creo que anda ocupado con los preparativos de su viaje a Hadisen.

—Seguro que para ti no está tan ocupado —bromeé. Su cortejo me tenía confundida. Cada vez que lo veíamos, trataba a Adelaide como a una reina; y con su inminente cargo de gobernador, tenía los posibles para convertirla en una, al menos según los estándares de Adoria. Por otra parte, yo no terminaba de olvidarme de su papel como activo organizador de los cazadores de herejes. Sabía que muchos residentes compartían sus opiniones sobre los herejes, pero aun así deseaba que Adelaide encontrara a un pretendiente menos cerrado de miras.

Tampoco tenía ni idea de si Grant se había unido a las patrullas o no. Yo tomaba nota obedientemente de cualquier conversación u observación útil en las reuniones a las que asistía. Había forzado un par de cajones en busca de pruebas, e incluso había apuntado algunos consejos sobre el mundo del hampa en mi trabajo con Tom. Después transmitía a Aiana cuanto sabía, pero ella nunca me decía cómo era recibida la información. Y Grant había dejado de enviar mensajes.

La fiesta de esta noche tenía una importancia particular, porque

se celebraba en la hacienda de los Chambers. Cornelius seguía insistiéndome con vehemencia a propósito de su padre cada vez que nos encontrábamos. Yo sabía que, para él, mostrarme la grandeza de su casa era el golpe de efecto final, y cuando nuestro carruaje entró en la opulenta finca, tuve que reconocer que no le faltaban razones para sentirse orgulloso.

—Es fantástico, ¿no creéis? —dijo apenas hube cruzado el umbral—. Es imposible que podáis dudar del estatus de nuestra familia.

—Nunca lo he puesto en duda —repuse.

Cornelius hablaba sin cesar de sus medios hasta que otro invitado requirió su atención. No había aludido ni una sola vez a las virtudes de su padre. Supuse que pensaba que, por la diferencia de edad, los bienes materiales serían para mí más importantes que el hombre que los poseía.

Lo cierto es que Rupert me caía simpático y lo busqué a propósito después de la cena. Estaba sentado en una lujosa y mullida butaca y contemplaba distraído la fiesta.

—Señorita Viana. Qué grato placer.

Comenzó a levantarse y le hice seña de que permaneciera sentado mientras yo acercaba una silla más pequeña.

—Lo mismo digo, señor Chambers. ¿Cómo os encontráis?

—Oh, como siempre. Llevo una vida tranquila, sabéis. Y ahora Cornelius insiste en que me desentienda un poco de la gestión de nuestros trabajadores. De modo que, últimamente, lo más emocionante de mi vida es cuando llegan esos nuevos libros de Osfrid. Conservo la vista, pero la artritis empeora. —Abrió una de las manos para dar énfasis a sus palabras y volvió a cerrarla—. Tenía pensado escribir la historia de mi vida, pero no creo que estas viejas manos puedan seguir siendo útiles. Tendré que dictar a un criado.

—Espero que lo hagáis. Sois una inspiración para todo aquel que viene a Adoria en busca de una vida mejor. Mirad todo lo que habéis logrado.

Rupert echó un vistazo al gran salón pero no pareció muy impresionado.

—Sin duda hay más cosas que antes, especialmente desde que Lavinia está aquí. Tiene gustos suntuosos, muy suntuosos, y

Cornelius se los consiente. Pero eso es el amor entre jóvenes.

—Es todo majestuoso —dije diplomáticamente, pero había captado la insinuación. Lo suntuoso rozaba lo ordinario. Algún arquitecto reflexivo había proyectado la sala con líneas simples pero elegantes, y pude imaginarme lo que debió de haber sido en su día una estética solemne. En este momento era como si alguien hubiera empezado a añadir adornos, pero sin saber frenar a tiempo: cortinas de brillante terciopelo carmesí, jarrones y esculturas cubriendo cada superficie, cuadros enormes que habrían quedado bien si tan solo uno de ellos hubiese llenado el centro de una pared desnuda. Por el contrario, colgaban uno junto al otro en confuso despliegue. Habían servido la cena en la porcelana y el cristal más refinado que había visto en mi vida. Y todo en la casa parecía innecesariamente dorado.

—Lavinia es muy especial incluso con lo que bebemos —añadió Rupert con voz melancólica—. Solo quiere los vinos evarios más elitistas. Echo de menos mi ron. Es de los especiados, de Royal Point. ¿Lo habéis probado alguna vez? Maravilloso. Pero ella lo encuentra muy «común» y ha tenido la audacia de guardarlo en el estante más alto de la despensa. ¿Podéis creerlo? Fuera de mi alcance, como si yo fuera un chiquillo travieso. Y después ha amenazado a los criados para que no me lo alcancen, metiéndoles el miedo de los Seis en el cuerpo.

Estudié la bulliciosa sala, repleta de invitados de alta alcurnia que estaban completamente absortos en sus propios asuntos. Sonreí y, de súbito, la fiesta se me hizo mucho más interesante.

—¿Queréis que vaya a buscaros un poco?

La absoluta falta de reacción de Rupert me hizo creer que no había oído la pregunta, pero justo cuando me disponía a repetirla, una débil risita surgió de su garganta y cobró fuerza. Se dio una palmada en la rodilla.

—Oh, y tanto que me gustaría. No os burléis de un anciano.

Me levanté decidida.

—No lo hago. Creedme, un estante alto no es mucho reto para mí, comparado con la mitad de las cosas que hago.

Volvió a reír.

—Vaya si lo creo, pero por muy halagado que me sienta, no quiero poneros en un aprieto. Lavinia pedirá vuestra cabeza.

Pensé en lo ansiosa que estaba porque me casara con su suegro.

—Algo me dice que me perdonará. Vuelvo enseguida.

Me alejé en medio de sus protestas y me colé hábilmente por una puerta por la que había visto salir y entrar a los criados toda la noche. Un largo pasillo se extendía ante mí, y a partir de ahí me guie por mi instinto. Me crucé con un criado y, como de costumbre, actuar como si supiera adónde iba hizo que no reparase en mí.

Solo había una persona en la amplia cocina, un chico que fregaba los platos de espaldas a la puerta. La cena había terminado y la mayoría de los criados estaban sirviendo licores a los comensales. Me deslicé a la otra punta de la cocina, que tenía viandas como para alimentar a una fiesta el doble de grande que la nuestra. No reconocí la mitad de los productos. En lo alto del último estante relucían botellas doradas de ron. Mientras calculaba mi estrategia, oí una voz incómoda que decía:

—Disculpadme, señorita, pero…

Me volví y era una ayudante de cocina nerviosa.

—Gracias a dios —exclamé—. Espero que puedas ayudarme. Estoy intentando hacerle un favor al señor Chambers padre. Es… bueno, un secretillo. Me ha pedido que viniera a buscar algo para él. Algo de… Royal Point.

Tenía un presentimiento. Al pensar en lo que Rupert me había dicho sobre las amenazas de Lavinia a los criados, se me ocurrió que a estos podría no gustarles demasiado su nueva señora y sus cambios. Sin embargo, ¿alguien tan moderado como Rupert? Lo más probable es que siguieran siéndole fieles, y acaso yo no tuviese que verme en la necesidad de robar.

Efectivamente, el semblante de la criada se suavizó.

—Yo sé dónde está. Y los Seis saben bien que lo merece después de una vida larga y buena. Pero si la señora Chambers me descubre podría perder mi empleo.

—Dime dónde está. Lo haré yo. Y la responsabilidad será mía.

—Bien entonces —dijo tras pensarlo un momento—. Hay una escalera aquí.

Me trajo la escalera y trepé por ella con mis altos tacones sin ninguna dificultad. Cuando bajé con la botella en la mano, la criada me dio una elegante taza de porcelana. La cogí y la llené con una generosa cantidad de ron.

—Con suerte, si la señora ve al señor Chambers con la taza pensará que es té —dijo mi conspiradora con un guiño.

Dejé la botella en su sitio y le di las gracias. Con cuidado de no verter el contenido de la taza, salí al pasillo y caminé despacio de vuelta a la fiesta. Sonriente, me pregunté si esto también contaba como un gran acto de justicia.

Cuando iba por la mitad del pasillo, al pasar por delante de una puerta oscura, una mano me agarró bruscamente del brazo. Comprobé con pasmo que se trataba de Grant. Me hizo seña de entrar y lo seguí, demasiado aturdida como para protestar.

Grant cerró la puerta y fuimos al otro extremo de la estancia, a un rincón donde había lo que apenas pude discernir como un piano. Dejé la taza encima. Solo se habían desparramado unas gotas de ron.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Preparándome para verme con Barton Scarborough y otros después de la fiesta. Estoy casi seguro de que usa las patrullas contra los herejes como tapadera para entregar mensajes y contrabando. A veces las envía muy lejos.

—Vale, ¿entonces qué estás haciendo aquí? La fiesta no ha terminado y dudo mucho que te invite a entrar.

Una débil luz, proyectada por la luna y algunos faroles en la calle, entraba por las cortinas de las ventanas. Eso y la escasa claridad que se filtraba por la rendija de la puerta conferían a la estancia su única iluminación. Mis ojos se ajustaron y vi a Grant apoyado en el piano.

—Te estaba buscando. Tenía algo que decirte.

Mi corazón casi se detuvo. A pesar de todas las discusiones mentales que había tenido conmigo misma para convencerme de que estaba mejor sin él, a pesar de toda la emoción de los piratas… De pronto me sentí colmada de esperanza y expectativas. Por fin una explicación.

—Silas ha movido hilos en la oficina de aduanas —empezó a decir Grant, disipando todas mis esperanzas. Pero antes de que pudiera sentirme demasiado frustrada, continuó—: Y hemos encontrado a tu Lonzo Borges. Más o menos.

Lo miré boquiabierta.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Su deuda fue revendida a otro comerciante cuando llegó a Cabo Triunfo y todos partieron al sur en busca de trabajo. Eso es todo lo que hemos podido averiguar, pero al menos hay un rastro en papel. Has tenido suerte. No suele ocurrir muy a menudo. Hace una semana, cuando supe que uno de nuestros agentes iba a estar en esa zona, le pedí que hiciera algunas pesquisas. Acaba de volver hoy.

—¿Y?

—Una compañía de ingeniería compró la deuda de Borges y hay confirmación de que actualmente está drenando pantanos a las afueras de Williamston. Nuestro hombre no tuvo ocasión de acercarse a él, pero volverá mañana a hacer otra visita. Si me das una carta antes de mediodía, podré entregársela.

El mundo me daba vueltas. Lonzo. ¿Era posible? ¿Había tenido tanta suerte tan deprisa? Williamston era una ciudad costera en el extremo meridional de las posesiones adorias de Osfrid. Aún no se habían trazado las líneas oficiales de la colonia, pero el territorio estaba bajo la firme garra de Osfrid. Aunque rica en recursos, la mayor parte de la región era cenagosa y accidentada. Pocos querían luchar por ella.

«Lonzo está vivo».

Me abracé el pecho.

—No… no sabía siquiera que lo estuvieras buscando.

—Te dije que lo haría.

—Gracias. Gracias de corazón. No sabes lo que esto significa para mí.

—Me alegra. Estaba deseando poder hacer algo por ti, después de que lleves odiándome una semana. —Intenté imaginar la expresión de su rostro. Más sardónica que arrepentida, sospeché.

—No llevo odian… —Me callé—. Bueno. No todo el tiempo.

—Lo merecía. —Y estas sencillas palabras sonaron a disculpa—. Con suerte, podemos dejarlo pasar y centrarnos en lo que realmente importa.

La indirecta de que yo no era importante pronto empañó cualquier crédito que pudiera haberle procurado el instante de sinceridad.

—¿Dejarlo pasar? ¿Como me dejaste pasar a mí?

Gruñó.

—Mirabel…

—Comprendí que hice algo mal, y lo siento, pero al menos podrías…

—Tú no hiciste nada malo. Fui yo, no tú.

—No solventes el problema ignorándome sin más. ¡Obviamente yo también tuve algo que ver! Sé que tu pasado es un asunto delicado, pero si hubiese tenido la menor idea de que por una pregunta ibas a perder el interés…

—Maldita sea —me interrumpió de nuevo—. ¿Por qué tiene que ser todo objeto de disputa? ¡No fue lo que preguntaste! Fue tu manera de mirarme cuando… —Reconocí uno de esos raros momentos en que Grant estaba tan nervioso que perdía los estribos y revelaba más de lo deseado. Y se dio cuenta—. Mira, tú solo deja…

La puerta se abrió con un crujido, proyectando luz sobre la entrada de la estancia. La oscuridad nos velaba, pero Grant me agarró de la mano y nos escondimos a gatas debajo del piano. Nos atrincheramos en el rincón más al fondo —tarea nada fácil con mi vestido y toda la parafernalia—, permaneciendo en perfecta quietud. Grant no me soltó la mano.

Dos hombres entraron en la habitación y cerraron la puerta a sus espaldas. Uno encendió una pequeña vela y Grant se encogió más sobre sí mismo.

—He recibido un mensaje de White —dijo el hombre que había entrado primero—. Quiere saber dónde está el cargamento. A mí también me gustaría saberlo. Las cuentas no cuadran.

—No te preocupes —dijo el otro—. Sandler se ha retrasado, pero me lo traerá a casa antes del alba. La milicia los descubrió en plena faena, y querían pasar desapercibidos un tiempo. Los llevaré a Burleigh pasado mañana.

—Vale, pero haz cuentas antes. No me gustaría descubrir que ellos también están sisando lo suyo.

—Ladrones robando a ladrones, ¿eh? —preguntó el primer hombre. Luego soltó una risotada—. Yo me encargaré. Tú solo asegúrate de tener listo el dinero.

—Lo haré. Oye, ¿no hueles a ron?

—Ojalá. Detesto ese oporto pretencioso que están sirviendo.

Uno de ellos sopló la vela y regresaron a la fiesta. Grant y yo

permanecimos en nuestro sitio durante unos minutos más hasta tener la certeza de que no iban a volver. Nos soltamos las manos, y tuve que estirar los dedos después de lo fuerte que nos los habíamos apretado.

—Ese era Abraham Miller —susurré. Estábamos solos, pero yo aún sentía la necesidad de hablar en voz baja—. No conozco al otro. Nunca había oído a nadie hablar como él.

—Es un acento de North Joyce. Tengo que averiguar quién figura en la lista de invitados. Sin duda alguna era una conversación conspiratoria. Si consigo identificarlo, puede que descubramos quién es Sandler. Es un jugador nuevo en el tablero. Ahora tengo que darme prisa para llevarle esto a Silas y volver a tiempo para la patrulla.

Los dos empezamos a levantarnos y entonces nos dimos cuenta de nuestro enredo, medio sentados el uno encima del otro y rodeados por las capas de mi falda.

—Tú y tu ropa —murmuró mientras se movía para que yo pudiera tirar de una parte del vestido sobre la que se había sentado—. ¿Cómo puede un vestido que cubre tan poco tener tanta tela?

—Puede ser escotado, pero aun así deja mucho espacio a la imaginación.

La vergüenza me invadió al recordar que él no tenía mucho que imaginar. Conseguí liberarme y ponerme en pie. Al hacerlo, mi mano rozó levemente su cara.

—Has vuelto a dejarte barba.

Se levantó y me siguió mientras yo salía de detrás del piano. Nos detuvimos delante de él, cara a cara en las sombras.

—Afeitarme no iba conmigo —dijo—. Y, además, he oído que es mi único atractivo.

—Eso era antes de que me dieras las noticias sobre Lonzo. Gracias de nuevo.

—No olvides la carta. —Apenas vislumbré su mano, que se levantaba hacia mí, pero enseguida la apartó rápidamente, dejándola de nuevo al costado—. Debo irme. Pero sea lo que sea que estés pensando… no es cierto.

—Disculpa, ¿qué?

—Sobre… sabes de qué estoy hablando.

—Entonces por qué…

—Porque… bueno. Porque sí. —Caminó hasta la puerta, rozándome a su paso—. Ah, y llévale la carta a Silas. No sé cuándo estaré de vuelta.

Y desapareció sin más, dejándome perpleja, como siempre.

Me tomé un minuto para asearme y luego cogí la taza de porcelana. Las manos no me temblaban, así que ya era algo. Mientras volvía a la fiesta, intenté no pensar en Grant porque era un puzle imposible de resolver. Desviar mis pensamientos a la conversación de Abraham Miller tampoco me aportó respuestas. Me habría gustado averiguar más cosas, pero se había marchado de la fiesta.

Entregué el ron a Rupert con una sonrisa radiante. Dio un sorbo y me miró asombrado.

—Señorita Viana, tened cuidado o dejaré de animaros a que os caséis con otro.

Le dije que era un placer y decidí darme una vuelta por el salón por si se daba el caso y me topaba con el individuo de North Joyce. Mientras caminaba hacia un grupo de personas que no conocía aún, vi que Cornelius se despegaba de ellos y me hacía señas. Giré inmediatamente en otra dirección, como si realmente fuera al encuentro de otra persona. No tenía deseos de escuchar una vez más la cantinela sobre el pobre Rupert. Con las prisas, casi tropiezo con Clara.

—Muy inteligente por tu parte —dijo—. No pensé que fueras capaz.

Después de la serie de acontecimientos de la noche, no podía ni imaginar a qué se refería.

—¿Qué?

—Perseguir al anciano señor Chambers. —Sus ojos se fijaron en él, en el otro extremo del salón, antes de volver a posarse en mí—. Eso sí que es jugar a largo plazo. O quizá no tan largo. Al principio no será muy divertido, pero no creo que le queden muchos años. Y después serás una viuda rica y podrás hacer lo que te venga en gana.

Dejé caer la mandíbula hacia delante.

—¿Qué? ¡Yo no estoy haciendo nada de eso!

—Bueno, desde luego estás siendo muy amable con él. Y corren rumores. Has estado descartando a otros hombres.

En eso no andaba del todo equivocada. En la última semana

había comprendido que en cuanto tuviese la certeza de poder resolver lo de Lonzo, se me abrirían dos caminos. Uno era ganar el dinero suficiente para comprar mi libertad gracias a mis colaboraciones con Grant y con Tom. Era la apuesta más arriesgada. Pero si finalmente tenía que casarme, un esposo abierto de mente como Rupert —que me respetaría y me daría mi espacio— era preferible a muchos de los hombres que había conocido. Una vez instalada en estas dos opciones, no veía motivos para alentar a otros pretendientes. No era ruda con nadie, pero también dejaba clara mi indiferencia.

—Sigo considerando mis opciones —repuse.

—Bueno, a mí no me importa lo que hagas. Creo que es un plan brillante, y ciertamente él no se ha dado cuenta.

Clara se fue tan campante y mi estómago se hundió. Con todo lo que estaba pasando en el torbellino que era mi vida nunca me había parado a pensar en cómo se interpretaría mi elección desde fuera. Si aceptaba la oferta de casarme con un anciano es porque prometía un matrimonio honorable con un compañero interesante. No toleraba la idea de que pensaran que esperaba la hora de su muerte. No toleraba la idea de que pensaran que era un viejo ingenuo, inconsciente de mis artimañas.

Martha me hizo una seña desde la otra punta del salón, indicando que era hora de marcharnos. Por muy culpable que esta nueva revelación me hiciera sentir, debía dejarlo para más tarde. Tenía otros problemas más importantes en mi lista de prioridades en estos momentos.

—Qué cena tan agradable —dijo Martha cuando me acerqué a ella—. ¡Y qué casa tan espléndida! Pero estos zapatos me hacen daño. Tengo ganas de llegar a casa y descansar.

—Y yo —convine, aunque sabía que no habría descanso para mí. Le había prometido a Tom que me reuniría con él para otro de sus golpes y después tenía que llevar sin falta la carta de Lonzo a Silas.

Mi noche acababa de empezar.

21

El golpe de aquella noche fue un asunto rápido. Hicimos una visita a un propietario inmobiliario que albergaba planes de aumentar drásticamente los alquileres de uno de los barrios portuarios más humildes de la ciudad. La mayoría de sus inquilinos no podrían pagar las nuevas tarifas y terminarían en la calle. Tom conocía a varios vecinos y algunos de sus hombres incluso vivían allí. Pero, como me había dicho, nuestro cometido iba más allá: «Es lo que debe hacerse».

Me disponía a asentir cuando vi la opulenta casa del propietario, que tenía poco en común con los tugurios cuyos alquileres cobraba tan caros. Actuamos como siempre, sometiendo a los criados y requisando tantos objetos valiosos como pudimos encontrar. Tom dio una brusca voltereta, entre jovial y amenazante, advirtiendo al propietario de que volveríamos si no reconsideraba los alquileres.

—¿Te hará caso? —le pregunté en cuanto nos alejamos de allí. Siempre me preguntaba si sus amenazas surtían realmente efecto.

—Puede. Me ha parecido que se tomaba el mensaje a pecho. Apuesto a que los sube pero no tanto como pensaba. Eso salvará su imagen, le dará un dinerillo extra y con suerte nos mantendrá alejados. ¿Y si no hace nada? —Tom se encogió de hombros—. Ya sacaremos tiempo para hacerle otra visita.

—Es un sistema un poco… errático.

—Pero funciona, ¿o no?

—A veces —dije. Habíamos vuelto al centro de la ciudad y estábamos cerca del Toro Danzarín—. Pero nosotros seleccionamos y elegimos a quiénes «castigamos». Y no hay una coherencia en cómo nos enfrentamos a ellos.

—Enfrentarte a ellos no parece preocuparte mucho.

—No me importa. Sé que todos han hecho algo. Pero el problema de la justicia selectiva es, bueno, que es selectiva. —Pensé

en Osfro y en la violencia contra Lonzo—. Las leyes existen para garantizar que todo el mundo respeta las mismas normas y recibe el mismo trato.

—Sabes tan bien como yo que incluso si cuentas con una serie irrefutable de leyes de obligado cumplimiento —cosa que no se respeta en esta ciudad—, siempre habrá quienes se cuelen por sus rendijas. Nosotros impartimos justicia, querida. A veces tienes que actuar fuera de la ley para conseguirla.

Mi padre siempre había dicho lo mismo para justificar sus actos. Siempre me tranquilizaba pensar que mi trabajo con Tom no llegaba a los extremos de mi padre, pero no cabía duda de que pisaba zonas éticamente grises.

Tom adoptó un aire más melodramático de lo normal cuando no respondí.

—Oh, cuánta agonía me causas. Cuánto sufrimiento. ¡Preferiría mil veces sumirme en papeleos y trámites! Tienes suerte de que mi fe en ti sea inquebrantable. —Me entregó un doblón de oro—. Y, sea inconsistente o no, nuestro sistema está mejor pagado.

Me metí la moneda en el bolsillo, pero dije:

—Esto técnicamente pertenece a alguno de los inquilinos a los que has desplumado.

—Oh, nos aseguraremos de que una parte les revierta. Pero primero, tenemos pendiente otra buena acción.

La urgencia de escribir la carta de Lonzo se cernía sobre mí toda la noche.

—No más golpes por hoy. No puedo quedarme esta noche.

—Es una buena acción, no un golpe.

La mayoría de la banda permaneció en la taberna, pero Tom el Chico nos ayudó a Tom y a mí a cargar unos sacos pesados del almacén subterráneo de la taberna. De allí nos desplazamos a un vecindario pobre al oeste, donde yo había hecho entregas con anterioridad. Las casas eran viejas y destartaladas, la gente estaba flaca y desesperada. Nadie nos hostigó. Los peatones con los que nos cruzamos nos saludaron con la mano y nos dieron la bienvenida a todos.

Llamamos a la puerta de una casa que pertenecía a una tal señora Smith. Solíamos llevarle nuestros regalos directamente a ella para que los distribuyera. Sabía quién necesitaba qué en su

comunidad y lo repartía con justicia. Ni la persona más desesperada se atrevería jamás a robarle nada. Abrió la puerta vestida con un fino camisón y una capellina sobre sus escasos rizos. A pesar de que era tarde, una sonrisa iluminó su arrugado rostro al vernos. Llevaba más tiempo en este barrio que nadie y era una suerte de matriarca. Su menudo cuerpo albergaba un corazón feroz.

—Tom, Tom y *milady* —dijo—. Entrad, entrad. Voy a prepararos un té.

Tom la saludó haciendo una floritura con su capa.

—Me temo que no tenemos tiempo de quedarnos. Solo queremos dejarte unos regalos.

La señora Smith gorjeó de placer cuando vio el contenido de las bolsas: fruta, algo escaso y caro en esta época del año. Los anfitriones de las fiestas a las que me invitaban tenían los medios para pagar sus actuales precios exorbitantes. Justo la noche anterior me habían servido tarta de manzana. Muchos invitados habían apartado sus postres a medio comer, afirmando que estaban llenos. Al pensar en el exceso de la víspera y viendo a la señora Smith en estos momentos dejé de sentirme culpable por haber robado la fruta. Además, se la habíamos requisado a otro grupo de contrabandistas. «Ladrones robando a ladrones».

—Oh, espera a que todos vean esto —dijo la señora Smith—. Que los Seis os bendigan.

Tom disfrutaba de su adoración. Llevaba tiempo sin entregar nada en persona.

—El placer es nuestro. *Lady* Aviel no duerme por las noches si antes no ha cedido parte de mi fortuna.

La señora Smith rio mientras contemplaba cómo Tom el Chico iba pasando los sacos de fruta a un chico adormilado dentro de la casa.

—Eso es bueno para ti y es algo bueno viniendo de ti. Wally, ve a buscar el regalo que tengo para *lady* Aviel.

—¿Cómo? —pregunté viendo al chico marcharse como un rayo.

—Desde que vienes tú aquí estamos comiendo mejor que nunca. Todos sabemos quién está dando un empujoncito a Tom. Quería darte algo a cambio.

—No es necesario. En absoluto.

Estas personas tenían tan poco que no podía ni plantearme

aceptar nada de ellas.

—Shhh —chistó ella. Wally regresó y le tendió un fardo de tela. La señora Smith lo levantó en alto y el fardo se desenrolló en una capa negra punteada de estrellas doradas. Me quedé tan asombrada que no la rechacé cuando me la entregó. El tejido era de lana resistente pero muy básica. La señorita Culpepper habría mirado con desdén su simpleza, pero el hilo de oro tenía la misma calidad que yo veía regularmente en la Corte Reluciente. Tom también se dio cuenta.

—Perfecto para un ángel. ¿De dónde has sacado el hilo?

—Vendí uno de los jarrones de miel que nos trajiste —dijo la señora Smith—. Compré un trozo lo bastante grande para hacer la capa. Pensé que iría a juego con tu pelo.

—Cógelo —me dijo Tom—. La tuya está raída y necesitas mejorar tu imagen de todas formas. Es evidente que la señora Smith se ha esmerado mucho.

—Será un honor llevarla —dije a la señora Smith mientras me quitaba mi vieja capa y la sustituía por la estrellada.

—No hay mucha gente de vuestra banda que nos haya ayudado. Y nunca tan generosamente. —La señora Smith se puso a contar los nombres con los dedos mientras hablaba—. Joanna Steel. Howard Gilly. A veces se acercan por aquí. Pero ya hemos dejado de ver a personas como Joseph Abernathy o John Gray. O al nuevo. Sandler.

—Sandler —corrigió Tom—. Y es bueno saberlo. Mantenme al tanto de quién más viene o deja de venir.

¡Sandler! El nombre que Miller y el conspirador de North Joyce habían mencionado. ¿Podría ser el mismo hombre?

Apenas pude contenerme y en cuanto salimos de la casa comenté, intentando sonar indiferente:

—Nunca había oído hablar de ningún Sandler.

—Es nuevo, como ha dicho. —Tom se quedó pensativo—. Consigue cierta indulgencia gracias a eso, pero necesita aprender el sistema. Los veteranos pueden irse tranquilamente con su parte del botín, pero los recién llegados necesitan demostrar sus buenas intenciones.

—Alguien le asaltará —añadió Tom el Chico—. Solo para dejárselo claro. He oído que guarda su alijo en esa posada fea y vieja de la calle del Agua. No sería muy difícil… hacerle una visita.

—Su voz traslucía una nota de esperanza.

Tom negó con la cabeza.

—Tenemos cosas más importantes que hacer que hostigar a un novato, especialmente cuando es posible que necesitemos contratar algunas manos extra. Lo cual me recuerda… ¿qué haces la noche del Festival de las Flores, *milady*?

Yo seguía dándole vueltas al error de Sandler y me llevó un momento procesar la pregunta.

—Tengo algunos compromisos esa noche. —Lo cierto es que eso era minimizarlo un poco, porque la Corte Reluciente celebraría una gala solo superada por nuestro baile inaugural.

—Bueno, pero lo que yo te digo será tarde, en torno a la hora que sueles aparecer, de hecho.

—¿De qué se trata? —pregunté, mostrándome recelosa ante la necesidad de más manos.

—De dar un golpe, claro. Pero grande. Necesitaré a más personas que mi grupo de costumbre, y no voy a mentirte: el asunto tiene muy poco de noble. No es más que robarle a un mercader que se encontrará en el lugar inoportuno en el momento oportuno. Es un asunto puramente egoísta. Es posible que te ensucies las manos, pero también te garantizo que se llenarán de oro después.

—¿Cuánto de sucias?

—Nada, si está en mi mano evitarlo. Sabes que siempre intento mantener eso a raya. —Al ver que dudaba, preguntó—: Doy por sentado que sigues teniendo deudas, ¿es así? Pues esto se comerá buena parte de ellas.

Mi necesidad de dinero era mucho más acuciante desde que conocía el paradero de Lonzo. Lentamente, después de pensarlo mucho, hice un gesto de consentimiento.

—Excelente. —Tom levantó mi mano y la besó, y me pregunté a qué acababa de dar mi consentimiento—. Búscame la noche antes y ultimaremos los detalles.

Nos separamos y bajé por una calle que me conduciría a casa de Silas. Antes de entrar en la zona más concurrida, encontré un punto tranquilo para ajustarme el vestuario. Cambié mi capa estrellada por la usada. Una peluca pelirroja que llevaba en el bolsillo interior de la capa sustituyó la rubia. Ya no podía moverme libremente como *Lady* Aviel.

Anduve por tres calles más hasta llegar a la sastrería y llamé a la puerta de Silas. No pareció sorprendido al verme.

—¿Aún no te has casado?

—Grant me ha dicho que viniera porque él está con la patrulla.

—Lo sé. —Silas cerró la puerta detrás de mí—. Me ha contado que oísteis por casualidad la conversación de Miller. Ni siquiera estaba al tanto de que siguieras en el caso.

Haciendo caso omiso del tono recriminatorio, me quité la peluca y la máscara y acepté una humilde silla de madera, que me pareció un lujo en comparación con el desván desnudo de Grant.

—¿Tienes una carta para mí? —preguntó Silas con los brazos cruzados.

—Er… en realidad tengo que escribirla ahora, si no es molestia. Pero antes de hacerlo… he descubierto algo más que podría ayudaros. ¿Habéis averiguado quién es Sandler? Grant no conocía el nombre.

Silas negó con la cabeza.

—No, pero preguntaré a algunos contactos por la mañana.

—Bueno, creo que yo lo sé. Es un nuevo pirata. Y esconde su botín en una posada de la calle del Agua. Una que es supuestamente fea y vieja. De allí es de donde saldrán esos suministros por la mañana.

Silas arqueó ambas cejas.

—¿Y cómo es posible que sepas eso?

—Tengo una fuente. Una fuente muy fiable —añadí, viendo que sus ojos se entrecerraban con escepticismo—. Garantizo que la información es precisa. ¿Podéis llegar a tiempo a la posada?

—Quizá. Hay unas cuantas posadas en esa calle. —Silas se sentó a un escritorio y revolvió entre montones de papeles hasta dar con lo que parecía un plano de la ciudad. Tras echarle una ojeada rápida, lo enrolló y lo dejó a un lado—. No es lo que necesito. Allí tienes papel y pluma para escribir tu carta.

Los alcancé y, como no había ninguna superficie despejada para escribir, me senté en el suelo. Silas siguió rebuscando entre sus cosas.

Aunque me intimidaba, y mucho, no pude evitar preguntarle:

—¿Qué se sabe del hombre de North Joyce? ¿Podría ser uno de los mensajeros de la lista que le robamos a Abraham Miller?

—¿Que le robamos? —Silas hizo una pausa en su búsqueda—. ¿Estabas allí?

Me avergoncé bajo su mirada.

—Creí que Grant os lo habría dicho.

—Al parecer hay muchas cosas que no me dice. Ah, esto es. —Extendió otro plano.

Escribí unas líneas de la carta, usando un antiguo código sirminio de mi padre. Silas emitió un gruñido que parecía de satisfacción. Levanté la cabeza.

—¿Habéis encontrado la posada?

—Eso parece. Hay tres en esa calle. Una es nueva. Tengo una corazonada sobre cuál de las otras dos es la «fea». Grant acaba de estar por allí… él lo sabrá. Lo espero de un minuto a otro.

Una suerte de excitación nerviosa revoloteó en mi interior al oír aquello. Cuando terminó su trabajo, Silas se sentó en su silla con el plano, mirándome de vez en cuando. Me moví para verle mejor y reuní el valor de hablar otra vez.

—Señor Garrett, ¿puedo preguntaros algo?

—Claro. —Se levantó y caminó hacia mí—. Pero es posible que no conteste.

Me intimidó que se cerniera sobre mí mientras le hablaba.

—¿Por qué no existe ninguna fuerza policial en Cabo Triunfo?

Silas respondió a mi pregunta, lo cual era prometedor.

—Bueno, estamos nosotros. Y la milicia. Y el ejército.

—La milicia y el ejército son dos grupos independientes con dos sistemas de actuación independientes —puntualicé—. Y además ninguno trabaja de forma sistemática en la ciudad. No es su trabajo principal, y numerosos milicianos aceptan sobornos. En cuanto a vuestra agencia —la agencia McGraw—, no hacéis cumplir las leyes en toda la ciudad. Sé que tenéis cierta autorización del rey, pero solo la usáis para atender vuestros casos. Aquí no existe nada unificado como en Evaria. No hay una patrulla o guardia urbana central.

—Constituir algo así sería decisión del gobernador —dijo pausadamente—. Recuerda que, al principio, Cabo Triunfo no era más que un puñado de cabañas en los bosques. Una guardia urbana organizada no formaba parte realmente de ningún plan maestro, y el ejército era suficiente músculo. Entonces se presentó la milicia. Y

aunque todo sea un poco caótico, así funcionan las cosas por aquí.

—No funcionan así, por lo que he visto. Los piratas están impartiendo justicia.

Silas resopló.

—Pues entonces ve a presentar una propuesta al gobernador Doyle. Eres valiente. Quizá puedas convencerlo para que organice algo.

—Soy sirminia. Y mujer. Es difícil conseguir ninguna credibilidad, y no digamos ya permiso para formar una guardia urbana.

Casi esperaba que Silas estuviera de acuerdo conmigo. Por el contrario, siguió estudiándome, como si esta fuera la primera vez que me veía. Tenía un aire huraño y sensato y, a todas luces, no soportaba a los imbéciles. Me pregunté sinceramente cómo era posible que Grant, que también tenía su parte de testarudez, consintiera trabajar para una figura tan autoritaria. O cualquier figura autoritaria, dado el caso. Tentando mi suerte, dije:

—¿Puedo preguntaros algo más? ¿Sobre Grant?

—Cuanto menos sepas, más fácil será tu vida.

—Por favor, señor Garrett. Solo quiero comprenderle.

De nuevo, una demora. Me preguntaba si Silas estaba intentando desasosegarme o si de verdad necesitaba tanto tiempo para meditar sus respuestas.

—Eres realmente ambiciosa. ¿Cuál es tu pregunta?

—Grant me dijo que cuando vino a Cabo Triunfo de pequeño, cuando lo separaron de los balancos, fue adoptado por una pareja. ¿Fuisteis vos?

—¿Eso también te lo ha contado? —Este dato pareció asombrar más a Silas que enterarse de que yo había ayudado a robar la lista—. Sí. Fui yo. Y mi mujer. Ella falleció un año después de su partida. —Hizo otra pausa, rezagándose en este recuerdo—. Intenté disuadir a Grant de irse con él, con su padre, pero Grant no quería saber nada de mí en ese momento. Se marchó solo, tenía que aprender por su cuenta.

—Pero volvió con vos. Tuvisteis que influirle más de lo que pensabais.

Silas se encogió de hombros.

—No volvió conmigo directamente. Primero se fue con los

balancos. No sé lo que ocurrió allí, pero no permaneció mucho tiempo con ellos. ¿Habría vuelto aquí después de aquello si no hubiese conocido a Aiana? Es difícil saberlo.

Esa relación de amistad siempre había sido un misterio para mí.

—¿Se conocieron a su regreso?

—No. La conoció en las colonias septentrionales, cuando ella huía de su… esposa. —No tuve tanto la sensación de que Silas desaprobara esta unión, como de que necesitaba acostumbrarse a un concepto no aceptado abiertamente en Osfrid y Evaria—. Los balancos la perseguían. No tenía ni idea de qué hacer ni adónde ir. Puede que el padre de Grant fuera un bastardo sin escrúpulos, pero le enseñó a cuidarse de sí mismo. Y cuidó de Aiana. Necesitaba un sitio estable donde esconderla, y Cabo Triunfo era el único que conocía.

—Apuesto a que fue por algo más que la ciudad. Apuesto a que fue por vos.

—No lo sé. Pero no desperdicié esta segunda oportunidad. Estoy seguro de que se habría alejado con la corriente si no lo hubiera amarrado bien. Nadie se acordaba de él, y le ayudé a construir una nueva vida. Lo puse al frente de la tienda, le asigné la responsabilidad de enseñar a Aiana a protegerse. Adoptaba con tanta facilidad sus nuevos roles que no me costó mucho comprender que era bueno en lo mismo que yo y que además podía hacerlo en secreto. Todo el mundo sabe que la agencia es mía, pero no saben quién trabaja para mí. Y, bueno, técnicamente, Grant no lo hace. Solo puedo contratarlo como agente a sueldo, por decirlo de alguna manera. Sir Ronald sí que puede darle un cargo legítimo, y lo hará en cuanto erradiquemos a estos traidores. Agente o no, Grant puede ser invisible ahora mismo, y eso nos resulta muy, muy útil.

—También es útil para él —reflexioné en voz alta—. Puede ser todo el mundo y nadie a la vez. Puede moverse sin restricciones ni compromisos. Como a él le gusta. —Silas volvió a arquear una de sus cejas. Terminé comprendiendo que era señal de que algo le asombraba de verdad—. Salvo que lo amarrasteis bien. Le disteis algo, y aquí está.

—Pero no se quedará. —El adusto semblante de Silas se alteró y, por primera vez en nuestra corta relación, parecía vulnerable.

Un golpe fuerte anunció la llegada de Grant y puso fin a la

conversación. La aspereza de Silas volvió a aflorar cuando abrió la puerta. Grant entró en la casa, más sucio y sudado que la última vez que lo había visto. Me saludó brevemente con la cabeza y se centró en Silas.

—Hemos conducido todo el camino hasta Hamley. Scarborough nos ha hecho rastrear la pista de sacerdotes itinerantes por las tabernas mientras él mantenía una charla muy larga con un mercader de estaño sobre la situación de los herejes en la ciudad.

Silas carraspeó.

—Algo me dice que han estado hablando de algo más que de eso. ¿Has conseguido su nombre? Haremos que Crenshaw se ocupe de esto. Ahora mismo tenemos problemas más acuciantes.

Pusimos a Grant al corriente de lo que sabíamos y pareció más desconfiado que Silas de mi «fuente fiable», pero después de estudiar el plano con Silas, confirmó que existía una vieja posada en la calle del Agua, añadiendo:

—Uy, sí, es fea. Su estado es lamentable. La frecuentan muchos personajes sospechosos. La otra no es tan vieja y su dueño es bastante estricto con la clientela.

Escuché —ignorada por ambos— cómo urdían una estrategia. Silas quería reclutar a algunos soldados para que siguieran a Sandler cuando saliera de la posada con la entrega, y lo arrestaran solo después de averiguar su destino y quién era el contacto de North Joyce.

Silas se puso el sombrero.

—Voy al fuerte ahora mismo. Espérame. Y déjala que termine la carta, se lo ha ganado.

Yo había estado tan absorta en sus planes que había dejado de escribir. En cuanto Silas se hubo marchado, redacté el final de la carta y la doblé en dos. Grant estaba apoyado en la pared, absorto en sus propios pensamientos. Tenía un brillo febril en los ojos, por la emoción de los acontecimientos de la noche, pero su cuerpo parecía extenuado.

—Deberías descansar antes de que pase… lo que tenga que pasar.

Sus negros ojos me miraron.

—No queda mucho, hasta el alba. Entonces aprovecharé un par de horas de sueño antes de abrir la tienda. ¿Ahora mismo? Soy pura

adrenalina. Soy capaz de todo.

Ladeé la cabeza.

—¿Estás seguro? ¿Puedes explicarme qué significa «porque sí»?

—¿Porque sí?

—En el estudio con el piano. Dijiste que yo no hice nada malo aquella noche. Pero cuando te pregunté por qué habías parado, me diste un «porque sí» como única razón.

Grant se enderezó y caminó hasta la otra punta del cuarto, dándome la espalda.

—¿Tenemos que hablar de esto?

—Bueno, no tienes nada más que hacer hasta que vuelva Silas.

—¿Te conformarías si dijera que lo hice porque deseaba evitar esta clase de conversaciones? Sabía que las cosas se complicarían.

—No tendrían por qué. —Mi voz se quebró un poco y me aclaré la garganta para imprimirle dureza—. Se suponía que todo iba a ser sencillo. Creí que teníamos un acuerdo.

Grant mostraba todos los pequeños signos de agitación que ya conocía. Se paseaba de un punto a otro de la habitación y se mesaba el cabello con las manos, pero yo sabía que su frustración no era tanto por mí como por él, y por tener que hablar de cosas personales. Finalmente, se dio la vuelta.

—Sencillo, ¿eh? Vale. Entonces dime por qué querías hacerlo.

Pestañeé, completamente desprevenida.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una sencilla. Y te voy a dar una respuesta sencilla. Yo quería porque tienes un rostro que podría desbancar a la reina de Ruva, y un cuerpo que no puedo dejar de mirar. ¿La noche que nos «conocimos» bajo la lluvia? Vi bastante debajo de tu camisón mojado y quería ver el resto desde hacía mucho tiempo. Esas otras chicas con las que vives parecen muñecas que van a romperse si las tocas, pero tú no.

Se me secó la boca y no tenía ni idea de cómo responder o sentirme. En cierta medida, acababa de halagarme… el físico, por lo menos. ¿Y toda esta situación no giraba en torno a la atracción física supuestamente? ¿Deseo puro y duro?

Me había dado una respuesta sencilla, pero lo había hecho casi sin expresión, sin emoción, incluso cuando había citado la poética referencia a una antigua reina cuya belleza, según decían, había

quebrado la paz de Ruva. Sonaba a algo muy ensayado, como si estuviera leyendo un guion.

—¿No tienes una respuesta sencilla a lo que debería de haber sido un asunto sencillo? —me retó.

El tono sarcástico de su voz me espabiló y me puse a pensar en una lista tan impersonal como la suya.

—No sé adónde quieres llegar, pero sí, para mí es lo mismo, obviamente. ¡Me gusta… deseaba tu cuerpo también! Rosamunde y yo nos dedicamos a evaluar a todos los hombres del barco el primer día, y no tuve que mirar a nadie más. Tú eras más fuerte. Más duro. Tenías la mirada de un luchador y adiviné a la primera que eras algo más que un tendero. Quería tocarte la cara, los brazos, el pecho… y averiguar si eras una especie de guerrero disfrazado. Tienes esa mirada que me perfora, siempre sedienta. Sedienta de romper el mundo y sus secretos en mil pedazos. Y a veces está sedienta de mí, y eso… me hace sentir cosas. Incluso tus cabellos… me gustan porque son como tú. Intentan comportarse, pero al final, la insumisión, ¿o es desafío?, termina aflorando. Y cuando no te afeitas…

Grant levantó una mano.

—Vale, ya he oído suficiente.

Sin darme cuenta, yo había esbozado una sonrisa al hablar de su pelo, pero su mirada afligida borró mis distraídos pensamientos.

—¿Qué? Me has pedido una respuesta sencilla.

—Y no me la has dado. —Se metió las manos en los bolsillos y dejó caer su peso contra la pared—. En serio, Mirabel. Olvídate de… el tropiezo, o lo que sea, que hemos tenido. Céntrate en ayudar con el caso y en conseguir tu dinero. Céntrate en eso por lo que has trabajado con tanto riesgo: en conseguir un esposo. —Esta última palabra salió como una losa, como dejando un sabor amargo en su boca.

—Ese no es el motivo por el que he venido —dije tras unos momentos de reflexión.

Una pequeña arruga crispó su frente.

—¿Ah no? Me cuesta creer que hayas cruzado un océano para ayudarnos a encontrar a unos traidores.

—No. He venido por mi hermano. —Señalé la carta y apenas pude cree que le estuviera contando lo que jamás había contado a

nadie—. Lonzo Borges es Lonzo Viana. Se metió en, bueno, en algunos líos y tuvo que usar otro nombre. Vino hace dos años como siervo. Perdimos el contacto poco después de su llegada… hasta que tú lo has encontrado.

Pude ver como Grant procesaba mi relato. Raras veces se enteraba de algo que no hubiera visto venir antes.

—Por eso quieres la recompensa. Me preguntaba si… estabas intentando pagar tu cuota. ¿Has hecho todo esto… por él?

—Habría hecho más. Por más que quisiera pagar mi cuota, su fianza es lo primero. ¿Y si eso significa encontrar a un esposo rico? Pues habrá merecido la pena si con ello logro mantenerlo a salvo. ¿Por qué me miras como si estuviera loca?

—No lo hago. Te miro con admiración. Cuando creo que sé lo valiente que eres, vuelves a deslumbrarme.

—No me siento valiente. Solo le quiero, eso es todo. Él también se ha sacrificado por mí. —Crucé las manos y miré al suelo—. Rompió con nuestro padre por mi culpa.

—¿Rompió?

—Nuestro padre nos formó para que ambos tomásemos parte en su cruzada, pero nuestros roles era muy distintos. Yo era la cara bonita que servía para distraer, mucho más que ahora. Yo quería participar en aventuras arriesgadas, como hacían los hombres, pero tenía fe en mi padre. Pensaba que él sabía qué era lo mejor. La causa era realmente justa, y yo había nacido para ella. —Aspiré hondo y casi no pude seguir—. Me animaba a ser amable con los hombres cuando convenía a sus necesidades. Muy amable. Yo los distraía mientras mi padre acometía sus hazañas secretas. A veces les sonsacaba información. Normalmente, bastaba con un beso o una pequeña caricia. Sentarme en el regazo de alguno. Al principio no me gustaba, pero al cabo de un tiempo… bueno, simplemente no le di más vueltas. Se convirtió en una rutina, sin más. Me resultaba indiferente.

Levanté la vista. El rostro de Grant no revelaba nada, pero pude ver que estaba pendiente de cada una de mis palabras. Tuve que desviar la mirada de nuevo para poder contar la segunda parte de la historia.

—Un día conoció a un informante que podía chivarle todos los planes sobre un ataque masivo contra algunos alanzanos. El hombre

estaba dispuesto a hablar, pero me quería a mí como parte del soborno. Dijo que revelaría todo lo que sabía a la facción de mi padre a cambio de pasar una noche conmigo. Y mi padre estaba dispuesto a cerrar el trato.

Grant se enderezó desde su posición de descanso, con incredulidad.

—¿Cómo puede un padre obligar a su hija a hacer algo así?

Me encogí de hombros.

—Combatir la injusticia era la obra de su vida. Y no me obligó a hacerlo, exactamente. Pero me presionó. Me dijo que era un pequeño sacrificio comparado con el sufrimiento de los alanzanos. Que terminaría rápido y no se diferenciaba mucho de lo que ya había hecho. Salvo que… esta vez, no me resultaba indiferente. Estaba asustada, pero también me sentía culpable. No quería decepcionarle o traicionar la causa. Y casi cedo…

—Casi. —Grant se aferró a esta palabra.

—Lonzo lo descubrió. Siempre había seguido el camino de nuestro padre sin cuestionarlo. Pero esto le destrozó. Nos destrozó a todos. Mi padre me llamó cobarde. Lonzo acusó a mi padre de venderme como una mercancía. Discutimos toda la noche. Grité. Lloré. Y, por la mañana, Lonzo y yo nos marchamos. El camino de nuestro padre ya no podía ser el nuestro. Mi padre se fue a Belsia y murió poco después.

—Mirabel… Ojalá me lo hubieras contado antes.

Finalmente lo miré a los ojos y noté una sonrisa amarga en mis labios.

—¿Por qué? ¿Porque siempre somos del todo abiertos con nuestros sentimientos y secretos, Grant? Ni siquiera estoy segura de por qué te lo cuento ahora. Supongo que para explicar qué hago aquí y por qué necesito liberar a Lonzo de su deuda. Aunque supongo que yo misma me he convertido en una sierva por mis deudas con la Corte Reluciente.

—No. Has sido fiel a tu familia. Tienes una familia. Has mejorado tu educación. Has pasado a formar parte de la alta sociedad. —No me miraba, pero tenía la misma dolorosa expresión de cuando le había hablado de mi padre—. Los balancos te adorarán por aumentar tu estatus.

—¿Estás hablando de… prestigio?

—Es más complejo. El estatus define tu lugar en la sociedad. Tu valor. —Cruzó la estancia, deteniéndose a unos pasos de mí—. ¿Sabes cuál es mi nombre balanco? No el que me puso Aiana, sino mi nombre de nacimiento. Agamichi. Significa «sin una sombra».

—Sin una sombra —repetí. Era irónico, porque a los agentes de McGraw los llamaban «hombres en la sombra», pero no dije nada.

—Solo una letra lo separa de *akamichi*, que significa «sin estatus». La similitud es intencionada. Mi tío me puso ese nombre y pensó que estaba siendo ingenioso. Entre los balancos, todo el orden social, todas las relaciones… se construyen en torno al estatus. No tenerlo es lo peor que le puede pasar a alguien. Y un bastardo mestizo tiene muy poco.

—Pero no estamos entre balancos. —Una ola de emoción me embargó, como la que había sentido al descubrir su cicatriz. Contuve el impulso de abrazarlo.

—No importa. A todos los efectos sigo siendo un fantasma. Sin gente, sin hogar, sin grandes hazañas. Pero lo he aceptado —añadió—. Si no tengo nada, entonces tampoco tengo nada que perder.

—Pero tienes mucho —repuse. La compasión seguía consumiéndome, pero no pude evitar la sorpresa—. Sí que tienes un hogar. Sí que tienes a gente. Silas y Aiana te quieren, y tú los quieres, lo he visto. Crear una familia así es una gran hazaña. Lo mismo que el trabajo que haces. ¡Mira tu empeño por terminar con los conspiradores! A mí me parece que eres rico en estatus.

—Porque no entiendes lo que es el estatus —dijo con voz hastiada.

Me acerqué y le cogí las manos.

—Comprendo que no veas lo que tienes delante. Y no has «aceptado» ser un fantasma. ¡Lo has elegido! Vagar de un sitio a otro sin apegos no te libera. Te atrapa. Necesitas encontrar tu propia estrella del caminante y ponerte un objetivo en la vida, un objetivo con significado.

Grant trataba de templar su genio.

—Lo intento, Mirabel. Hay cosas por las que estoy luchando, lo creas o no.

—Lo creo. Pero también creo que estás despreciando lo que ya tienes. Y quizá lo estés despreciando a propósito. ¿Es ese el objetivo de tu vida? ¿Ser infeliz? ¿Por eso me echaste de tu casa? ¿Porque

una parte de ti no pensaba realmente que merecieras una noche con aquello que deseabas?

Mi ira había aflorado de nuevo. Como lo suya. Un día más, otra pelea más con Grant.

—Quería algo sencillo. —Me soltó las manos y se alejó—. Y en cambio te encontré a ti.

Lo miré. Algo en mi interior se rompió en mil pedazos. Furiosas lágrimas brotaron en mis ojos. Fui decidida a la puerta, que casi me golpea cuando Silas la abrió en ese preciso momento.

—Calhoun y los demás van de camino a… —Se calló al verme—. No esperaba que siguieras aquí.

—Ya me iba. —Recogí mis cosas y señalé la carta—. Por favor, aseguraos de que llega a manos de vuestro agente. Significa mucho para mí.

22

El Festival de las Flores era un nombre común para un acontecimiento extraordinario. En Osfrid era una celebración gigantesca y decadente que marcaba la llegada de la primavera. Cuando este festejo fue importado por primera vez a Adoria, las festividades no habían sido tan extravagantes, pero con el paso del tiempo el Nuevo Mundo empezaba a situarse a la altura del Viejo. Este año, Cabo Triunfo celebraba una de las tradiciones más populares en Osfro: los bailes de máscaras. A la señorita Culpepper no la había entusiasmado el inesperado acontecimiento, pero la mayoría de las chicas de la casa estaban encantadas. Yo no.

Estaba harta de máscaras.

La mía era preciosa, por supuesto. Todo lo que vestía en la Corte Reluciente era precioso. Se trataba de un antifaz que cubría la parte superior del rostro, muy parecido al que llevaba en mis incursiones nocturnas. Pero este era de seda rojo oscuro que centelleaba con cristalitos de cuarzo rojo. Era difícil que pasara desapercibido, aunque Tom habría aprobado tanta ostentación simplemente para justificar su postura de que la «imagen lo es todo».

También me sentía cansada, punto. Estaba haciendo de la noche día y a veces me preguntaba cuánto me quedaba aún. Normalmente conseguía volver a Las Glicinias unas cuatro horas antes de la llamada para despertarnos. La adrenalina me daba energía durante esas horas de la madrugada, pero de día iba arrastrándome por las esquinas. Solía vencerme el sueño en los carruajes cuando viajábamos. La señorita Culpepper empezó a insistir en que me pusiera crema de cara por la noche para disimular las ojeras. Y si me sobraba algo de energía de las reuniones sociales, la canalizaba en la búsqueda de información. Evitaba bailar en la medida de lo posible. Incluso si deseaba perseguir agresivamente a algún hombre en una de las reuniones, mi agotamiento ponía una seria nota de

tristeza a mi carisma y mis habilidades conversacionales. Mis pretendientes desaparecieron; todos excepto uno.

—¿Estáis dispuesta a hacerlo oficial?

Supuse que Cornelius me encontraría en la gala de la Fiesta de las Flores, pero no tan pronto. Acepté su mano para bailar un vals y puse una sonrisa insulsa.

—Lo haré… pero no antes de que termine la temporada.

Detrás de su antifaz de terciopelo azul, Cornelius pestañeó sorprendido.

—Si vais a hacerlo, ¿por qué no cuanto antes?

—No quiero que mi decisión perjudique a vuestro padre, o a mí. Sabéis que lo aprecio mucho y…

—¡Eso es maravilloso! Él también os aprecia —interrumpió Cornelius—. Al igual que Lavinia. Todos os apreciamos. ¿La veis allí?

Desde una mesa con refrescos en el otro extremo del salón, Lavinia nos saludó emocionada. Había reducido su vestido esta noche, una creación de terciopelo lila que casi parecía de buen gusto. Sus cabellos naturales, por el contrario, estaban cubiertos por una sobresaliente peluca blanca adornada con una diadema dorada cuajada de piedras preciosas. Esta clase de accesorio no era infrecuente, pero por la forma con que el suyo recogía la luz, me pregunté si sería de verdad y no un disfraz.

—Está preciosa, como siempre —dije automáticamente—. Pero como estaba diciéndoos, he oído chismorreos que aseguran que mi único interés en vuestro padre es su dinero, y detesto que los demás crean que le tengo en tan poca estima o que es tan inocente como para que lo engañen.

Cornelius se estremeció.

—Por supuesto que no.

—Si esperamos hasta el final de la temporada, cuando no tenga otras propuestas, podremos hacer que parezca que vuestro padre ha sido lo bastante bondadoso como para apiadarse de una pobre chica sirminia que no recibía ninguna oferta. Sabed que he estado disuadiendo a otros pretendientes.

Esto apaciguó a Cornelius un poco, y convino conmigo en que esperásemos, principalmente porque no tenía elección. Mi explicación no era del todo mentira, pero yo seguía aferrándome a

la poco probable esperanza de poder comprar mi libertad. La demora ayudaría.

Adelaide deslumbró a todos los presentes en el baile, y la adoración que Warren sentía por ella era evidente para todos. Logré intercambiar unas palabras con él, deseosa de enterarme finalmente de si le habían robado los suministros para su nueva colonia.

—¿Pensáis dirigir alguna patrulla en busca de herejes esta misma noche, señor Doyle?

—No. No hay duda de que se estarán celebrando todo tipo de rituales oscuros, pero todos necesitábamos una noche libre. Pensé que los chicos se merecían la oportunidad de celebrar sus propias festividades también.

Intenté imaginar a Grant de fiesta con una máscara brillante y estuve a punto de sonreír, pero entonces recordé nuestra última conversación.

—Y estoy segura de que estáis ocupado con las preparaciones de vuestro viaje a Hadisen. Es dentro de una semana, ¿verdad? ¿Tenéis todos los artículos necesarios?

Sus ojos seguían a Adelaide, que daba vueltas con otra pareja.

—Casi. Disculpadme, señorita Viana.

Había avisado a Aiana de que me escabulliría del baile un poco antes. El caos de estas reuniones facilitaba mis escapadas. A Aiana le tocaba el trabajo difícil porque, en tanto que carabina, se suponía que debía hacer el recuento de chicas y asegurarse de que estábamos todas antes de volver a casa. Me había regañado por ir a ver tanto a Grant, y deseé que no fuera a decirle nada, porque no se hacía idea de que en realidad iba a ver a Tom.

Después de cambiar el glamuroso vestido rojo por la capa estrellada de *lady* Aviel y el antifaz negro correspondiente, acudí a la dirección donde Tom me había citado. Normalmente nos reuníamos en la taberna del Toro Danzarín o en algún otro del puñado de garitos que frecuentaba. Esta noche las indicaciones eran reunirse en un tranquilo cruce al sur de los límites de la ciudad.

Lo encontré allí, junto con otros diez hombres. Toda la banda habitual de Tom, salvo Jenks, estaba presente. Al parecer, al resto los habían contratado puntualmente para esta noche. Había una mujer, que enseguida reconocí como Joanna Steel, una de las escasas mujeres piratas conocidas. No trabajaba para Tom y era una

aliada reclutada para la noche. Llevaba un pañuelo rojo brillante anudado sobre sus cabellos gris acero y pestañeó al verme. Según los rumores, había estado casada con cinco infames capitanes piratas y los había asesinado a todos.

—Vamos a asaltar un barco, el *Reina Grace* —nos informó Tom—. Tiene pocos guardias esta noche debido al festival, pero el cargamento es grande. Por eso necesitamos tantas manos. Tenemos que descargarlo rápidamente y salir de allí. La tripulación no debería suponer un problema. Los pocos que quedan a bordo seguramente estén molestos por tener que trabajar en noche festiva, y no me sorprendería que le estuvieran dando a la botella de ron. Los acorralamos, cargamos nuestras barcas y con suerte aún nos quedará tiempo para asistir a las festividades. ¿Alguna pregunta?

—¿Deberíamos aguardar a que espese la bruma? —preguntó Anders, el colega skarsiano de Tom y cuyo puñal yo había heredado.

Tom oteó el mar. El cielo estaba mayormente despejado, pero la neblina empezaba a flotar sobre la bahía.

—No, para cuando lleguemos allí estará justo donde queremos que esté.

Lejos del cruce, en un recodo escondido de la costa, encontramos cinco esquifes esperando en una cala aislada. Nos distribuimos entre ellos y remamos hacia el puerto principal de Cabo Triunfo, donde atracaban todos los barcos comerciales. Tom dirigió las barcas mar adentro para evitar que nos detectaran cerca de la costa y luego poder acercarnos ocultos detrás de las galeras grandes.

—Esta niebla es una bendición —me dijo Tom mientras navegábamos—. Nos pondrá las cosas más fáciles de lo que son. Algunos dirían que ha sido obra de los ángeles, así que no tienes por qué tener uno de tus dilemas de costumbre.

—Sabes que no me gusta herir a nadie si no tenemos por qué, especialmente a unos marineros desafortunados que solo hacen su trabajo.

—Entonces esperemos que estén lo bastante borrachos para ser dóciles pero no demasiado como para intentar nada estúpido. Si te sirve de algo, yo tampoco quiero que haya disparos esta noche. El sonido de las balas se transmite por el agua, y cuanto menos

llamemos la atención, mejor. —Supervisó las barcas con el ceño ligeramente fruncido—. Somos unos cuantos menos de lo que me habría gustado. Uno de mis hombres lleva tiempo sin venir. Los primos de Anders iban a ayudarnos, pero andan metidos en algún lío legal, por lo que he oído. Así estamos. Si la suerte nos acompaña, este grupo es todo lo que necesitamos.

Tom tenía razón, la bruma había espesado. Cuando llegamos a puerto, resultaba difícil distinguir los barcos. Tom tuvo que consultarlo con Elijah y otro hombre antes de determinar cuál era el *Reina Grace*. Una vez identificado, los esquifes atracaron a su sombra y nadie pronunció palabra. Toda la comunicación se hizo con señales de manos. Tom el Chico escaló el costado del barco con asombrosa destreza y desapareció por la barandilla. Poco después, alguien lanzó una escala de cuerda y todos subimos, salvo dos, que permanecieron con las barcas.

Yo fui uno de los últimos en subir y mis camaradas ya habían tropezado con algunos tripulantes. Mientras saltaba la barandilla de la cubierta vi como Elijah desarmaba a un marinero mientras Joanna apuntaba a otros dos con una pistola.

—Barre el barco —ordenó Tom—. No dejes que ninguno se haga con una pistola.

Algunos marineros en la bodega no sabían lo que estaba ocurriendo. Fui con Elijah y Anders, y los tres tomamos a un grupo por sorpresa. Un marinero sacó un cuchillo y parecía dispuesto a atacarnos, pero tras mirar dos veces nuestras espadas y pistolas, entregó su arma.

Cuando todos los marineros del barco estuvieron bajo control, Tom los encerró en el camarote del capitán. Luego empezamos la ardua tarea de sacar las cajas de las bodegas de carga.

—Espero que estas estén llenas de oro —se quejó uno de los hombres—, porque no veas lo que pesan.

Cada esquife tenía capacidad para un par de cajas y Tom los despachaba en cuanto se llenaban. Me encontré compartiendo barca con Joanna y Tom el Chico. Él remaba, y ella me sonrió.

—Trabajo fácil, ¿eh?

—Asombrosamente, sí —reconocí—. Tom me dijo que lo sería, pero la verdad es que no le había creído.

—No deberías —dijo—. No confíes en ningún hombre que sonría

demasiado o te haga muchos cumplidos. He oído que eres buena… pero también un poco tiquismiquis.

—Tiquismiquis, no. Es que no me gusta lastimar a gente inocente o aprovecharme de ella.

—Entonces te equivocas de profesión, angelito. Pero si alguna vez te cansas de Tom, ven a trabajar conmigo. —Dio un puntapié a uno de los baúles—. Veamos qué llevan dentro, ¿os parece?

—No creo que debamos hacerlo —dijo Tom el Chico con inquietud.

Joanna no le hizo caso y desenvainó un pesado machete que llevaba en el cinto. Rompió el sello de la caja y abrió la tapa. Ni siquiera Tom el Chico pudo reprimir su curiosidad y se inclinó con nosotras para mirar.

—¿Cubertería? —preguntó Joanna con indignación—. Pues menos mal que no hemos arriesgado el pescuezo esta noche. No nos habría hecho ninguna gracia recibir un tiro por un puñado de tenedores.

No solo había tenedores, la caja también contenía cucharas, bandejas y tazas.

—¿Valen algo? —pregunté.

—Casi todo es de peltre y cuerno. Los cuchillos son de hierro, pero todo está hecho con sencillez. Tom suele apostar por la plata de verdad. —Contempló pensativa las otras barcas—. Ya te digo, entre todas las cajas habrá bastante, y supongo que si puede venderlo todo, sacará una buena tajada, pero yo no lo habría hecho. Robar menos cosas, pero más valiosas, es lo que sale a cuenta.

Cuando regresamos a la cala el grupo se dividió. Tom había mandado esconder carros y caballos y dio instrucciones a la mitad de los hombres de trasladar las cajas a uno de sus almacenes. Los demás cabalgamos de regreso a Cabo Triunfo para cobrar nuestra paga.

—Nada de Toro Danzarín esta noche —dijo Elijah alegremente—. Allí no tienen el dinero suficiente para cubrir el golpe de esta noche. Vamos a Molly's. Ella lleva un registro de las ganancias de Tom.

—Estoy segura de que no le importa —dijo Joanna—. Y además todo el mundo puede apostar el dinero en su garito.

Molly's era una casa corriente por fuera, pero un antro de juego por

dentro. Era más lúgubre y tosca que la taberna en la que había estado con Grant. Nada más entrar, cuatro hombres corpulentos nos registraron y confiscaron nuestras armas.

—Molly no se fía de nadie, ni siquiera de los amigos —dijo Tom—. Mueve demasiado dinero como para arriesgarse. Aquí no recibiremos ningún trato especial, así que no os paséis de la raya.

El olor a sudor y humo que había terminado asociando a estos antros llenaba el aire, lo mismo que el calor de tantas personas encerradas en un reducido espacio. Pero, a diferencia de otras tabernas, esta tenía una finalidad muy clara. Algunos parroquianos jugaban a los dados y a otros juegos, pero el póquer era la atracción principal, y las mesas atestadas con un amplio repertorio de estratos sociales y vocaciones se distribuían por la sala. Había personajes de la calaña de Tom, pero también aspirantes a pirata, mercaderes, jornaleros y toda clase de ciudadanos con deseos de llenarse los bolsillos. Muchos de ellos llevaban máscaras de festival y hacían brindis mientras jugaban. Otros permanecían más serios que un funeral. Algunos nos miraron con interés, pero no tanto como despertábamos en otros establecimientos.

Una mujer, mayor que yo pero más joven que Joanna, se acercó a grandes zancadas. Llevaba un vestido de satén azul brillante y no parecía nada impresionada por nuestra presencia, o la de nadie realmente. Yo estaba segura de que su fortaleza y confianza se debían en parte a los secuaces que llevaba a ambos lados, pero también sospechaba que ella, como la señora Smith, poseía una fuerza interior que imponía respeto.

—Conozco esa mirada, Tom —dijo—. Debe de haber sido una buena noche y necesitas pagar. Vamos a hacer esas cuentas.

—Sigo sin ver claro qué podemos sacar de esto —dijo Joanna cuando Tom se hubo marchado—. Pero tú pareces contenta, a juzgar por tu sonrisa.

—Uy, sí —respondí—. Es que me pone contenta conocer a otra mujer fuerte en esta ciudad. Cada vez encuentro a más.

Joanna rio.

—No somos muchas, pero estamos ahí fuera. Tenemos que seguir presionando. ¿Estás segura de que no quieres trabajar para mí?

Cuando Tom regresó, llevaba un saco pesado y se puso a repartir

oro. Nos pagó diez doblones a cada uno y reservó el resto para los que habían ido al piso franco. Tener tanto dinero me dejó momentáneamente anonadada, pero entonces me sacudieron los viejos instintos de Osfro. Mostrar opulencia en ciertos barrios era como pedir a gritos que te robaran, así que oculté rápidamente los doblones en un bolsillo interior de la capa.

Algunos hombres del grupo quisieron quedarse y probar suerte, pero el resto nos dirigimos hacia la puerta. De pronto, Anders se detuvo y miró al otro lado de la sala. La incredulidad y después la ira se plasmaron en su rostro.

—¡Mirad quién está ahí! ¡Son esos bastardos que creen que pueden acusar de hereje a cualquiera y darle una paliza!

Me volví en la dirección que indicaba y de inmediato localicé la mesa del fondo que había atraído su interés. Diez hombres estaban sentados a ella, absortos en el juego de cartas. Reconocí a unos cuantos. Durante una fiesta reciente, había visto por el rabillo del ojo a varios miembros de la patrulla contra herejes dirigirse con discreción a la puerta trasera de la cocina para informar a Warren. Los presentes eran «ciudadanos medios» de la patrulla; lo más probable es que sus miembros de élite solo jugaran a las cartas en la hacienda de los Chambers.

Y, por supuesto, conocía de sobra a uno de los jugadores: Grant.

Tom apoyó una mano en el hombro de Anders.

—Déjalos. Tienen autorización del gobernador.

—¿Y crees que eso me importa? —Anders se encogió de hombros, sin hacerle caso—. ¡Son los que detuvieron a mis primos la semana pasada! Le rompieron las costillas a uno y le partieron algunos dientes al otro. Y no creas que la cosa quedó ahí.

—Anders…

Pero Anders ya iba directo hacia ellos hecho una furia, abriéndose paso en la sala y apartando a empellones a cualquiera que le bloqueara.

—Maldita sea —dijo Tom, apresurándose detrás de Anders. Elijah, Tom el Chico y yo empezamos a seguirle también. Joanna me cogió del brazo.

—No lo hagas. Se va a armar un buen lío. Quédate conmigo mientras puedas.

—No puedo. —La dejé y alcancé a los demás.

Nadie en la mesa había visto aún a Anders acercándose. Grant parecía especialmente centrado en su partida, lo cual me hizo pensar que estaba aquí para jugar realmente y no para recabar información.

Anders arremetió contra uno de los miembros de la patrulla, lo agarró de la camisa y le asestó un puñetazo tan fuerte que salió volando hasta otra mesa, esparciendo monedas y cartas. Se hizo el silencio en la sala y el resto de miembros de la patrulla —incluido Grant— se pusieron en pie de un salto. Me reconoció en un instante. Nos miramos de hito en hito y, fue tal su sorpresa que no pudo disimularla.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó otro hombre de la patrulla.

—¡Lo mismo que les hicisteis a mis primos en la zona este! —rugió Anders.

El hombre ladeó la cabeza.

—¿Qué, te refieres a esos delincuentes skarsi…?

Anders le asestó un puñetazo también a este, y un tercer patrullero arremetió contra él. Elijah bloqueó el ataque y lo agarró del pescuezo.

La cosa no llegó a más porque de pronto nos vimos todos rodeados por los fornidos escoltas de Molly.

—¡Largo! —chilló la mujer—. ¡Todos! ¡No quiero nada de esto en mi local!

Sus hombres llevaron en manada a mi grupo y a los cazadores de herejes hasta la puerta, empleando más fuerza con algunos de los nuestros —como Anders— que con otros. Los escoltas nos devolvieron las armas y nos pusieron a todos de patitas en la calle.

Anders no perdió tiempo y empuñó su pistola contra el hombre que había hablado con él.

—¡Veamos cómo te las apañas contra hombres que sí pueden defenderse!

Creí que Tom lo detendría. No tenía escrúpulos a la hora de emplear la violencia cuando daba uno de sus golpes, pero por lo general solo participaba en altercados menores dentro de los límites de la ciudad. Aparentemente, este era una excepción. Todo sucedió tan rápido que apenas pude seguir el hilo. Joanna y otra de las manos contratadas esa noche se habían marchado hacía un buen

rato. Aquello dejaba a seis de los nuestros contra cinco de la patrulla. A lo sumo, ellos irían armados con cuchillos. Al fin y al cabo, solo habían venido a jugar a las cartas. Los piratas, que acababan de dar un golpe, tenían pistolas y espadas.

A continuación estalló el caos. Los piratas arremetieron contra los cazadores de herejes, y Anders disparó inmediatamente a alguien en la pierna. Mientras amartillaba el arma, otro cazador le atacó y, a su vez, dos piratas lo atacaron a él. Yo observaba el espectáculo como un pasmarote, sin saber qué hacer hasta que alguien chocó contra mí y me tiró por tierra.

Grant.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí en voz baja. Me tenía inmovilizada en la sucia calle, como atacándome, mientras el combate rugía a nuestras espaldas.

—¿Qué estás haciendo tú? —preguntó incrédulo—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

—¿A mí? ¡No! Eres tú el que está en inferioridad numérica. —Me miró con intensidad, nada satisfecho con la respuesta—. No te preocupes por mí. Confía en mí.

Vaciló un poco más.

—Pues entonces cúbreme. No pueden descubrirme. ¿Lo has entendido? Veas lo que veas, no intentes ayudarme…

—¡Suéltala!

Elijah y Tom el Chico venían en mi rescate. Me sacudieron a Grant de encima y lo perdí de vista en las sombras. Luego me puse en pie y cuando me disponía a sacar el puñal otro patrullero intentó agarrarme. No llegó muy lejos. Dos puñetazos en la mandíbula lo hicieron tambalearse y acto seguido sonó otro disparo. Mi adversario gritó, llevándose una mano al lado izquierdo de la cabeza. Al parecer, la bala solo le había rozado la oreja, pero aun así era una sangría. Tom se acercó, enfundando su pistola en el cinto mientras golpeaba al hombre en las costillas.

Busqué desesperadamente a Grant pero no pude encontrarlo. La iluminación era muy pobre y el nivel de ruido se había incrementado. Además de los gruñidos y los gritos de los combatientes, la mitad de la clientela de Molly's había salido a observar el espectáculo, contribuyendo con sus jaleos. Un par de cazadores de herejes seguían peleando activamente. Otros dos

habían sido derrotados por completo y los piratas se ensañaban con ellos. No supe distinguir quién era quién.

Una voz entre la multitud gritó:

—¡La milicia! ¡Que viene la milicia!

Tom levantó la vista e hizo una mueca.

—¡Salid de aquí! —gritó—. ¡Ya sabéis dónde!

Entre la bulla y las ansias de pelea, no creí que ninguno de sus hombres obedeciera la orden. Sin embargo, todos interrumpieron lo que estaban haciendo y acudieron a su lado, desatando con presteza los caballos. Yo seguía de pie buscando a Grant, pero el caos se apoderaba de la calle por momentos.

—Ve yéndote —dijo Tom, acercándose a mí—. Necesitamos…

Uno de los patrulleros, que aparentemente no estaba fuera de combate, había conseguido hacerse con un revólver y apuntaba a Tom. Sin pensarlo siquiera, me planté de un salto ante Tom apuntando con mi puñal. El hombre intentó virar bruscamente pero dio un traspié y se clavó la hoja, que le perforó el abdomen por un costado, desplomándose en el acto. Extraje el puñal de su cuerpo y me quedé mirando la sangre, estupefacta.

—¡Vamos, Aviel!

Tom me arrastró junto a los otros, y él y Elijah me subieron bruscamente a lomos de un caballo. Miré hacia atrás con desesperación, pues necesitaba saber qué le había ocurrido a Grant. Estaba en un tris de volver atrás cuando Tom arreó mi yegua y el animal salió disparado detrás de sus compañeros.

Cabalgamos hasta una casa de campo en un barrio tranquilo y de clase media donde a todas luces habían concluido los festejos de la noche. La casa pertenecía a un socio comercial ausente esa noche, pero Tom tenía la llave. Abarrotamos el salón, sucios y ensangrentados, y Tom se puso a dar órdenes.

—Que todo el mundo conserve la calma lo que queda de noche. Elijah, vas mañana a la taberna del Toro a conseguir fondos para los sobornos que vamos a tener que pagar a la milicia durante estos días. Tom el Chico, tú avisas a los hombres que han ido al almacén. Les dices que se les pagará por esta noche, pero que la cosa se va a demorar un poco. Y Anders… —Tom clavó una mirada feroz al skarsiano—. En cuanto a ti, mañana vas a llevarle tu tajada a Molly y se la das como «disculpa» por las molestias.

Anders hizo una mueca de dolor, pero no supe con seguridad si era por el castigo o porque tenía un ojo hinchado.

—Jefe, lo siento. Cuando los he visto, es que…

—Sí, sí, lo sé. —Tom se hundió en un mullido sofá. Nunca lo había visto tan exhausto—. Pero la has armado bien gorda esta noche. No podemos permitirnos tener a Molly en contra. Y, para bien o para mal, esos hombres están actuando bajo las órdenes oficiales del gobernador. La milicia no puede omitir ese hecho. Tendrán que venir a por nosotros, y eso va a ser un inconveniente hasta que lo tengamos todo arreglado. —Miró a Elijah—. Será mejor que dupliques el soborno que solemos pagar.

—Bueno, yo no puedo quedarme aquí escondida —interrumpí—. Tengo que irme. Ahora.

Tom suspiró.

—*Milady*, sé que te angustia la violencia gratuita. Sé que no te gusta poner en peligro a los inocentes, pero esos hombres no eran inocentes. Son más monstruosos que nosotros. Al menos nosotros solo estamos en esto por los beneficios.

—No estoy angustiada —repuse—. Simplemente tengo que irme.

Salí del salón y Tom me siguió hasta la entrada.

—Espera.

—¿Vas a impedírmelo? —Saqué el puñal. Cada segundo que me demoraba era un segundo que Grant podría estar desangrándose en cualquier esquina—. No voy a permitir…

Me callé cuando vi la hoja de mi puñal manchada de sangre. A pesar de todos mis gloriosos sueños de espadachina y las clases que Tom me daba antes y después de los robos, nunca había apuñalado a nadie.

—¿Has matado a alguien alguna vez? —preguntó Tom en voz baja, adivinando mis pensamientos.

Yo no podía dejar de mirar la hoja del puñal.

—No. Pero… lo he deseado.

—Bien, pues no has matado a nadie esta noche. La herida se pondrá fea y le dolerá, pero no ha acertado el lugar preciso para matarle. Siempre que no se le infecte, claro.

—Pero ¿y qué me dices de los demás? ¡Los nuestros seguían pegándoles cuando ya estaban en el suelo!

—Pues te digo que se lo merecían… no importa que Anders haya

sido un necio por empezar esta locura.

—Pero ¿ha muerto alguno?

—No lo sé. Tenía unas cuantas cosas más en las que fijarme.

¿Habrían pateado y golpeado a Grant mientras estaba inconsciente? Se me revolvió el estómago y giré el pomo de la puerta.

—Me voy ahora, Tom.

Puso su mano encima de la mía.

—Eres amiga de los alanzanos. Pensé que lo ocurrido te alegraría tanto como a Anders. —Ladeó la cabeza y me estudió—. ¿Los conocías?

—No, pero es lo que has dicho antes. No me gusta la violencia gratuita. Por favor, déjame marchar.

Siempre había tratado de mantener una fachada serena cuando estaba con Tom, pero empezaba a sucumbir al pánico. ¿Existía alguna posibilidad de vencerle si debía enfrentarme a él? No lo creía. Sobre todo cuando el resto de los hombres se encontraban en la habitación contigua.

Tom se metió la mano en el bolsillo y me entregó otra de sus monedas de los favores.

—Por salvarme. No hay mucha gente que haya conseguido dos.

Dudé mientras miraba el puñal rojo de sangre. Luego lo envainé y me guardé la moneda.

—¿Puedo irme?

—Dale la vuelta a la capa. Recógete el cabello. No sé si te tienen en el punto de mira, pero es mejor si no te reconocen. Solo has causado daño al final, y has mostrado muy buenas intenciones. —Tom debía de haberse recuperado de su consternación inicial, porque me dedicó una de sus encantadoras sonrisas—. Ser un ángel puede darte réditos.

No tuve tiempo de contestar, porque me había precipitado escaleras abajo con el corazón en un puño. En cuanto estuve fuera de su vista, me puse el manto del revés y me arranqué la peluca, embutiéndola debajo de la blusa. Había tantas personas con máscaras esta noche que no me costaría mezclarme con ellas con mi cabellera natural.

Fui corriendo todo el camino de vuelta al centro de la ciudad. Cuando llegué a Molly's, jadeante, la multitud ya se había

dispersado y todos los cazadores de herejes se habían marchado. Sin embargo, quedaba sangre en la calle. Interrogué a unos cuantos transeúntes sobre lo sucedido. Unos no sabían nada; otros decían que había habido una pelea. Desesperada, llamé a la puerta de Molly's y la abrió uno de sus secuaces. Me temblaban las manos.

—¿Qué ha sucedido con la patrulla?

Se encogió de hombros.

—Unos se han ido y a otros se los han llevado.

—¿Ha muerto alguien?

—No lo sé.

—¿No deberías estar un poco más preocupado? —pregunté.

—Pues la verdad es que no. Si están muertos, Molly se quedará con lo que tuvieran en sus cuentas.

Cerró de un portazo y no me moví. Apenas podía respirar. Una aplastante sensación de miedo me asfixiaba. Miedo a que Grant estuviera muerto. Miedo a ser yo la responsable.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia la panadería.

23

Cuando llegué al edificio de Grant, subí los escalones de dos en dos, tan deprisa que estuve a punto de tropezar y caer. Llamé a la puerta y me saqué la peluca del interior de la blusa porque me picaba. Como no obtuve respuesta inmediata, insistí, dándole un buen puntapié a la puerta de paso.

«No está aquí. Está muerto, tirado en alguna calle, desplumado por algún ladrón. O quizá no esté muerto pero sí demasiado herido como para poder llegar a casa, y es todo por…»

La puerta se abrió y allí estaba Grant, con su camisa en la mano. Algunos cardenales oscurecían una parte de su pecho, y tenía un lado de la cara un poco magullado. En el otro mostraba un pequeño corte. Por lo demás, parecía estar bien. No dijo nada y se limitó a hacerme pasar, pero percibí un destello de alivio en sus ojos. Después de que cerrara la puerta, lo único que pude hacer fue quedarme de pie, mirándolo, mientras intentaba recuperar el resuello.

—Estás vivo —conseguí decir finalmente.

—Es difícil acabar conmigo.

Solté la peluca y me quité el cinto con el puñal. Luego lo estreché contra mi pecho y no me di cuenta de lo mucho que lo estaba apretando hasta que dijo: «¡Ay!».

Empecé a apartarme.

—Oh, lo siento, no me he dado cuen…

—Para —dijo, sin quitarme la mano de la cadera—. También es difícil herirme. ¿Tú estás bien?

—Sí. —Le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé. Todo el pánico, toda la incertidumbre… todo lo que se había acumulado dentro de mí empezó a aflorar—. Pensé que te habías ido. Pensé que estabas muerto. Y no podía soportarlo… es decir, no sabía cómo iba a poder… y sentí… pensé que me iba a morir yo

también… y…

—Con calma —dijo. Su nervioso lenguaje corporal contradecía la ligereza de su tono. Se había puesto rígido en mis brazos y se apartó un poco. Al cabo de un momento, me quitó el antifaz y estudió mi rostro. Su semblante se volvió más inquieto, la mano en mi cadera más vacilante.

Yo lo ceñí con firmeza. Necesitaba aferrarme a él, medio asustada de que pudiera desaparecer de nuevo si no lo hacía. El miedo a perderlo surtía el mismo efecto que cuando comprendí lo dolorosa que debió de haber sido la quemadura de su brazo. El mismo efecto que oírlo decir que era un fantasma. Algo cambiaba en mí durante estos momentos de vulnerabilidad suya, porque él también cambiaba. Dejaba de ser mi adversario, mi socio de espionaje o incluso el objeto de mi superficial deseo. Era solo… Grant.

—Me alegra que estés bien —dije con ternura—. Porque la verdad es que me gustas. Y creo… que quizá yo también a ti.

Le gustaba. Podía verlo. Y también podía ver que eso le aterrorizaba. Dejar su mano en mi cintura, rozándome apenas, le costaba más esfuerzo que todo el fervor de aquel día en el suelo de su casa. Porque si eras un hombre resignado a no tener ataduras, te costaba menos arrancarle la ropa a una amante pasajera que mirar a los ojos a alguien que te importara. Y no digamos ya si a esa persona también le importabas.

—Me conformo con que te guste solo un poco.

A pesar de su desasosiego, una sonrisa empezó a dibujarse en su rostro. Me ciñó con más fuerza y firmeza.

—Solo un poco, ¿eh?

Paseé los dedos por su cuello y acaricié sus cabellos.

—Sí. Tan poco como quieras, si eso te hace sentirte mejor. No quiero que vuelvas a echarme.

—Nunca te he echado. Te fuiste tú furiosa.

—No lo haré esta vez.

Levanté la barbilla y separé los labios, a modo de clara invitación. La aceptó. Su indecisión se desvaneció con este beso, cediendo ante una intensidad que parecía desesperada. Como si él también hubiera pensado que podía perderme. Me levantó del suelo y le rodeé la cintura con las piernas mientras me llevaba a su

dormitorio. El beso no se rompió hasta que nos dejamos caer en su lecho, envueltos en una maraña. Me dio la vuelta hacia él y acercó su boca a la mía, pero lo detuve durante un momento, rodeándole el rostro con una mano para poder mirarlo. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Incluso con el cuerpo tan agitado, comprendí que me sentía eufórica por dar curso libre al deseo finalmente, pero también por el simple hecho de estar allí con él. Bajé la mano y, mientras volvíamos a besarnos, noté una revelación similar por su parte.

Después dejó de inquietarme si lo que hacía estaba bien o mal. Dejó de preocuparme mi torpeza para despojarme de la ropa en contraste con su habilidad. Aunque él también estaba ansioso, se tomó su tiempo y ejecutó cada acción de manera gloriosa y agonizante al mismo tiempo. Sabía leer las señales de mi cuerpo y yo aprendí algunas de las suyas. También aprendí que había muchas cosas que yo desconocía sobre el acto de irse a la cama con alguien.

Y cuando todo hubo terminado, cuando yacimos uno al lado del otro en feliz agotamiento, descubrí otra laguna en mis conocimientos sexuales. ¿Qué se hacía después?

Grant tenía la mano apoyada detrás de la cabeza y contemplaba pensativo el techo. Yo me había tumbado en mi lado de la cama, medio cubierta con las sábanas, y me permití saborear las distintas sensaciones que todavía reverberaban en mi cuerpo. Me sentía perezosa y líquida. Me sentía como renovada.

Lo miré, incapaz de imaginar en qué estaría pensando. Era Grant, al fin y al cabo. Pero estaba tan quieto, tan cómodo por una vez… y no en su incesante lucha por abrirse paso en el mundo. Me hice a un lado y apoyé la cabeza en su pecho, con cuidado de no pisarle los cardenales, que tardarían varios días en desaparecer. Mi movimiento le sorprendió, pero al poco me rodeó el hombro con el brazo.

Permanecimos en esta satisfecha proximidad durante unos minutos preciosos, y luego me dijo bruscamente, como era su estilo:

—Tengo tres preguntas para ti.

Aquello debería de haber disparado mis alarmas al instante, pero la sensación de languidez y aturdimiento seguía tan presente que apenas le di importancia.

—Vale.

—¿Era tu primera vez?

—Sí —vacilé—. ¿Ha sido obvio?

—No de inmediato. —Seguía pensativo, pero su voz traslució un deje de agradecimiento—. No eres precisamente tímida sobre lo que quieres. Eso me ha despistado.

Volví a dudar un poco.

—¿Es eso malo?

—No, no, has estado bien.

Levanté la cabeza.

—¿Bien?

Suspiró.

—Has estado exquisita. Intensa, atrevida, provocadora… y más aún porque ni siquiera te das cuenta. Haces que sea difícil ser paciente. ¿Mejor?

El deleite —mezclado con un poco de autosatisfacción— colmó mi pecho. Me pregunté si esto era un ejemplo de esas «cosas dulces y tiernas» de las que nos había hablado Florence. Para Grant debía de ser como recitar poesía o algo por el estilo.

—Sí. ¿Es esta tu segunda pregunta?

—Sabes que no. —Finalmente volvió la cabeza y me miró con seriedad.

—¿Te he hecho daño?

—No —dije sorprendida—. Ha sido… no lo sé. Aún estoy reviviéndolo. No tengo palabras. Va más allá de las palabras.

Pareció aliviado.

—Vale. Aunque me habría conformado con un «has estado bien». —Y luego, como no podía ser de otra manera, me preguntó inesperadamente—: ¿Qué hacías en compañía de Tom Mangascortas?

Gruñí y me aparté rodando sobre mi cuerpo para ponerme boca arriba.

—Vamos, Grant. ¿En serio tenemos que hablar de esto ahora? ¿No podemos disfrutar del momento por una vez?

—Creo que acabamos de hacerlo. De muchos momentos. Y por supuesto que vamos a hablar de esto ahora. Mirabel, ¡estabas en compañía de uno de los hombres más peligrosos de la ciudad! Te podrían haber matado.

Yo seguía en una nube y me había preguntado, incluso, qué posibilidades existían de repetir lo que acabábamos de hacer. A juzgar por el derrotero de la conversación, no muchas.

—Mírame, sigo viva. ¿No tienes ninguna fe en mí?

—Una barbaridad, y por eso, cuanto más lo pienso, más tendría que haber comprendido hace mucho quién es el ángel de cabellos dorados que tiene cautivada a la ciudad. —Negó con la cabeza, el rostro compungido—. ¿Cuándo pensabas contármelo? ¿Y por qué no lo habías hecho ya?

—No lo sé. Nunca me parecía el momento oportuno. Probablemente porque sabía que reaccionarías así.

Se incorporó.

—¿Así cómo? ¿Preocupándome por ti?

Su tono prendió una chispa de la frustración pasada en mi pecho.

—Juzgándome.

—Tú deberías juzgarte a ti misma. ¿Qué le ha pasado a tu recto sentido de combatir la injusticia?

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo. Retribuimos a los oprimidos. Castigamos a los corruptos. Es lo que siempre he querido hacer, y lo sabes.

—No sabía que lo harías convirtiéndote en una justiciera. Y en una vulgar ladrona.

—¡No lo soy! —Me incorporé de un salto, envolviéndome en una sábana—. No acepto participar en ningún golpe si no quiero. Esto me ayuda a sacar dinero para la fianza de Lonzo. Y me conecta con los piratas que podrían estar suministrando material a los traidores, como creías. Pensé que eso te gustaría.

—Tom Mangascortas roba arte y joyas, no pertrechos del ejército. Todo el mundo lo sabe.

—Pero Tom conoce a piratas que sí que roban para los traidores. Como Sandler. ¿Recuerdas la pista que te di?

Grant no quiso reconocer esto último.

—Existen mejores formas de conseguir dinero.

—No estoy descartando ninguna. Matrimonio, tu caso, Tom. —Moví las manos con impaciencia—. De una forma u otra, traeré a Lonzo de vuelta.

—¿El matrimonio es lo primero en tu lista?

—Ya te he dicho que haré lo que sea para poder pagar su fianza. Seguir adelante con el matrimonio puede que no sea mi plan preferido, pero es el más fiable.

—Seguir adelante con… espera. ¿Tienes alguna oferta seria? —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Estás prometida?

Cambié de postura, incómoda.

—No exactamente. Solo tengo un acuerdo, digamos. Si no puedo pagar mi cuota por mí misma ni conseguir el dinero de Lonzo de otra manera, hay un anciano caballero, ah, extremadamente anciano, que me desposará en el último minuto. Es muy simpático —añadí rápidamente—. Muy respetable, muy generoso con su riqueza. Y no espera ningún «deber conyugal» a cambio.

Nunca había visto a Grant tan conmocionado.

—Supongo que no bromeabas cuando dijiste que harías lo que fuera. La otra noche me diste a entender que el matrimonio era una eventualidad lejana, pero ¡ya tienes a un esposo en reserva! Entonces ¿qué es… esto? ¿Qué estamos haciendo en la cama?

—Yo… —Desvié la mirada, incapaz de enfrentarme a tanta indignación—. ¿Pasar un buen rato?

—¿Y me reservabas algún sitio en tu vida después de casarte?

Me volví hacia él incrédula.

—¿Querías tenerlo? ¿Has cambiado de idea sobre las ataduras? ¿Cómo quieres que lo sepa? No eres lo que se dice muy elocuente cuando se trata de tus sentimientos.

—Al contrario que tú, que rebosas sinceridad. ¿Pensabas que iba a ser el amante ilícito que guardas a un lado mientras reinas a tu antojo sobre los dominios de tu caballero «extremadamente anciano»?

Me pasé la mano por los enredados cabellos, hastiada y avergonzada.

—No lo sé, Grant. La verdad es que no he pensado en nosotros más allá de esto.

Se estremeció y permaneció en silencio, lo cual nunca era buena señal.

—El matrimonio es mi último recurso —insistí—. Por eso nunca lo he mencionado. Ni siquiera pienso en ello. Lo que deseo realmente es comprar la libertad de Lonzo y la mía. O conseguiré el dinero de Tom o tú resolverás tu caso, y todos podremos ser felices.

Yo con mi recompensa, tú con tu promoción a agente oficial.

Su furiosa mirada se volvió atónita.

—¿Qué?

—¿No es eso lo que conseguirás? —Su reacción me había confundido también—. Me dijiste que te jugabas mucho con este caso. Y Silas me explicó que eres un agente honorario, y que resolver este caso cambiará las cosas.

—¿Te dijo que me convertiría en agente?

—No exactamente… —Intenté interpretar su rostro y descubrir lo que se me escapaba—. Sencillamente lo doy por sentado. ¿Qué más sucede?

Grant volvió a callarse. Nuestros papeles habían cambiado, y quien estaba a la defensiva era él.

—Me promocionarán… pero no al rango de agente común y corriente. —Aspiró aire larga y profundamente y lo exhaló antes de proseguir—. Osfrid y los balancos han hecho un trato para garantizar unas relaciones armoniosas entre ambos. Las colonias piensan enviar una delegación, de embajadores y sus familias, para que vivan allí entre ellos y contribuyan a mantener la paz. Es inusual que los balancos lo permitan, porque se han vuelto muy estrictos con sus fronteras. Pero igual que el rey de Osfrid quiere una buena relación con ellos, también quiere garantías. Como yo estoy entrenado, espiaré a los balancos. Lo hará toda la delegación, de hecho, pero yo me encargaré de procesar toda la inteligencia. Nadie sospechará nada mientras mi tapadera siga intacta. Pensarán que estoy allí porque conozco la lengua.

Mi mundo entero se paralizó.

—Te vas. Muy lejos. Junto a las personas que te trataron como a un fantasma.

El humor —un humor negro— cruzó su mirada.

—Esa es la cuestión. En la jerarquía social balanca, los embajadores son tratados con extremo honor e indulgencia. Adquieren un estatus solo superado por los jefes de la liga. Yo estaré en la sexta rama, así es como se llaman los niveles sociales. La sexta rama está muy por encima del estatus de mi familia, muy por encima del de mi tío. —Grant señaló la misteriosa cicatriz en su brazo—. Esta era la marca de mi estatus anterior, mi ciudadanía entre los balancos; nacido en una familia de la tercera rama.

Cuando regresé, mi tío adujo que yo no merecía ser ciudadano, tanto por ser un bastardo mixto como por haber pasado mucho tiempo fuera. Él sostenía que era más osfridiano que otra cosa y que había perdido mis derechos para con el imperio. Los jueces estuvieron de acuerdo con él. Me grabaron a fuego esta cicatriz y me exiliaron.

Me estremecí.

—Grant, cuánto lo siento.

—Más tarde descubrí que habían ascendido a mi tío a la cuarta rama para trabajar al servicio de un comandante, lo cual no habría sido posible de haber seguido emparentado conmigo. Pero si me dan esta asignación superaré con creces a mi tío. Por primera vez en mi vida tendrá que tratarme con respeto. —Los ojos de Grant brillaron siniestramente, y sus palabras destilaban amargura.

Eran muchas cosas que asimilar, mucho que procesar, y aún no me había sobrepuesto de la noticia de su partida. Aquello me cayó en el estómago como un plomo.

—Entonces las ansias que tienes por zanjar el caso, el objetivo por el que me dijiste que estabas trabajando… no tienen nada que ver con afianzarte en la agencia. No tienen que ver con apoyar a Silas. Tienen que ver con la venganza.

Grant frunció el ceño.

—Es más que eso.

—A mí me parece que está bastante claro.

—Mirabel, voy a recuperar mi estatus. —En una de las escasas veces desde que nos conocíamos, Grant intentaba convencerme de algo en lugar de limitarse a informarme de ello. Me suplicaba, prácticamente—. Seguramente me darán un nombre nuevo, un nombre real, ¡no este chiste de nombre que significa «sin estatus» y que me dio mi tío! Me devolverán todo lo que me quitaron, y algo más.

—Pero ¿es eso lo que quieres? —pregunté sorprendida. Parecía tan indiferente al mundo algunas veces que me costaba entender toda la historia—. ¿De verdad quieres vivir con las personas que te hicieron daño? ¿Abandonar a Silas y a Aiana? Ellos son más familia tuya que cualquiera de tus parientes de sangre.

—No se trata solo de ellos, se trata también de la tierra. Pensé que tú, más que nadie, sabrías qué significa que te arrebaten tu

patria.

—Yo la rechacé. Ella no me rechazó a mí.

—¿Entonces se acabó para ti? ¿Se acabó ser sirminia? ¿Ya te has acomodado a la alta sociedad osfridiana?

Las preguntas me pillaron desprevenida.

—N-no. Claro que no.

—¿Quieres volver a ver Sirminia? —continuó.

—Sí. Todavía forma parte de mí. Pero no es posible volver en un futuro próximo.

—Bueno, pues el imperio también sigue formando parte de mí. Lo llevo dentro. —Se dio una palmada en el pecho—. Necesito verlo otra vez, y además yo puedo volver.

—Sí, pero pareces obsesionado por hacerlo como una revancha. Superar en rango a tu tío es lo primero que has mencionado… no has dicho nada de reconciliarte con tu lugar de nacimiento.

—No estás en posición de darme lecciones, teniendo en cuenta algunas de tus decisiones actuales —me advirtió.

—¡Y tú no estás en posición de darme lecciones por guardar secretos! ¿Cuándo ibas a contarme esto? ¡Me habría gustado saber antes de meterme en tu cama que ibas a marcharte del continente después!

—¿Y eso habría cambiado algo? —preguntó—. Acabas de decir que no habías pensado más allá del presente.

—Y supongo que no soy la única —repuse—. Pero ¿qué más da? Yo solo te gusto un poco, al fin y al cabo.

Mientras hablaba sabía que estaba siendo una hipócrita. Yo había hecho planes sin él y además tenía la audacia de indignarme porque él había hecho los suyos. Nadie había traicionado a nadie. No existían promesas entre nosotros. Yo lo sabía… pero eso no cambiaba lo herida y furiosa, lo rota y rechazada que me sentía.

Grant estaba claramente disgustado también, pero flaqueó un momento. Desvió la mirada hacia el otro lado de la habitación.

—Quizá… quizá te gustaría ver las tierras septentrionales.

Aparté las sábanas y salí de la cama de un salto para buscar mi ropa.

—No voy a ser tu borreguita, no más que tú mi amante secreto. Tengo demasiada autoestima.

Grant se puso en pie y empezó a ponerse los pantalones.

—¿Y eso incluye aprovecharte del dinero de un anciano? ¿Y unirte a una banda de piratas? —Grant hacía furiosos aspavientos—. Aunque tú elijas participar en fechorías que no te quiten el sueño, el resto de tus amigos no son tan melindrosos. Y cuando les ayudas en los robos que sí eliges, estás fomentando involuntariamente los que no eliges. Nunca pensé que eras esa clase de persona, Mirabel.

—¡No estoy haciendo esto por mí! —grité—. Tengo que hacer todo lo posible por salvar a Lonzo. ¡Y no entiendes que esta es la única forma de hacerlo!

—¡Y tú no entiendes que esta es la única forma de hacer lo que necesito hacer!

Silencio. Nos quedamos plantados mirándonos de hito en hito, sin desviar la mirada, coléricos. Todo lo que pude pensar fue: «Un día más, otra pelea más con Grant».

—No puedo seguir involucrada —dije con voz ronca. Hice un gesto hacia la cama—. Gracias… por esto. Pero se acabó. Se acabó todo. Tendrías que haber escuchado a Silas cuando te advirtió sobre mí. Dejo el caso. Estoy segura de que te las arreglarás tú solo, siempre lo has hecho.

Grant cruzó los brazos.

—Probablemente sea lo mejor. No te preocupes… me ocuparé de que recibas parte de la recompensa. Sé lo mucho que significa para ti. Tengo unos doblones de oro…

—No. —Alcé la mano—. Guárdalos. No los quiero. Ya no quiero nada más de ti.

—Por supuesto. Porque ahora ya estoy fuera de tu universo, ¿no? —se burló.

—Sí. —Hasta yo me asombré de lo fría que sonó la palabra—. Y porque es evidente que yo nunca he estado en el tuyo.

Me preparé para encajar una réplica mordaz, pero no llegó.

—Mirabel…

Grant alargó la mano y me tocó la mejilla. Di un respingo y la retiró rápidamente, contemplando la yema húmeda de su dedo como si nunca hubiera visto nada parecido. Me sequé la cara, avergonzada por esas pocas lágrimas traicioneras. Ni siquiera entendía por qué estaban ahí.

Grant no dijo nada y se limitó a mantener la mano en alto,

perplejo. No pude soportar que siguiera viéndome así. Sin mediar palabra, di media vuelta y crucé a toda prisa la habitación hasta la puerta. Tenía miedo de que intentara detenerme. Y también tenía miedo de que no lo hiciera.

Pero me dejó marchar —como siempre hacía—, y cuando cerré dando un portazo las primeras palabras de nuestra conversación me golpearon como una bofetada.

«Yo nunca te he echado. Te fuiste tú furiosa.

»—No lo haré esta vez».

Bajé corriendo las escaleras. Todavía quedaban borrachos de juerga por las calles, pero no me fijé en nada ni en nadie hasta que hube salido de la ciudad y llegado al camino del pantano. Cuando me detuve para recomponerme descubrí con asombro que estaba temblando. Un dolor espantoso me atenazaba el pecho, tan intenso que dudé de si sería capaz de dar otro paso. Ya no estaba furiosa: solo triste y agotada. Pestañeé para reprimir nuevas lágrimas y me sumergí entre la espesura.

¿Qué acababa de suceder?

Descubrir que Grant estaba vivo me había desbordado. Entregarnos finalmente el uno al otro me había extasiado. Y en estos momentos… en estos momentos solo deseaba huir y esconderme del mundo. Sus palabras todavía me escocían, porque había algo de verdad en ellas. Yo no desistiría nunca de ayudar a Lonzo, pero una sombra de deshonra se cernía indudablemente sobre mis relaciones con Tom y con Rupert por más que quisiera convencerme de lo contrario. Al recurrir a cualquier medio a mi alcance demostraba ser tan mala como mi padre.

Pero Grant debería de haberme puesto al corriente de sus planes de marcharse de Cabo Triunfo, puesto que no consistían en darse una vuelta por las colonias, sino en establecerse en un país completamente distinto. Un país lejos de mí.

«La verdad es que no he pensado en nosotros más allá de esto».

Me paré en mitad del camino, recordando la cara que había puesto al oírme pronunciar estas palabras. Entonces no supe identificarlo, pero en este instante descifré lo que había vislumbrado en sus ojos: dolor. Al llegar a su casa, rebosante de dicha y aliviada de verlo con vida, él me había asegurado que era difícil que lo hirieran, pero todo apuntaba a lo contrario, y yo le

había herido.

Apreté el paso, cada vez más furiosa y disgustada, tanto conmigo misma como con Grant. Y con el barro. A medida que avanzaba la primavera más se reblandecía. De pronto sentí unas ganas desesperadas de ver a Adelaide. Era la única persona que me quedaba en Cabo Triunfo a la que quería sin complicaciones. Sabía que algo la angustiaba últimamente, pero no había indagado más por tener tantas cosas que requerían mi atención. Me había comportado como una amiga mezquina y necesitaba arreglarlo. Deseaba averiguar qué la hacía infeliz y no volver a ocultarle nada, se lo contaría todo. Mi actitud la sorprendería, pero ella me quería a mí también. Y sería un alivio por fin…

—¿Mira?

Había llegado casi al final del bosque cuando una sombra se movió delante de mí. Eché mano del puñal y entonces reconocí la voz de Aiana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté. Apenas pude distinguirla mientras escudriñaba el bosque detrás de mí.

—¿Está Adelaide contigo?

El tono de su voz me heló la sangre.

—No, ¿por qué debería?

—Acabo de entrar en vuestro dormitorio para ver si habías vuelto. ¡Podrías haberme dicho que pensabas irte tan pronto de la gala! En cualquier caso, ella tampoco estaba allí ni en ninguno de los cuartos de baño.

Me salí del camino.

—Bueno, pero estará en algún sitio de la casa. No se habría ido…

¿O sí? Adelaide nunca había mostrado deseos de escabullirse otra vez, pero yo no tenía ni idea de la verdad, lo cual era otra prueba de mi fracaso como amiga.

Aiana me coló en la casa, donde todos dormían, por la puerta lateral que en teoría debía estar vigilando, y le agradecí que me ahorrase la escalada por el enrejado. Subí silenciosa y rauda las escaleras y abrí la puerta del dormitorio. Adelaide no estaba. El pánico sentido antes por Grant me invadía de nuevo, pero esta vez enfocado en ella. El temor absoluto de perderla me hizo temblar mientras me despojaba de la ropa manchada y me ponía un

camisón apresuradamente. Tenía que inspeccionar la casa, no era posible que Adelaide se hubiera escapado después de la gala. No era posible. Lo más probable es que estuviera en la cocina. Todo esto no era más que una…

Sonaron gritos procedentes del salón. Oí pasos de gente corriendo y puertas que se abrían, y después más chillidos y voces frenéticas. Salí corriendo de mi habitación y vi que la mayoría de las chicas habían hecho lo mismo. Los escoltas subían con gran estruendo las escaleras. Jasper, Charles y la señorita Culpepper desfilaban detrás de Clara. Todos corrían hacia el fondo del pasillo, hacia la puerta del desván. Hacia Adelaide.

Adelaide aún llevaba puesto el vestido de satén blanco y tenía el antifaz plateado en la mano. El miedo inundaba sus grandes ojos azules, como si se hubiera alejado sin rumbo quedando perdida y atrapada en la naturaleza. Cedric estaba a su lado, pero Jasper lo apartó y empezó a gritar: «¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis hecho?».

Me abrí paso entre mis compañeras en camisón y rodeé a Adelaide con mi brazo.

—Ya pasó —le dije, sin saber realmente si era cierto—. Todo va a salir bien.

Jasper se volvió hacia mí, los ojos refulgentes de ira mientras agarraba a Cedric del brazo.

—¡No va a salir bien! Durante cinco años he dirigido uno de los negocios más prestigiosos de Cabo Triunfo, y ahora se va a venir abajo cuando descubran que mi propio hijo no ha podido mantener las manos alejadas de una de nuestras chicas. —Clavó la mirada primero en Cedric y luego en Adelaide—. ¡Estos dos nos han buscado la ruina!

24

Se oyeron gritos ahogados en todo el pasillo. Yo estaba tan muda de sorpresa como las demás, pero dejé a un lado mi confusión para arrimar más a Adelaide hacia mí. Tenía que protegerla.

—Todo va a salir bien —repetí—. Voy a sacarte de aquí.

—Tú no vas a hacer nada de eso. —La señorita Culpepper dio un paso hacia nosotras, la ira plasmada en su afilado rostro. Llevaba puesto el mismo vestido rígido de la mañana, y me pregunté si dormiría con él—. El único sitio adonde vais a ir es a vuestra habitación. Ahora.

Adelaide seguía impactada, y la guie hasta la puerta de nuestro dormitorio. Todo el mundo cuchicheaba y nos señalaba, y me negué a permitir que vieran nada más. A Cedric se lo llevaron prácticamente a rastras su padre y uno de los hombres contratados. Verles pasar fue lo único que sacudió a Adelaide de su aturdimiento.

—Cedric…

Él la miró por encima del hombro y desapareció. La metí en nuestra habitación y justo cuando cerraba la puerta oí que la señorita Culpepper decía:

—Os quiero a los dos plantados fuera de esta habitación toda la noche. Que no entre ni salga nadie.

Adelaide se echó en la cama y hundió la cara en sus manos. Me acerqué con rapidez a ella y la rodeé con un brazo.

—¿Qué ha pasado?

Ella apartó las manos de su cara y sacudió la cabeza.

—Oh, Mira. No sé qué hacer. No sé qué va a pasar.

—Cuéntame lo ocurrido.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Adelaide era una de esas personas que seguían estando guapas aunque lloraran.

—Cedric y yo… nosotros… es decir, Clara nos descubrió, y

ahora… no sé.

Era raro ver que la serena y elocuente Adelaide no encontraba las palabras para expresarse. Sin embargo, aunque le faltaba coherencia, un sentimiento de terror comenzó a embargarme. ¿Era posible que yo no fuera la única en haber tenido un comportamiento escandaloso esta noche?

—Adelaide, ¿qué os ha encontrado haciendo Clara a ti y a Cedric?

—¡Nada! —exclamó—. Quiero decir, solo nos estábamos besando. No es verdad lo que anda diciendo. Solo nos hemos besado. Como la última vez.

—¿La última vez? ¿Cuántas veces… han sido?

Adelaide se secó las lágrimas.

—Solo esas dos. Lo amo desde mucho antes, desde que… bueno, no sé cuánto tiempo. Y, sin embargo, no podemos casarnos. Pero es imposible que yo me case con otro. Ya no. ¿Qué van a hacerle a Cedric? ¿Qué van a hacerme a mí? ¡Me encerrarán en un hospicio!

—De eso ni hablar. Antes te saco de aquí clandestinamente en un barco. Ahora vamos a limpiarte, te sentirás mejor.

La ayudé a despojarse del elaborado vestido y a ponerse un camisón. Mientras le limpiaba el maquillaje de la cara con un paño húmedo, mi mente se aceleró. Yo era peor amiga de lo que había creído, porque, echando la vista atrás, comprendí que habría debido saber mucho antes, muchísimo antes, que Adelaide y Cedric estaban enamorados. Era evidente en cómo se buscaban el uno al otro, en lo radiante que estaba ella cada vez que él venía de visita a El Manantial Azul. Cualquiera de sus amigas se habría dado cuenta. Cualquiera de sus amigas cuya cabeza no estuviera llena de espías y de piratas.

Adelaide fue recuperando la calma, y pude oír una versión más clara de la historia. Al parecer, ella y Cedric habían descubierto su amor hacía poco tiempo y habían tratado de ignorarlo —sumiéndose ambos en una profunda tristeza durante el último mes, mientras Adelaide era exhibida de un hombre a otro—. Todo había saltado por los aires después de que Clara los descubriera besándose en el desván esta misma noche.

—¿Qué van a hacer con Cedric? —preguntó Adelaide por segunda vez—. No van a pasar esto por alto. Se supone que todas

debemos preservar la virtud.

Sin duda, yo no engrosaba las filas de las chicas virtuosas. Me sentí avergonzada porque Adelaide y Cedric —tan profundamente enamorados— habían logrado contenerse, mientras que yo me había entregado sin tapujos a… ¿qué? ¿Qué era Grant para mí?

No podía desahogarme con Adelaide en estos momentos. Ya no. Ella tenía demasiado con lo suyo como para cargarla con mis problemas. Adelaide se pasó la mayor parte de la noche contándome variaciones de la misma historia, llorando y preocupándose por lo que iba a pasar. Poco antes de alborear, la venció el sueño, y yo permanecí despierta velándola.

La señorita Culpepper llamó temprano a nuestra puerta y nos dijo que Adelaide tenía que bajar en treinta minutos para reunirse con los Thorn en su despacho privado. Nos liberaron de nuestro confinamiento y nos permitieron asearnos en el cuarto de baño, pero los escoltas seguían rondando el pasillo. La histeria de Adelaide se había desvanecido y estaba preparada para enfrentarse a lo que viniera. No quedaba rastro de las lágrimas de la víspera, y bajó las escaleras con la cabeza bien alta.

Las otras chicas ya estaban despiertas y se demoraban en el vestíbulo o en el salón, o en cualquier sitio desde donde pudieran ver el despacho. Cuando Adelaide hubo entrado y cerrado la puerta, me quedé en el vestíbulo de enfrente, con los brazos cruzados sobre mi pecho.

Mi postura defensiva mantuvo a las demás alejadas, aunque vi que algunas me lanzaban miradas curiosas, sin duda con la esperanza de que yo supiera más detalles de la historia. Permanecí rígida y en silencio, incluso al oír la exageradísima y nada lisonjera versión de Clara sobre los hechos de la víspera.

Solo rompí mi silencio para preguntar en voz alta:

—Y, a todo esto, ¿qué estabas haciendo anoche en el desván, Clara?

Cuando interrumpió su relato bruscamente, tuve la sospecha de que yo no era la única que había descubierto el enrejado.

Las cosas se pusieron más interesantes cuando Warren Doyle y su madre llegaron a la casa, insistiendo en que querían hablar con Charles y Jasper.

—Lo… lo siento —dijo la señorita Culpepper, más nerviosa que

nunca—. El señor Charles y el señor Jasper están reunidos ahora mismo con, eh, el señor Cedric y la señorita Bailey.

Sin embargo, después de una consulta rápida con los Thorn, los Doyle fueron admitidos en el despacho. Me pregunté cómo se habrían enterado tan pronto. Ciertamente, a través de nuestras chicas enclaustradas no. Habría sido cosa de los escoltas, supuse. La historia era una buena fuente de cotilleo para una noche de fiesta.

—¿Quién diantres es ahora? —exclamó la señorita Culpepper cuando volvieron a llamar a la puerta—. ¿Es que ya lo sabe la ciudad entera? Ve a abrir, Judith.

Cuando la señorita Bradley abrió la puerta, resultó obvio que los visitantes no eran gentes de Cabo Triunfo. Tres hombres y una mujer vestidos con atuendos de corte sencillo de lana azul grisácea esperaban en el porche con expresión solemne. Uno de los hombres parecía un poco mayor que yo. Sus acompañantes eran de mediana edad. Miré detrás de ellos estupefacta. Más personas, muchísimas más, vestidas de forma similar ocupaban el porche de la casa. La mayoría eran mujeres.

El hombre más joven se quitó el sombrero, revelando un cabello rubio prolijamente recortado.

—Buenos días, señora. Mi nombre es Gideon Stewart. ¿Podéis decirme si esta es la casa del señor Charles Th…?

—¡Winnifred! ¡Joan!

Martha salió corriendo hacia la puerta y dos chicas muy bonitas apartaron a los hombres de la entrada para ir a su encuentro. Entonces empezaron a entrar más y más chicas. Todas iban vestidas en monótonas variantes de azul y gris, pero al fijarme en su edad y su belleza supe quiénes eran. El vestíbulo se llenó de gente, y tuve que levantarme de puntillas para encontrar a la persona que quería localizar. Allí estaba, al fondo del grupo; todavía no había entrado en la casa.

Me sentí desfallecer por un momento, como si mis rodillas fueran a ceder, pero entonces un estallido de energía me devolvió a la vida. Como no me sería fácil atravesar el vestíbulo para llegar hasta ella, corrí al despacho y abrí la puerta. Adelaide estaba allí sentada, junto a los Thorn y los Doyle, y todos levantaron la vista estupefactos ante mi súbita entrada.

Jasper hizo una mueca.

—Os he dicho que no…

—¡Están aquí! —exclamé—. ¡Están aquí! No sé cómo, pero están aquí.

—¿Quiénes? —preguntó Jasper.

—¡Las demás chicas! El otro barco. —Miré a Adelaide, necesitaba que entendiera lo crucial que era la situación—. ¡Adelaide, Tamsin está viva!

Todo el mundo en el despacho se levantó de su asiento y salió al abarrotado vestíbulo. Adelaide y yo lo atravesamos corriendo juntas, abriéndonos paso entre la gente mientras intentábamos ver con desesperación si lo imposible era verdaderamente posible. Y no solo éramos nosotras. El caos reinaba en la casa.

Cada vez que perdía a un ser querido me atormentaban las mismas preguntas. Meditaba si no podría haber actuado de otra manera. Me preguntaba si era justo seguir viviendo mientras ellos estaban muertos. No sabía cómo iba a seguir adelante sin ellos.

Sin embargo, nunca me había preguntado qué sucedería si uno de ellos regresaba. No importaba el profundo dolor causado por su pérdida o mi obsesión por lo sucedido, porque siempre había terminado aceptando que había sucedido. Estaba hecho, y punto. Nadie regresaba de entre los muertos.

Y sin embargo… Tamsin estaba delante de mí.

No podíamos dejar de abrazarnos. Las tres reíamos, llorábamos y balbuceábamos disculpas que ninguna oía realmente. Estábamos demasiado absortas las unas en las otras, demasiado emocionadas por el milagro de volver a estar juntas, sin saber cómo era posible y contra todo sentido común.

—¡Amigos! ¡Amigos! —Jasper se había subido a una silla, intentando hacerse oír en medio de la conmoción general—. Están presenciando un auténtico milagro. Algo que nadie creía posible. ¡Acabo de ser informado de que, como sin duda pueden apreciar, el *Albatros Gris* no se perdió en el mar! Sufrió graves daños debido a la tormenta y navegó a la deriva, muy al norte, hasta la colonia de Grashond.

El impacto de Adelaide reflejaba el mío. La seria inclinación de cabeza de Tamsin corroboró que Jasper decía la verdad.

—¿A quién tengo que darle las gracias por esto? ¿A quién debo agradecer el haber salvado a mis chicas?

El joven que había hablado en la puerta —Gideon Stewart— dio un paso al frente y pronto se convirtió en la persona favorita de Jasper en el mundo. Jasper se lo llevó aparte junto a los demás líderes de Grashond, colmándoles de gratitud y promesas de regalos.

—No aceptarán nada —dijo Tamsin. Se quitó el pañuelo blanco que le cubría el pelo y se sacudió libremente la pelirroja melena—. Ven como su deber para con Uros habernos traído aquí.

Parecía feliz de haber vuelto, como era comprensible, pero era imposible no percibir su cansancio, tanto físico como mental.

—No deberíamos quedarnos aquí —dije—. Todas deberíais estar descansando. Y comiendo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No lo sé —dijo Tamsin—. Anoche, creo. Nos hemos alimentado a base de pescado salado desde que partimos. De eso se alimentan. Al final todos saben a lo mismo.

Una vez superado el impacto inicial, la señorita Culpepper se sobrepuso y asumió el rol organizativo y administrativo en el que destacaba. Al igual que las chicas regresadas, los colonos de Grashond también necesitaban alojamiento. También había algunos marineros del *Albatros Gris*, y aunque la señorita Culpepper no iba a tolerar que se quedaran en la casa ni en sueños, se aseguró de que estuvieran cómodos hasta que resolvieran sus asuntos con Jasper.

A Tamsin le asignaron nuestra habitación, como era obvio, y Adelaide y yo nos moríamos por saber lo que había pasado durante todo el tiempo de su ausencia. Sin embargo, Tamsin no parecía muy dispuesta a someterse a un interrogatorio y dijo simplemente que su calvario no había sido «tan malo», de modo que no insistimos y sobre todo nos limitamos a disfrutar de la alegría de tenerla de vuelta.

Cuando Tamsin se fue al baño a asearse, Adelaide me dijo:

—Si de verdad está bien como nos ha dicho, ¿por qué no quiere hablar de ello?

Rememoré la cadena de tragedias que había visto en mi vida.

—A veces, cuando pasas por algo así, necesitas tiempo para poder hablar de ello.

No me hacía una idea de cómo debía ser la vida entre los Herederos de Uros. Hacía años, esta secta se había asentado en Grashond para construir una comunidad centrada en los estrictos y

austeros principios de su fe. Su religión no era una herejía, puesto que no alteraban la doctrina ortodoxa, ni sus fiestas ni sus textos, pero se despojaban de todo aquello que les pareciera indulgente o excesivo. No me daba la impresión de que su compañía fuera muy alegre.

Heloise, que había heredado el puesto de esmeralda y ya estaba comprometida, ofreció su vestuario a Tamsin. Una vez aseada, alimentada y vestida de verde, Tamsin estuvo lista para hablar, pero no de ella.

—Espero que nos hayáis dejado a algún hombre. —Se sentó en la cama y cruzó las manos, mirándonos a una y a otra con expectación—. Vosotras seguro que ya tenéis un montón de ofertas.

No sabía ni por dónde empezar a contarle lo mío. Le di una respuesta breve y vaga.

—No tantas, al menos no de las… eh… oficiales. Pero yo miro al futuro con optimismo.

La dura mirada de Tamsin se desvió hacia Adelaide, y entonces caí en la cuenta de que yo no tenía ni idea del resultado de su reunión. Adelaide balbució una recapitulación de lo sucedido entre ella y Cedric, así como del veredicto final.

—Cedric y yo podremos casarnos, pero con condiciones. Su padre y su hermano no nos adelantarán el dinero para pagar mi cuota, pero Warren sí. Dice que no quiere a una mujer que no corresponda su amor y prefiere reducir pérdidas reclutando a ciudadanos honrados para su nueva colonia. Así que partiremos a Hadisen con él la próxima semana. Yo buscaré a una familia que me acoja a cambio de realizar los quehaceres domésticos y dar clases a sus hijos. Cedric trabajará en un yacimiento de oro. Se llevará una parte de los beneficios, y Warren, el resto. Cuando paguemos mi cuota, podremos casarnos y marcharnos a otro lugar.

Por el tono de su voz sospeché que Adelaide era muy consciente de la controvertida fe de Cedric y de sus planes de ir a la colonia de Westhaven.

No supe qué era más disparatado: si aceptar ayuda del hombre al que había despreciado o la idea del pulcro Cedric trabajando al aire libre en la extracción de oro.

Tamsin, como siempre, habló sin pelos en la lengua.

—¿En qué estabas pensando? ¿Has rechazado a un futuro

gobernador por… un estudiante pobre?

Adelaide se miró los pies. Ambas estábamos más que extasiadas con la vuelta de Tamsin, pero volver a sentir toda la fuerza de su personalidad requería de nuevo cierta adaptación.

—Bueno, ha dejado la universidad. Y no es pobre. Digamos que… no tiene recursos. Pero estoy segura de que eso va a cambiar.

—Esto no habría ocurrido si yo hubiera estado aquí para cuidaros. —Tamsin dirigió su castigo contra mí—. Mira, ¿cómo has podido apoyarla en esto?

—Yo no tenía la menor idea —admití con sinceridad.

—¡Pero si compartís habitación! ¿Cómo es posible que no lo supieras?

Exacto. No tenía una buena respuesta y volví a reprocharme el haber descuidado a mi amiga. Adelaide también parecía sentirse culpable y probablemente pensaba que el error era suyo por no habérmelo contado. Entre nosotras y la reticencia a hablar de Tamsin, éramos un círculo lleno de secretos.

Vi poco a Adelaide durante la semana siguiente. Ella y Cedric estaban sumidos en las preparaciones de un viaje que otros colonos llevaban meses planeando. Tamsin, por su parte, era una compañera casi inseparable. La llegada de veinte chicas nuevas había cambiado por completo el día a día de la Corte Reluciente. Normalmente, la temporada social tocaría a su fin. Por el contrario, parecía que volvía a empezar de cero otra vez.

—Tenemos que celebrar otro gran baile —oí que Jasper decía a Charles una tarde—. Supondrá un gasto que no habíamos previsto, pero también obtendremos beneficios que habíamos descartado. El sensacionalismo de la noticia ya se está extendiendo: las «chicas desaparecidas». Perdidas en el mar, sobreviviendo en la naturaleza, pero de nuevo entre nosotros, hermosas y refinadas. Esto renovará el interés de aquellos pretendientes que no tuvieron éxito en la primera remesa y atraerá a quienes no pensaban siquiera en casarse. Deberíamos revisar los precios que habíamos fijado para cada una y pensar en aumentarlos.

—Jasper, reconozco la importancia de recuperar nuestras pérdidas. Pero, por los Seis, no empieces a presionarlas para que asistan a fiestas enseguida después de todo lo que han pasado.

—Claro que no. Necesitamos tiempo para planificar nuevas

reuniones y que ellas estén bien equipadas. Sus vestidos originales se perdieron, pero podemos ahorrar dinero si modificamos los vestidos de las chicas que ya están prometidas. Y si alguna de las chicas quiere ir directa al grano, ni siquiera tú podrás negárselo.

Tamsin era una de esas chicas. Dos noches después del Festival de las Flores, el gobernador Doyle dio una fiesta para celebrar el aniversario del asentamiento de Cabo Triunfo. Yo seguía recelosa sobre el acuerdo que Adelaide y Cedric habían contraído con él, agravado por el detalle de que un contrato comercial comprometía a Cedric —un hereje secreto— con un hombre autoproclamado «cazador de herejes». Pero Adelaide y Cedric estaban desesperados. A pesar de sus creencias religiosas, Warren les había propuesto un trato con unas condiciones justas. Ambos se mostraban reticentes, pero mientras cumplieran su parte, con suerte todo saldría bien.

—Estoy emocionada —me dijo Tamsin mientras nos preparábamos para la fiesta de Doyle. Apenas había necesitado unos pequeños ajustes del vestuario de Heloise, y estaba deslumbrante en un vestido de tafetán color esmeralda que descubría sus hombros—. Esto no será nuevo para ti, pero poder lucir un vestido como este es un sueño después de los andrajos que nos han hecho llevar.

Para mí el sueño era tenerla de vuelta. A menudo me descubría contemplándola y preguntándome si se esfumaría si yo pestañeaba un segundo. Poco a poco, otras chicas fueron filtrando retazos de lo que les había ocurrido. Al parecer, además de los colonos de Grashond, también habían conocido a icori, comerciantes lorandeses y balancos mientras aguardaban un clima más cálido para viajar. Tamsin nos ofrecía ocasionalmente alguna anécdota, pero por lo general era reticente a hablar de sus aventuras.

Su vuelta era lo único que podía distraerme de mi perpetuo desánimo por culpa del desenlace con Grant. Seguía muy triste, claro. Grant había tenido un papel central en mi vida, y eso se había acabado. No importaba cuánto me esforzara por ignorarlos; siempre había detalles inesperados que me lo recordaban. Algunos no eran tan sutiles. Por ejemplo, era imposible no pensar en él cuando, dos veces al día, me tragaba un brebaje de hierbas amargas que yo había tomado «prestado» del escondite que la señorita Culpepper guardaba para las chicas recién casadas. Era uno de los numerosos mejunjes que nuestro libro de estudios femeninos recomendaba

para prevenir el embarazo. También era, por lo que tenía entendido, el de sabor más amargo, pero era un pequeño precio que pagar para impedir que mi vida se tornase más caótica.

—Estás preciosa, pero no tienes por qué salir tan pronto —le dije a Tamsin—. Nadie te echaría en cara que quisieras recuperarte después de tantos apuros como has pasado.

—El único apuro que he pasado es haber perdido cinco semanas que podría haber invertido en buscar marido. —Hizo una pausa para arreglarse una minúscula greña que se le había soltado del moño—. Ya podría estar casada. Ya debería estar casada. A eso es a lo que vine, no a vagar por un páramo congelado.

Oímos que nos llamaban desde el pasillo para subir a los carruajes. Antes de que se fuera, la cogí del brazo.

—Si alguna vez necesitas lo que sea, aquí estoy.

Me costó mucho esfuerzo decirle aquello. Yo sabía lo que era querer guardarse la pena y cómo te devoraba poco a poco por dentro.

Su fiera expresión se deshizo en una sonrisa.

—Lo sé. Y yo también estoy aquí si necesitas hablar. Adivino que Adelaide no es la única con problemas. —La sonrisa se desdibujó, cediendo a la tristeza—. Tendría que haber estado aquí para manteneros a raya a las dos. Nunca… nunca tendría que haber subido a bordo del otro barco.

—Eso ya es cosa del pasado. Estás sana y salva y de vuelta entre nosotras. Vamos a tu primera fiesta.

Tamsin había tenido razón al decir que nuestra vida social ya no era nada nuevo para mí. Ver su rostro cuando hicimos nuestra entrada en la mansión de Doyle me hizo recordar lo indiferente que me resultaba ya todo aquello. Tamsin me pidió que le presentara a Warren y la complací gustosamente. Necesitaba una excusa para hablar con él. Aunque hubiera abandonado el caso, no podía dejar de buscar pistas sobre la conspiración. Con Adelaide fuera de escena, imaginé que Warren terminaría hablando con otra chica.

Y lo hizo. Con Tamsin.

Para ser justos, Tamsin era una fuerza tan poderosa que resultaba difícil que alguien le robara protagonismo. Las dos chicas con las que ella había empatado también viajaban en el *Albatros Gris*, y ambas estaban igualmente deseosas de volver a la Corte

Reluciente. Se concentraron de inmediato en Warren, pero Tamsin supo captar tan bien su atención que las desbancó por completo. Esto significaba que yo tampoco tendría muchas posibilidades de hablar con él, pero me quedé cuando las otras chicas se hubieron alejado por si podía averiguar algo más. Warren le habló encantado de Hadisen, pero casi toda su charla se centró en el oro que poseía. No tuve la impresión de que los traidores le hubieran robado suministros para su causa.

La parte más difícil de la velada fue esquivar a Cornelius y a Lavinia Chambers. Habían aceptado mi decisión de esperar a casarme con Rupert, pero no perdían ocasión de hablarme de su increíble familia y su estilo de vida.

—Vamos a renovar el conservatorio —presumió Lavinia—. Magnífica tapicería, traída directamente de Lorandia. Y quiero llenarla de esculturas del mundo entero. Será nuestro pequeño museo particular, y no habrá nada comparable en Denham.

Cornelius asintió con entusiasmo, y yo sonreí debidamente, aliviada cuando por fin alguien requirió su presencia. Un dolor leve persistía en mi tobillo, pero no era ni la mitad de lo que había sido, y pude aceptar algunos bailes. Sin embargo, aunque mi cuerpo seguía cada compás a la perfección, mi mente estaba muy lejos. Grant se colaba en mis pensamientos. Rememoré gran parte de lo sucedido en la cama —antes de que empezáramos a hablar, al menos— y aunque, al recordar cada momento, seguía sintiendo emoción, no echaba tanto de menos eso como al propio Grant.

Después del desayuno de la mañana siguiente, Aiana me llamó con una seña cuando yo salía del comedor. Me hice a un lado y aguardé a que los visitantes de Grashond me adelantaran. Se hospedarían en Las Glicinias por un tiempo, pero siempre comían aparte.

—Tengo que acompañar a Adelaide a la ciudad para que se compre ropa para Hadisen —me dijo Aiana—. ¿Quieres venir con nosotras? Tamsin viene. Tenéis toda la tarde libre.

—Claro —dije taciturna.

Aiana ladeó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Qué ocurre? Pensé que estarías más que contenta de tener a Tamsin de vuelta.

—Y lo estoy, y lo estoy. Pero… —Estudié su cara en busca de

algún signo que me indicara si sabía lo de la noche de la Fiesta de las Flores. Ella y Grant estaban unidos… pero ¿hasta qué punto? Él no parecía la clase de hombre inclinado a hacer confidencias—. ¿Has hablado con Grant últimamente?

—No, ¿por qué?

—Nosotros… bueno, ya no trabajo para él. Me han dejado fuera del caso. A Silas nunca le pareció buena idea.

Su voz se hizo compasiva.

—Ni a mí. Sé que te gusta la aventura, pero es por tu bien. Mira, cuando encontremos un rato libre, te enseñaré a disparar la ballesta. Eso hará que te sientas un poco más intrépida.

—Eres muy amable —dije automáticamente—, pero no sé si alguna vez tendré razones para atacar con un arma a distancia.

—Atacamos siempre que lo necesitamos —repuso ella—. Ahora busquemos a las otras chicas y vayamos a la ciudad. De hecho, iremos a la tienda de Grant.

Intenté reprimir un grito ahogado. Las tiendas de artículos eran numerosas en la ciudad, pero claro, Aiana solo iría a una de ellas para comprar ropa y artículos para las colonias. Y, a pesar de que Grant había hecho estragos en mi vida, una parte traicionera de mí quería verle un poco. Aquello, combinado con una salida a la ciudad con mis mejores amigas, hizo que el día me resultara de pronto más interesante.

Nunca había estado en el interior de Winslow & Elliott. Los estantes y las perchas sostenían toda clase de género, desde pesada maquinaria minera y agrícola hasta montones de ropa y equipamiento para carros y caballos. Grant estaba detrás del mostrador, atendiendo a los numerosos clientes de la tienda, pero ni siquiera me dedicó una mirada. Perfectamente consciente de nuestra llegada, saludó rápidamente a Aiana en balanco. Tamsin y Adelaide recibieron otro saludo con la cabeza también. Pero yo no. Mi buen humor se vino abajo.

—Eh, ¿te acuerdas de Grant Elliott, el del barco? —me susurró Adelaide—. Trabaja aquí.

—¿Quién?

Me alejé tanto de él como pude y fingí un gran interés en las telas toscas. Tamsin curioseó conmigo hasta que Grant quedó libre para atender a Adelaide. Yo me quedé donde estaba e intenté

ignorarles en vano mientras ellos iban charlando por la tienda. Grant parecía encantado en su servicial papel de tendero, y me fastidió no poder distinguir si era porque nuestra pelea no le había perturbado realmente o solo estaba ocultando sus sentimientos con otra máscara.

Cuando salimos de la tienda, Aiana me pasó un trozo de papel mientras Adelaide y Tamsin parloteaban.

—¿Qué es esto?

—Grant me lo ha dado en la tienda. —Negó con la cabeza, claramente disgustada—. A lo mejor no estás fuera del caso después de todo.

Me lo guardé en la mano hasta que volvimos a casa, con el corazón latiendo furiosamente durante todo el camino. Una nota para mí. Una nota de Grant. Hasta ese momento no había comprendido con qué desesperación necesitaba llenar con algo el vacío entre ambos. Puede que superarlo, incluso. ¿Qué tenía que decirme? ¿Intentaba atar algún cabo suelto del caso simplemente? ¿O quería hacer las paces? La esperanza empezó a brotar dentro de mí.

Por fin desplegué el papel en el dormitorio, sentada en mi cama y escondiéndolo detrás de un libro para que Tamsin y Adelaide no lo vieran. Mi frágil esperanza casi se vino abajo cuando vi que no era la letra de Grant, hasta que comprendí… que era la de Lonzo.

25

Extendí frenéticamente el papel sobre las páginas del libro. Como yo, Lonzo había usado el antiguo código de nuestro padre.

> Mira,
>
> No te imaginas lo feliz que me hace saber que estás sana y salva en esta orilla del océano. Me he preocupado noche tras noche por ti, creyéndote en los suburbios de Osfro, ¡y ahora descubro que vas a ser la dama de un rico terrateniente! Lo reconozco, me cuesta imaginarte sentando la cabeza como una esposa recatada. Algo me dice que no guardarás tanto recato, no obstante, así que deseo que hayas elegido a un hombre que sepa apreciar tu naturaleza salvaje. Y, te lo ruego, no desperdicies su dinero conmigo. Debo sesenta doblones de oro de fianza, y podré pagarla yo mismo de aquí a un año. Me he presentado voluntario a un equipo que trabaja en diques y drenaje en algunas de las tierras más pantanosas. Es un trabajo peligroso, pero bien pagado, mucho más de lo que he ganado trabajando en las plantaciones. Aquí soy uno de los hombres más fuertes, y eso es lo que necesitan. Sigue contándome cosas de tu nueva vida, e iré a buscarte cuando sea libre.
>
> Con amor,
>
> LONZO

Me alegró que mis compañeras anduvieran ocupadas con sus quehaceres, porque probablemente mi expresión era de puro espanto. Conocía los esfuerzos que eran necesarios para domar las ciénagas de los territorios no incorporados de Osfrid. Sabía mucho sobre el tema, de hecho. Había bailado una vez con un hombre cuyo primo era supervisor, y una clase de ingeniería ocupó casi todo el baile. El drenaje era un trabajo peligroso. Extremadamente peligroso. Eran frecuentes las muertes por accidente o enfermedad.

Sesenta doblones de oro. Tenía que conseguir sesenta doblones, y no había tiempo que perder. No podía arriesgarme a dejar allí a

Lonzo ni un minuto más. La recompensa de Grant, de haberla recibido alguna vez, me habría ayudado inmensamente, pero eso ya quedaba descartado. Mi trabajo con Tom me había procurado hasta ahora quince monedas de oro. Conseguir el resto era posible, pero ¿cuánto tiempo me llevaría? Podría casarme con Rupert y tener el dinero enseguida… pero por muy amable que me resultara el anciano, prefería esperar si era posible. Solo que… ¿podía permitírmelo? Incluso si lograba reunir el resto de la fianza gracias a mis colaboraciones con Tom, conseguir el dinero suficiente para pagar mi cuota a tiempo era algo imposible. Tenía que casarme con Rupert sí o sí.

Me froté los ojos, frustrada ante la falta de opciones. Tom, decidí. Tendría que ser Tom. Siempre había dado golpes más grandes que eran moralmente discutibles, y yo siempre los había despreciado con altanería. Pero ¿en estos momentos en que Lonzo estaba en peligro? ¿Hasta dónde era capaz de llegar?

Volví a mirar la carta y recorrí la escritura familiar con los dedos. El dolor de perderle inundaba cada parte de mi ser. Y me asombró el efecto que tuvo en mí ver escrito el sirminio. Hablaba osfridiano con tanta naturalidad a estas alturas que mi lengua nativa casi había dejado de existir para mí. Las palabras que tenía delante, incluso desordenadas por el cifrado, despertaron un mar de recuerdos y anhelé contemplar los verdes aledaños de la granja de mi familia y las elegantes torres de Santa Luz.

«El imperio forma parte de mí. Lo llevo dentro».

Las palabras de Grant se me revelaron con un nuevo significado y, con ellas, una punzada de culpabilidad. A pesar de sus explicaciones, le movía un elemento de venganza. La descripción de su tío lo demostraba. Pero comprendí, en estos momentos, que sus ganas de volver se debían a algo más, y que lo había juzgado mal. ¿Era eso suficiente para compensar las otras cosas que Grant había dicho y hecho aquella noche? La chispa de furia que se prendió en mí me convenció de lo contrario.

Volví a centrarme en la carta y medité de nuevo hasta dónde sería capaz de llegar por Lonzo. La respuesta fue inmediata: hasta donde fuera necesario.

Me escabullí para ir a la taberna del Toro Danzarín a la hora de costumbre, cuando la casa entera dormía. En adelante tendría que

sortear a dos compañeras de cuarto y no sabía si Tamsin sería tan complaciente como Adelaide. Pero Tamsin tenía el sueño pesado y solo me quedó desear que no se percatara de que me había ido.

Recibí un montón de saludos cuando entré en la taberna y muchos de los parroquianos quisieron invitarme a un trago. Yo me negué con una sonrisa y me acerqué a la barra, donde vi que estaba Tom. Justo cuando iba a abrir la boca para hablar, me di cuenta de que Tom estaba manteniendo más que una conversación de barra con el hombre que estaba a su lado. Después de un momento, lo reconocí: era uno de los milicianos que había venido preguntando por Grant y por mí a la posada. Retrocedí, dispuesta a salir corriendo, cuando recordé que no había llegado a verme la cara y que hacía ya dos semanas del incidente.

—Higgins, me vas a convertir en un hombre pobre —estaba diciendo Tom. Reconocí el tono, amistoso por fuera, enojado por dentro—. Ya te hemos pagado mucho más de lo necesario.

El otro hombre cruzó los brazos.

—Esa patrulla está al mando de los poderosos de la ciudad. Les convencimos de que la pelea había empezado por culpa de un tercero, pero siguen presionándonos para descubrir quién fue. Es mucho lo que tenemos que tapar.

—No tengo más dinero para esto. Tendrás que esperar o llevarte algo a cambio.

—¿Qué puedes ofrecerme? —preguntó el miliciano, picado por la curiosidad.

Tom se quedó pensativo un rato.

—Nos queda algo de queso de Belsia. Candelabros de bronce. Los rollos de seda. Tres relojes y…

—¿Seda? —interrumpió el hombre—. Mi mujer siempre ha querido un vestido de seda. ¿De qué colores?

—Ven mañana a mediodía, cuando haya menos gente, y te las enseño.

—¿Todavía estás arreglando las cosas con la milicia desde la Fiesta de las Flores? —pregunté en cuanto el hombre se hubo ido.

—Sí. Tenemos que untar unas cuantas, qué digo, muchas manos, pero a la postre parece ser que el oro, y por lo visto también la seda, son más persuasivos con la milicia que las órdenes del gobernador. Pero tú no te preocupes por eso. ¿Dónde te habías

metido? Te hemos echado de menos.

—He estado ocupada, pero ya estoy lista para volver al trabajo. —Mis palabras salieron con demasiada vehemencia. Estaba deseando desfogarme de la frustración experimentada por el desenlace con Grant.

Apenas percibí que Tom arqueaba una ceja detrás de su máscara.

—Eso parece. ¿Qué ha provocado este fuego?

—Necesito más dinero.

—Como todos. Pero hay algo más que el dinero. —Puso un semblante de fingido asombro—. Porque, *lady* Aviel, ¿no estarás permitiendo que algún hombre juegue con tu corazón, verdad? Eso solo trae problemas. No te alejes de tu camino. Deberías considerar la idea de ser un ángel de verdad y centrarte en una vida casta.

Fruncí el ceño.

—¿Vais a dar algún golpe esta noche o no?

—Vamos a darlo —dijo con la misma sonrisa burlona—. Y podría necesitar ayuda extra. Jenks no ha vuelto todavía de su último trabajo, así que andamos escasos de manos. Es un buen golpe. Contra los malos. Si quieres participar en la pelea, tienes vía libre.

Tenía razón con lo de la pelea. Nuestro objetivo era un carromato que venía del norte, como muchos otros desde que las carreteras se habían despejado y abierto al comercio. Este carromato y su cargamento ya habían sido saqueados, y sus nuevos dueños no habían perdonado la vida a ninguno de los anteriores. Al parecer, su historial era largo y sangriento. Tom había recibido el chivatazo del recorrido que harían esa noche. Los aguardamos a ambos lados de la carretera norte-sur y los asaltamos en cuanto aparecieron.

Seis hombres saltaron inmediatamente del carromato, rodeándolo con mosquetes y espadas. Se oyó un disparo a mi lado, y uno de los bandidos cayó al suelo, agarrándose la pierna.

—Atenta —dijo Tom a mi derecha. Otros dos disparos salieron silbando del carromato, sin acertar a mis camaradas entre los árboles—. ¡Allí, en aquella punta! ¡Mientras los otros están recargando! ¡Quiere hacerse con las riendas!

Puñal en mano, corrí a la parte delantera del carruaje. Uno de

los hombres se había subido al asiento del conductor e intentaba huir tras haber calibrado las posibilidades. Subí de un brinco al asiento y le apuñalé un costado. La hoja sacó sangre, aunque las costillas habían desviado lo peor del golpe. El bandido no acertó a clavarme su cuchillo cuando se volvió hacia mí, pero consiguió golpearme con el antebrazo y empotrarme contra el asiento. Entonces se cernió sobre mí, pero yo le propiné una patada con todas mis fuerzas. Mis botas se clavaron en su estómago. Volví a la carga con el puñal mientras él se tambaleaba al borde del carromato. Con otra patada directa al estómago lo tiré al suelo.

Detrás de mí, dentro del carromato, Elijah y Tom se batían contra otros tres bandidos. Los que quedaban en tierra estaban enzarzados con Tom y Anders. Me acerqué para ayudar a Elijah y a Tom el Chico, y entonces vi que uno de los hombres derribados se levantaba del suelo y apuntaba a Elijah. Salté sobre él justo en el momento en que se disparaba la pistola y lo tiré al suelo.

—¡Ahora! —gritó Tom desde la oscuridad.

Tom el Chico empujó al último hombre por el borde del carro y corrió al asiento del conductor. Cogió las riendas y arreó los caballos. Me arrodillé en la caja del estruendoso carromato con Elijah y le ayudé a sentarse. La bala le había rozado el brazo.

—He salido de peores —me dijo al ver mi inquietud. Se tocó la manga ensangrentada con la capa—. Pero deberías haberme dejado y haberte ocupado de ti misma. Podrían haberte matado.

—Estaba fuera de su alcance. Y seguramente no corría tanto peligro. —Le di una palmadita en el brazo sano—. Además, somos amigos.

Pareció sorprendido por la declaración y luego empezó a sonreír.

—Supongo que lo somos.

Le devolví la sonrisa y me aferré al borde del carromato cuando partimos con gran estrépito. Al cabo de una milla, Tom el Chico hizo un alto, y aguardamos en la oscuridad. Unos minutos después, oímos otros cascos de caballos martilleando el suelo y Tom y Anders aparecieron con nuestros caballos a remolque. Tom descabalgó inmediatamente y se subió al carromato, los ojos clavados con avidez en las tres cajas selladas alrededor de las cuales estábamos sentados. Anders iba detrás de él, cargado con una palanca. Abrió las cajas mientras Tom el Chico encendía un farol.

Todos nos inclinamos para mirar.

Elijah emitió un gruñido de aprobación.

—Mercancías balancas. Acaba de terminar la época del deshielo en el norte. Alguien estaba ávido de bajar todo esto para anticiparse a las ventas.

Sacó una elegante escultura de una mujer conduciendo un ciervo. A primera vista, parecía que la piedra era negra, pero cuando la giró a la luz pude ver un brillo plateado en la lisa superficie.

—Aquí no es posible hacer nada igual. La venderé a buen precio a los compradores adecuados —dijo Tom. Señaló otra caja—. Lo mismo que esta seda. Supongo que significa que podré reponer la que Higgins me despluma. No creo que quieras un vestido de seda, ¿verdad, *milady*? ¿No? Bueno, estoy seguro de que esta otra caja te gustará. Más fruta, recién traída de la preciosa costa balanca. La señorita Smith te adorará más de lo que ya te adora.

Emprendimos triunfalmente el regreso a la ciudad. Tom y Anders guiaban al grupo mientras discutían sobre la mejor manera de vender las esculturas y la seda. Yo cabalgaba a la cola con Elijah, siempre dispuesto a explicarme cosas. El chico me temía en alta estima por haber ayudado a su familia, y mi ayuda de esta noche contribuía a reforzar mi estatus. Me consideraba como a una hermana pequeña.

—La piedra de esas estatuas balancas… nunca había visto nada igual —comenté.

—Allá tienen muchas, al contrario que nosotros, así que es un buen negocio. Los coleccionistas ricos las codician y piensan que han adquirido alguna reliquia perdida. Lo que nosotros hemos conseguido no es más que artesanía común, presente en cualquier casa. Pero, como he dicho, aquí es muy apreciada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has estado alguna vez en su imperio?

Aquella era mucha más información de la que obtenía generalmente de Aiana o de Grant, quienes apenas hablaban de los balancos. Sentía curiosidad por la tierra por la que Grant se disponía a arriesgar tanto.

—Cuando yo era más joven, mi padre era comerciante y subíamos mucho. Vivimos allí un tiempo. Ahora son más cerrados, pero el comercio sigue fluyendo desde las fronteras.

—¿Y cómo es aquello?

Elijah se quedó pensativo.

—Bonito. Pero diferente. Es tan diferente de esto que ni siquiera parece un sitio real, ¿sabes? Aunque está muy al norte, la costa oriental es cálida, debido a no sé qué de las corrientes marinas. Son parte de Adoria desde mucho antes que nosotros, y todas las casas y los negocios… no son nuevos e improvisados como en las colonias. Toda la madera y la piedra están talladas. A mí me encantaba de pequeño. Si te quedabas mirando una casa, siempre encontrabas algo nuevo en la carpintería. Animales. Hojas.

—¿Cómo es la gente?

—Distinta de nosotros. —Se encogió de hombros—. Pero al mismo tiempo es igual.

Llevamos la mercancía a la taberna del Toro Danzarín, y Tom ordenó a sus hombres que la bajaran al almacén. Una vez satisfecho, Tom se relajó con una jarra de cerveza y me miró con perspicacia.

—Entonces. ¿Qué es eso de que necesitas más dinero?

Hice una mueca.

—He tenido algunos contratiempos, nuevas deudas que necesito pagar.

—Espero que no estés soltándole los cuartos a ese hombre tuyo.

—¡No hay ningún hombre! —insistí—. Esto es para la familia.

—Ah. Esto ciertamente sube la apuesta, ¿verdad? Por suerte para ti, puede que tenga un trabajillo con bastantes posibilidades de que salga bien, eso si cincuenta doblones de oro pueden resultarte de alguna utilidad.

—¿Cincuenta? —Más del doble de lo que ya había ganado. Con eso tendría suficiente para la fianza de Lonzo—. ¿En un solo golpe? ¿Qué clase de golpe?

—Espero otro cargamento dentro de un par de semanas, un asunto parecido al del *Reina Grace*: nos colamos en el barco, apresamos a los marineros sin que haya bajas, o eso espero, y nos largamos con el botín.

La sospecha mitigó mi entusiasmo.

—Si tan fácil es, ¿por qué da mucho más dinero que el anterior?

—Porque el cargamento vale más.

—¿Qué vas a robar? —pegunté—. ¿Es otro golpe lucrativo a un

pobre comerciante que pasa apuros para llegar a fin de mes?

—Es por dinero, pero puedo decirte sin el menor atisbo de duda que el propietario del cargamento no es precisamente pobre y que se gana la vida con las muertes de innumerables personas. Y espero que sepas que yo valoro una vida lo mismo que tú. Como siempre, intentaremos hacerlo de manera que cause el menor daño posible a la tripulación. Los Seis saben que no puedo pagar más sobornos.

La excitación de la pelea había desaparecido y empecé a notar cansancio. Sabía que lo más aconsejable era no acercarme a nada cuya vileza reconocía hasta el propio Tom. El propósito inicial de *lady* Aviel se había nublado, y cuanto más me juntara con Tom, más dejarían de existir el blanco y el negro. Estaba perdida en el gris.

Sin embargo, eran cincuenta doblones de oro. Por una noche de trabajo. Y la libertad de Lonzo.

«Nunca pensé que eras esa clase de persona, Mirabel».

No escuché la voz de Grant en mi cabeza. Después de todo lo que me había hecho pasar, el desafío me pareció tan bueno como lo que podía hacer por mi hermano.

—Cuenta conmigo.

Tom me dio los detalles de la hora y el lugar donde íbamos a dar el golpe y luego me marché. Cuando volví a las Glicinias, Tamsin y Adelaide dormían profundamente. Me deslicé entre las sábanas y el sueño me venció nada más cerrar los ojos.

Me esperaba otro día agotador, pero pensar en lo rápido que iba a obtener el dinero para la fianza de Lonzo me hacía feliz. Sin embargo, como venía sucediendo últimamente, cada nueva exaltación de mi ánimo terminaba en un horrible golpetazo: Adelaide partiría al día siguiente.

Sabía que tarde o temprano aquello sucedería. La había ayudado con las compras y demás. Pero afrontar la realidad, su inminente partida a una nueva colonia… me golpeó de una nueva manera. Acababa de recuperar a Tamsin. Quería tenerlas a las dos conmigo, unidas y a salvo en la seguridad de nuestro dormitorio. Pero el mundo tenía otros planes. Adelaide se había marchado temprano para seguir con los preparativos, de modo que ni siquiera podría pasar el día con ella. Tamsin había acudido a un té de alto copete. ¿Y yo? Yo no tenía compromisos hasta la noche.

Como hecho excepcional, los Thorn habían priorizado las oportunidades sociales de las chicas del *Albatros Gris*. Jasper estaba al corriente del interés que Rupert tenía en mí, y de que probablemente era mi única carta, puesto que yo había rechazado a otros posibles esposos, así que no se molestó en malgastar recursos para seguir exhibiéndome.

—Buenas noticias —dijo Aiana, interceptándome después del desayuno con ese estilo tan suyo. A veces me hacía pensar que permanecía al acecho fuera del comedor—. Tengo el día libre también. Podemos dar alguna clase de ballesta, y devolverte la sonrisa.

—No sé por qué, pero imagino que a Jasper o incluso a Charles no les parecerá buena idea.

—Bueno, no se enterarán, claro. —Sus ojos destilaban picardía—. Estoy autorizada a acompañarte en tus paseos. Nos alejaremos a una zona arbolada hacia el oeste y practicaremos allí.

Seguía sin entusiasmarme la idea de aprender a manejar la ballesta, pero salir —libremente— de casa era una oportunidad preciosa.

—Vale, vamos.

Aiana pareció satisfecha con mi consentimiento y fue a buscar su abrigo.

—Pero primero, toma esto. Para estar teóricamente «fuera» del caso, me parece que estás recibiendo muchos mensajes.

Cogí la carta, furiosa conmigo misma por desear que fuera de Grant. «Déjalo, Mira —me dije—. Estás permitiendo que arruine tu vida. Tom tenía razón. Sigue tu camino».

Pero entonces, ¿de quién si no era la carta? ¿Quién más estaría enviándome cartas a través de Aiana? ¿Lonzo otra vez?

Un repentino temor de que lo hubieran herido o asesinado volvió a embargarme, y estuve a punto de romper el papel al abrirlo. Cuando vi de quién era el mensaje, me quedé desencajada. Tuve que leerlo dos veces.

—¿Todo bien? —preguntó Aiana al ver mi reacción.

Levanté la vista lentamente.

—No estoy segura. Es de Silas. Y… quiere que haga un trabajo para él.

26

Silas parecía tan asombrado como yo de pedirme ayuda.

> Nunca he aprobado tu implicación en esto, pero se ha producido una circunstancia con la que solo tú puedes ayudarnos. El gobernador Ryan de Paxton está en la ciudad, y mis otros espías han averiguado que es uno de los peces gordos de la conspiración. Ha venido a Denham para entregarle una carta a otro mensajero, y la necesitamos antes de que él desaparezca. Durante su estancia en la ciudad se alojará en casa del gobernador Doyle. Me han dicho que estarás allí esta noche. No me gusta pedirte que corras riesgos, pero si hay algo que puedas hacer para localizar la carta, podríamos esclarecer este lío de una vez por todas. Tú decides.

Bajé la carta y vi que Aiana entrecerraba los ojos con recelo.

—Algo me dice que no va a gustarme el contenido.

—Podría ser peor —respondí, metiéndome la carta en el bolsillo—. Ahora enséñame a usar una ballesta.

Nadie interrogó a Aiana cuando me acompañó fuera de la casa para lo que parecía un simple paseo. El sol brillaba con fuerza para variar, pero estaba tan inquieta por la carta que no pude apreciar el día. ¿Qué iba a hacer? El hecho de que Silas me pidiese algo así revelaba la importancia de la misión. Pero no me había dado demasiadas pistas: una carta en algún lugar de una propiedad gigantesca. ¿Y si me pillaban fisgando en casa del gobernador? «Podríamos esclarecer este lío de una vez por todas». No deseaba involucrarme en nada que guardase la más remota relación con Grant… pero tampoco podía pasar por alto lo que estaba en juego.

—Baja de las nubes, Banle —me dijo Aiana. Habíamos llegado al límite de la propiedad de Las Glicinias y sacó una ballesta pequeña, de líneas elegantes, de debajo de un matorral—. Tienes que centrarte en esto.

—¿Cómo me has llamado?

—Banle —me dijo sonriente—. Es como un polluelo. Un polluelo que sigue en el nido y quiere volar.

—Acabas de darme un «nombre íntimo». —Le sonreí a mi vez, aunque no estaba segura de si debía sentirme halagada o no—. «Banle».

—No, Baan-le.

—Eso es lo que he dicho.

—Has dicho la palabra que usamos para patatas hervidas.

—Suenan igual.

—No, escucha.

Repitió las palabras y apenas pude percibir una leve diferencia de tono en la primera sílaba.

—¡El balanco usa entonación! —exclamé—. Leí sobre ello en mis estudios lingüísticos, pero ninguna lengua evaria la usa.

—No sé cómo se llama, solo que es así. A lo mejor por eso tu gente tiene tantas dificultades para aprender nuestra lengua.

Habría preferido aprender balanco en lugar de ballesta, pero Aiana era insistente. Empezó por lo básico: cómo cargar las flechas y medir la distancia. La ballesta era hermosa, decorada con la misma piedra negra plateada que había visto durante el asalto al carromato. El gatillo, los alambres y otras partes conformaban un fino trabajo de artesanía que no creí posible encontrar en Evaria. Su belleza y su diminuto tamaño eran engañosos. La ballesta requería mucha fuerza, y después de la clase me dolía el brazo, aunque Aiana no se había equivocado al decirme que disfrutaría.

—Me ha parecido más un juego de tiro al blanco que un arma —le dije en el camino de vuelta. No recordaba cuándo había sido la última vez que había jugado a algo.

Aiana emitió un chasquido de desaprobación.

—En mi tierra no es un juego. En épocas más oscuras, las mujeres a veces se quedaban solas con sus hijos. Una ballesta así las ayudaba a defender el hogar. No es probable que tú te veas en esa situación, pero cuantas más formas de protegerse tenga una mujer, mejor.

—¿Has estado en el bosque? —me preguntó Tamsin cuando volví al dormitorio.

Miré hacia abajo y vi tierra y hojas prendidas en el dobladillo de mi vestido.

—Necesitaba salir y dar un paseo, y Aiana ha venido conmigo para vigilarme.

—Has tomado mucho sol —me regañó—. Pero tenemos otras cosas de las que ocuparnos. ¿Qué me pongo esta noche para la fiesta de despedida de Warren? —Se acercó al armario, sacando de vez en cuando algún vestido y sacudiendo la cabeza—. Tengo que darle buena impresión. Y a sus padres.

Fruncí el ceño. Tamsin nos había asombrado a todos por haber encandilado a Warren en tan poco tiempo. Pero se trataba de Tamsin, claro. ¿Quién iba a oponer resistencia? Sin embargo, él me inquietaba tanto como cuando había rondado a Adelaide.

—Caza herejes, ¿sabes? —dije.

Tamsin soltó el vestido que tenía en la mano y se volvió para mirarme.

—¿Qué estás insinuando?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Es solo que me molesta ver que a algunas personas se las persigue por sus creencias, cuando en realidad no hacen mal a nadie. ¿A ti no te molesta?

Nunca habíamos discutido de religión. Por lo que sabía, ella también odiaba a los herejes.

Pero percibí algo en sus ojos. La duda, acaso. Sin embargo, se disipó rápidamente, cediendo ante su acostumbrada resolución. Apretó las manos.

—Es un hombre inteligente. Si algo está mal… bueno, estoy segura de que lo reconsiderará. ¡No me mires así! Es gobernador. Nadie puede darme una vida como la que me puede dar él. Está ansioso por tener esposa una vez esté instalado allí. Y yo estoy ansiosa por ser esa esposa.

—Solo quiero que seas feliz, eso es todo.

—Si esto sale bien, lo seré. —Permaneció con la mirada perdida durante un rato, presa de sus propios pensamientos—. Bueno, ya es suficiente, vamos a dejar el tema. Volvamos a pensar qué llevaré esta noche. Y qué vas a llevar tú. Todavía tenemos que buscarte marido.

Pero no era un marido lo que yo buscaba esta noche. La flor y la nata de Cabo Triunfo abarrotaba la hacienda. Había muchos más invitados que en la fiesta del aniversario de la ciudad la semana

anterior. Varios de ellos habían venido incluso de otras colonias. El hijo de un gobernador que iba a convertirse en gobernador de una nueva colonia era todo un acontecimiento. Tamaña multitud presentaba pros y contras: la presencia de más personas significaba más ojos controlando, pero también que sería más fácil mezclarse entre ellas.

Encontré sin dificultad al gobernador Ryan. Era un hombre alto y sociable, amante del vino y, por las conversaciones que oí, también del juego. Sus ojos se fijaron en mí una vez; me miró con perplejidad primero y al momento con desaprobación. Luego volvió a centrarse en sus acompañantes y nunca más volvió a mirarme. No era la primera vez que tenía que soportar una condescendencia tan descarada. No toda la élite de Cabo Triunfo me aceptaba, pero al menos la mayoría se había acostumbrado a verme en actos sociales.

Sin embargo, el gobernador no me hacía ninguna falta. Lo que me hacía falta era su carta, y si la llevaba encima tenía todas las de perder. Había robado antes algún bolsillo, pero solo en privado. El gobernador Ryan andaba siempre rodeado de gente y penetrar ese círculo era cosa imposible, pero si la carta estaba en algún lugar de la casa, mi misión sería un poco menos imposible.

—Pero, padre, ¡pensad en el dinero que nos ahorraremos!

—No. Nuestra fortuna no se ha construido sobre vidas humanas, y eso no va a cambiar.

Apenas pude percibir aquellas voces familiares por encima del zumbido de la sala. Tras echar un vistazo rápido, vi a Rupert Chambers descansando en un pequeño vestíbulo, con un Cornelius visiblemente agitado de pie junto a él. Empecé a retirarme cuando Cornelius me vio en el último segundo. Se acercó raudo y prácticamente me arrastró hasta su padre.

—¡Señorita Viana! Qué placer. Padre, ¿no os alegráis de verla? Rupert miró a su hijo con severidad.

—No intentes distraerme con esta pobre chica. No es que me disguste veros, querida.

Cornelius me atrajo hacia una silla.

—Sentaos, sentaos. Vuestros pies estarán cansados.

Normalmente no me habría importado quedarme un rato con Rupert, pero otros asuntos exigían mi atención.

—Me encantaría, pero…

—Solo una pequeña pausa —insistió Cornelius.

—Deja que se vaya —exclamó Rupert con un rugido que nunca habría esperado de él—. Por los Seis, déjala en paz y que vaya a bailar con hombres de su edad.

Cornelius se detuvo ante el tono de su padre y me soltó la mano. Le hice una reverencia a Rupert.

—No deseo interrumpir vuestra conversación, señor Chambers. Nos pondremos al día más tarde.

Me fui presurosa antes de que Cornelius pudiera detenerme. ¿De qué trataba todo aquello? Nada debería sorprenderme de la familia Chambers a estas alturas, pero conseguían hacerlo.

Me abrí paso entre los presentes enfrascados en sus conversaciones, haciéndome una idea de la distribución de la hacienda. Había estado allí varias veces pero nunca con la necesidad de conocer el plano de la casa. Observé por qué pasillos iban y venían los criados y la familia. Finalmente, después de mucho escrutinio, especulé sobre la dirección que me conduciría al ala residencial y me quedé merodeando cerca de la puerta. Aguardé hasta que estuve segura de que nadie me miraba y me aventuré por ella.

Al principio pensé que mis suposiciones habían sido erróneas. Recorrí un estudio, un ropero, un salón y varias estancias que ni siquiera parecían en uso. Era todo excesivo. Pero, al fin, un recodo me condujo a un vestíbulo de puertas cerradas. Abrí la primera y encontré una habitación pulcra que no mostraba signos de ocupación. Sin embargo, era un comienzo.

Una sucesión de puertas revelaron unas cuantas habitaciones más de invitados, así como el vasto dormitorio principal del gobernador y la señora Doyle. No lejos de este, otra amplia habitación albergaba numerosos baúles y cajas. Eran de Warren, sin duda, listos para el viaje. Dos puertas más allá había una habitación de invitados con una cama arrugada y un baúl pequeño. Me colé dentro y encendí una vela.

El baúl estaba cerrado y así lo dejé mientras buscaba en los rincones habituales: el escritorio, la cama y la cómoda. Nada. Si la carta estaba aquí, tenía que estar en el baúl. Me agaché y saqué el juego de ganzúas. El cerrojo se abrió con poco esfuerzo. Dentro, encontré los clásicos artículos de viaje, pero ni rastro de la carta.

Ladeé la cabeza, calibrando la altura del baúl. Pasé las manos por su interior y encontré un escondrijo. No pude reprimir una carcajada. La escena del camarote de Grant se repetía. Recordé las palabras de Grant; para abrir este tipo de baúles no hacía falta mucho ingenio.

Abrí el segundo cerrojo y levanté el fondo del baúl. Allí estaba: un sobre sellado. Rompí la cera y saqué una sola hoja de papel que era un galimatías. Bueno, más que un galimatías, era una sarta de palabras lorandesas sin sentido. Tenía que ser un código.

Volví a guardar el baúl como estaba antes, apagué la vela y regresé al pasillo. Ya había aprendido lo suficiente como para saber que no podía llevarme la carta sin más. Me detuve en el estudio por donde había pasado antes y encendí otra vela. Como había esperado, había papel y pluma dispuestos con esmero en el escritorio, y me puse a copiar rápidamente la extraña nota. No podía permitir que el gobernador Ryan sospechara nada. Después regresé al dormitorio para devolver la carta original. La metí en su sobre y acerqué la llama de la vela para fundir más o menos otra vez el lacre. Con suerte pensaría que se había partido durante el viaje.

Nadie me había echado en falta en la fiesta. Los hombres de la familia Chambers seguían enfrascados en su acalorada discusión, y Tamsin no se había despegado de Warren y le reía las gracias en el otro extremo del salón. Los observé durante unos segundos, todavía desconfiando de la unión de esa pareja. Rememoré las antiguas palabras de Tamsin; palabras que parecían haber sido pronunciadas hacía mucho tiempo: «Sí, tienes razón, prefiero el éxito a todo lo demás, pero espero no tener que elegir. Espero amarle también, o aprender a hacerlo».

Adelaide estaba dormida cuando Tamsin y yo volvimos a casa, muy a mi pesar. Habría querido pasar tiempo con ella antes de que partiera con Cedric por la mañana. Me acerqué a su cama, estudiando sus bonitas facciones y sus largos cabellos. Se me hizo un nudo en el estómago, y Tamsin me rodeó con el brazo, alejándome de la cama.

—Estará bien —murmuró—. Es más fuerte de lo que crees.

Tamsin se durmió rápidamente, sin duda agotada por sus atenciones con Warren, y yo me escapé a la oficina de Silas poco

después. Me miró al abrir la puerta e hizo un gesto satisfecho.

—La has encontrado.

Nos inclinamos sobre la mesa mientras desplegaba la carta.

—Humm —dijo—. ¿No sabrás lorandés?

—Algo. Lo he mirado antes, pero no tiene sentido.

—Deja que sea yo quien juzgue eso. ¿Qué dice?

Toqué las palabras de la primera línea.

—No sé qué significa la segunda, pero el resto es «mi mapa liebre corto para bailar para parar». ¿Es un código que conocéis?

—No —reconoció—. Quizá la palabra que no conoces sea la clave.

—Lo que entiendo del resto tampoco tiene mucho sentido. Solo son palabras sin un orden lógico. No hay correspondencia con la conjugación verbal. Tengo un diccionario de lorandés en casa. Quizá tenga más sentido si lo traduzco todo primero. Quizá solo haya que cambiar las palabras de sitio.

Silas no dijo nada y se limitó a sacar una caja de madera de uno de los cajones de su escritorio. Cuando la abrió, extrajo de ella una docena de frascos pequeños. Después de quedarse un momento pensativo, escogió uno y sumergió un pequeño cepillo dentro. El líquido de la botella tenía un olor metálico y puso un poco entre las dos primeras líneas. No ocurrió nada. Lo intentó con un segundo frasco y con un tercero.

—¿Creéis que hay letras invisibles intercaladas? —pregunté.

—Parece que no. Ninguno de los reactivos comunes está funcionando. Siempre hay quien se inventa el suyo, pero para hacerlo son necesarios cantidad de productos químicos. No sé si los conspiradores tienen tantos recursos. —Dio un golpecito a las palabras—. Pero podrían inventarse su propio código, por qué no.

—¿Podéis descifrarlo?

—Tengo algunos recursos que puedo consultar. —Vaciló—. ¿Cuándo puedes tener lista la traducción?

—Mañana —dije de inmediato.

Silas me miró y se quedó pensativo.

—¿Por qué estás haciendo esto? Grant me ha dicho que ya no querías y que te habías retirado del caso.

—¿Eso os ha dicho? —pregunté como si tal cosa.

—No me ha contado mucho al respecto. Estaba bastante

nervioso. Lo otro que ha dicho es que era mejor para todos que te hubieras ido y que nunca volvieras a cruzarte en nuestro camino.

Me estremecí y Silas se dio cuenta.

—Bueno. La Corte Reluciente me tiene muy ocupada. ¿Y no me queríais fuera de todas maneras?

Para mi sorpresa, Silas se mostró avergonzado.

—Así era… al principio. Pensé que serías una distracción y que harías más mal que bien.

Levanté la barbilla.

—¿Y ahora?

—Pienso que haces más bien que mal. —Sonrió ante mi indignación—. Al menos en este caso.

—Hagamos una copia y me la llevo para trabajarla en casa.

Silas permaneció a mi lado mientras yo copiaba la carta, estudiando las palabras con el ceño fruncido como si fuera a producirse una revelación. Cuando hube terminado, suspiró irritado y se apartó.

—Estamos cerca —murmuró—. Llegaremos. Gracias.

—Me alegra ser de ayuda.

Me acompañó hasta la puerta pero no la abrió. Tras aclararse la garganta, dijo con tono áspero:

—Grant está en el sur con la patrulla un par de días. Odia a esos dichosos fanáticos, pero le sirven de tapadera. En fin. ¿Hay… hay algún mensaje que quieras darme para él?

Sentí un súbito aleteo en el pecho, y los recuerdos de la noche de la Fiesta de las Flores empezaron a dar vueltas en mi cabeza. Pero luego recordé nuestra visita a la tienda, durante la cual se había negado a reconocer mi presencia.

«Lo otro que ha dicho es que era mejor para todos que te hubieras ido y que nunca volvieras a cruzarte en nuestro camino».

—No —le dije—. No hay ningún mensaje.

27

La partida de Adelaide me afectó mucho a la mañana siguiente. Por muy ajetreadas que fueran nuestras vidas en Adoria, siempre me reconfortaba saber que volvería a verla en Las Glicinias. Eso se había terminado. Su futuro estaba en las estribaciones del oeste de Hadisen, lejos de Tamsin y de mí. Se dirigía a una tierra peligrosa con gente peligrosa, y eso me asustaba. Ya no podría seguirle la pista. Adelaide estaría sola.

Bueno, completamente sola no. Cedric estaba con ella. Y a pesar del lío en el que se habían metido, ambos parecían radiantes de felicidad en la fiesta de despedida de Hadisen. La expedición al oeste era enorme, compuesta de carruajes, animales y casi doscientas personas. Unas iban en busca de oro, otras a labrar las tierras. Algunas solo buscaban un trabajo, el que fuera.

«Adelaide es feliz porque es libre», pensé mientras la veía despedirse de nosotras con la mano desde uno de los carruajes. Puede que aún no se hubiera liberado de su contrato, pero ella y Cedric estaban a una corta distancia de conseguirlo. Y, en cualquier caso, quedaba libre de engaños y yo la envidiaba por eso.

Warren Doyle cabalgó cortésmente hasta el frente de la caravana, listo para conducirles a una vida mejor. A lomos de su semental, tenía un aspecto muy gallardo, pero su papel en la organización de las patrullas contra herejes seguía dándome mala espina. Ya había sido bastante cruel teniendo en cuenta que tenía un ojo puesto en todo Denham y parte de las colonias vecinas. En lo sucesivo se centraría en este grupo, sus nuevos ciudadanos. Y Cedric —el hombre que había conquistado a la mujer deseada por Warren y practicaba una fe ilícita— estaría atrapado en él durante los diez días de viaje a Hadisen. Mi mirada se desvió de nuevo a Cedric y Adelaide, y rogué que nunca bajaran la guardia.

—No querría esa vida para mí —me dijo Tamsin cuando se

hubieron marchado—. Pero está enamorada. Supongo que eso compensa en parte irse a vivir a la naturaleza salvaje.

—Creí que querías irte a vivir a la naturaleza —bromeé—. ¿No quieres cazar a Warren precisamente por eso?

—Quiero irme a vivir a la casa que el gobernador se ha hecho construir en la naturaleza. Hay una diferencia.

Antes de la partida de Adelaide supimos que el «ataque» a gran escala de Tamsin sobre Warren había sido un éxito. Tamsin no se había equivocado al intuir que Warren quería estrenar su cargo de gobernador con una esposa, y él había reconocido enseguida la fortaleza de mi amiga. Warren le había pedido que no aceptara ninguna oferta de compromiso hasta su regreso.

—¿Tienes compromisos hoy? —le pregunté cuando volvimos a nuestro dormitorio más tarde. Aunque le hubiera prometido a Warren que no aceptaría más ofertas en su ausencia, también había dejado claro que seguiría conociendo a otros pretendientes. Era una forma de apretarle las tuercas o de tener abiertas otras opciones. O puede que las dos cosas.

—Sí, claro. —Terminaba de escribir una de sus cartas diarias y estaba sentada en su cama con un libro—. Solo estoy haciendo una pausa breve. Voy a tomar el té con Melvin Yates dentro de una hora y luego tengo la cena de esta noche en casa de Witmar.

Yo estaba en mi cama con el diccionario de lorandés y la carta codificada. Tuve que mirar dos veces cuando vi la cubierta del libro que estaba leyendo.

—¿Estás leyendo el *Testamento de los Ángeles*?

—¿Eh? —Miró el libro que tenía en las manos, que era un texto eclesiástico estándar—. Ah, sí. Lo empecé en Grashond. Allí no había mucho material de lectura y pensé que no estaría de más leerlo. Además, necesito algo para matar el tiempo. Warren regresará por mar desde Hadisen, pero probablemente no lo veré hasta dentro de dos semanas. —Suspiró con dramatismo y se recostó en la cabecera de la cama—. Estos días van a ser un plomazo.

A mi día le faltaban horas para poder terminar la traducción. No es que la carta fuese larga, pero no podía hacer un trasvase del sentido palabra por palabra. Tenía que tener en cuenta el tiempo y la conjugación, así como las palabras con múltiples significados. Por lo

menos, gracias a mi magra agenda social, no tenía otras distracciones.

Cuando terminé un par de horas más tarde y dejé a un lado el diccionario de lorandés, las palabras en la hoja seguían sin tener sentido. No existía ninguna estructura oracional ni el menor intento por seguir las normas gramaticales del idioma. Si había un mensaje escrito, yo no era capaz de verlo. Hice una copia de la traducción y le di a Aiana la primera para que se la entregara a Silas más tarde.

No supe nada hasta que Aiana me pasó una pequeña nota una semana después, durante una de nuestras clases de ballesta. Era de Silas: «Gracias por la traducción. Sigo sin poder descifrarla».

La esperanza de que mis esfuerzos hubieran procurado alguna pista se desvaneció. Silas y su red habían tenido que llegar a extremos insospechados para descubrir tan solo la existencia de la carta, y luego yo había hecho el trabajo de conseguirla. Todo en vano.

Me preparé para disparar con la ballesta e intenté que mi voz sonara despreocupada cuando pregunté a Aiana:

—¿Te ha dado Silas la nota? ¿O ha sido Grant?

Aiana cruzó los brazos, supervisando mi postura.

—Silas. Apenas he visto a Iyitsi. Está muy absorto en este caso.

Disparé la flecha y Aiana emitió un gruñido de aprobación.

—Me dijo lo importante que era este caso para él, que le permitiría volver con su gente. ¿Existe… existe otra forma de hacerlo? He estado dándole vueltas y he pensado mucho en Sirminia. Ahora entiendo mejor sus razones, pero me sigue inquietando ese resentimiento que acumula desde hace tanto tiempo.

—No existe otra forma practicable en un futuro próximo. Y ciertamente ninguna que pueda darle tanto estatus y legitimidad. La verdad es que es una oportunidad excepcional para que vuelva a casa. Ya se habían enviado embajadores balancos a las colonias, pero no existían ofertas recíprocas hasta hoy. A mí me parece que este no es tanto un «vínculo» de amistad como de ofrecer a los balancos una línea directa de comunicación con lo que está sucediendo aquí.

—¿El estatus que Grant puede conseguir es tan importante para él como para que le valga la pena regresar?

—¿Tan importante? No lo sé. Pero sin duda es importante. Su tío lo trató como un don nadie. Yo también querría vengarme de él. Y entiendo que reclame su derecho de nacimiento. Nuestras ramas familiares están muy arraigadas en nosotros. Forman parte de nuestra identidad. Que te la quiten, o que te alejen de ella, es duro. —Aiana contempló los árboles durante un rato, los ojos nublados por inquietantes recuerdos.

—¿Irás a verle? —pregunté mientras cargaba otra flecha.

Sus labios se abrieron en una amarga sonrisa.

—No. Nadie puede. Él está intentando volver; yo estoy intentando mantenerme lejos. El pacto es estricto. Solo está permitida la entrada a los embajadores y a sus familias; esposas, hijos y parientes así. Nada de amigos ni personas bienintencionadas. Nada de criados ni escoltas. No obstante, mi pueblo tiene fuertes creencias sobre la protección de sus embajadores. Por eso se les concede, en parte, un estatus tan elevado.

Bajé la ballesta.

—¿No lo echarás de menos?

—Pues claro. Me gustaría que se quedara. Pero puede que así tenga algo a lo que aferrarse, en vez de ir por la vida llevando una máscara tras otra. Quizá sea mejor que se vaya. Mi gente me busca, y si alguna vez me encuentran y me obligan a volver, Iyitsi se dejaría la vida intentando impedirlo.

—No sabía eso… de ti, quiero decir. —Medité la última parte de lo que había dicho—. No me sorprende que hiciera eso por ti. Eres su amiga. Me ha hablado de lo peligrosos que son los apegos, pero he visto cómo se preocupa por ti.

—Oh, sí. —Le brillaron los ojos, expresando tanta diversión como afecto—. Que no te engañe su aspereza. Cuando llega el momento de las decisiones difíciles, siempre hace lo que es debido.

No mucho más tarde ese mismo día oímos rumores de que Warren había regresado por mar a Cabo Triunfo tras un exitoso viaje por tierra. Suspiré de alivio al saber que Adelaide y Cedric habían llegado sanos y salvos. Tamsin también estaba contenta, pero pronto volvió a obsesionarse con la incertidumbre de su futuro con Warren. Se paseaba con ansiedad por la casa y miraba constantemente la puerta de la entrada por si llegaban mensajeros. Cuando alguien vino por fin, fue Warren en persona. Tamsin había

estado vigilando desde lo alto de las escaleras y volvió corriendo a nuestra habitación.

—Es él, Mira. —Me agarró por la manga, con la respiración acelerada—. En persona. Ha pedido hablar con Jasper. ¿Sabes lo que eso significa? ¡Va a hacerle una oferta! ¡Por fin! Lo que llevo esperando tanto tiempo.

Yo no sabía qué decir. Deseaba que fuera feliz y viera sus sueños cumplidos, pero ¿era Warren la persona idónea?

Poco después de la llegada de Warren, Tamsin fue requerida en el despacho. Volvió a nuestro dormitorio una hora después, eufórica.

—No estamos prometidos —anunció.

—¿No… no lo estáis? ¿Entonces por qué estás tan contenta?

—¡Porque voy a Hadisen! Warren dice que no quiere encerrarme hasta que no haya visto exactamente lo que me espera. Así que voy a volver con él en barco dentro de dos días. La esposa de uno de sus socios vendrá a quedarse conmigo en casa de Warren durante mi estancia, así todo será decente. Hemos ultimado los detalles con Jasper.

—Dos días.

Tamsin estaba demasiado emocionada como para darse cuenta de lo duras que eran esas palabras para mí. Primero Adelaide, después Tamsin. Volvería a quedarme sola, como lo estuve en Osfro después de la partida de Lonzo. Grant estaba… fuera de juego. No tenía a nadie, salvo a Aiana, supuse. Y la inminente posibilidad de convertirme en la esposa de Rupert Chambers.

Si dejaba de demorarlo, podría casarme con Rupert muy pronto y tener todo un nuevo mundo a mi abasto. Me liberaría de las normas de la señorita Culpepper. Lonzo volvería a estar presente en mi vida. Podría visitar a Tamsin y a Adelaide en Hadisen. ¿A qué estaba esperando?

¿A quién estaba esperando?

Tamsin se marchó en el día más caluroso desde nuestra llegada a Adoria. Flotaba una atmósfera pesada y cargada de humedad, y la señorita Culpepper no sabía cómo componérselas para mantenernos rociadas en polvos y sin sudar en la medida de lo posible. Tamsin debía zarpar a primera hora de la tarde, pero una demora por parte de Warren los obligó a partir a última hora.

—Lo siento —dijo cuando Warren llegó finalmente. Dos de sus socios lo acompañaban y cargaron el equipaje de Tamsin en un carruaje—. Tendremos que hacer parte del viaje en la oscuridad, pero aun así llegaremos esta noche. Espero que no resulte demasiado agotador.

—No hay de qué preocuparse. Nuestra Tamsin puede con todo —dijo Jasper, ansioso ante el posible acuerdo.

Tamsin me abrazó y, sin más, me quedé sola. Mis dos compañeras de habitación se habían marchado, rumbo a sus gloriosos porvenires con los hombres que habían elegido. Subí las escaleras y contemplé las camas de mis amigas. Era egoísta sentir pena de mí misma. Al fin y al cabo, estaban vivas y eran felices, pero no podía evitarlo. El dormitorio parecía diez veces más grande que antes, y me sentí empequeñecer.

Quizá debía sentirme afortunada, después de todo, por tener el golpe de los cincuenta doblones como distracción esa noche. Como tampoco tenía compromisos sociales (aunque Jasper me había dicho que podía acordar una visita en casa de los Chambers cuando yo quisiera), podría escabullirme antes de lo normal, en cuanto cayera la noche.

Me había citado con los hombres de Tom en el mismo lugar de la última vez. En esta ocasión había mucha más gente, pero Tom no estaba.

Elijah me sonrió cariñosamente mientras se apoyaba en un árbol.

—Tranquila, vendrá.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Oh, sí. Ha tenido que ir a supervisar algo en persona. Tenemos un cliente habitual que nos compra mucho género del bueno, pero ha intentado regatearnos el precio en el último minuto. Así que Tom ha ido a verle a él y a nuestro, ah, agente de ventas.

—¿Quieres decir perista? —bromeé.

—Oye, estoy intentando ser cortés contigo. —Su sonrisa se borró cuando miró fijamente la bahía. Incluso de noche, el calor seguía siendo asfixiante. La quietud del aire era perfecta, sin un soplo de brisa, y todo el mundo tenía la ropa pegajosa y sudada. Ojalá la imagen de *lady* Aviel no hubiera precisado tanta parafernalia pesada que producía picor.

Tom apareció trotando en su caballo, con Tom el Chico a su lado.

—Me alegra ver que no os habéis marchado sin mí —dijo Tom, ganándose las risas de los hombres que pululaban alrededor—, pero será mejor que empecemos.

Elijah se enderezó de su posición de descanso.

—No creo que debamos hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Tom con ligereza, pero yo sabía que no le gustaba que le cuestionaran en público. Ni nunca.

—Este tiempo, en primer lugar. Se volverá contra nosotros.

Tom se encogió de hombros.

—Lo sé, y eso es lo que estábamos esperando. Esas nubes al este nos ayudarán.

Elijah se mostró escéptico.

—Bueno, eso no es todo. He visto dos buques de la armada en el puerto.

Esto captó el interés de todos los presentes, pero el rostro de Tom no se inmutó.

—Sí, eso también lo sé, pero no tenemos motivos para cruzarnos con ellos. Acaban de llegar y se habrán reabastecido antes de seguir patrullando la costa. Será de noche. Abordaremos el *Promesa de Sol* sin que nos vean y procuraremos no despertar la alarma. Ahora, no perdamos más tiempo.

Algunos hombres mostraron inquietud, y no pude culparlos por ello. Enfrentarse a marineros armados que defendían su barco era bastante arriesgado, pero ¿que la marina real nos detectara? Su propósito principal era perseguir piratas y cualquier otro barco hostil extranjero. Nosotros éramos exactamente la clase de grupo que deseaban capturar.

—*Milady*. —Tom se tocó el sombrero con la punta de los dedos al verme—. Ven en mi barca. Necesito a alguien alegre para contrarrestar el pesimismo de Elijah.

Elijah no hizo ningún comentario, pero en cuanto nuestro grupo se hizo a la mar, no pude evitar mirar de reojo su esquife. Seguía teniendo un semblante sombrío y turbado.

Tom vio que lo miraba.

—Toda va a salir bien —me dijo—. Elijah está haciendo una montaña de un grano de arena. He tenido encuentros mucho más

cercanos con la marina, y no conduciría a mi gente a nada que fuese estúpidamente peligroso. No me importa cuánto esté en juego, siempre velo por mí. Valoro más a quienes me siguen que cualquier plan.

A medida que nuestro grupo se acercaba al puerto, admiré la preciosa imagen de las luces de Cabo Triunfo abrazando la costa. El puerto estaba repleto de barcos de todos los tamaños, puesto que ya era más seguro cruzar desde Evaria y Osfrid.

—Veo el *Promesa de Sol* —dijo un hombre que venía en nuestra barca. Nunca lo había visto. Tom había contratado mucha ayuda extra para este asalto.

Tom movió la cabeza, asintiendo.

—Llévanos a él.

Los esquifes se deslizaron hacia delante, oscuras formas en las aguas oscuras. Unos mechones de pelo me acariciaron las mejillas, y los aparté.

—Por fin algo de brisa.

La temperatura había bajado de golpe en cuestión de minutos y de pronto me descubrí recordando el día de la tormenta a bordo del *Buena Esperanza*. Entonces había estudiado los cabellos de Grant, lo quietos que estaban al principio cuando salimos a cubierta y, sin apenas darme cuenta, lo rápido que habían vuelto a su estado indomable cuando el viento arreció de súbito.

Volví a mirar a Elijah. Tenía la cabeza levantada y escrutaba el cielo. Yo miré también hacia arriba y vi los oscuros nubarrones que Tom había mencionado antes, los que nos encubrirían. Eran más numerosos y se extendían casi por todo el cielo. La estrella Ariniel había desaparecido. Como el resto de las estrellas.

El *Promesa de Sol* era más grande que el *Reina Grace*, pero no era el barco más grande que yo había visto. Este honor estaba reservado a los dos buques navales un poco más lejos en el puerto, que se cernían sobre los barcos más pequeños como centinelas. Apenas pude distinguir las líneas de las troneras, cuyas portas ocultaban los cañones. Mientras los observaba, ambos empezaron a orientar las velas. Sobre nosotros, el *Promesa de Sol* hizo lo mismo.

—Excelente —dijo Tom—. Van a estar todos muy ocupados con el lastre y arriando velas.

La barca de Elijah se colocó junto a la nuestra.

—¡Pues claro que van a arriar velas! —exclamó—. Cada maldito barco de estos está…

—Suficiente. —Nunca había oído a Tom hablarle tan ferozmente a Elijah—. Si no quieres hacer esto, vuélvete a nado. Vosotros… subid ahí.

Cinco hombres hicieron la corta distancia a nado hasta el casco. Nuestro grupo de esquifes no estaba pegado al casco del barco esta vez. Estábamos en posiciones más alejadas, en un ángulo de la popa desde donde era difícil vernos. Los hombres de Tom eran nadadores expertos y se movían con rapidez entre las agitadas aguas. Treparon por un costado del barco y se colaron por una pequeña ventana redonda que había en mitad del casco. Luego esperamos, mientras nuestras barcas comenzaban a moverse con más violencia en el agua.

Tom miraba sin pestañear la cubierta del barco; su tensión era tangible. Retumbaron truenos, y yo me pregunté qué estarían haciendo los hombres allá dentro. Cuando una escala cayó desenrollándose sobre el casco, Tom se relajó.

—Excelente. Vamos.

Acercamos los esquifes al casco y subimos a bordo. La avanzadilla compuesta de cinco hombres ya había sometido a la tripulación de la parte superior, y el resto nos dispersamos por el barco en busca de otros tripulantes. Tom volvió a avisarnos de que no usáramos las armas. En este barco había más marineros que en el *Reina Grace*, pero sus ajetreados preparativos de cara a la tormenta nos habían dado ventaja. Después de un puñado de enfrentamientos, pudimos acorralarlos y confinarlos en el calabozo.

—Adelante —nos ordenó Tom después de cerrar con llave el calabozo—. La tormenta nos está ayudando ahora, pero no por mucho tiempo.

Había mucho cargamento que transportar en esta ocasión, y también era más pesado. Al descolgarme por una cubierta inferior y oír el aullido del viento fuera del oscilante barco, volví a tener la desorientadora sensación de estar en el *Buena Esperanza*, expuesta a la tempestad, sin saber si iba a vivir o a morir.

Elijah me dio un codazo.

—¿Estás bien?

—Bien. —Seguí avanzando—. Solo estaba pensando en otra

tormenta en la que estuve. Fue peor.

—Esta va a ponerse peor, y Tom lo sabe. No lleva tanto tiempo sin navegar, pero quiere este golpe a más no poder.

Bajar las pesadas y voluminosas cajas a las barcas que nos esperaban llevaba su tiempo y debía hacerse con cuidado, pues se creaba un cuello de botella. Esta era la desventaja de asaltar un barco que estaba anclado y no atracado en el puerto. Colarse a bordo podía ser más fácil, pero vaciarlo no.

Los relámpagos rasgaron el cielo, y pronto empezó a llover. Uno de los hombres contratados y yo cargamos juntos una caja y la dejamos junto a una pila cada vez más alta en un extremo del barco. Estaba dándome la vuelta cuando oí gritos: Tom y Elijah discutían.

—¡Aunque consigamos sacarlo todo, los esquifes no conseguirán volver con este aguacero! —gritaba Elijah por encima de un trueno.

Después de un poco más de tira y afloja, Tom cedió a regañadientes.

—Que todo el mundo venga aquí —nos llamó—. Vamos a cargar lo que tenemos ya y…

Un reluciente fogonazo cerca del casco lo acalló. Una lámpara colgante había salido despedida por el viento y se había estrellado contra la cubierta. Yo sabía, de cuando crucé el Mar de Poniente, que la mayoría de las lámparas se empapaban en las tormentas, pero estos marineros no habían tenido tiempo de terminar sus preparativos. Las llamas lamieron rápidamente la cubierta, y las chispas alcanzaron algunos aparejos. La cuerda se prendió demasiado rápido para que la lluvia pudiera apagarla y el fuego saltó hasta una vela suelta que nadie había tenido la oportunidad de plegar adecuadamente. Esta vela azotó a otra, y observé horrorizada como la llamarada se expandía cada vez más. Miré a Tom y vi que luchaba contra la indecisión. Echó un vistazo al cargamento restante y finalmente sacudió la cabeza.

—¡Todo el mundo fuera! Esto atraerá a la marina.

No tuvo que repetirlo dos veces. Todo el mundo corrió hacia la borda, colocándose en fila para bajar por la escala. Anders lanzó otra escala más por la borda. Me puse en fila y miré hacia una de las puertas que conducían abajo.

—Tom —grité—. ¿Y la tripulación?

—No hay tiempo, Aviel. El viento está alimentando las llamas y este barco se irá al garete cuando se prenda el cargamento. ¡Baja!

No podía. No si pensaba en que todos los marineros presos en el calabozo se quemarían vivos.

—¡Me da tiempo a bajar! ¡No tardaré mucho!

—¡No hay tiempo! ¡No seas estúpida!

—¡Voy!

—Aviel…

Ya me había dado la vuelta. Cuando empecé a correr, apenas pude oír que Elijah le decía a Tom:

—Saca a los otros de aquí. Me quedo con una barca a esperarla. Tiene tiempo antes de que el barco salte por los aires.

—Cuanto más esperemos, más peligro corre el cargamento que hemos robado.

—No deberíamos haber traído esquifes…

No oí el resto mientras me descolgaba y corría hacia el calabozo, intentando no perder pie mientras el barco se zarandeaba violentamente de un lado a otro. Cuando lo conseguí finalmente, cogí la llave de un gancho en el pasillo y abrí la puerta del calabozo con las manos temblorosas.

—¡El barco está en llamas! —grité a los hombres en el interior —. ¡Tenéis que salir!

Regresé rauda al pasillo y pronto fui alcanzada por los marineros que pasaron con gran estrépito junto a mí, apartándome de su camino. No vi fuego abajo, pero pude oler el humo. Salimos a la tormenta, y me abrí paso a empellones hasta las escalas de cuerda para saltar por la borda.

Pero no había barcas abajo. El cielo relampagueó y pude percibir los esquifes zarandeándose sobre las olas, lejos del *Promesa de Sol*. Me volví y contemplé el espectáculo: casi la mitad de la cubierta ardía en llamas y sus cenizas húmedas volaban hacia mí con la lluvia.

Alguien me agarró del brazo.

—¡Muchacha, vamos! ¡Sígueme!

Era uno de los marineros del barco, un hombre mayor con los cabellos negros repeinados hacia atrás por la lluvia. Me llevó junto con el resto de sus compañeros, que estaban desatando frenéticamente los botes y bajándolos al agua.

—Dadme un cuchillo —gritó uno de ellos—. Esta soga está atrapada.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, le entregué mi puñal. El marinero lo usó para cortar la soga, y cuando me lo estaba devolviendo, una ráfaga de viento me golpeó de costado. Me agarré a la barandilla para conservar el equilibrio, pero al hacerlo el puñal resbaló de mi mano y cayó al tenebroso mar.

Dieciséis de nosotros bajamos como pudimos a tres botes que fueron lanzados al mar. En cuanto estuvimos sobre las aguas, los marineros empezaron a remar. A través del resplandor de los relámpagos pude distinguir uno de los buques navales, que se alejaba paulatinamente de su compañero. Los otros dos botes remaron hacia él, pero el nuestro enfiló en otra dirección.

—¿Adónde vamos? —pregunté al marinero que me había llevado con ellos.

—La fragata viene en busca de supervivientes. No te preocupes, no dejaremos que te atrapen.

—Pero deberíais ir hacia ellos, ¡están más cerca!

—Pero te encerrarán. Sabemos quién eres, *lady* Aviel.

—Iremos al muelle sur —dijo otro marinero—. Nadie se dará cuenta de lo que está ocurriendo. Y no queda tan lejos.

Pero estaba más lejos que el buque y, una vez más, pensé que volcaríamos. Era un milagro que cualquiera de estos minúsculos botes siguiera a flote.

—¿Por qué ibais a hacer esto por mí?

—Nos has salvado —dijo el primer marinero—. Y sabemos lo que haces. Ellen Smith es mi hermana.

La señora Smith. La matriarca a la cual habíamos estado entregando suministros. Antes de poder responder, un estruendo ensordecedor —mucho más monstruoso que el trueno— sonó a nuestras espaldas. Los oídos me pitaban y, al volverme, vi el *Promesa de Sol* envuelto en una bola de llamas.

—Se acabó —dijo otro marinero—. Era de esperar.

«No hay tiempo, Aviel. El viento está alimentando las llamas y este barco se irá al garete cuando se prenda el cargamento».

Tom sabía que el barco explotaría.

—¿Qué cargamento llevabais? —pregunté a los marineros.

—Municiones —dijo el hermano de la señora Smith—. Pólvora.

Balas.

Sonó otra explosión, el cargamento restante había prendido.

El caos reinaba cuando arribamos al muelle sur, donde se agolpaban otras embarcaciones menores. El viento y la lluvia hacían que desplazarse por tierra fuera casi tan difícil como por mar, y los escombros volaban en derredor. El tejado de un almacén se había soltado. El viejo marinero se despidió de mí.

—Que los Seis te resguarden, *milady*.

—Y a vosotros también. Gracias.

Mientras volvía a la ciudad, vi que gran parte de Cabo Triunfo se había hundido tras la tormenta. Postigos y tablones de madera cubrían las ventanas de cristal, y solo un puñado de personas intentaba avanzar en medio del caos, con frecuencia deteniéndose para agarrarse al poste de un farol o un edificio. El camino hasta Las Glicinias se me antojó de pronto una travesía tan larga como navegar de Osfrid a Adoria. Divisé una herrería sólidamente construida y fui corriendo hasta ella. Me agazapé bajo el alero de la puerta, aferrándome con firmeza a un poste mientras la lluvia y el viento me azotaban. Cerré los ojos y esperé. Y esperé.

Después de lo que parecieron días enteros, el viento y la lluvia comenzaron a amainar. Pero no dejé que la calma me engañara. La recordaba después de la tormenta en alta mar, pero aproveché la tregua y empecé a correr. Elegí el camino largo por la carretera en vez de arriesgarme por el sendero arbolado del pantano. Las ramas caídas sembraban el camino y di innumerables traspiés. El antiguo dolor en el tobillo se recrudeció.

La tormenta empezó a arreciar justo cuando Las Glicinias aparecieron a la vista. Apreté el paso y vi con alivio que el enrejado seguía en pie. El viento lo sacudía con violencia mientras trepaba por él y trasteaba con los postigos. Finalmente pude abrir la ventana y saltar al interior de la casa.

Una vez en mi dormitorio, me quité las ropas empapadas y vi con sorpresa que la peluca seguía en su sitio. Era un testimonio de mis habilidades con las horquillas. Me envolví en un camisón, cogí unas cuantas mantas extra de la cama de Adelaide y luego me hundí en la mía, preguntándome si alguna vez volvería a estar caliente.

Me sentía exhausta y ni siquiera la furiosa tormenta podría impedir que me quedara dormida. Pero mientras me vencía el

sueño, un pensamiento se repitió una y otra vez en mi cabeza.

Tom me había abandonado a mi suerte.

Me había abandonado a mi suerte, a sabiendas de que probablemente perecería. También había abandonado a los marineros, abocándolos a la muerte. Elijah no se había equivocado en sus cálculos sobre la explosión, pero Tom no había querido arriesgar su botín.

«No importa cuánto esté en juego, siempre velo por mí».

Un fuerte y rápido estruendo me sacudió el sueño. Me incorporé de golpe, preguntándome si lo habría soñado, y entonces volvió a retumbar. La puerta delantera. Eché un vistazo por la ventana y vi el cielo azul lavanda del alba.

Más golpes.

Me puse la bata y me dirigí hacia las escaleras. Un par de chicas adormiladas me siguieron. La señorita Culpepper, completamente vestida, cruzó a toda prisa el vestíbulo y abrió la puerta. Un Jasper molesto se unió a ella.

No reconocí a los hombres de fuera. Vestían trajes y largas capas, pero de tela barata. No eran potenciales pretendientes.

—Siento molestaros —dijo uno, con los ojos muy abiertos—, pero el señor Doyle quería que viniésemos de inmediato.

Más chicas salieron de sus habitaciones picadas por la curiosidad, y Charles y el grupo de Grashond pasaron al vestíbulo.

—¿El señor Doyle? —preguntó Jasper—. ¿No está en Hadisen?

El hombre que había hablado vaciló.

—Está. Pero… vuestra chica… La señorita Wright. No está aquí, ¿verdad?

—Se supone que la señorita Wright está en Hadisen. —Jasper miró a un hombre y luego al otro, y ambos desviaron sus miradas—. ¿Por qué ibais a venir aquí preguntando por ella?

El segundo hombre se quitó el sombrero y se lo arrimó al pecho.

—Lo… lo siento, señor. La hemos perdido en la tormenta de esta noche.

28

—¿Qué queréis decir con… perdido?

La voz de Jasper era muy grave, y fría. Los dos hombres cambiaron el pie; parecía que ambos deseaban que fuera el otro quien hablara. El primero cedió y lo explicó:

—Ocurrió cuando estábamos a punto de zarpar anoche… Veréis, estábamos todos a bordo, listos para marcharnos. Entonces la tormenta empezó a cobrar fuerza. Y vuestra chica, pues… pues…

—Entró en pánico, señor —completó el segundo hombre—. Dijo que no haría la travesía. Estaba histérica. Saltó por la borda, vadeó hasta la orilla y desapareció en el bosque.

—¿Y nadie fue tras ella? —exclamó Jasper.

—¡Sí, señor! Pero estaba oscuro. No sabemos cómo pudo alejarse tan rápido. Buscamos todo lo que pudimos. Entonces el capitán dijo que debían zarpar sin más demora o de lo contrario el mal tiempo lo impediría. El señor Doyle nos dejó en tierra para que siguiéramos buscándola.

—¿El señor Doyle se marchó sin ella? —preguntó Charles. Ni siquiera él podía creerlo.

—No quería, señor, pero tenía que llegar a tiempo a Hadisen para atender hoy un negocio importante. Pensó que nosotros podríamos encontrarla. Estaba seguro de que la señorita vendría aquí.

—Cuando la tormenta se puso tan fea que no fue posible buscarla más, volvimos a la ciudad —añadió el otro hombre—. Pero paramos en todas las casas que encontramos de camino, por si la señorita había pedido refugio en alguna de ellas. Nadie la ha visto. Pensábamos… teníamos la esperanza de que estuviera aquí.

No me di cuenta de que se me habían doblado las rodillas hasta que el brazo de Rosamunde me rodeó la cintura.

—Tranquila, Mira —murmuró.

Me sentí ingrávida. Mi visión se nubló de estrellas brillantes.

—¡Pues no está aquí! —gritó Jasper—. ¡Y vosotros tampoco tendríais que estar aquí! Tendríais que haber seguido buscándola. ¡Y Doyle no tendría que haberse marchado!

Los dos hombres se encogieron.

—Se-seguiremos buscando, señor —dijo uno—. De verdad. Pero ya… ya habéis visto la tormenta. Apenas podíamos orientarnos y no era seguro permanecer en el bosque, con todos esos árboles cayendo.

Me aferré a la barandilla y me levanté.

—¿Y crees que era seguro para ella? —grité desde lo alto—. ¿Crees que ella podía orientarse cuando estás diciendo que ni siquiera vosotros podíais?

Todo el mundo levantó la vista hacia mí con sorpresa, pero nadie me reprendió. Jasper volvió a fijar su mirada en los hombres.

—Pues ahora ya es seguro, y vais a seguir buscándola. Todos vamos a hacerlo. Charles, necesito que vayas a la ciudad y le digas a la milicia que empiece a buscar en esos bosques.

La casa entera se puso en marcha, pero yo me quedé clavada en mi sitio. No podía moverme. Esperé despertarme de un momento a otro, pero no ocurrió. Aquello no era un sueño producido por el agotamiento de la peligrosa víspera, era el mismo horror que se repetía una y otra vez en mi vida: mis seres queridos me eran arrebatados. La diferencia era que Tamsin había vuelto a mí y no estaba previsto que me dejara otra vez.

Me senté en el escalón más alto y dije sin dirigirme a nadie en particular:

—¿Por qué haría Tamsin tal cosa? Lo que más deseaba en el mundo era irse con Warren.

La respuesta vino, inesperadamente, de Winnifred. Yo no la conocía bien, pero la chica había estado a bordo del *Albatros Gris* con Tamsin.

—No puedo hablar por ella. Nunca me pareció que estuviera tan asustada como las demás, pero a mí me cuesta mucho subir a un barco ahora. Cuando vinimos de Grashond navegamos por el río en un esquife durante un trecho del camino, y casi me muero. Si alguien me hiciera subirme a un barco con otra tormenta, lo más seguro es que yo también saliera corriendo.

La estudié. Antes de que Adelaide llegara a ser el diamante, este título había pertenecido a Winnifred. Era una chica serena y hermosa, y le gustaba presumir de superioridad, pero su mirada era completamente sincera. Si a ella le había afectado tanto el naufragio, ¿por qué no también a Tamsin?

«Porque Tamsin jamás ha dicho una sola palabra acerca de ningún miedo a subirse a un barco». Las veces que Tamsin había aludido a su estancia en las colonias septentrionales, había sido para comentar su aversión al clima, el alojamiento precario y las curiosas costumbres de los Herederos de Uros. Pero los barcos no habían engrosado su lista de quejas, ni siquiera al mencionar el trayecto por el río.

Rosamunde intentó tirar de mí para que me levantara.

—Mira, vuelve a tu habitación. Necesitas descansar.

—¿Descansar? ¿Cómo podría descansar? —Me puse en pie de un salto—. ¡Mi mejor amiga está sola en el bosque, helada y asustada! ¡Puede que herida!

—Lo que estás haciendo es dar por sentado que tu amiga sigue viva. —La mujer de Grashond estaba al pie de las escaleras, mirándonos con sus ojos pálidos y crueles—. Era una chica soberbia e impenitente que llegó demasiado lejos. No hizo caso del primer aviso enviado por Uros y ahora ha recibido su castigo final.

Rosamunde y Winnifred tuvieron que sujetarme para impedir que bajara las escaleras corriendo. En el vestíbulo, Gideon cogió a su compañera del brazo y la apartó.

—Vámonos, Dinah.

La ira que Dinah había encendido en mí mitigó mi consternación y mi pena. Me sentía completamente despejada y mis sentidos se aguzaron. No iba a quedarme de brazos cruzados, sumida en la desesperación. Actuaría. Encontraría a Tamsin. Mi amiga había sobrevivido a una tormenta y podría sobrevivir a otra.

Conseguir que alguien me ayudara sería tarea difícil, no obstante. Jasper y Charles se movilizaron rápidamente pero no esperaban contar con nosotras en la búsqueda. La Corte Reluciente seguiría adelante con sus actividades, aunque gran parte de las de este día se habían cancelado debido a la tormenta, que había pillado desprevenidas a otras personas que se habían extraviado la víspera, y muchos lugares acusaron los daños, en especial las zonas

pobres, donde no contaban con medios para afrontar los temporales. Las llanuras estaban inundadas. Se habían desatado algunos incendios, e incluso llegué a oír un comentario breve sobre el *Promesa de Sol*. La milicia y el ejército estaban muy solicitados, pero Jasper se agenció a algunos para la búsqueda, junto con otros voluntarios civiles.

—Vamos —me dijo Aiana en torno al mediodía. No la había visto en todo el día, pero había supuesto u oído que necesitaba ayuda… y que me la habían denegado.

Después de haber visto que rechazaban todos mis ofrecimientos de ayuda, no me detuve ni a buscar un abrigo o una capa cuando Aiana me propuso que partiéramos. Sin embargo, cuando nos dirigíamos a la puerta principal, pregunté:

—¿No me meteré en un lío? ¿Y a ti?

Aiana siguió caminando con brío, el semblante serio.

—No llamaremos la atención. Todo el mundo anda enredado en mil cosas.

Los barcos de cabotaje que circulaban entre Cabo Triunfo y las orillas más alejadas de la Bahía Denham zarpaban de un pequeño muelle en las estribaciones de la ciudad. Este muelle estaba situado al sur del puerto comercial principal, en el que yo había estado la víspera y el que recibía el mayor tráfico marítimo. El muelle era fácilmente accesible a través de un camino de tierra muy transitado, pero el terreno que rodeaba el camino y los embarcaderos no estaba muy despejado y pronto cedía ante un bosque más denso hacia el oeste. Comprendí de inmediato que alguien que se saliera del camino principal pudiera extraviarse en estos bosques, sobre todo con las condiciones climáticas de la víspera.

Los hombres de Warren tampoco se habían equivocado en cuanto a los peligros. Yo misma me había enfrentado a muchos de ellos la víspera. En estos momentos, a plena luz del día, pude ver árboles caídos y toda clase de escombros esparcidos por doquier. Los bosques mismos habían empeorado, y apenas eran transitables en algunos puntos.

La milicia había activado una búsqueda relativamente organizada. Tenían un mapa de la zona y lo habían dividido, designando equipos para barrer sistemáticamente cada región. Aiana y yo recibimos algunas miradas extrañadas, pero el miliciano

al mando siguió adelante y nos asignó un equipo. Haber podido llevar pantalones habría sido pedir demasiado, pero me levanté los faldones hasta la mitad de la pantorrilla pensando en que ya me enfrentaría a la cólera de la señorita Culpepper más tarde.

Sentaba bien hacer algo; mucho más que permanecer de brazos cruzados con una sensación de impotencia, como había sido el caso tras la desaparición del *Albatros Gris*. A medida que avanzaba el día, mis ánimos comenzaron a flaquear. Me aferré a la esperanza —la insistencia— de que Tamsin seguía viva como a un clavo ardiendo. Pero según luchábamos contra la maleza y las ramas caídas, empecé a imaginar con qué facilidad podrían haber atrapado o aplastado a una persona. Había oído, incluso, que los vientos huracanados propios de estas tormentas habían arrastrado consigo a más de una.

Nadie dijo haber encontrado el cuerpo de Tamsin. Nadie dijo haber encontrado un solo rastro de ella. Y cuando se acercaba la hora de la cena, muchos voluntarios se marcharon balbuciendo disculpas y a algunos milicianos les fueron asignadas otras tareas. No éramos los únicos necesitados de ayuda.

—Tengo que llevarte de vuelta ahora —me dijo Aiana—. No podemos prolongarlo más, y esta noche tengo que hacer de carabina en una cena que sigue en pie.

—Pero no la hemos encontrado —protesté—. ¿Cómo vamos a irnos?

—Hemos cubierto un área enorme, señorita —dijo uno de los organizadores, enseñándonos un mapa. Las zonas que habían sido rastreadas y despejadas estaban señaladas en el mapa e incluían un radio de varias millas en torno al muelle.

Noté que mis lágrimas de frustración volvían a aflorar.

—Puede que se haya alejado mucho.

—Puede. —El miliciano no pareció muy convencido—. Buscaremos en algunas de esas áreas alejadas. Ha venido hasta una brigada de rangers. Van a dispersarse para volver a rastrear algunos puntos más. —Señaló a dos hombres que se adentraban entre los árboles. Llevaban ropa basta de leñador, pero lucían insignias militares en las pecheras de los abrigos.

—¿Qué hacen aquí los rangers? —preguntó Aiana con sorpresa.

—Ni idea —dijo el miliciano—. Han llegado diciendo que se

unían a la búsqueda. No me corresponde a mí hacer preguntas.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Son parte del ejército del rey, pero están especializados en bosques y otros terrenos agrestes —dijo Aiana—. Por lo que sé, hacen muchas exploraciones y emboscadas en tiempos de guerra.

El miliciano asintió.

—Hicieron muchas en las campañas contra los icori. Conocen cada una de las ramas de Adoria y son capaces de localizar lo que sea. Rastrearán el terreno con más rapidez que nosotros y trabajarán incluso de noche. Si vuestra chica está ahí, la encontrarán.

Aquello me levantó un poco el ánimo. Había creído que la caída de la noche pondría fin a nuestra búsqueda, pero aún quedaba esperanza. Quizás estos rangers fueran capaces de lograr lo que los demás no podíamos.

«Si vuestra chica está ahí, la encontrarán».

Sí. Pero ¿cómo no iba a estarlo?

Otros buscadores se marcharon al igual que nosotras, y vi a los dos hombres de Warren. Los saludé con la mano.

—¿Volveréis pronto a Hadisen? —pregunté.

—Por la mañana —dijo uno—. El señor Doyle estará desesperado por conocer lo ocurrido.

«Si tan desesperado está, ¿por qué no se ha quedado a buscarla?»

Sin embargo, pregunté:

—¿Sería posible daros una carta antes de que os marchéis?

—Claro, señorita. Entregadla en casa del gobernador a las diez y la llevaremos con nosotros.

Pasé el resto de la tarde ocupada con la carta. Me llevó tres intentos. ¿Cómo podría explicarle a Adelaide lo sucedido? ¿Cómo podría plasmar por escrito el horror de este suceso? Pero debía hacerlo. Debía enterarse por mí y no por otra persona. Tuve que parar múltiples veces a secarme las lágrimas, y finalmente terminé la carta y la sellé. Cuando bajé las escaleras, me asombró lo tarde que se había hecho. Casi todo el mundo estaba durmiendo. Ni siquiera me había acordado de la cena.

La señorita Culpepper había dispuesto una bandeja cerca de la puerta para el correo saliente que un mensajero recogía dos veces al

día. Dejé allí la carta para que saliera con la primera remesa de la mañana y noté que se me formaba un nudo en el estómago al imaginar a Adelaide leyendo mis palabras. Cuando me disponía a subir las escaleras, una voz me susurró desde el otro lado del vestíbulo:

—¿Señorita Viana?

Era uno de los escoltas contratados, Alan. Tenían prohibido relacionarse con nosotras, y miraba nerviosamente a ambos lados del vestíbulo vacío.

—¿Sí?

—No debería… no debería hacer esto, pero… bueno, hay un hombre en la puerta de la cocina que pregunta por usted. Es… uno de los rangers del rey. No estoy seguro de qué hacer…

Los rangers debían de tener una reputación verdaderamente temible para conseguir que Alan desoyera la orden de mantenernos alejadas de desconocidos.

—No te preocupes —dije, perpleja—. Hazlo pasar y luego esfúmate. No me ocurrirá nada, y tampoco diré una palabra de ti si me descubren.

No tenía ni idea de por qué un ranger preguntaba por mí en concreto, pero temblaba de emoción cuando me apresuré a la cocina. ¡Un ranger en casa! Había deseado toda la noche que un mensajero viniera a ver a Jasper con noticias milagrosas de Tamsin. Quizá viniera a verme directamente a mí.

El hombre en la puerta iba sin afeitar y llevaba un sombrero forrado de piel. Su abrigo de pelliza había pasado tiempos difíciles, pero el león de Osfrid bordado en él en verde y dorado era inconfundible. Se tocó la ceja a modo de saludo pero sin quitarse el sombrero.

—Siento venir tan tarde, pero me han dicho que hablara con vos discretamente. Soy el teniente Kenmore, de la quinta división de rangers.

Lo saludé con la cabeza, sin atreverme a hablar.

—Hemos barrido los bosques durante toda la noche y finalmente nos hemos rendido. Y… odio tener que decir esto, pero no hemos podido encontrar a la señorita Wright. No hay ni rastro de ella.

Se me partió el corazón en otro pedazo.

«Mira, tú nunca me perderás. Da igual lo que pase, o adónde nos

lleve este mundo, siempre estaré allí para ti».

—Gr-gracias por avisarme —logré articular—. Estoy segura de que ha sido difícil.

—Lo ha sido. Y estoy seguro de que la tormenta ha barrido muchas cosas, pero me asombra que no hayamos encontrado nada. Ni un jirón de su vestido o una huella borrosa. Pero hemos buscado, de verdad que lo hemos hecho.

—¿Seguiréis la búsqueda mañana?

Negó con la cabeza.

—No queda mucho más que buscar. Hemos peinado el terreno dos veces, y no creo que pudiera llegar más lejos en plena tormenta.

—Pero entonces, ¿qué le ha sucedido?

—No lo sé. Puede que haya acabado en otro lugar. Puede que regresara a la ciudad y esté escondida. Cosas más raras se han visto. Ojalá pudiéramos hacer más, pero debemos informar a Armsfield con la primera luz del día. Lo que se me escapa es cómo hemos venido a parar aquí.

Intenté apartar a un lado mi desesperación por un momento.

—¿No os habían despachado aquí?

Hizo una mueca.

—Eh… sí. Y no. Esta mañana nuestro comandante recibió el requerimiento de que ayudáramos en la búsqueda y a continuación os comunicáramos oficiosamente los resultados. —El teniente Kenmore sacó un trozo de papel arrugado del bolsillo de su abrigo —. Firmado por Silas Garrett de la agencia McGraw.

El mismo Silas me había dicho que la agencia tenía mucho poder que utilizar cuando lo necesitaba. Gran parte de los recursos del rey debían estar a su total disposición si eran requeridos.

—Me sorprende que haya hecho esto por mí —admití.

Kenmore se rascó la barba mientras ordenaba sus pensamientos.

—Bueno, no estoy seguro de que lo haya hecho.

—Acabáis de decirlo.

—He dicho que recibimos un requerimiento firmado por él. Pero lo cierto es que conozco a Silas Garrett. Buen tipo. También sé que no está en Cabo Triunfo ahora mismo, que es de donde enviaron esto. He cotejado el requerimiento con otros documentos firmados por él. La firma coincide perfectamente.

—Entonces… ¿qué es lo que estáis insinuando?

—Que otra persona lo envió haciéndose pasar por él. Alguien que sabe falsificar su firma de narices… disculpad mi lenguaje.

Mantuve el semblante serio, sin atreverme a pestañear siquiera por miedo a delatar algo.

—Si sabíais que era una falsificación, ¿por qué no habéis dicho nada?

—Estábamos cerca. Puede que sea un abuso de recursos, pero no tuve ningún inconveniente en buscar a esa chica. No era algo que fuera a traerme problemas. —Levantó el trozo de papel—. Pero ¿quienquiera que haya escrito esto? Esa es otra historia.

—¿Qué… qué queréis decir? —La cabeza me daba vueltas.

—Bueno, no voy a contárselo a nadie, pero ¿falsificar la firma de Silas Garrett y movilizar a parte del ejército del rey? Eso son diez tipos de traición si te descubren. Es la pena de muerte en Osfrid. —Me observó con tal atención que no tuve duda de que era un rastreador experto—. Debe de haber alguien que os tiene en muy alta estima para correr un riesgo así. Buena suerte con todo, señorita Viana. Espero que esa chica aparezca.

Cuando se hubo marchado, cerré la puerta y apoyé la espalda en ella, cerrando los ojos. No albergaba la menor duda de qué persona conocía tan bien a Silas como para imitar su firma. Pero no estaba segura de si a esa persona le importaba que yo viviese o muriese.

Abrí los ojos, respiré hondo y volví arriba con un propósito renovado. El corazón se me salía del pecho cuando cogí una nueva peluca y me escapé por el desván. El camino del pantano tenía charcos formados por la lluvia estancada, pero apenas noté el fango o los arañazos de las ramas. Mis pasos eran ligeros, y las estrellas sobre mi cabeza parecían relucir más que nunca, siendo la de Ariniel la más radiante de todas.

Todavía se apreciaban señales de la tormenta en Cabo Triunfo, pero la actividad comercial se había reanudado. Recorrí las conocidas calles y luego vacilé —solo un momento— al pie de la escalera de Grant. Después de otra respiración profunda, subí y llamé a la puerta.

La puerta se abrió lentamente, y Grant asomó al otro lado, sin aparentar mucha sorpresa por mi visita. Se apoyó en el marco, esperando.

El cuerpo entero me temblaba con nerviosa energía.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Podrías haberlo perdido todo! No solo tu tapadera y la oportunidad con los balancos. ¡Has puesto tu vida en peligro! ¿Por qué, Grant? ¿Por qué ibas a arriesgarlo todo?

—Porque era por ti —dijo simplemente—. Y me gustas.

—Pero solo un poco.

Negó con la cabeza.

—Mucho.

Lo estudié atentamente, empapándome de todos sus rasgos, que me parecía no haber visto en años. Las líneas de su cuerpo, la forma de su rostro, los indomables cabellos. Pero fue en sus ojos donde finalmente se posó mi mirada.

—Si tanto te gusto, ¿por qué no me has pedido que entre?

Arqueó una ceja.

—¿Quieres entrar?

—Quiero besarte. Y lo haré aquí fuera si tengo que hacerlo.

—Ah, bueno. En ese caso…

Me rodeó la cintura con el brazo y me arrimó a él, besándome mientras entramos a trompicones. Logró cerrar la puerta con el pie y me apretó contra ella. A su pesar, y sin aliento, interrumpió el beso, pero inclinándose tanto que nuestras frentes se tocaban. Me rodeó la cara con sus manos.

—Prométeme que no volverás a irte hecha una furia.

—No lo haré, si me das un motivo para quedarme.

Volvió a besarme y luego me levantó con sus brazos.

—Voy a darte muchos.

29

—Algunas cosas han sido igual —constaté—, pero otras han sido diferentes.

Grant se arrimó a mí y me rodeó la cintura con el brazo, lo cual era un acto asombrosamente íntimo viniendo de él.

—Gracias por este informe específico. Me aseguraré de tomar nota.

—No te preocupes. —Me volví hacia mi lado de la cama, y él se acurrucó a mi espalda—. Ha estado bien igualmente.

Su respuesta fue un pequeño gruñido divertido y luego me besó el hombro antes de apoyar la mejilla en él. Grant sabía de sobra que había estado más que «bien». Yo seguía maravillándome de poder sentir tantas cosas. Y era extraordinario poder gozar de un espacio de tiempo durante el cual el mundo se reducía a nosotros dos. Sin maquinaciones. Sin medias verdades. Sin peleas. Pero tampoco existían menciones a lo que ocurriría con nosotros en el futuro. Mediante un acuerdo tácito, obviábamos este detalle.

Así entrelazados, nos permitimos gozar de esta satisfacción un rato, hasta que Grant preguntó finalmente:

—¿Cómo estás?

—¿Sigues preocupado por eso? ¿De verdad tengo que explayarme con el «bien»?

—No, no es eso. Tamsin.

Su nombre rompió el encanto que me había envuelto, y sentí una punzada de dolor en el pecho. ¿Qué derecho tenía yo a esta calidez y seguridad cuando Tamsin estaba… cómo? ¿Cómo estaba? ¿Dónde estaba? ¿Tendría frío? ¿Estaría sola? ¿Seguiría en este mundo?

—Lo siento —dijo cuando vio que no respondía. Eran palabras de pésame, comprendí, no para devolvérmela.

—No está muerta —dije con vehemencia. Me giré y vi el

escepticismo en sus ojos—. ¡No lo está! Es una superviviente. Está en alguna parte… No sé dónde… ¡pero muerta no!

—De acuerdo, de acuerdo. Pero entonces, ¿qué le ha sucedido?

—No lo sé —reconocí—. Pero me parece todo muy raro. Ella no se habría asustado ni habría huido. Y esos rangers no han encontrado el menor rastro. A pesar de la tormenta, lo lógico sería que hubiera algo.

¿A quién intentaba convencer? ¿A mí o a él? Grant no insistió, pero yo sabía que albergaba sus dudas. Y, por mucho que intentara convencerme a mí misma, algo también me roía por dentro. El temporal había sembrado la destrucción a su paso. Tenía que reconocer la verosímil posibilidad de que el destino no le hubiera reservado una segunda oportunidad.

Se hizo el silencio, pero yo sabía que no por mucho tiempo. Grant era incapaz de contenerse. Incluso en momentos de dicha y paz como este, su cabeza no podía dejar de dar vueltas.

—¿Estás comprometida ya? —Su semblante y su voz eran forzadamente neutrales.

—No. Pero no sé cuánto tiempo durará. No tengo suficiente dinero para pagar mi cuota. No puedo ni pagar la fianza de Lonzo todavía.

—¿Cuánto ha ganado tu *alter ego*?

—Quince doblones. Y no habrá más. Eso se acabó. —Sabía que Grant quería que me explayara, pero mantuve la boca cerrada—. Y tendría que habértelo contado. Todo. Lo de Rupert Chambers y lo de *lady* Aviel.

—No —dijo Grant después de esperar unos segundos—. No estabas preparada. Y no tendría que haberte atacado por eso. —Dejó que la frase pendiera sobre nosotros un momento más—. Entonces. Dinero. Conseguirás cincuenta por el caso.

Necesitaba un nuevo entrenamiento para responder a sus bruscos cambios de tema.

—Ya no soy parte del caso.

—Lo eres —dijo con firmeza.

—Bueno, no parece que vaya a cerrarse pronto.

No lo negó.

—Puedo darte veinticinco.

—¿Veinticinco? —Estudié su rostro en busca de algún indicio de

que estaba bromeando—. ¿Y eso de que apenas disponías de cinco a tu nombre?

—No estaba en casa de Molly Siegel porque me guste pasar más tiempo del necesario con la patrulla.

Me senté en la cama perpleja.

—¿Arriesgaste el único dinero que tenías en una partida de póquer?

Parecía ridículamente pagado de sí mismo.

—En muchas partidas de póquer, de hecho… En fin, hasta que me prohibieron la entrada después de la Fiesta de las Flores. Veinticinco podrían ayudarte mucho.

—Tendría prácticamente la fianza de Lonzo. Aunque no lo suficiente para mi contrato. —No obstante, sentí un brote de emoción por dentro. Cuarenta doblones de oro. Tan cerca de la libertad de Lonzo. Pero entonces…—. No, no puedo. No puedo aceptarlo. Es tuyo. No te preocupes por mí. Tú céntrate en destapar la conspiración. Conseguiré el dinero de la otra forma y tú podrás volver con los balancos.

Grant cambió de postura, boca arriba, mirando el techo.

—Tendría que haberte contado eso antes… todo.

—Pero no estabas preparado. —Sonrió al oír el eco de sus palabras—. Y era tal mi enfado que no presté atención a lo que me decías. Te escuchaba, pero no comprendía. Ahora lo comprendo, y… pienso que debes hacerlo. Necesitas reclamar esa parte de ti que se perdió. Es solo que… te echaré de menos.

Incluso de perfil, pude ver el asombro en su cara. Mantuvo la mirada pegada al techo.

—La zona oriental del imperio es hermosa, es donde se hallan todas las ciudades, todo el arte y la cultura. Los embajadores van de visita, pero he oído que pasan casi todo su tiempo en el oeste. Hay menos colonos allí. Es más frío, más salvaje, pero sigue siendo hermoso. Te gustaría.

Permanecimos otro momento en silencio, ambos ensimismados en nuestros pensamientos, hasta que finalmente logré decir:

—Creo… creo que quizá me guste ver eso algún día. Las tierras septentrionales. —Me costó un esfuerzo sobrehumano aludir a la oferta que Grant había dejado caer el último día en la cama, la oferta que yo había desestimado hecha una furia. Yo no era mejor

que él a la hora de reconocer ciertas cosas.

Grant volvió lentamente la cabeza y me miró con algo parecido a la aprensión.

—¿Te gustaría?

—Sí, pero… —Esta vez fui yo quien desvió la mirada hacia la llama de una pequeña vela—. Tengo que…

—Tu hermano.

Asentí con la cabeza, todavía incapaz de mirarle. Se sentó a mi lado y giró mi rostro hacia él. Me besó. Prolongadamente. Profundamente. Le rodeé el cuello con los brazos y deseé que el mundo fuera siempre así de simple.

—¿Puedo volver mañana? —pregunté cuando por fin me sentí capaz de soltarle.

Grant deslizó su mano por mis cabellos.

—*Bas agiba kor, kalichi hanek*.

—¿Qué quiere decir?

—La presa se ha desbordado, cede paso al río.

No pude reprimir la sonrisa que se alzó en mi rostro.

—Bueno, bueno, parece que recitas poesía en la cama.

Me devolvió la sonrisa, aunque traslucía cierta inquietud.

—Se trata más de una advertencia que de algo sentimental. Es un proverbio que se dice cuando no hay vuelta de hoja.

Al salir, fui caminando con una sensación de ligereza en los pies. Era difícil no hacerlo, con el cuerpo todavía zumbando y satisfecho. Pero la negrura de toda la incertidumbre que se cernía sobre mí contrarrestaba esta sensación. La incertidumbre de qué había exactamente entre nosotros. La incertidumbre de si podría salvar o no a Lonzo. La incertidumbre sobre mi futuro.

Y sobre Tamsin.

«Está viva, está viva —me dije por dentro—. Hay cosas de este asunto que se nos escapan».

Llegué al cruce donde solía torcer para llegar a las puertas de la ciudad, pero, sin embargo, me detuve, y lo hice tan bruscamente que un grupo de hombres tropezó conmigo. Me quedé mirando la calle que llevaba a la taberna del Toro Danzarín y tomé una decisión.

Mi peluca de Aviel había terminado irrevocablemente destruida en la tormenta. La que llevaba puesta era de un color dorado más

oscuro, y me la había trenzado por detrás para que disimulara mejor mi perfil. En estos momentos, mientras caminaba, me la solté. El color se parecía bastante al anterior. Llevaba la máscara por costumbre, aunque el clima más cálido la hacía innecesaria. Y aunque no llevaba el manto estrellado estaba segura de que el resto de mi atuendo me haría reconocible.

Efectivamente, la taberna se paralizó cuando me vio entrar. Tom y sus compinches estaban sentados a una mesa, y un par de hombres se levantaron de sus sillas. Uno de ellos era Elijah.

—¡Estás viva! —dijo, el alivio visible en su cara tosca.

Tom permaneció sentado, sin mudar la expresión. Se llevó una jarra a los labios y dio un buen trago.

—Ya te lo dije.

—Me sorprende que me dedicaras un pensamiento siquiera —dije glacialmente—. Ciertamente no lo hiciste anoche.

Tom hizo una mueca y dejó la jarra en la mesa con un golpetazo.

—Discúlpenme, caballeros. Esta es una conversación privada, me parece.

Me condujo a la puerta del fondo, por la que entraban y salían los productos y los suministros. Al cruzarla, me encontré en un rellano junto al hueco de la escalera que conducía al sótano, a la oscuridad. Tom cerró la puerta y me miró de frente.

—Estoy contentísimo de verte, querida —dijo—. Aunque, como he dicho, no temía por tu vida después de oír que la tripulación del *Promesa de Sol* se había salvado milagrosamente. Supe exactamente qué intermediario de la divinidad había ayudado en eso.

Crucé los brazos.

—¿Estabas tan seguro de los milagros cuando nos abandonaste a la muerte a mí y a esos marineros?

—¡No deseaba la muerte de ninguno de vosotros! Eso tienes que saberlo.

—¿Entonces por qué te fuiste? Solo tenías que esperar unos minutos. —Levanté una mano—. No, no contestes porque ya sé la respuesta. Querías llevar a tierra firme tu pólvora antes de que el temporal empeorara. Necesitabas tus beneficios porque al final resulta que sí que valoras más tus planes que a quienes te siguen.

—Aviel, era una situación delicada. Tuve que tomar una decisión fea allí mismo. Todo el mundo anda peleándose por conseguir munición últimamente. No sé qué está pasando, pero cuesta una fortuna.

—Pues espero que la consiguieras. Porque he venido por mi paga, a menos que me traiciones en eso.

—Por supuesto que no. —Se metió la mano en un bolsillo y sacó dos coronas, equivalentes a veinticinco doblones de oro cada una—. Y, lo juro, la próxima vez no haremos nada que…

—¿La próxima vez? ¿Lo dices en serio? —Estudié su rostro. Hablaba en serio—. Tom, no va a haber una próxima vez. He terminado con todo esto.

En ese momento fue él quien dudó de que mis palabras fueran en serio.

—¿Terminar con qué? Con lo bien que se te da…

—Con lavar tu imagen. Ese es el motivo por el que me quieres a tu lado.

—No es verdad. Hemos hecho todo tipo de hazañas juntos. Si quieres más dinero…

—Quiero terminar con esto —interrumpí, intentando mantener la calma—. Y espero que no intentes impedírmelo.

Tom puso los ojos en blanco detrás de su máscara.

—Pues claro que no. ¡Pero estás siendo completamente irracional! Mira todo el oro que has conseguido. ¡Mira todo el bien que has hecho! Mira a cuántos pobres has ayudado. Mira a cuántos corruptos has puesto en vereda.

—Con medios egoístas, inmorales e ilícitos.

—A veces la justicia tiene un coste. A veces implica sacrificios y acciones desagradables. Pero el bien mayor justifica esas decisiones difíciles.

«Decisiones difíciles». Lo miré, sin encontrar las palabras, con la súbita e irreal sensación de que podría haber estado delante de mi padre. Y de que, comprendí, yo me había comportado exactamente como él. Había aborrecido lo que mi padre me había pedido hacer. Pero siempre me había sentido culpable por haberme negado, cuando posiblemente podría haber hecho algo por los demás. Tom me había ofrecido una forma de redimirme, una oportunidad de luchar contra quienes se aprovechaban de los demás. Yo creía que

luchaba por la justicia de otra manera. Una manera mejor. Pero en el fondo todo era lo mismo: una cruzada que inventaba sus propias reglas y hallaba la forma de justificarlas, por extremas que fueran… incluso a expensas de los demás. Tom estaba tan ciego como lo había estado mi padre.

—Gracias —dije a media voz—. Gracias por ayudarme a comprender que este nunca ha sido mi camino, que debo buscar uno nuevo y dejar de repetir el pasado.

Tom frunció el ceño, perplejo.

—No sabes lo que dices.

—Quiero un mundo más seguro. Quiero proteger a los demás. Pero así no. Inventándome las reglas no. Sacando tajada de ello no. Agradezco lo que has hecho por mí, pero he terminado para siempre con esto. Y no tengo el menor interés en volver a verte.

Adiviné que Tom no sabía muy bien cómo reaccionar. Estaba acostumbrado a que lo admiraran y lo adularan. Nadie lo rechazaba.

—¡Estás cometiendo un error! Lo que estamos haciendo es más grande de lo que imaginas. Tienes la suerte de formar parte de algo grande. Algunos matarían por la oportunidad que te estoy ofreciendo.

—Pues ofrécesela. Estoy segura de que les alegrará saber que hay una vacante.

Tom me metió las monedas en la mano y abrió la puerta.

—Vete —dijo señalándola—. Disfruta de tu dinero. Te lo mereces. Me alegra que tus altos valores morales no te impidan cosechar las recompensas que reporta esto de «inventarse las reglas».

Sus palabras y su expresión engreída me sentaron como una bofetada. Desvié la mirada a mi mano. Cincuenta doblones de oro. Lo que faltaba para la fianza de Lonzo. Pero eran cincuenta doblones robados del bolsillo de otra persona. Cincuenta doblones que casi cuestan la vida a un barco entero de marineros. ¿Y a qué clase de hombres venderían el peligroso cargamento?

«Lonzo, perdóname, pero sé que tú no lo querrías así».

Giré la mano y dejé caer las monedas al suelo.

—Hasta siempre, Tom.

Salí de la taberna del Toro Danzarín con la cabeza bien alta,

manteniendo un semblante imperioso y despreocupado. Me costaba creer que hubiera rechazado el dinero mientras Lonzo seguía atado a un trabajo peligroso. ¿Importaba realmente cómo había conseguido el dinero? Sí. Importaba. Tenía a mi alcance otro sinfín de maneras de conseguirlo. Rupert. Grant. Al fin y al cabo, era una chica que creaba sus propias opciones si no existían otras.

Fui a ver a Grant a la noche siguiente. Y a la noche después de esta. Y la noche después de aquella.

La única noche que no fui a verle fue cuando se marchó con la patrulla, y me sorprendió lo mucho que le eché de menos… ¿qué? ¿Qué era lo que echaba de menos? ¿Lo que hacíamos en la cama? ¿O simplemente le echaba de menos a él?

Cornelius Chambers me invitó a tomar el té esa tarde y soporté sus no tan sutiles insinuaciones —y las de Lavinia— sobre lo pronto que vencería mi contrato y lo maravillosa que era su casa sureña. Rupert escuchaba divertido, y me dijo cuando me iba:

—No dejéis que os intimiden, querida. Pelead hasta el final.

Llevé esas palabras en mi corazón en el camino de vuelta a casa. Me envalentonaron, al menos hasta la hora de la cena en Las Glicinias, cuando Jasper dijo despreocupadamente a Charles: «Por fin tenemos buenas noticias. He recibido hoy un mensaje de Warren Doyle. Se siente fatal por el incidente y se ha ofrecido a compensarnos la pérdida asumiendo el precio del matrimonio de Tamsin».

El tenedor resbaló de mi mano y golpeó el plato con un «clang». Todo el mundo se volvió a mirarme.

—Yo… disculpadme. —Aparté la silla hacia atrás y me puse en pie—. No me encuentro bien.

Subí deprisa las escaleras, tapándome la boca para no gritar. Deseaba volver abajo y despedazar a Jasper Thorn, como habían hecho con mi corazón. «Se siente fatal por el incidente y se ha ofrecido a compensarnos la pérdida asumiendo el precio del matrimonio de Tamsin». ¡No existía precio en este mundo que pudiera compensar su pérdida! Pero ¿por qué iba a sorprenderme que Jasper no lo viera así? Ni siquiera se había mostrado dispuesto a prestarle dinero a Cedric para desposar a Adelaide. ¿Por qué iba a ser una de nosotras más importante que su propio hijo?

A la noche siguiente acudí prácticamente corriendo a casa de Grant.

Apenas recibió un saludo cuando entré. Lo llevé hasta la cama y a mí misma me sorprendió la necesidad febril con que lo buscaba. No podía saciarme de él. No me parecía tocarle lo suficiente. No me acercaba lo suficiente a él.

Más tarde, mientras yacíamos en perfecta quietud, dijo con esa sequedad tan suya:

—En fin. Esto es lo que pasa cuando tenemos una noche libre.

No sabía cómo explicarle mis sentimientos, que las palabras de Jasper y las camas vacías habían puesto de manifiesto mi soledad, que Lonzo estaba muy lejos. Grant era todo lo que me quedaba, y la idea de perderlo me aterrorizaba. Pero lo perdería. De un modo u otro, era algo que iba a suceder. Si él se iba, yo me iría. No sabía qué pensar. Porque, si bien hablábamos de toda clase de asuntos en la cama, nuestro futuro —si es que lo teníamos— nunca salía a relucir. Incluso la descabellada idea de irnos juntos al norte había sido formulada en voz alta con precaución. Y nunca más habíamos vuelto a mencionarla.

Mi rostro debió de traicionar todas las emociones que me revolvían por dentro. Vi que se sobresaltaba. Vi que se asustaba. La pasión desatada en la cama no era un problema para él, pero seguía mostrándose asustadizo ante la idea de importarle demasiado a alguien.

Me abracé a mí misma, convencida de que se cerraría en banda o se levantaría incluso. Sin embargo, enredó sus dedos en los largos mechones de mis cabellos y me preguntó:

—¿Por qué yo? —La pregunta sonó como una de esas lamentaciones mundanas que la gente dice cuando soporta un cúmulo de calamidades: «¿Por qué yo?»—. Puede que no conocieras nada mejor al principio. Puede que tampoco a la segunda, pero ¿ahora? Podrías elegir a otros hombres. Mejores. Menos complicados.

Hablaba como era su costumbre: de forma ligera y frívola. Pero la mano que me tocaba estaba temblando. Alargué la mía y la apoyé sobre la suya mientras le estudiaba. Pelo negro revuelto. Cicatrices. Mandíbula cuadrada. Afeitado cuestionable. Pensé en su brusquedad y su humor mordaz. Su arrojo ante el peligro. La lealtad que juraba no tener.

—Porque quería algo sencillo y, en cambio, te encontré a ti. —

Le apreté con más fuerza la mano—. Y resulta que eres lo que necesitaba.

Sacudió la cabeza. Noté que iba a ponerse en guardia, pero no me arrepentí de mis palabras.

—Mirabel…

Un golpecito en la puerta lo sobresaltó. Se levantó de la cama de un brinco, poniéndose los pantalones mientras se apresuraba hacia la otra estancia.

—Quédate aquí —me advirtió.

Empujó la puerta para cerrarla, pero quedó entreabierta. Salí de la cama y me puse la camisa, y espié por el pequeño hueco entre la puerta y la pared. Pistola en mano, Grant se acercó a la puerta. Preguntó quién era. Se había vuelto más prudente desde que éramos amantes. Creo que esperaba que Jasper o Cornelius aparecieran tarde o temprano.

No oí la respuesta al otro lado de la puerta, pero la abrió y Aiana entró deprisa. Se puso a hablar de inmediato en balanco, y siguió una tensa conversación. No pude entenderla —su lengua seguía siendo un enigma para mí—, pero pude distinguir dos palabras muy claramente: «Adelaide» y «Cedric».

Abrí la puerta de golpe y corrí hacia ellos.

—¿Qué está pasando? ¿Ha ocurrido algo malo?

Aiana se calló en mitad de la frase. Miró a Grant, me miró a mí, y luego volvió a mirarle a él. Su rostro se ensombreció, y le espetó algo que no sonaba a cumplido. Él le respondió, e intervine antes de que ella pudiera replicarle.

—¡Ya basta! Dejad la riña para después. Cuéntame qué les ha pasado a Adelaide y a Cedric. Y habla en osfridiano.

Aiana miró a Grant durante varios segundos más y luego se volvió lentamente hacia mí. Primero habló con frialdad y luego se dejó llevar por la urgencia del relato.

—Ha sucedido algo en Hadisen. Silas ha vuelto… y ha traído consigo a Warren Doyle y a algunos de sus hombres. Están retenidos en el calabozo, y Cedric se reunirá con ellos en cuanto se encuentre bien para viajar. Silas los halló en medio de una pelea y los detuvo a todos. Cedric y Warren se acusan mutuamente de haber sido atacados por el otro.

—¿Por qué Cedric no iba a encontrarse bien para viajar? —

pregunté.

—No saben quién empezó la pelea, pero sí quién la terminó. Los hombres de Warren superaban en número a los de Cedric y le dieron una paliza, pero se recuperará. Y Adelaide está bien… pero…

—Pero ¿qué? ¿Ha pasado algo más? —pregunté nerviosa. Quería exigir que un barco me llevara al otro lado de la bahía al instante.

—¿Sabías que…? —Aiana calculó sus palabras con cuidado—. ¿Conocías el pasado de Adelaide?

—Servía en casa de una gran dama.

—Bueno, pues dicen que ella es, o era, la gran dama. Una noble. ¿Te dicen algo los nombres de Witmore o Rothford?

—El condado de Rothford es uno de los más antiguos y está en manos de la familia Witmore —dije recitando de memoria las palabras de mi institutriz de historia—. Pero es completamente imposible que… —Gruñí y me alejé, llevándome una mano a la frente. Había sido una estúpida—. Pues claro. Pues claro que lo es.

Adelaide había llegado a nosotras sabiendo cómo se usaban siete tenedores distintos, pero siendo incapaz de cepillarse sus propios cabellos. El asombroso giro en sus evaluaciones no había sido un giro en absoluto: había estado fingiendo hasta entonces.

Grant se apoyó en la pared, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Bueno, esto no lo vi venir, pero ¿cambia algo?

—Ha llamado la atención de la gente. Habrá que ver cuánto vale eso cuando Adelaide vuelva con Cedric. Silas espera que lleguen por mar dentro de un par de días. Me sorprende que aún no haya pasado por aquí. —Aiana echó un vistazo alrededor, como si esperara que Silas se materializase de la nada—. Será mejor que tengas cuidado… no se tomará esto tan bien como yo.

—¿En serio? ¿A esto llamas tú tomárselo bien? —preguntó Grant —. No me gustaría nada ver qué ocurre cuando no lo haces. Ni siquiera he oído un *manasta* cuando has entrado.

Me apoyé en la pared también, cerca de Grant, pero sin tocarle.

—Warren está tramando algo. Primero Tamsin y luego… —Se me fue el santo al cielo y olvidé lo que iba a decir. Mi mente había saltado a otra parte, aferrándose a un hilo frágil—. *Manasta*.

—*Manasta* —repitieron Grant y Aiana al unísono, corrigiendo

mi pronunciación.

Fui al dormitorio y volví con la versión lorandesa de la carta. Grant y yo no leíamos poesía en la cama, pero a veces intentábamos descifrar el código.

—*Manasta* significa «saludos», ¿verdad? —Señalé la primera línea de la carta—. *Ma nahz taback*. ¿Lo habéis oído? *Manasta* está ahí. ¿Empezarías así una carta? Quiero decir, no cuadra del todo. La sílaba *back* sigue ahí, y…

—¿Cuál es la siguiente palabra? —interrumpió Grant.

—*Dapine*. Significa «liebre».

—Olvídate del significado —dijo—. Vuelve a leer esas palabras y pronuncia el lorandés lo mejor que sepas.

—*Ma nahz taback dapine*.

—*Bakda* —dijo Aiana. Miró a Grant—. ¿O *bakda*? —Había una ligera diferencia de entonación en el segundo caso.

—*Bakda* —dijo Grant, con una tercera entonación—. *Manasta, bakda*.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Saludos, amigo. —Tenía esa luz en la mirada, la que delataba que estaba a punto de salir de cacería otra vez—. Mirabel, has descifrado el código.

30

Traducir la carta fue un trabajo laborioso. Grant y Aiana tuvieron que sentarse a cierta distancia de mí y escucharme mientras yo leía, centrándose estrictamente en los sonidos y en cómo podían hilarse en palabras balancas. Otro detalle igual de complicado era que no existía una sustitución palabra por palabra. Una palabra lorandesa podía contener todos los sonidos de dos palabras balancas. O una palabra lorandesa contenía media palabra balanca que continuaba en la siguiente palabra lorandesa. Para colmo, debíamos tener en cuenta las diferencias tonales y de acento del balanco. De este modo, incluso cuando Grant y Aiana tenían la certeza de haber analizado una palabra balanca, debían averiguar cuál de todos era su significado.

Cuando por fin terminamos, nos vencía el sueño, y aun así quedaban huecos sin descifrar en la carta. Los nombres de las personas se habían trocado por números, y Grant dijo que los traidores tenían probablemente una clave que los enumeraba. Quien había escrito la carta tampoco se había fijado mucho en la gramática o el estilo, de modo que hice lo que pude por pulirla y añadir la puntuación.

> Saludos, amigo. Hemos tenido detección ocasional. 17 está reponiendo productos perdidos y enviará oro. Supervisará la transferencia usual para que puedas entregar en montaña verde.
>
> ¿Cuánto tiempo hasta que tu__veas más oro?
>
> Necesitamos más provisiones y__empezar la paga a soldados. Importante seguir el plan. Primer ataque previsto en otoño. 34 está elaborando el plan final y lo enviará con__buscadores en noche de curación. Envía el oro a tierra bahía si puedes. Si__entonces nos reuniremos contigo en tierra dorada.
>
> Envía respuesta con 17.

Me hundí contra la pared y bostecé. Los tres estábamos sentados en

el suelo, rendidos de cansancio después de tantas horas. Bueno, Grant no parecía cansado. Seguía agitado y lleno de energía y se inclinó hacia delante para estudiar la traducción que estaba entre los tres, en el suelo.

—Un ataque en otoño —musitó—. Si pueden actuar tan pronto eso es que cuentan con más munición de la que pensábamos. O al menos piensan que la tendrán para entonces. Parece que se están preparando. Es inteligente hacerlo en otoño. La tierra sigue siendo transitable pero se cerrará el transporte marítimo y eso limitará la ayuda osfridiana. Descubrir esta parte del plan es algo enorme. Osfrid puede empezar a mandar apoyo ahora. Me gustaría ponerle las manos encima a quienquiera que sea treinta y cuatro y su plan… necesitamos averiguar quiénes son esos buscadores. Y me apuesto lo que queráis a que «tierra bahía» es Denham, lo que probablemente significará que «tierra dorada» es Hadisen. Este mensaje iba dirigido a alguien que va a enviar dinero…

—Iyitsi, basta. —Aiana se frotó los ojos—. Ya tienes tu traducción. Quédate en vela toda la noche si quieres, pero nosotras tenemos que volver a Las Glicinias.

—Esperad un poco más. —Los ojos de Grant estaban clavados en la carta—. Hay que enviarle la carta a Silas de inmediato. Ya hace dos semanas que la escribieron. Ven conmigo por si tiene preguntas y luego puedes irte.

Aiana me dio un codazo.

—¿Puedes aguantar un poco más, Banle?

Respondí con un gesto y un bostezo, y Grant finalmente levantó la vista.

—¿Banle? ¿En serio?

—No es peor que Sekem —repuso Aiana—. Pero creo que ya no le va bien. Por lo que parece, el polluelo ya ha abandonado el nido.

Grant volvió a mirar la carta fijamente.

Silas se tomó su tiempo para abrirnos la puerta, y entendí por qué al verlo. El agotamiento había hecho aparecer nuevas arrugas en su rostro, y sus ojos vidriosos no parecieron reconocernos a la primera. Llevaba viajando todo el día, e incluso la ruta de navegación entre Cabo Triunfo y Hadisen era extenuante. Sin embargo, después de unos cuantos pestañeos, su mirada se aguzó y la familiar perspicacia volvió a aflorar en su rostro.

—No puede ser nada bueno si habéis venido los tres en mitad de la noche —gruñó.

—Pues es bueno, de hecho. —Grant entró sin esperar a ser invitado y nos hizo señas de seguirle. Extendió los papeles en la mesa del escritorio y explicó nuestro descubrimiento. Silas estaba completamente despejado ya y me recompensó con una de esas miradas con la ceja enarcada cuando oyó cuál había sido mi papel en el asunto.

—Necesitamos averiguar esto —dijo, golpeando los huecos en blanco—. Este plan podría cambiarlo todo. Y me gustaría saber dónde está la montaña verde.

Aiana se acercó más.

—Creo que hemos interpretado mal *entwa*. Es *entwa*. Curva, no montaña. —Como de costumbre, las dos pronunciaciones balancas sonaban idénticas a mi oído.

Grant escudriñó las palabras y asintió.

—Tienes razón. Es una ciudad. Curva Verde.

—Al norte, en la región de Alma —dijo Silas—. Durante un tiempo vigilamos allí a alguien, y puede que sea el mismo que está inventariando todos los suministros a medida que entran. Tengo allí a un hombre ahora mismo que puede comprobarlo.

Yo estaba analizando la frase sobre el plan que tanto Silas como Grant encontraban tan importante. «34 está elaborando el plan final y lo enviará con__buscadores en noche de curación».

Las palabras que Aiana y Grant habían puesto en común con los respectivos sonidos lorandeses estaban anotadas junto a los espacios en blanco: incrédulo, serpiente, brumoso y húmedo. Las repasé como había hecho antes, colocándolas en contexto.

—¿Cuál es la palabra balanca para hereje? —pregunté.

—No existe —dijo Grant.

—No tenemos el concepto —añadió Aiana—. Nadie debería imponer un culto a otra persona.

—Entonces, en este código, necesitarían sustituirla por algo, al igual que han sustituido Denham por «tierra bahía». —Mi certeza aumentó—. ¿Podría «buscadores de incrédulos» ser una forma de decir patrulla contra herejes? ¿Cazadores de herejes? Has dicho que recorristeis esa zona.

—Sí —dijo Grant. Casi podía ver sus pensamientos girando cada

vez más rápido mientras contemplaba fijamente las palabras—. Y nosotros a veces entregamos mensajes. La patrulla vigilaba a algunas personas con regularidad durante nuestras rondas, personas sospechosas de ser más que ciudadanos inquietos por las religiones corruptas. Si tuviera algún hilo más del que tirar… dónde estaba esta persona, cuándo llegará allí la patrulla…

—Eso asumiendo que no han ido y vuelto ya —murmuró Silas—. Más te vale rezar para que todo tu trabajo no haya sido en vano.

—«Rezar». —Intenté recordar la fecha. Mis días transcurrían muy deprisa últimamente—. Mañana por la noche. Es el Día de Ramiel. Es la noche de curación de la que hablan.

Grant hizo una mueca.

—Creía que Ramiel era el ángel de la paz y de la misericordia.

—La curación también entra en eso. Es la patrona de los médicos, además. —Silas se volvió para poder mirar a Grant de frente—. Dime que sabes dónde estará la patrulla entonces. Dímelo.

—En Bakerston. —Grant cerró y abrió uno de sus puños, como si ya estuviera acariciando la resolución del caso—. No estoy de servicio, pero sé cuál es el contacto de la patrulla que está allí. Ya sé quién tiene que ser el treinta y cuatro.

Silas dejó escapar un suspiro de agradecimiento por quitarse un peso de encima y se recompuso inmediatamente.

—Entonces más te vale que ese maldito mensaje no se te escape antes de que lo lleven a feliz término.

—Voy ahora —dijo Grant.

—Por la mañana —corrigió Silas—. Duerme unas horas. Te quiero bien despierto. Tendrás que registrar su casa por si encuentras algo más. Puede que sea mejor esperar hasta que copies ese misterioso plan. Intenta pasar desapercibido hasta que todos estén dormidos.

—Lo sé, lo sé. Puedo ocuparme de esto.

—No te confíes demasiado. Puede que seas más joven y un poco más rápido, pero yo llevo haciendo esto más tiempo que tú. Sé listo. No seas impulsivo. Si pierdes tu tapadera, pierdes todo lo demás.

—Lo sé. —Grant pasó las yemas de los dedos por la carta, con una mirada especulativa—. Warren Doyle empezó con las patrullas. Si las van a usar como mensajeras para la conspiración, parece que existen buenas probabilidades de que él esté involucrado. Y la carta

menciona Hadisen.

El rostro de Silas se torció en una mueca.

—Lo he pensado. Hadisen produce mucho oro también. Sir Ronald creía que su mayor financiador era un noble lorandés, pero ahora tendremos que considerar a Doyle.

Warren Doyle, un conspirador. Sin duda, encajaba con la imagen de villano que me estaba haciendo de él.

—No vayas a Bakerston por el camino de siempre —añadió Silas, revolviendo en los papeles—. No puedes correr el riesgo de cruzarte con la patrulla si salen temprano. Esta carretera de aquí…

Sacó un mapa y Aiana me cogió del brazo.

—Ahora me la llevo a casa. Ha demostrado su valía. Merece dormir un poco.

Silas levantó la cabeza del mapa y me miró con ojos penetrantes.

—Has demostrado tu valía con creces, señorita Viana. Y has demostrado, de nuevo, que estaba en un error cuando quise desembarazarme de ti.

—Er… gracias. —Los cumplidos de Silas me desconcertaban casi tanto como los de Grant.

Aiana ya estaba en la puerta.

—Buena suerte, Iyitsi.

La seguí a mi pesar; necesitaba hablar más con Grant pero sabía que no podía. Y aunque los demás no hubieran estado presentes, tampoco me habría brindado una despedida afectuosa y sincera. No era su estilo.

Aiana salió pero yo me detuve en el umbral para volverme a mirar a Grant. A pesar de las actitudes bruscas propias de él y de Silas, yo sabía lo peligrosa que era esta empresa. Grant iba a penetrar en el meollo de la conspiración.

—Ten cuidado —le dije—. Te quiero… te queremos de vuelta.

Silas resopló y se fue a su habitación, aparentemente para buscar algo, no sin antes decir:

—No te preocupes. Me aseguraré de que recibes tu recompensa aunque no lo haga.

—Me alegra saber que te destrozará el corazón si se da el caso —le respondió Grant. Volviéndose hacia mí, bajó la voz—: Volveré. No necesitas buscar la alcoba de otro hombre, de momento.

—¿Piensas que soy esa clase de mujer?

—Pienso que alguien tan valiente y hermosa como tú podría encontrar otra compañía si quisiera. Oh, y brillante también. Has estado brillante esta noche.

La sinceridad de sus palabras me sorprendió tanto como las palabras en sí mismas. Busqué una respuesta ingeniosa pero terminé dejando escapar:

—No quiero que vuelvas por la alcoba. Quiero que vuelvas… por ti. Así de simple.

Grant vaciló un momento, con el mismo desconcierto que yo había sentido antes.

—Esto nunca ha sido simple.

—¡Mira!

Aiana parecía impaciente, y Silas volvía de la habitación. Dediqué una última mirada de despedida a Grant y me escabullí tras ella.

Apenas hablamos en el camino de vuelta. El breve entusiasmo que habíamos sentido por el descubrimiento de Silas se disipó, y los efectos de las escasas horas de sueño se abatieron sobre mí. Me costaba mucho poner un pie detrás del otro. Sin embargo, conseguí preguntarle tímidamente:

—¿Estás… enfadada? Por… ya sabes.

—¿Enfadada? No. No exactamente. Preocupada por los dos. Y sorprendida. Nunca habías parecido tan interesada en algo así.

—Me interesa porque está él. —En cuanto pronuncié estas palabras, noté que me ruborizaba, y agradecí que fuera de noche—. Y es… Quiero decir… Es mejor de lo que había creído. Mucho mejor. También es más fácil de lo que había esperado. Bueno, en la cama, al menos. Fuera de ella, las cosas… se complican más.

Aiana rio con ganas al oír aquello.

—Siempre es así. E imagino que es el doble de cierto con Iyitsi. Seguramente nunca sabes qué cara va a enseñarte.

Sus palabras me golpearon más fuerte de lo que ella podía ver, y rememoré los momentos anteriores a la llegada de Aiana.

—¿Qué le has dicho al entrar?

—Oh, le he llamado por unos cuantos nombres. Puede que más que unos cuantos. —El júbilo se había desvanecido—. Y le he dicho que te estaba arrastrando a cosas para las que no estás preparada.

—¿Y qué ha dicho?

—Que tú estabas haciendo lo mismo con él.

Al despertar, tuve la sensación de que no había tenido tiempo siquiera de cerrar los ojos. Y cuando salí de mi dormitorio, la casa entera bullía con las noticias de lo acontecido en Hadisen.

—¿Lo sabías? —me preguntó Sylvia con insistencia—. ¿Sabías que Adelaide es la condesa de Rothford?

Sin embargo, esto no era lo más impactante. Al parecer, durante su arresto, habían descubierto que Cedric poseía artefactos alanzanos —lo cual aumentaba los riesgos para él—. Nadie pensó en preguntarme si estaba al corriente de esto también, pero especularon sobre todo lo demás. Los cotilleos eran ásperos.

—Nadie sabe a ciencia cierta qué le requisaron. Y aunque tuviera algo realmente, eso no significa que sea uno de ellos.

—¿Por qué si no iba a tener algo alanzano?

—¿Piensas que Jasper y Charles lo sabían?

—No creo. Jasper ni siquiera quiere salir de su despacho.

—Ya, ya, pero si lo sabía de antemano, fingirá que no sabía nada, ¿qué te crees?

Los rumores persistieron en los días siguientes, y permanecí recluida en mi habitación el máximo tiempo posible. La demora debida a la recuperación de Cedric en Hadisen no hizo sino alimentar las especulaciones. Todo el mundo ansiaba el regreso de Adelaide, solo por saber más detalles de aquel drama. Yo quería que volviera para comprobar con mis propios ojos que estaba sana y salva. Su continua ausencia me atormentaba, lo mismo que la de Grant. No tenía ni idea de qué había sucedido el Día de Ramiel. Silas, según me informó Aiana, tampoco. A ella también la inquietaba, y siguió con las clases de ballesta cuando el tiempo lo permitía. Necesitaba distraerse tanto como yo. Lo que yo anhelaba realmente era ponerme la máscara de *lady* Aviel e ir a la ciudad. Cuando mis compañeras conseguían interrumpir sus chismorreos sobre Adelaide, contaban los numerosos relatos de peligros e intrigas que corrían sobre Cabo Triunfo. Asaltos, robos menores. La milicia solo podía dar seguimiento a algunos casos, y solían ser los que perjudicaban a ciudadanos influyentes. Esta injusticia me intranquilizaba, y anhelaba defender a los oprimidos. Pero me contenía, tanto para evitar ser la clase de justiciera que yo misma había recriminado a Tom como porque no deseaba cruzarme con él.

Pero casi deseaba contar de nuevo con el respaldo de la banda de Tom para hacerle una visita a Warren Doyle al calabozo y… ¿qué? No estaba realmente segura de lo que haría. Aunque lo habían recluido, oí que lo trataban bien y tenía acceso a buenos alimentos y ropa que le enviaba su padre. Me encolerizaba pensar que él disfrutaba de tantos lujos mientras Cedric se reponía de la paliza. Y luego estaba Tamsin, claro. Warren sabía más de lo que decía, y yo quería arrancarle las respuestas. Quería hacerle pagar lo mal que había tratado a mis amigos, pero la ley era la encargada de decidir eso, no yo…

Para mi sorpresa, Jasper y Charles incorporaron varias actividades sociales a mi programa. Estaban haciendo un último esfuerzo desesperado por encarrilarme hacia hombres disponibles, pero en vano. Ni siquiera intentaba ya disuadir a potenciales pretendientes; solo Grant existía en mi mente, y apenas hablaba con ninguno de ellos.

Menos de una semana después de la partida de Grant, fui a una fiesta en honor a ciertos delegados de Williamston de visita en la ciudad. No había vuelto a saber nada de Lonzo, y me esforcé por ser amable esa noche, con la esperanza de enterarme de más cosas sobre los territorios donde trabajaba. Aiana apareció inesperadamente en el elegante salón más o menos hacia la mitad de la velada. Sin embargo, la fiesta de esta noche no estaba en su agenda, y al verla me callé en medio de la conversación que estaba teniendo, sin terminar la frase. Sus ojos repasaron rápidamente a los invitados y vi que se apresuraba hacia Charles, que charlaba con unos comerciantes. Se lo llevó a un aparte y le dijo algo al oído. Él miró en derredor y, al verme, le dio su consentimiento con la cabeza.

Aiana vino directa hacia mí pasando entre los invitados —que quedaron más que sorprendidos al ver a una balanca que no ocultaba su disgusto entre ellos— y me agarró del brazo.

—Tenemos que irnos.

Su rostro traslucía una rara urgencia, y solo pude pensar que le había sucedido algo a Grant.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Adelaide ha vuelto.

31

Cedric había ido directo a la cárcel nada más llegar a la ciudad. Como Jasper se había negado a permitir que Adelaide regresara a Las Glicinias, Aiana le había ofrecido su casa. Tenía otro de esos apartamentos en la segunda planta de un edificio, más grande que el de Silas. Cuando entré y vi a Adelaide, corrí al otro lado de la habitación y dejé caer la ropa de segunda mano que habíamos comprado para ella. Aiana se retiró para dejarnos algo de privacidad, y lo único que pude hacer, primero que nada, fue disfrutar de la visión de Adelaide sana y salva. Tenía el pelo húmedo y estaba envuelta en una bata. Unas lágrimas brillaron en sus ojos.

—Mira… ¿Cómo es posible…? Tamsin…

La abracé con más fuerza. Aiana me había avisado de que Adelaide acababa de enterarse de lo de Tamsin. Nunca llegó a recibir mi carta.

—No lo sé… No pude creerlo cuando me lo dijeron.

Le conté lo que sabía —lo que ya era público— y lo extrañas que habían sido las circunstancias. Oculté mis especulaciones sobre Warren, porque Silas y Grant no habían conseguido pruebas sólidas aún.

—No puedo volver a perderla.

—Lo sé. Yo siento lo mismo. —Tenía un nudo en la garganta y tuve que luchar por mantener el control. Tamsin tendría que esperar. Adelaide era la que me necesitaba ahora mismo, e intenté sonreírle aunque me costaba—. Pero tienes que apartar ese dolor ahora. Ya lloraremos por ella más adelante… mucho.

Adelaide me contó el trasfondo de Hadisen, y me explicó cómo Warren y sus hombres habían intentado asesinar a Cedric haciendo que pareciera un accidente. Warren lo negaba, y las palabras del nuevo gobernador eran más respetables que las de un sospechoso de

herejía, incluso si se trataba de uno involucrado con una persona de alta alcurnia. Observándola mientras hablaba, me sentí cada vez más estúpida por no haber sospechado antes su secreto. Había algo poderoso en su manera de hablar y comportarse, incluso cuando había fingido ser una estudiante dispersa o su aspecto era tan desaliñado como el de este día.

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación sobre Jasper. Aiana fue como un rayo a contestar. En alerta y amenazante, agarró el picaporte con una mano mientras blandía un cuchillo tan largo como su antebrazo en la otra. Me recordó a Grant la noche en que ella había descubierto nuestro romance.

—¿Quién es? —gritó Aiana.

—Walter Higgins —fue la respuesta amortiguada—. Estoy buscando a Adelaide Bailey, la compañera de Cedric Thorn.

—¡Es el agente de Cedric! —exclamó Adelaide—. Déjale entrar.

Entró un joven esbelto, escrutando con la mirada cada detalle a su alrededor. Yo no tenía ni idea de que Cedric tuviera un agente de ningún tipo. Adelaide nos explicó que Cedric había intentado comprar su participación en la colonia de Westhaven con la venta de un cuadro mirikosí falso. Después de mucho buscar, Walter había dado finalmente con un comprador para él, pero este exigía que algún experto en arte mirikosí lo autentificara. Y eso no era fácil de encontrar por estos lares.

—Los sirminios se parecen mucho a los mirikosíes —dijo Walter a Adelaide, lanzándome una mirada rápida.

Adelaide captó la idea enseguida.

—Puedes imitar el acento mirikosí. Te oí hacerlo varias veces en El Manantial Azul. Lo único que tienes que hacer es reunirte con este señor y decirle que el cuadro que le interesa es una pieza auténtica de uno de los mejores artistas de Miriko.

Resultó que «este señor» vivía a una hora al norte de la ciudad, pero yo no podía decirle que no a Adelaide. Si Cedric tenía una participación en Westhaven, Denham tendría que darle inmunidad por su religión. El juicio empezaría por la mañana y las posibilidades de resolverlo todo a tiempo eran bastante ajustadas. Pero, como Aiana señaló con franqueza:

—Tienes que aceptar que existe la posibilidad de que Cedric no salga de esta, Adelaide. Y, si no lo hace, necesitarás tener tus

propios recursos para huir.

Me marché después no sin antes garantizar a mi amiga que todo iba a salir bien, como había hecho la noche en que ella y Cedric habían sido descubiertos. Deseé que mis palabras terminaran siendo ciertas esta vez, porque no estaba realmente segura de que lo hubieran sido entonces.

Todo el mundo madrugó a la mañana siguiente para ver el juicio que determinaría los destinos de Warren y Cedric. Aiana tenía que acompañar a algunas chicas a los juzgados, y nuestra esperanza era que nadie notara mi ausencia temporal en medio de tanto drama y actividad. Me puse un vestido de color burdeos oscuro que era demasiado elegante para un día en los juzgados, pero nadie le prestó atención.

Una multitud expectante se había reunido a las puertas del juzgado cuando llegamos. Aiana consiguió escabullirse de sus deberes el tiempo suficiente para apartarme de las miradas y conducirme por un pequeño camino flanqueado de robles.

—Lo he arreglado para que Silas vaya contigo —me dijo—. Seguro que me dices que puedes hacerlo tú sola, pero una dama mirikosí nunca viajaría sola.

—Silas… ¿no Grant? —No sabía nada de Grant y ya hacía casi una semana de su partida.

Aiana negó con la cabeza.

—Aún no ha vuelto.

Con el corazón en un puño, giré al final del abrupto sendero y encontré a Silas enseguida. Llevaba un sombrero de ala ancha, inclinado hacia abajo para protegerse del sol de la mañana y estaba sentado a lomos de una yegua marrón oscuro. Al lado había otra gris.

—¿Una jamuga? —pregunté sin molestarme en ocultar mi desdén.

Se levantó el ala del sombrero para examinarme.

—Es la única forma de que puedas montar con ese vestido. O convencer de que eres una aristócrata a quienquiera que estés intentando engañar. Aiana no me ha contado toda la historia realmente.

—¿Queréis saberla?

—No.

Nos pusimos en marcha por el tranquilo sendero. La luz del sol brillaba por entre los árboles con formas moteadas, contribuyendo a que mi vestido, ya de por sí pesado para cabalgar, me resultara más asfixiante y me produjera picor.

—Aiana me ha dicho que Grant no ha vuelto.

—No, pero anoche recibí un mensaje finalmente. Ha conseguido lo que buscaba, pero el asunto requería mayor seguimiento. Ha tenido que localizar a más personas y obtener más pruebas. Incluso el ejército ha arrestado a un par de hombres para interrogarles. Estamos empezando a desmantelar todo esto.

—¿Y Grant está bien? ¿Indemne?

Silas me miró de soslayo.

—Sí.

Cabalgamos en silencio hasta que nuestro sendero se unió a otro más ancho flanqueado por bosques sin colonizar, pero el tamaño y la tierra apisonada sugerían que era muy transitado. Silas se aclaró la garganta varias veces y finalmente preguntó:

—Entonces. ¿Sigues queriendo arreglar la ilegalidad en Cabo Triunfo?

Por un momento creí que sabía lo de mi trabajo con Tom, pero entonces recordé la conversación que habíamos tenido sobre la azarosa justicia de la ciudad.

—Bueno, me gustaría verla arreglada. No creo haber dicho que quisiera hacerlo yo.

—No lo dijiste. Yo te dije que deberías comentárselo al gobernador y tú me respondiste que no escucharía a una mujer sirminia.

—Y sigo pensándolo.

Silas se encogió de hombros.

—Bueno, a mí me escuchó cuando fui a hablar con él, antes de que se armase todo este lío de Hadisen.

—No… no sé adónde queréis ir a parar.

—Él también pensó que la ciudad necesitaba vigilancia oficial y ha tomado medidas para autorizar su constitución. Los documentos están en mi despacho, y en ellos se detallan los procedimientos que conviene seguir, así como el dinero que será asignado al proyecto.

—¡Eso es maravilloso! —Estas eran, probablemente, las únicas noticias genuinamente buenas que había oído en mucho tiempo.

—Me alegra que lo pienses —dijo Silas—. Porque eres tú quien va a constituirla.

—¿Cómo? —Repetí sus palabras mentalmente—. Pero acabáis de decir que hablasteis vos con él.

—Yo he conseguido el papeleo y el permiso para empezar, pero eso es todo. ¿Crees que quiero asumir esa clase de trabajo, junto con todo lo demás que compagino? ¿Organizar patrullas? ¿Contratar vigilantes? No estoy tan loco. Pero creo que tú sí.

Todos mis sueños de valentía, todas las historias que había idealizado… incluso mis intentos de hacer justicia como *lady* Aviel. Ninguno de ellos tenía nada que ver con la realidad. Pero esto…

La luz que se había encendido en mi interior al oír sus palabras se oscureció de golpe.

—No puedo hacer nada de eso. Sigo vinculada a mi contrato con los Thorn.

—Bueno, eso es lo otro de lo que te quería hablar. —Silas se rascó una oreja y miró fijamente el camino—. Tenemos un presupuesto. Y cubriría tu sueldo y el de quienes contrataras. Haz números y podrás tener un adelanto de tu sueldo. Así podrás solventar lo de la cuota de tu contrato.

La cabeza me daba vueltas con las posibilidades —y las complicaciones—. Si esta libertad era posible siquiera, tendría que ganármela a pulso.

—Pero ¿cómo podría contratar yo a nadie? La mayoría serán hombres. Nunca me aceptarán. Nunca me respetarán.

—Pues entonces haz que te respeten. Pelea y mantente firme hasta que venzas. Has sobrevivido en Sirminia, en Osfro, aquí. ¿Crees que no puedes poner en cintura a un puñado de patrulleros? Además, les pagarás por ello. Controlar las finanzas abre muchas puertas.

Tragué saliva.

—Hablando de finanzas… ¿podría… podría recibir un adelanto de algo más que la cuota de mi contrato?

Silas resopló.

—Eso depende de tu definición de «algo más», supongo. Si tomas mucho prestado, no conseguirás contratar a ningún guardia.

—Lo sé. Pero mi hermano… —Cogí aire. Aún no me sentía cómoda hablando de Lonzo—. Mi hermano es un siervo en…

—Sí, sí —interrumpió Silas—. Williamston. Pensé que ya se estaban encargando de eso.

Me quedé boquiabierta.

—¿Lo… lo sabíais?

—Pues claro. Soy yo quien entregó el dinero a uno de nuestros agentes enviados allí.

—¿Qué dinero?

—Los sesenta doblones de oro que Grant me dio hace un par de semanas. —Silas puso los ojos en blanco—. No quiero ni saber cuántas partidas de cartas tuvo que jugar para conseguirlos. Lo último que sé es que el papeleo ha terminado, pero tu hermano se retrasa por culpa de una herida.

Mi mano voló hasta mi pecho.

—¿Qué?

—Algo en la rodilla, creo. Ayer oí que se pondrá bien y vendrá de aquí a un mes.

Lonzo. Libre. Y de camino. Pronto. Tenía la impresión de que me despertaría en mi cama de un momento a otro. Era la única forma de explicar este día cada vez más asombroso.

—¿Te encuentras bien? —Silas me examinó más de cerca. No tenía ni idea del tiempo que llevaba callada.

—S… sí. Es que no lo sabía. Grant nunca me dijo nada. —Salí de mi ensimismamiento y me centré en Silas—. ¿Por qué no me lo dijo?

—No lo sé. Imagino que no quería preocuparte hasta enterarse bien de lo de su herida. Pero es solo una suposición. No tengo ni idea de qué pasa por la cabeza de Grant o qué pasa entre vosotros. —Silas me lanzó una mirada—. En realidad, me hago alguna idea de lo que pasa entre vosotros, y si fueras mi hija… bueno. No importa. Al menos de momento. Centrémonos en la oferta de trabajo. ¿Te interesa? No voy a mentirte. Será duro. Cuando he dicho que pensaba que podías vencer, lo decía en serio, pero tendrás que luchar más que los hombres que trabajan para ti. En esta ciudad hay muchos que no quieren leyes. Pero el resto, la gente común, necesita esa legislación.

Desde mi llegada a Adoria, había imaginado y me había adaptado a un sinfín de escenarios, pero una oportunidad como esta nunca había cruzado mi mente. Ni siquiera en sueños.

Independencia. La posibilidad de ayudar verdaderamente al prójimo de una forma justa. Podría darle un trabajo a Lonzo cuando llegara.

—Es maravilloso, señor Garrett. De verdad. Me halaga que hayáis pensado en mí. Y sí… me interesa. Solo espero que tengáis razón cuando decís que podré pagar la cuota de mi contrato.

—Eh, me he enfrentado a problemas más graves. Y si realmente estamos a punto de atrapar a esos traidores, tendrás esa recompensa disparatadamente alta que Grant te prometió sin consultarme.

—Mi recompensa —repetí. Y Grant también se llevaría la suya. Mi brillante y emocionante carrera me pareció hueca de pronto, al aceptar que no estaría con él. Se iría con los balancos, lejos de mí, lejos de todos. Pero le gustaba trabajar solo. ¿O no?

«Quizá… quizá te gustaría ver las tierras septentrionales».

Mi respiración quedó presa en mi garganta cuando las palabras de Grant me vinieron a la cabeza como una revelación súbita e imposible. A mi lado, Silas dijo algo de que estábamos en las estribaciones de Crawford, pero apenas lo escuché. Mi mente volaba lejos del soleado camino. Yo estaba de nuevo en la oscura habitación de Grant, cuando había insinuado nerviosamente que fuera con él a tierra balanca.

Aquella noche mi enfado había sido tal que no me paré a considerar la propuesta. Cuando, más tarde, Aiana me explicó las estrictas condiciones del acuerdo sobre quién podría acompañarle, no caí en la cuenta de las implicaciones de la oferta de Grant. E incluso cuando le reconocí que me gustaba la idea de viajar con él, tampoco había pensado en mi rol. Yo solo quería estar con él; al menos eso había creído hasta que el recuerdo de Lonzo y mis prioridades me habían devuelto a la realidad.

«Solo se permite la entrada a los embajadores y sus familias; esposas, hijos y parientes así. Nada de amigos ni personas bienintencionadas. Nada de criados ni escoltas».

Esposas.

¿Qué me había estado pidiendo Grant? ¿Sabía siquiera lo que estaba diciendo? Cada vez que había surgido el tema, se había mostrado dudoso, como si fuera incapaz de reconocer ante sí mismo lo que hacía.

¿Acaso me había propuesto matrimonio, a su extraña y complicada manera?

El resto de la mañana transcurrió confusamente. Representé un buen papel con el potencial comprador —un anciano que me recordó mucho a Rupert— y le convencí de que me había criado rodeada del arte más refinado de Miriko antes de enamorarme de un marchante osfridiano que me había traído a Cabo Triunfo. De haber llevado el cuadro conmigo, me habría entregado el dinero en el acto.

Sin embargo, mientras sonreía y conversaba, solo podía pensar en: «¿Qué quiso decir Grant?».

Silas y yo volvimos sin contratiempos a Cabo Triunfo, y me dejó sin demora: «Voy a testificar antes de la hora del almuerzo y necesito estar disponible en el juicio. Si no quieres que se den cuenta de tu ausencia, espera al descanso y podrás mezclarte con la multitud».

Me puse cómoda en un claro de hierba al final de la calle, la cabeza aún llena de los acontecimientos del día. Cuando oí el sonido de las voces cada vez más claras en la distancia, fui deprisa al juzgado. Me colé fácilmente entre la multitud que buscaba donde almorzar y llegué justo a tiempo de ver cómo trasladaban a los presos. Miré a Cedric. Llevaba el brazo en cabestrillo y tenía cardenales en la cara. Vestía ropas arrugadas y raídas, mientras que Warren y sus hombres iban limpios y con elegantes atuendos. Recordé el día de nuestra reunión en la iglesia, a la que Cedric había acudido muy elegante y sin un pelo sin peinar. Nunca habría asociado a aquel hombre con el que pasaba por delante de mí en estos momentos.

Adelaide y Aiana se reunieron conmigo en la puerta. Adelaide estaba pálida y ojerosa, y la rodeé con mi brazo cuando fuimos a comer.

—Todo saldrá bien —dije automáticamente.

—Ha sido horrible, Mira. Horrible.

El tribunal, que era parcial, no había permitido a Cedric contar toda la historia, y la línea de interrogatorio había asumido ya que era culpable. Habían acusado a Adelaide de engaño y moral relajada después de testificar. A Warren, por el contrario, lo habían escuchado con compasión. Había tenido tiempo de pulir su relato, y sus hombres le habían respaldado.

La sesión de la tarde transcurrió igual que la de la mañana.

Cuando el juicio concluyó por ese día, apenas quedaba el testimonio de unos pocos testigos por escuchar. No tendrían más remedio que testificar a la mañana siguiente, lo cual decepcionó al público. El gobernador Doyle había dicho que dictarían sentencia inmediatamente, y muchos habían creído que verían una ejecución ese mismo día.

Cuando Aiana y yo regresamos a Las Glicinias, yo no estaba de humor para escuchar cotilleos. Me fui a mi dormitorio y me quedé allí hasta después de la medianoche. Solo entonces bajé sigilosamente a buscar algo de comer. No había tenido apetito durante el día, pero pensaba en las tartaletas que había descubierto con un hambre canina. Una sombra apareció en la puerta de la cocina, y di un respingo.

Era Gideon Prescott, el joven de Grashond. Él y los otros Herederos de Uros se habían demorado para cerrar algún negocio en la ciudad y seguían diciendo que su partida era inminente, pero siempre se producía un nuevo retraso.

—Lo siento —me dijo—. No quería asustarte.

—¿Acabas de llegar? Aquí hay algo de comida.

—Gracias. —Aceptó una tartaleta—. He llegado más tarde a la ciudad de lo que esperaba. Creo… creo que he ayudado a tu amiga, a la señorita Bailey. Al menos, eso espero. No estoy seguro.

Dejé mi comida en la mesa.

—¿A qué te refieres?

—He ido a verla esta noche para ofrecerle mi ayuda. Yo era amigo de Tamsin… de la señorita Wright, y simplemente he pensado que debía hacerlo porque a ella le habría gustado. —Apartó la mirada un momento antes de seguir—. Bueno, yo le sugerí al señor Thorn que comprara una participación en una nueva colonia llamada Westhaven…

—Eso ya lo sé. Y así conseguiría una amnistía en Denham.

—La señorita Bailey también lo sabía. Lo que no sabía es que algunos delegados del acta constitutiva de Westhaven se encuentran presentes en Cabo Triunfo ahora mismo.

—Pero ella no tiene el dinero aún.

—Al parecer, cree que podría conseguirlo.

—Bueno, sí, hay un acuerdo en marcha, pero no hay tiempo de… —Se me cortó la respiración—. Señor Stewart, ¿qué pensaba

hacer Adelaide cuando te has ido?

—Reunir el dinero, creo. Ha dicho que el trayecto era corto. Le he dejado mi caballo.

¡Un trayecto corto! Adelaide iba a buscar el cuadro para cerrar el acuerdo. Walter Higgins, que era escrupuloso con el arte falsificado, había escondido el cuadro en un pueblo al sur de Cabo Triunfo. Adelaide tendría que ir allí primero y después regresar a Crawford. Se pasaría la noche cabalgando.

—¿Había alguien con ella?

—No. Estaba sola.

Adelaide. Sola. Cabalgando en la noche.

—¿Cuándo se ha ido?

—Pues… a ver. Diría que hace tres horas. Casi cuatro.

—Gracias, señor Stewart —dije, pasando por delante de él a toda prisa.

—¿Qué vas a hacer?

No respondí. Subí corriendo las escaleras hasta mi dormitorio y me puse a buscar la capa estrellada.

32

—Lady Aviel —dijo Tom fríamente—. Creí que te habías retirado.

Entré hecha una furia en la taberna del Toro Danzarín y dejé su moneda con un golpe en la mesa.

—Vengo a reclamar mi segundo favor. Ahora.

Los otros hombres que estaban sentados a su alrededor guardaron silencio, perplejos ante el tono de mi voz. Había venido corriendo desde Las Glicinias, y deseé que mi agotamiento no fuera evidente cuando miré a Tom.

—Había olvidado que tenías esto —constató—. Pensándolo bien ahora, no estoy seguro de que el altercado en la Fiesta de las Flores lo mereciera realmente. Creo que fue más bien el impulso del momento.

—No juegues con ella. —Dos asientos más lejos, Elijah se puso en pie—. ¿Qué necesitas? Yo te ayudaré.

—Ni lo sueñes —repuso Tom—. Siéntate y termina las tareas previstas para mañana. Yo me ocuparé de esto.

Durante unos segundos los dos hombres permanecieron en un silencioso enfrentamiento que hizo que los demás se movieran incómodos en sus asientos. Recordé el disgusto de Elijah con el modo de proceder de Tom la noche de la tormenta, pero estaba convencida de que todo eso se habría disipado. Elijah era uno de los seguidores más veteranos de Tom. Cuando finalmente volvió a sentarse en su silla, su expresión seguía recelosa y en alerta.

Tom alargó el intrigante silencio antes de levantarse.

—Hablemos en privado, *milady*.

—Podemos hacerlo fuera —le dije mientras me alejaba de la mesa. Señalé la puerta—. Lo único que necesito es un caballo.

—¿Eso es todo? Vuelves a pedirme un favor aburrido. La moneda se echa a perder contigo. Ven, pues.

Me condujo a los establos de la taberna y me alegró ver que mi

caballo favorito estaba allí.

—¿Me estás pidiendo que te lo dé? —preguntó.

—Que me lo prestes.

—Aburrido.

—No lo necesito mucho tiempo. Solo es para ir a Crawford y volver.

Tom ladeó la cabeza, pensativo.

—¿No estarás persiguiendo a la tan comentada *lady* Witmore por casualidad?

Dejé lo que estaba haciendo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la segunda vez que alguien menciona ese pequeño pueblo esta noche, y no creo que sea una coincidencia. Hay un hombre que frecuenta esta taberna (un hombre de mala reputación, no como nosotros) que no hace mucho ha venido con prisas buscando a algunos de sus compinches. Decía que había visto a *lady* Witmore cabalgando hacia el norte por la carretera de la frontera. ¿Sabes que hay una recompensa para quien la encuentre, verdad? Una recompensa de la familia.

No lo sabía. Eso explicaba que Adelaide se hubiera tomado tantos cuidados por ocultar su verdadera identidad. Si ya estaba cabalgando hacia el norte, llevaba buena ventaja. Debía de tener el cuadro, pero eso era irrelevante si unos bandidos iban pisándole los talones. Me di más prisa con lo que estaba haciendo.

—Y —añadió Tom— salvar a un personaje trágico y romántico como ella es exactamente tu estilo.

—Tengo que irme ahora. —Subí al caballo y cogí las riendas—. Apártate de mi camino.

Tom suspiró.

—Espera un momento, iré contigo.

—Apártate de mi camino —repetí—. No quiero tu ayuda.

—Ya, pero la necesitas. Son cinco. Eres buena, pero tú sola no puedes con ellos. —Miró mi cinto—. Especialmente con ese cuchillo ridículo. ¿Te has deshecho del puñal por rencor?

—Lo perdí en la tormenta cuando me abandonaste. ¡Y ahora muévete! —rugí—. O te juro que te paso por encima.

Tom cogió una silla de montar y empezó a preparar su corcel.

—Voy contigo. Y conseguiremos otro puñal mientras salimos.

Dejamos atrás la ciudad bajo una luna en cuarto creciente y cabalgamos con estruendo por la carretera de la frontera. La ira bullía dentro de mí, y me alegré de que nuestro ritmo no nos permitiera conversar. No quería su cháchara. No quería nada de él.

Pero quería poner a salvo a Adelaide.

Por este motivo me tragué mi orgullo. Tom tenía razón sobre los números y mi cuchillo. Si tenerlo a mi lado aumentaba mis posibilidades de éxito, que así fuera.

—¡Tenemos que avanzar más deprisa! —le grité en un punto del camino—. ¡Tenemos que darles alcance!

—Lo haremos —me respondió—. He visto sus caballos. No están mal, pero no son como estos. No pueden mantener este ritmo de galope.

Posiblemente era así, pero a mí me pareció que nos llevaban demasiada ventaja. Me reproché no haber tenido la idea de sellar yo misma el acuerdo. Podría haberlo hecho todo en un día, pero no habíamos sabido que los delegados de Westhaven se presentarían en la ciudad.

Tom aminoró la marcha, y empecé a regañarle cuando vi una luz delante de nosotros. Había un farol en el suelo iluminando a un grupo de hombres y caballos.

—¿Qué te decía? —dijo Tom.

Corrimos hacia ellos, y los hombres se volvieron al oír los cascos de nuestros caballos. Justo detrás del grupo, vislumbré a Adelaide en el camino. Parecía ilesa, y un hombre a su lado se agarraba la pantorrilla con dolor.

Nuestra presencia sumió a los bandidos en la confusión.

—¡Piratas!

—¡Tom Mangascortas!

—¡Y *lady* Aviel!

Tom y yo desenvainamos nuestros espadas.

—Tenéis algo que andamos buscando —dijo—. Dejadnos a *lady* Witmore y marchaos.

Dos de los hombres empezaron a correr, abandonando los caballos de los que habían desmontado. Puede que la imagen lo fuese todo finalmente. Un hombre corpulento y fornido —menos intimidado por nuestra presencia— dio un paso al frente con un cuchillo en la mano.

—Ella y su recompensa nos pertenecen. Largaos de aquí antes de que…

Tom le golpeó la cabeza con la empuñadura de la espada. Yo cargué contra otro de los bandidos y le herí el hombro con el puñal. Gruñó y se metió la mano en el abrigo buscando algo. ¿Un revólver? ¿Un cuchillo?

Salté del caballo y le apuñalé el estómago. Hizo mucho más ruido esta vez y se tapó con una mano la zona de la herida. Su otra mano seguía libre y sacó una pistola del abrigo. Le golpeé el brazo con el puñal, y una patada en la rodilla lo tiró al suelo. Un golpe complementario en la cabeza garantizó que no se movería.

Me giré buscando a alguien más a quien atizarle, pero Tom era el único que quedaba en pie. Miró con interés a mi oponente derribado.

—Bueno, bueno, parece que tienes un lado oscuro después de todo.

—¿Dónde está ella? —pregunté—. ¿Adónde ha ido?

—No muy lejos. Se encaramó a su caballo durante la pelea y se fue hacia el norte.

El resto de los bandoleros estaban inconscientes o heridos. Tom espoleó sus caballos, y salieron corriendo hacia Cabo Triunfo.

—Solo por complicar un poco más las cosas.

Tom y yo nos encaramamos a nuestros caballos y alcanzamos a Adelaide con relativa rapidez. Su caballo cojeaba.

—Ya no tendrás que preocuparte por esos hombres —le dijo Tom.

—¿Están muertos? —Su postura y su voz parecían llenas de desconfianza.

Aparté la cara y me aseguré de hablar con un fuerte acento belsa.

—Puede ser. O se han dado a la fuga.

—Bueno, no importa. No iba a irme con ellos ni tampoco voy a irme con vosotros. —Su audacia hizo que me sintiera orgullosa de ella.

Tom parecía divertido con la situación.

—No queremos llevarte a ningún sitio. Vayas adonde vayas, te ayudaremos a llegar con vida. Esta noche, seremos tus escoltas.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué queréis?

—Nada de lo que tengas que preocuparte. Nuestros intereses son cosa nuestra. Lo único que necesitas saber es que estás a salvo con nosotros. —Tom ladeó la cabeza para tener mejor visión—. ¿Tu caballo está cojo?

—Todavía no —dijo—. Pero ha perdido una herradura.

—Entonces tendremos que llevarte en los nuestros —dijo Tom.

Después de mirarnos a los dos y a su caballo renqueante, Adelaide asintió con recelo. Ató el caballo de Gideon a un árbol, y yo tuve que montar con Tom para que ella pudiera llevar el cuadro en la yegua. Después de mirarnos una vez más con desconfianza, hizo un gesto con la cabeza y los tres partimos hacia Crawford a ritmo vertiginoso.

Cuando llegamos a las afueras del pueblo, todos pensamos que lo mejor era que Adelaide fuera sola y que Tom y yo esperásemos junto al camino. Unos forasteros enmascarados merodeando en plena noche podían levantar sospechas.

En cuanto estuvo fuera de nuestra vista, descabalgué y empecé a pasearme nerviosamente.

—¿Tan malo soy? —preguntó Tom después de un rato.

Le di la espalda.

—Solo estoy estirando las piernas.

—Aviel, me gustaría que no siguieras tan resentida conmigo.

—Deja de hablar, Ni siquiera quería que vinieras esta noche.

Su voz se tornó inusitadamente seria.

—Hablaba en serio cuando dije que tenías potencial. Me gustaría que lo reconsideraras. Te echamos todos de menos. Muchas cosas están a punto de ocurrir, y deberías formar parte de ellas. De hecho, he conseguido… —El sonido de unos cascos interrumpió lo que quiera que fuese a decir, y cuando se volvió comprobó que era Adelaide quien se acercaba—. ¿Listo? Pues vamos a llevarte de vuelta. Pronto amanecerá.

Los exhaustos caballos consiguieron una buena velocidad hasta Cabo Triunfo. En el horizonte ya despuntaba un color púrpura, y el juicio se reanudaría pronto. Adelaide aún debía finalizar la transacción con los delegados de Westhaven.

La dejamos cerca de las puertas de Cabo Triunfo.

—Gracias por vuestra ayuda —dijo mientras descabalgaba—. No podría haberlo hecho sin vosotros. Sin ninguno de los dos.

—El placer es nuestro.

Tom se inclinó todo lo que pudo desde su montura y, como no podía hacer una de sus reverencias con la capa, lo compensó despidiéndola con un viejo proverbio muy popular entre osfridianos y sirminios. Significaba: «Que Ariniel te proteja». Aunque sabía que Tom estaba presumiendo, repetí sus palabras en mi cabeza y deseé que el ángel me estuviera escuchando. Adelaide tenía una fuerza que yo había subestimado, pero parecía pequeña y sola cuando se alejó.

Devolví el puñal a Tom, rechazando su insistencia por que me lo quedara.

—Esta es la última salida de *lady* Aviel —le dije—. Esta vez lo digo en serio.

—Pues sé quien mejor te parezca, porque tengo un último trabajo para ti.

—Tom…

—Tú escúchame. Nada de robos ni ataques. Es un trabajo defensivo, no ofensivo. Soy yo quien va a transportar mercancías esta vez, y necesito hombres, y mujeres, capacitados para protegerme. Tengo varios carromatos que van a partir a Alma hoy mismo. Te asignarán uno y, si todo sale bien, lo más que te puede pasar es un aburrido trayecto de ida y vuelta. Si las cosas no salen bien (es decir, si alguien se interesa por nuestro cargamento), entonces nos ayudarás a enviarlo de vuelta. Así de fácil.

—¡Siempre dices lo mismo y nunca es cierto! Y Alma está a tres días de camino.

—Eh, más bien dos. Apenas cruzaremos más allá de la frontera.

—No importa. Aunque tuviera tiempo para ello, no pienso trabajar más para ti.

Tom señaló las puertas de la ciudad con la cabeza.

—Si lo que te preocupa es *lady* Witmore, puedes esperar hasta que pronuncien el veredicto. Es lo que voy a hacer yo. Será fácil alcanzar a los demás después.

—No.

—El dinero…

—No, Tom. Te lo digo por última vez, déjalo estar.

Sus ojos verdes me calibraron durante un buen rato. Así, a la luz del sol, me recordaban el mar de la costa occidental de Sirminia.

—No sé en qué andas metida, pero es algo sentimental y estúpido, ¿verdad? Cuánto talento echado a perder. —Espoleó su caballo y me dejó el que yo había montado—. Lo dejaré estar, pero espero que volvamos a vernos. Hasta siempre, ángel.

Cuando se alejó hacia otra entrada a la ciudad más discreta, sentí que se disipaba una nube de mi cabeza. La vida sería mucho más fácil sin Tom Mangascortas —y *lady* Aviel—. Me puse la capa del revés y saqué la peluca y la máscara antes de entrar en la ciudad, pero necesitaba algo mejor. Los pantalones eran una rareza para cualquier mujer, y no digamos ya en la Corte Reluciente. Necesitaba encontrar otro atuendo antes de ir a los juzgados.

Como nadie respondió en casa de Aiana, abrí la cerradura con un gancho, deseando que no le importara. Dentro, el persistente aroma a té me confirmó que probablemente acabaría de marcharse a su trabajo en Las Glicinias. Me preparé un desayuno y encontré uno de los vestidos que le habíamos traído a Adelaide. No me sentaba muy bien, pero era mejor que nada. Me acabé la última rebanada de pan y me dispuse a ir al juicio. Con suerte podría colarme entre las demás chicas sin que nadie notara que…

Un golpe seco en la puerta me sobresaltó. Miré en derredor frenéticamente, buscando uno de los cuchillos de Aiana, pero su ballesta fue lo único que pude ver. Entonces, una voz familiar dijo:

—¡*Sekem! Ta qi.*

Abrí la puerta y me encontré frente a un Grant muy desaliñado —y sorprendido—.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está Aiana?

—¿Dónde te habías metido? —pregunté enojada, golpeándole el pecho con el puño—. ¿Sabes lo preocupada que estaba?

A continuación nos abrazamos y nos besamos avanzando a trompicones hasta la habitación, lo cual parecía ser ya una costumbre. No podía acercarme lo bastante a él, necesitaba aferrarme a él y sentir que era real.

Grant interrumpió el beso con cierta renuencia, manteniendo una mano enmarañada en mi pelo y la otra en mi cintura.

—Mira, la próxima vez que quieras atacarme con un vestido que te viene demasiado pequeño, adelante, pero ahora no tenemos tiempo. —Me miró de arriba abajo—. Muy, muy pequeño. ¿Por qué lo llevas puesto?

Le rodeé la cara con las manos y le levanté la cabeza para que mirara hacia arriba. No daba crédito a que acabase de entrar por la puerta.

—Grant… He estado tan preocupada por ti. —Mi voz empezó a quebrarse, a medida que toda la ansiedad y las terribles figuraciones que me habían atormentado durante la semana se derrumbaban—. No sabía si… si te había ocurrido algo.

Su humor sarcástico desapareció cuando me miró a los ojos. No se apartó, pero noté que vacilaba en mis brazos.

—No —gruñó—. No me mires de esa forma.

—¿De qué forma?

—De esta forma. La misma que cuando me preguntaste por la cicatriz. La misma que cuando creíste que había muerto. La misma que cuando me diste una explicación superficial, en teoría, de por qué querías acostarte conmigo. La mirada que dice… que te gusto.

Lo contemplé un buen rato.

—No me gustas, Grant. Te amo.

Se apartó y empezó a pasearse arriba y abajo, y supe que le había tocado una fibra. No estaba enfadado, pero se sentía claramente perdido.

—No, no, no digas eso. Mirabel, no sé cómo… es decir… argh.

Había llevado tanto tiempo esas palabras dentro de mí que me salieron sin poder evitarlo. Quería decirle más cosas, hacer que se enfrentara a ellas, pero entonces mi mirada se posó sobre un legajo de papeles que Grant había soltado al abrazarme. Cobré conciencia del peso de lo que estaba en juego y ofrecí a Grant la escapatoria que necesitaba.

—¿Qué es esto? —pregunté, arrodillándome para recoger los papeles.

Se tomó unos segundos para recomponerse y después su expresión de negociante volvió a asomar.

—Hemos identificado a casi toda la banda y ya hemos detenido a algunos —dijo, hablando con más comodidad de datos que de sentimientos—. Uno de los hombres ha hecho una confesión muy importante y las pruebas escritas no dejan de crecer. Venía a pedirle a Aiana que te entregara estos documentos para verificar algo.

Nos inclinamos mientras desenrollaba los papeles. Levantó la vista cuando nos rozamos, su mirada buscando furtivamente mi

rostro antes de volver a bajarla deprisa.

—Tenemos muchas pruebas que implican a Warren Doyle, incluida una de las confesiones. Pero esta carta está en lorandés, y no he tenido tiempo de buscar a un traductor.

Hojeó las páginas y reconocí algunos nombres: los que Abraham Miller había escrito con errores de ortografía. Quien había escrito esta nota había corregido Skarbrow por Scarborough, Madisin por Madison, y Cortmansh por Courtemanche. Grant se detuvo en la última página.

—Aquí —señaló—. ¿Qué dice aquí sobre Warren Doyle?

La carta estaba en auténtico lorandés —no en balanco disfrazado de lorandés— y pude analizar los párrafos después de darles algunas vueltas.

—Dice que Warren enviará el próximo cargamento de oro a finales de verano cuando… —Hice una pausa—. Creo que esto es «colonos». Sí, cuando sus colonos hayan pagado sus impuestos. Les entregará su… eh, tajada prometida a través de un mensajero lorandés. O su proporción. Algo así.

Grant dio un manotazo al papel e hizo un gesto triunfal.

—¡Eso es! Eso es, Mirabel. Exactamente lo que estaba esperando oír. Malversación desde su propia colonia. La última pieza del puzle que está a punto de aplastar a Warren Doyle. Lo tenemos.

La emoción me quemaba por dentro, junto con cierta ira bien merecida contra Warren. Había hecho sufrir a mis amigos, pero en adelante, cuando se confirmara su traición, recibiría su merecido.

—¿Es él el gran promotor financiero?

El semblante victorioso de Grant vaciló un poco.

—No. Él es uno de los promotores. Al parecer, Courtemanche es quien tiene más posibles, pero es probable que no lo atrapemos. Han corrido rumores de que la banda está siendo desarticulada, y un buen puñado de los suyos ha huido. Ojalá supiera qué balanco le ha ayudado a descifrar este código. No somos Aiana ni yo, así que debe…

Unos gritos repentinos hicieron que nos acercáramos a la ventana. Se habían formado alborotados grupos de gente que corrían calle abajo. Grant abrió un poco la ventana, y pudimos oír mejor qué tenía a todo el mundo alterado.

—¡Van a colgar al hereje!

—¡Deprisa, o no tendremos sitio para verlo!

—Maldita sea —dijo Grant, retrocediendo con una mueca—. Sabía que el veredicto sería temprano, pero pensé que Silas llegaría a tiempo de presentar todas las pruebas. No te preocupes, es imposible que ejecuten la sentencia tan pronto.

—¡Lo harán! Ya has visto a esa gente. Y ayer oí que el gobernador Doyle quería actuar de inmediato. —Le apreté la mano —. Grant, tenemos que…

—Vale, vale. Tranquila. Aún podemos hacer algo. Instalar el patíbulo no se hace en un santiamén. Lo siento —añadió al ver que me estremecía—. Pero no es demasiado tarde. Iré a buscar a Silas para llevarlo a los juzgados. Tiene suficiente influencia con el gobernador para que retrasen el proceso.

—¿Por qué no está allí ya?

—Porque ha escoltado a algunos de los traidores detenidos al fuerte. No quería que los recluyeran en el calabozo de la ciudad tal y como están las cosas.

—¿Por qué demorarnos? ¿No puedes ir a hablar directamente con el gobernador? —Un destello de culpabilidad en sus ojos me dio la respuesta—. No quieres arriesgarte y que descubran tu tapadera.

—Tenemos tiempo —insistió—. Has de saber que no permitiré que un inocente muera en mi propio provecho. Y, de todas maneras, surtirá más efecto si viene de Silas. No, espera.

Me agarró del brazo cuando hice ademán de irme, y me zafé de él.

—¡Quieren colgar a Cedric! Tengo que estar allí por Adelaide.

—Estarás. Pero primero necesito que vayas a casa de Silas. —Grant se sacó una llave del bolsillo—. La carta balanca y los otros documentos están allí. Si ya se sabe el veredicto, ahorraremos tiempo si Silas y yo podemos acudir directamente a los tribunales y tú te reúnes allí con nosotros con las pruebas.

—¡Pero tengo que frenarles si tú no puedes! —Quería gritar de la frustración—. Grant…

—Mirabel. Valiente y hermosa Mirabel. —Me cogió las manos y me besó la frente—. Sé que quieres cargar contra los monstruos del mundo, pero no es momento de espadas y heroicidades. El verdadero poder es la información, ¿recuerdas? Estas páginas son lo que nos permitirá frenar a Doyle.

Me tragué mi cólera, pues sabía que estaba en lo cierto. Los destinos de Cedric y Warren estaban sumidos en entresijos legales. Necesitábamos palabras, no armas. Intenté no pensar en Adelaide, allí sola, temerosa de que el hombre al que amaba fuera ejecutado de un momento a otro…

—Iré, pero Grant, ¡no permitas que cuelguen a Cedric! No puedes permitirlo. No lo merece… ¡Y eso la destrozará a ella! Pase lo que pase con Warren, no dejes que Cedric muera. Y menos después de todo lo que hemos pasado. —Le apreté las manos y lo miré a los ojos sin pestañear—. Prométemelo. Prométeme que lo salvarás. Tienes que hacerlo.

Grant se acercó más a mí y me besó rozándome con los labios.

—Mirabel, haré todo lo que esté en mi mano para garantizar que siga vivo. Lo prometo. Saldrá de esta. Todos saldremos.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Pues terminemos con esto.

Una vez en la calle, nos separemos en direcciones opuestas, despidiéndonos con una última mirada. Acababa de recuperarlo después de una larga semana de angustia y ya estábamos separándonos otra vez. «No me gustas, Grant. Te amo».

Fui a casa de Silas a ritmo vertiginoso, con el corazón desbocado. Un pánico momentáneo se apoderó de mí cuando entré en su despacho y vi el caótico escritorio, pero los documentos que necesitaba estaban allí encima, cuidadosamente apilados y a la vista: primero mi carta traducida, seguida de un mapa y un fardo de documentos que Grant había estado reuniendo en la última semana. Algunos estaban codificados y con sus traducciones anotadas al margen. Otros desprendían el acre aroma de los reactivos químicos. Lo habían mantenido muy ocupado, sin duda.

Luego, me lancé de nuevo a las calles de Cabo Triunfo. En mi apresurado caminar, me llegaron retazos de conservaciones sobre herejes y ahorcamientos, y deseé que tuviéramos tiempo realmente, como había dicho Grant. Si no, todo esto…

—¿Señorita Viana?

Me detuve y me volví ante el inesperado sonido de la voz de Rupert Chambers. El anciano se acercó a mí, apoyándose en su bastón, y me ofreció una de sus amables sonrisas. A su lado, dos criados y un Cornelius muy manso cargaban bultos y cajas.

—Señor Chambers. No esperaba tropezarme con vos. Es una delicia, como siempre.

El anciano sacudió la cabeza.

—Igualmente. Y es una suerte, porque estaba deseando hablar con vos.

Me balanceé sobre mis talones. Los documentos me quemaban en las manos.

—Nada me agradaría más, pero ahora mismo no tengo tiempo que perder.

—Comprendo. Pero antes de que os vayáis, quiero ver a Cornelius disculparse con vos. —Los rasgos de Rupert se endurecieron al mirar a su hijo.

Cornelius pareció empequeñecer.

—Si-siento mucho haberla presionado tanto últimamente.

Su padre suspiró exasperado.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Bueno, aun así, yo también lo siento, querida.

A pesar de mi impaciencia, la curiosidad me retuvo un momento.

—¿Por… qué?

—Por haberos visto atrapada en el plan de mi hijo y Lavinia. Llevan tiempo desplumándome para poder mantener su ridículo tren de vida y pensaron desembarazarse de mí buscándome otra esposa que me distrajera mientras ellos disponían libremente de mis bienes. Como todavía soy yo quien los controlo a efectos legales, he puesto fin a todo esto, y Cornelius se ha mostrado muy dispuesto a devolver algunos de sus llamativos disparates. Básicamente porque tiene miedo de que lo desherede. —Rupert volvió a suspirar—. Muchas de las cosas no puede devolverlas porque las compró en el mercado negro, así que ahora tendremos que venderlas. Los granujas a quienes se las compró no las quieren de vuelta. Solo comercian con oro.

—Bueno, no han hecho ningún mal, así que…

No pude terminar la frase cuando vi resbalar el paño que cubría el bulto de Cornelius. La piedra negra plateada relució a la temprana luz del día.

—Eso es una escultura balanca.

Cornelius se volvió hacia mí esperanzado.

—¿Deseáis comprarla?

—No. ¿De dónde la habéis sacado? —Aunque ya lo sabía, claro.

—No sé de dónde viene exactamente. Quiero decir, siempre le compro a la misma persona, pero trato con intermediarios. Suele tener objetos raros y preciosos. Los buenos conocedores siempre esperamos impacientes las nuevas mercancías. Son caras, pero prácticamente imposibles de encontrar en otra parte.

—No hables de él como si fuera un experto en arte —le reprendió Rupert—. No es más que un vulgar ladrón.

Aquello era otro giro inesperado en el curioso mundo que era mi vida últimamente. Pero era un giro del que tendría que maravillarme en otro momento.

—Os deseo mucha suerte con todo este desaguisado, pero debo irme ahora. —Empecé a retirarme, deseando que el mensaje fuera claro.

—Oh, lo arreglaremos todo —dijo Rupert—. Y aún no estoy sin blanca. Razón por la cual, cuando tengáis tiempo, hablaremos de liquidar vuestra cuota. No para casarnos, claro, siempre hemos sabido que soy demasiado viejo para vos. Sencillamente, es algo que desearía hacer a modo de regalo y de disculpa…

Me detuve otra vez, pero no a causa de aquellas palabras extraordinarias e imposibles, sino porque se oyeron gritos y alaridos que me helaron la sangre. La muchedumbre venía hacia nosotros, en el sentido contrario al de antes, como volviendo del patíbulo. «Se acabó —pensé desesperada—. Tendría que haber ido corriendo a casa de Silas. No tendría que haberme parado a saludar a Rupert. La ejecución ha terminado. Cedric ha muerto».

Pero no. La que venía hacia nosotros no era una muchedumbre entusiasta. La gente no estaba exaltada por el espectáculo de haber visto morir a un hereje. Estaba asustada. Huía para salvar la vida.

—¡Que viene el ejército icori! ¡Están invadiendo la ciudad!

33

¿Los icori?

Aquello no era posible. No en Denham. Los icori seguían compartiendo fronteras incómodas con las colonias exteriores, pero los habían expulsado de esta región hacía tiempo. Los tratados firmados con Denham y sus colonias vecinas se habían respetado pacíficamente. Y de todas formas, ¿cómo era posible que un ejército icori hubiera recorrido todo el camino hasta Cabo Triunfo sin que nadie lo viera?

Improbable o no, el creciente pánico a nuestro alrededor era muy real. Sin otra palabra a los Chambers, salí corriendo contra la marea de multitudes frenéticas. Esta escena me hizo recordar otra espeluznante de Sirminia, cuando había visto a las mismas turbas histéricas únicamente interesadas en salvar el pellejo. Me abrí paso entre la masa de cuerpos, recibiendo empellones y golpes. En un punto, tropecé con un hombre que evitó que perdiera pie. Él y otros corrían en la misma dirección que yo.

—¿Dónde están los icori? —grité, manteniendo el mismo ritmo que ellos.

Uno me miró de reojo.

—Están llegando por la carretera del noroeste.

La carretera del noroeste. Después de la entrada por el fuerte, esta vía era la más común para acceder a la ciudad. También quedaba cerca de los juzgados. Cerca de mis amigos.

Vi que mis compañeros llevaban pistolas y cuchillos.

—¿Tenéis un arma para mí?

—No hagas una locura, chica —me gritó uno de ellos.

Me separé de ellos cuando llegamos al edificio de Aiana y casi me caigo enredándome con mis propios faldones al subir como un rayo las escaleras de su apartamento. Una vez dentro, descolgué la ballesta de su gancho en la pared y por un momento pensé en

pararme a buscar otras armas que supiera manejar mejor. No. Era más conveniente ir a una batalla con la ballesta que perderse la batalla por completo.

Estaba lista para la batalla, lista para hacer lo que fuera necesario para proteger a mis amigos. Era capaz de enfrentarme a cualquier cosa, a las maquinaciones de Warren o a un ejército invasor. Cuando me acercaba a la puerta para irme, vi un pequeño bolso de piel con una larga correa. Lo cogí y me lo colgué en bandolera. Me procuraba espacio para guardar los valiosos documentos y me dejaba las manos libres para usar la ballesta.

Ya en la calle, unos pocos se habían concentrado y armado para enfrentarse a los icori. Me uní a un pequeño grupo y nos lanzamos a la carga; la determinación había borrado cualquier huella de mi noche en vela. Pero cuando finalmente el juzgado estuvo a la vista, esta feroz resolución flaqueó, y me detuve pasmada. Los que estaban a mi lado hicieron lo mismo.

La escena que teníamos delante parecía más una elaborada producción teatral que la vida real. La horca se alzaba en lo alto de una plataforma elevada que permitía una buena visión, salvo que no eran ya los residentes de Denham quienes componían el público. Habían huido. En su lugar, un regimiento de jinetes ocupaba el espacio. Jinetes icori.

Yo nunca había visto a los icori, aparte de los dibujos de los libros osfridianos. Lucían capas y mantos con brillantes colores de telas de tartán, un hábito que habían conservado mucho después de que los expulsaran de Osfrid, allende los mares, doscientos años atrás. Tanto colorido hacía difícil calcular el número, como también el hecho de que la mayoría eran pelirrojos y rubios. ¿Cuántos serían? ¿Unos cuarenta o cincuenta? Desde mi posición no tenía una visión despejada.

No obstante, sí que podía ver claramente sus armas y sentir la tensión palpable entre ellos y el peligro que representaban, aunque no hicieran movimientos amenazantes. Nadie les había atacado tampoco, pero, francamente, ¿quién habría podido? Parte de las tropas de Cabo Triunfo habían sido expedidas a las fronteras exteriores recientemente, y el fuerte apenas contaba con un exiguo regimiento. La milicia era superada en número, y algunos milicianos parecían dispuestos a salir corriendo.

Solo una cosa pudo distraerme de este extraño espectáculo. Cedric, Adelaide y un abogado que ellos conocían estaban al fondo del patíbulo. Warren Doyle también, y apuntaba a mis amigos con una pistola. El gobernador Doyle, un poco más alejado de ellos, parecía en conversaciones con los icori. No había visto o no se preocupaba por las acciones de su hijo en ese momento. Acaso pensaba que tenía problemas más graves que resolver.

Probablemente era así, pero yo tenía los ojos clavados en Adelaide, Cedric y la pistola. Warren tenía una expresión desesperada, casi enloquecida, y quise correr hasta ellos y hacer algo, cualquier cosa, para detenerlo. Demasiadas personas me bloqueaban el paso, no obstante, y no sabía cómo reaccionaría Warren si de pronto se sentía amenazado.

—Nosotros no os hemos causado ningún problema —decía el gobernador—. Todos hemos firmado los tratados. Todos los respetamos. Vosotros tenéis vuestras tierras y nosotros, las nuestras.

Una voz profundamente masculina se alzó de entre las primeras filas de los icori. Su osfridiano era bueno, a pesar del fuerte acento regional que aún perduraba en los lejanos confines de Osfrid.

—Hay soldados invadiendo nuestras tierras y atacando nuestras aldeas. Soldados de ese lugar que llamáis Lorandia —dijo—. Y vuestros propios ciudadanos están ayudándoles y dejándoles cruzar por vuestras tierras.

—¡Imposible! —exclamó el gobernador—. Si los lorandeses estuviesen invadiendo vuestras tierras significaría que tendrían rodeadas las nuestras. Ninguno de mis hombres permitiría algo así.

—Sí, y además es vuestro propio hijo.

Durante un momento, mi mundo se congeló. Esta respuesta venía de una mujer. Y habría reconocido su voz en cualquier lugar.

Me abrí paso entre un muro de espectadores petrificados, intentando conseguir una panorámica mejor. Era Tamsin, tenía que serlo, pero no acertaba a verla bien. Un puñado de milicianos se había parapetado tras un carromato volcado, y trepé como pude a lo alto, haciendo caso omiso de sus protestas.

—Vuestro hijo y otros traidores están aliados con los lorandeses para generar discordia y sacar al ejército de Osfrid de las colonias centrales. Así, Hadisen y otras colonias podrán rebelarse contra la corona —continuó Tamsin.

Tamsin. Sana y salva. Con los icori.

—¡Es mentira, padre! —Warren se volvió hacia el gobernador, dejando de apuntar a mis amigos con la pistola—. No hace falta explicar que estos bárbaros le han lavado el cerebro. ¿Qué pruebas tiene de esas absurdas acusaciones?

—La prueba de que me tirasteis por la borda de un barco en mitad de una tormenta cuando descubrí vuestros planes —replicó Tamsin.

—Mentiras. ¡Está delirando! —Warren apuntó indeciso al público y luego de nuevo a Adelaide y Cedric.

Yo sabía que el pánico podía hacer que un hombre se volviese temerario e impredecible. Me erguí y coloqué una flecha en la ballesta, sin saber si sería capaz de acertar el blanco. Aunque lo tenía a tiro, Warren era un objetivo pequeño en la distancia y no paraba quieto. Me temblaron las manos. Solo había recibido media docena de clases de Aiana.

De pronto, un hombre subió las escaleras de la plataforma y se acercó a la horca. Se detuvo junto a Adelaide y Cedric, pero su foco era el gobernador Doyle. Yo podía sentir sus ojos penetrantes incluso desde tan lejos.

Grant.

—Está diciendo la verdad. —No era el Grant irónico o el Grant tierno, ni siquiera el Grant impaciente en busca de claves. Era Grant en su versión más feroz, contundente e inquebrantable, en una solución volátil—. Hay montones de correspondencia. Y testigos que declararán.

Warren miró a Grant con los ojos muy abiertos.

—¿Elliott? ¿De qué demonios estás hablando?

—Lo sabes perfectamente. —La atención de Grant se desvió a Warren—. De Courtemanche. De los mensajeros herejes.

Warren supo que su situación empeoraba. Lo llevaba escrito en el rostro y en el lenguaje corporal. Tras una valoración rápida de la amenaza, apuntó a Grant con la pistola. Yo apunté con la ballesta, pero no fui lo bastante veloz. Adelaide se abalanzó sobre Grant justo cuando Warren disparaba. Consiguió apartar a Grant de la trayectoria de la bala, pero la pistola de Warren era una pistola con dos balas. Inmediatamente la apuntó a ella con el arma.

Tensé la flecha y la solté sin pensarlo. La flecha salió disparada

de la ballesta con un chasquido y la perdí de vista momentáneamente mientras surcaba el aire. Un segundo más tarde, volví a verla. Sobresaliendo de la pierna de Warren.

Warren gritó y cayó al suelo y, en cuestión de segundos, Grant saltó sobre él. La confusión y el terror se adueñaron de la multitud. Las cabezas giraban, tratando de averiguar qué acababa de suceder. Algunos echaron a correr. Los icori parecían un poco confusos al ver que eclipsábamos su teatral confrontación. Los ojos de Adelaide supervisaron la zona y se posaron en mí. Su rostro se llenó de sorpresa y, poco a poco, se abrió en una sonrisa.

Bajé de un salto y me abrí paso entre la persistente milicia. Poco después, había subido a la plataforma y me abrazaba a Adelaide. Cedric, sonriente, nos observaba de cerca, y lo atraje a nosotras para incluirlo en el abrazo.

—Estoy tan feliz de que estéis bien —dije, sin poder reprimir la emoción. Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Los dos. Ahora estáis a salvo.

Cedric y Adelaide se volvieron a continuación. Un poco más lejos, en la plataforma, un gobernador Doyle atónito se había acercado a Grant. Warren estaba en medio de ambos, atado.

—¿Quién sois vos? ¿Por qué os creéis con derecho a apresar a mi hijo?

—Porque tenemos una montaña de pruebas que lo acusan de traición. Llevamos meses reuniéndolas.

—¿En nombre de quién estáis hablando? —exigió saber el gobernador.

—De la agencia McGraw. Trabajo para ellos. —Grant no vaciló ni perdió el semblante impasible. Su rostro seguía siendo duro y circunspecto. Pero vi que algo se apagaba en sus ojos, la destrucción de un sueño por el que llevaba tanto tiempo luchando. Se me partió el corazón.

Todo se había acabado para Grant.

Di un paso vacilante hacia él, pero entonces Adelaide exclamó:

—¡Tamsin!

Me giré y vi a Tamsin subiendo las inestables escaleras. Corrí inmediatamente hacia ella. Adelaide estaba conmigo y casi tiramos a Tamsin por el borde de la plataforma con nuestros abrazos.

—¿Qué sucedió? —gritó Adelaide.

Me aferré a la manga de Tamsin, sin poder reprimir las lágrimas.

—Pensé que habíamos vuelto a perderte.

—No —me dijo—. Pero no volveré a subir a un condenado barco en mi vida.

De sus ojos marrones también brotaban lágrimas. Era asombroso verla con aquel vestido de tartán y los relucientes cabellos recogidos en elaboradas trenzas.

Nos interrumpíamos al hablar, entre risas y preguntas, maravillándonos de estar allí siquiera. La voz cortante de Silas nos sacó de la burbuja de nuestro reencuentro.

—Thorn. Una palabra.

Levanté la vista y vi que tanto Warren como Grant se habían ido. Silas estaba junto al gobernador Doyle, que conversaba con un comandante del fuerte. Otros soldados recién llegados rodeaban a los icori en un anillo informe pero vigilante. Cedric se separó de nosotras, y Adelaide permaneció justo detrás de él.

Tamsin y yo nos cogimos de la mano mientras los tres hablaban quedamente.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Adelaide—. No esperaba volver y encontrarme con esto. Lo que quiera que sea.

—Es una larga historia —dije.

—¿Y esto? —Señaló la ballesta que llevaba acoplada bajo el brazo.

—Otra larga historia, pero seguramente no tan larga como la tuya.

Los ojos de Adelaide brillaban cuando volvió.

—¡El señor Garrett ha dicho que las pruebas son fehacientes para anular el veredicto! Todavía queda mucho camino que despejar para limpiar completamente el nombre de Cedric, pero por ahora…

—¡Mira!

Miré hacia la calle y vi que Aiana estaba abajo de la plataforma, el semblante sombrío.

—Ahora vuelvo —dije a mis amigas—. Bajé las escaleras como una flecha.

—Tienes que encontrar a Grant —dijo Aiana con premura.

Miré con sorpresa hacia la plataforma.

—Creí que se había llevado a Warren cuando Silas apareció, ¿no

ha sido así?

—Sí, pero temo que desaparezca en cuanto lo haya entregado. Si es que no lo ha hecho ya.

Toda mi dicha anterior se evaporó.

—¿Desaparecer cómo?

—Era su plan de emergencia si la misión no salía bien o descubrían su identidad. Marcharse cuanto antes de Cabo Triunfo para que a nadie le resulte fácil recordarle. Cambiar de nombre en otro lugar y encontrar trabajo en alguna sociedad mercantil con la esperanza de llegar eventualmente a la frontera con un grupo que tenga el acceso garantizado, o simplemente intentar cruzarla.

Suspiré. Grant nunca me había hablado de esa contingencia.

—¿Eso le posibilitaría el acceso?

—Es posible. Podría llevarle mucho tiempo. Y no existe la certeza de que los comerciantes puedan cruzarla. Esa es la razón por lo cual quería evitar esto. Si fuera lo bastante temerario, podría colarse e intentar comprar la amnistía por haber cruzado ilegalmente, pero se jugaría la vida y podrían matarlo. —Apoyó una mano en mi hombro—. Mira, eso podría ocurrir después. Ahora mismo hay que convencerle de lo contrario, antes de que sea demasiado tarde. Creo que eres la única que puede conseguirlo.

Recordé nuestra despedida. Al oír que lo amaba, Grant se había mostrado reacio, pero también me había prometido que salvaría a mis amigos a cualquier precio. El precio había sido su tapadera y casi su vida. Su mirada en el momento de revelar su verdadera identidad me perseguía.

—No sé si puedo convencerle de nada.

—Tienes que intentarlo, Banle —insistió Aiana. Me entregó una llave—. Corre. Si tienes suerte, habrá pasado por su casa a recoger sus cosas.

Me mordí el labio y eché un vistazo en derredor. Adelaide seguía arriba con Cedric, pero Tamsin había bajado y hablaba con un grupo mixto de icori y soldados. «Temo que desaparezca».

Grant desapareciendo. Vagando otra vez como un fantasma, con una nueva vida y una nueva máscara. Eso era todo lo que sabía hacer; seguramente era la única posibilidad que entreveía para poder regresar con los balancos, aunque entrañara riesgos. Yo no podía permitir que se hiciera eso a sí mismo. No podía perderlo.

Le di a Aiana la ballesta y desaparecí entre la multitud. Viajar libremente y sola ya no importaba. No había nadie de la Corte Reluciente a la vista; lo más seguro es que se hubieran dispersado con la llegada de los icori. En adelante me traía sin cuidado meterme en problemas con los Thorn, máxime cuando todo apuntaba a que no tardaría mucho en liberarme de mi contrato, de una forma u otra.

Grant no estaba en su altillo y no era fácil adivinar, en un espacio tan vacío, si había pasado por allí recientemente. Su baúl seguía allí, y aún colgaba ropa de las perchas, pero me pareció que había menos que antes.

Cerré la puerta al marcharme, pero cuando iba a guardarme la llave, recordé que llevaba otra en el bolsillo. La de casa de Silas. ¿Habría ido allí Grant? Pasaba tanto tiempo en la tienda y en casa de su mentor como en la suya propia.

Sin embargo, la casa de Silas también estaba vacía. Con el corazón en un puño, decidí ir a la tienda, pero recordé los documentos del bolso que llevaba en bandolera. Entre tanta sorpresa, había olvidado entregárselos a Silas. Al parecer, Silas había tenido suficientes datos para liberar a Cedric y detener a Warren de momento, pero necesitaría los documentos tarde o temprano. Los saqué y volví a dejarlos en el escritorio, pues no podía contar con que siguiera en los juzgados.

Ver las notas garabateadas en la tosca escritura de Grant me produjo una punzada de desesperación en el pecho, como si ya lo hubiera perdido. Mientras recorría con los ojos la carta codificada, no pude evitar leer automáticamente algunos de sus apuntes. Destacaban algunos comentarios nuevos, como el nombre de la persona que había ideado el plan en Bakerston. «El destinatario es Cortmansh», ponía en lo alto de la hoja, subrayado tres veces. Y, al lado, subrayado cuatro veces: «¿Cómo está traduciendo balanco?». Las nuevas correcciones que habíamos descubierto también estaban ahí, como las «patrullas contra herejes» y «Verde».

Mis ojos volvieron a fijarse en el margen superior de la hoja: Cortmansh. Grant había escrito este nombre antes de ver la carta lorandesa que yo había traducido previamente, corrigiendo algunos de los nombres escritos por Abraham Miller con faltas de ortografía. Cortmansh había pasado a Courtemanche, lo cual tenía más sentido

si el nombre era lorandés. Siempre habíamos usado una marcada pronunciación osfridiana por la escritura de Miller, pero este no era un nombre osfridiano.

—Courtemanche —dije en voz alta, usando la pronunciación lorandesa, tan cantarina. Esto le añadía otra sílaba, dejaba caer algunas consonantes y revelaba las palabras que componían el nombre: *Courte* para corta, y *manche* para manga.

«Tengo varios carromatos que van a partir a Alma hoy mismo… Apenas cruzaremos más allá de la frontera».

Busqué más abajo en la hoja y releí nuestra frase corregida: «Supervisará la transferencia usual para que puedas entregar en Curva Verde». Aparté la carta para echar un vistazo al mapa que había visto antes entre el legajo de documentos. Grant y Silas habían marcado todas las colonias, y también figuraba Curva Verde, la ciudad más importante de la colonia de Alma cuando se llegaba de Cabo Triunfo.

Cerré los ojos y apoyé una mano en la mesa para apaciguarme mientras hilaba todas las piezas. Tom Mangascortas —Courtemanche, el proveedor financiero lorandés jefe de los traidores— iba a transportar carromatos de objetos valiosos a otros conspiradores en Curva Verde. La mayoría de estos objetos posiblemente eran lingotes de oro macizo. Tom nunca guardaba ninguna otra cosa demasiado tiempo, excepto materiales que pudieran resultar de utilidad a un ejército, como municiones y cubertería para los campamentos. Siempre cedía los artículos comunes a la señora Smith y vendía los de lujo a personas como Cornelius Chambers, ricos coleccionistas que entregaban de buena gana grandes cantidades de oro a cambio de arte balanco difícil de encontrar…

Abrí los ojos. Elijah había sido quien me había hablado de estas esculturas; Elijah, cuya infancia había transcurrido junto a un grupo de comerciantes en el imperio balanco. No era Tom quien estaba traduciendo la parte balanca del código.

Apenas podía respirar. Con las manos temblorosas, escribí una nota rápida a Silas: «Courtemanche es Tom Mangascortas. Puede que siga en la ciudad. Voy a ir buscarlo a la taberna del Toro Danzarín».

No había tiempo para explicar mis deducciones, ni siquiera para

ir a buscar a Silas. Los juzgados no me venían de camino y Silas podía haberse ido con el gobernador o el ejército. Y Grant…

Aminoré el paso un momento mientras bajaba las escaleras que conducían a la calle. Grant. ¿Estaría en su tienda? Comprobarlo me retrasaría si quería ir a la taberna. Además, si Grant estaba en la tienda, no permanecería en ella mucho tiempo, y no podría darle alcance si no acudía allí de inmediato. Pero Tom se iba de la ciudad también, si no lo había hecho ya. Su idea era marcharse en cuanto se supiera el veredicto, y la denuncia de Warren como conspirador seguramente habría acelerado la partida.

Mis pasos recobraron rapidez. Quería a Grant, quería encontrarlo antes de que desapareciera con otra máscara. Pero no podía dejar escapar la fuente de oro más importante, y menos cuando tenía el potencial y la riqueza para resucitar otra conspiración. Era un sacrificio por el bien común que yo no podía rechazar. Debía proteger Adoria de la sangría y la destrucción de la guerra que asolaban Sirminia.

Ignorando el dolor en mi pecho, aparté a Grant de mis pensamientos y corrí a la taberna del Toro Danzarín. En la ciudad, con tanto tumulto, nadie me prestó atención. Es más, cuando entré sin resuello en la taberna, con el tobillo otra vez resentido, estaba claro que a nadie le sobraba tiempo para tomarse un trago. La sala común estaba vacía, aparte de un camarero con el rostro amarillento al que no reconocí. Nunca había visitado la taberna a la luz del día. Al verme, el chico dejó de dar lustre a una jarra.

—¿Dónde está Tom? —pregunté.

La sorpresa en su rostro se suavizó a una expresión neutral.

—¿Tom qué?

—¡Lo sabes muy bien! —rugí, dando una paso adelante—. ¿Sigue aquí?

El camarero dejó la jarra y me miró de hito en hito con frialdad.

—¡Señorita, no sé qué os habéis creído… argh!

Salté por encima de la barra y le di un puntapié en el pecho, con menos destreza de la habitual, puesto que llevaba un vestido y no los pantalones de *lady* Aviel. Sin embargo, fue un golpe tan inesperado que la sorpresa me dio ventaja. Lo empujé hacia atrás con otro golpe de rodilla en el estómago, apresándolo entre el reducido espacio de la barra y la pared. Con otro rodillazo lo doblé

en dos y lo inmovilicé en el suelo sentándome sobre su espalda. Yo pesaba menos que él, pero él no tenía espacio para maniobrar. Agarré una soga que había cerca de un tonel de cerveza y le até las manos con hábiles nudos que había aprendido de mi padre.

—¿Dónde está Tom? —repetí.

El camarero me miró desafiante y reprimí el impulso de sacarle la respuesta a guantazos. No tenía tiempo de torturas ni de interrogatorios. Si Tom estaba en la taberna, solo había un sitio donde pudiera estar. Si no estaba en la taberna, seguramente se hallaría ya fuera de mi alcance. Localicé la llave de la trastienda y, al ver los ojos del hombre abriéndose como platos, pensé que quizá no fuera demasiado tarde después de todo. Al salir de detrás de la barra, vi el revólver guardado en un estante. No estaba familiarizada con su estilo, pero al menos era un arma de corta distancia. Encajé como pude el revólver en el bolsillo de mi falda y me dirigí a la puerta de la trastienda.

Detrás de la puerta encontré el hueco de la escalera que había visto la noche en que Tom y yo habíamos discutido. Esta vez, los faroles de abajo iluminaban los escalones. Suspiré hondo y empecé mi descenso. Las escaleras de madera crujían bajo mis pies, aniquilando cualquier sutileza posible. Pero no la necesitaba, no si podía llevar a cabo el plan que había tramado de camino.

—¿Barnaby? ¿Ya ha vuelto Elijah? —preguntó una voz conocida.

Llegué hasta abajo y me encontré en una zona de almacenamiento enorme. Las marcas en el polvoriento suelo delataban la gran cantidad de cajas que habían llenado el espacio. Ya no quedaba ninguna, salvo unas cuantas en un rincón. Una de ellas estaba destapada, y Tom, de rodillas junto a ella, se dedicaba a colocar cuidadosamente en su interior unas bolsas de arpillera que tintineaban al chocar entre sí.

—¿Barnaby? —Tom echó un vistazo por encima del hombro y se puso en pie de un salto al verme. Ladeó la cabeza y me repasó con la mirada, con prudencia pero sin asustarse—. Bueno, vos sois mucho más guapa que Barnaby, de eso no hay duda. Y quizá más astuta si habéis conseguido bajar hasta aquí. ¿En qué puedo serviros, fascinante criatura?

—Estoy aquí para ayudarte —dije con acento belsa—. Si aún

estás dispuesto.

Tom me miró sin habla por una vez, y luego una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡*Lady* Aviel! ¿Es este el ángel real por fin? ¿Con un vestido? Y yo que pensaba que se estaba estropeando el día.

—¿Las cosas no están saliendo como esperabas? —pregunté, recuperando mi voz natural.

Se encogió de hombros.

—Solo alguna que otra sorpresa, pero tú eres de las buenas. No sé cómo no me di cuenta antes. Hablas con un acento belsa perfecto. Pero eres sirminia, ¿no? Exquisito. Y claro que quiero tu ayuda. Me parece que tendremos que buscarte algo de ropa más resistente para Alma, pero ya nos encargaremos de eso cuando hayamos salido de la ciudad. Eso sí, nada de pelucas. No lo permitiré. Sería un crimen, ahora que he visto tu verdadera cabellera. Tampoco tengo claro lo de la máscara, aunque supongo que querrás…

—Para. —Se había acercado lentamente, sobre todo por curiosidad. Saqué el revólver de mi falda sin darle tiempo a reaccionar y le apunté en el pecho—. Ni un paso más.

—¿En serio? —Sus ojos se empequeñecieron detrás de la máscara mientras me estudiaba. No parecía asustado en lo más mínimo—. ¿Es por la peluca? Puedes ponértela si quieres.

—Es por ti y tus operaciones, señor Courtemanche. Ponte de rodillas.

Obedeció, sonriendo.

—Y habla lorandés además.

—No tan bien como tú —dije, recordando la frase con que se había despedido de Adelaide esa misma mañana—. Y no percibo ni la menor traza de él en tu osfridiano.

—Y no deberías. Llevo en las colonias casi toda la vida. Mi familia llegó de Lorandia hace años, y yo apoyo los planes de mi patria para Adoria.

—¿Financiando una revolución cruenta para que Lorandia pueda meter mano a los recursos de las colonias?

—He hecho un trabajo excelente —dijo con falsa modestia—. Si hubiera trabajado tan duro de joven, ahora estaría viviendo como un rey.

—Las autoridades osfridianas creen que eres un noble, que eso es lo único que explica que tengas tanto oro. —Señalé las bolsas de las cajas.

Tom resplandeció más si cabe, en mi opinión excesivamente relajado dadas las circunstancias.

—Bueno, eso es un gran cumplido, desde luego.

—Se acabó. Túmbate en el suelo con las manos detrás de la espalda.

Algunas bolsas de oro estaban atadas con cuerda. Era más estrecha que la que yo había usado arriba en la taberna, pero sin duda serviría para atarle bien las muñecas, considerando que pudiera hacerlo con una pistola en la mano, claro.

Sin embargo, Tom no se movió.

—Aviel, no te haces una idea de lo mucho que estoy disfrutando con esto. No solo por verte la cara, sino también esta faceta tuya. Me has alegrado el día de veras, lo cual hace más triste que tenga que ser yo quien te diga que el revólver no está cargado.

No pestañeé.

—Estás mintiendo.

—Nunca he tenido un revólver cargado tan a la vista de todos. Lo hago para disuadir a los clientes borrachos con ganas de bronca en la barra. Y si no los disuade, mis hombres están ahí para encargarse de cualquier altercado.

—No te creo. —Pero me sentía menos confiada. Como no conocía este tipo de revólver, no podía guiarme por el peso para saber si estaba cargado o no.

Tom se puso en pie y se acercó a mí con absoluto descaro, apoyando su pecho contra el cañón.

—Pues dispara y lo sabremos. —Como no hice nada, soltó una risa ahogada—. Aunque estuviera cargada, no me asustarías. Sé que no me harás daño.

—¿Crees que no tengo agallas?

Su sonrisa se ensanchó.

—Oh, no. No eres una cobarde, Aviel. Has tenido el valor de venir aquí. Solía burlarme de ti porque no querías mancharte las manos, pero ahora sé que no es cierto. Solo es tu último recurso. Prefieres apelar a la bondad del ser humano. Esa clase de idealismo lo único que hará es coartarte, querida. Porque, si lo que buscas es

avanzar, si lo que buscas es impulsar una causa, mejor olvídate del honor y de los sentimientos. Si de verdad quisieras detener mis acciones, habrías intentado dispararme desde el primer momento. Por el contrario, has decidido seguir el camino honorable, entregarme y que se haga justicia por medio de vías justas, como con el resto de los mortales. Pensar así es lo que hace fracasar a la gente. Lo que hace que terminen muertos. El apego a las personas, a los principios, es una pérdida de tiempo. Tienes que estar dispuesta a sacrificarlos.

—Mi padre solía decir lo mismo.

—Hombre sabio.

Apreté el gatillo. Hizo clic. Nada más.

Me temblaron las manos, como si lo desesperado de mi situación me amedrentara. Cogí el arma por el cañón e hice ademán de entregársela, pero entonces la empuñé hacia arriba y le golpeé la cara con la culata. Tom consiguió agarrarme del pelo cuando di un salto hacia las escaleras, tirándome hacia atrás. Caí al suelo con un grito y, momentos después, lo tenía clavado en la espalda. Apretó el cañón de una pistola que me resultaba más familiar contra mi frente, y supe que estaba cargada. Era la que solía llevar encima.

—Me gustas, Aviel —dijo, sin un atisbo de su habitual ligereza—. Y desearía que te hubieras quedado con nosotros. Lorandia hará cosas grandes en Adoria, mucho más de lo que Osfrid podría haber hecho. Pero has perdido tu oportunidad y no puedo dejar cabos sueltos. A mí, como ves, no me tiembla el pulso a la hora de tomar decisiones duras.

—Ni a mí tampoco —dijo una voz bienvenida—. Aprieta ese gatillo y yo apretaré el mío.

Sin dejar de apuntarme, Tom echó un vistazo por encima del hombro, hacia las escaleras. Me bloqueaba la visión, pero yo sabía quién era.

—El señor Elliott, ¿verdad? Espía y supuesto tendero. Hasta que *milady* ha aparecido hoy por aquí, habría dicho que eres el secreto mejor guardado de Cabo Triunfo.

—Baja la pistola y pon las manos en alto —dijo Grant.

—¿Cómo es que das órdenes? ¿De verdad estás dispuesto a sacrificar a una muchacha inocente por la agencia McGraw? —Como Grant no respondió, Tom chasqueó la lengua—. Bueno, Aviel,

ahí lo tienes. Alguien que no teme mancharse las manos.

—Tú ocúpate de ti —dijo Grant—. Si disparas, disparo. Si te entregas, salvarás el pellejo. Estas son tus opciones. Yo saldré vivo de aquí de las dos maneras. Para mí no hay diferencia.

—Oh, basta. Pues claro que hay diferencia. Si salvo el pellejo, tú saborearás la gloria de llevarme a un interrogatorio.

Mi mente se aceleró. Tom estaba actuando con demasiada despreocupación otra vez, tal como había hecho conmigo porque sabía que mi pistola estaba descargada. Ciertamente, se encontraba en un atolladero con Grant, pero Tom no era la clase de persona que se quedaba de brazos cruzados cuando una situación parecía no tener una salida obvia.

—¡Grant, va a venir alguien más! ¡Solo está haciendo tiempo!

Tom seguía rodeándome el pecho con un brazo, lo que le permitía descansar el peso de su cuerpo sobre mí, pero mantenía la cabeza y el cuello torcidos para ver a Grant. La postura no podía ser cómoda, pero Tom tampoco podía arriesgarse a un ataque inesperado.

—¿Lo llamas por su nombre de pila? Lo sabía, siempre me había parecido que andabas metida en líos románticos. Nunca te enamores de alguien que tiene dos caras, Aviel. Y, señor Elliott, ahora imagino que no te es tan indiferente…

Ya. Era el momento que había estado esperando. Sabía que Tom terminaría moviendo la cabeza. No podía mantener una postura tan incómoda durante mucho más tiempo. Y, aunque no me soltó, un leve reajuste de su cuerpo me brindó la única oportunidad que tendría de contraatacarle. Durante los escasos segundos en que movió el brazo, tuve el rápido reflejo de darle un codazo en la cara lo mejor que pude. Disparó enseguida, pero maniobré justo a tiempo de esquivar el cañón. La pistola había apuntado directamente a mi cabeza, no obstante, y la explosión envió una onda expansiva de dolor a mi oído. El mundo enmudeció de súbito, y lo único que pude oír por ese oído fue un zumbido.

Grant no perdió ni un segundo y atravesó la bodega al instante, apartando a Tom de mí. Ambos rodaron por el suelo, cada cual intentando colocar la pistola contra el otro para dispararle un tiro mortal. Estaban demasiado pegados y no podían apuntar claramente con tanto atropello. A Tom le quedaba una bala y no

podía fallar el tiro. Aunque tuviera dos balas, Grant debía ser prudente también. Busqué otras armas por la habitación con los ojos, pero solo vi el revólver descargado que Tom me había quitado de la mano. Lo recogí y me acerqué a los dos hombres.

Una breve apertura me permitió golpear el revólver contra la cabeza de Tom. Maldiciendo, se tambaleó apenas un instante, el suficiente para que Grant disparara. Tom esquivó el disparo en el último momento y, en vez de ir a por Grant, me agarró a mí del tobillo malo. Perdí el equilibrio y caí sobre ellos, creando una maraña momentánea de miembros y confusión entre los tres. Tom consiguió enderezarse y me apuntó a mí, que era su blanco más despejado, dispuesto a usar su última bala. Grant me empujó a un lado justo cuando se disparó la pistola, y vi que su cuerpo daba una sacudida. Grité y me lancé a recoger la pistola que se le había caído. Tom fue más rápido.

—Ni un centímetro más, Aviel —ordenó poniéndose en pie y apuntándome con la pistola. Apenas podía distinguir sus palabras porque me zumbaban los oídos. Su máscara estaba torcida, con algunas plumas arrugadas. Pero, aparte de unas pocas manchas rojas en la cara, parecía ileso.

Miré a Grant, que estaba junto a mí en el suelo. Una mancha carmesí florecía en un costado de su camisa, ensanchándose cada vez más. Sus ojos miraban hacia arriba y, aunque su pecho subía y bajaba, las respiraciones eran poco profundas e irregulares. Mi impacto era tal que no sentía pena ni rabia ni nada parecido. Aquello era demasiado irreal como para poder interiorizarlo. Apreté la mano de Grant y me volví resignadamente hacia Tom, hacia el cañón de la pistola. No había rastro de júbilo ni arrogancia en sus endurecidos rasgos.

—Lo siento de verd…

Un disparo sonó a mi espalda, y Tom cayó al suelo. Miré atrás y vi a Elijah al pie de las escaleras. Se acercó, con la atención exclusivamente centrada en el cuerpo abatido de Tom. El cuerpo no se movía. Tras examinarlo unos segundos, Elijah bajó la pistola y se arrodilló rápidamente a mi lado.

—Ayúdanos —le dije, inclinándome sobre Grant. Le pasé la mano por la sudorosa frente y empecé a buscar la herida. Luego aparté la mano, sin saber qué hacer.

Elijah se quitó el abrigo y me lo dio.

—Úsalo para presionar la herida. Apóyate en ella. Tengo que ir a buscar a alguien para que me ayude a levantarlo de aquí.

Subió corriendo las escaleras, y obedecí sus órdenes, presionando el costado de Grant con el abrigo. Se estremeció pero sin protestar. Sus sagaces ojos oscuros, que nunca perdían detalle, tenían la mirada perdida. Una vez superado el estado de pasmo, me invadieron demasiadas emociones, siendo el terror la principal de ellas. Intenté tragármelo, pues sabía que necesitaba tener la mente despejada.

—Aguanta, aguanta —dije con la voz quebrada—. No me dejes. No te conviertas en un fantasma de verdad.

Después de unos cuantos pestañeos, sus ojos vidriosos lograron centrarse en mí. Dijo algo en balanco y luego hizo una mueca, como si comprendiera lo que había hecho pero no pudiera cambiarlo. Al final, logró decir algo en osfridiano, pero tan bajito que no pude entenderlo, porque seguía percibiendo el zumbido en el oído.

—Tranquila… no puedo irme lejos… no cuando… mi Saasa está aquí… yo… —Cambió al balanco y después se le fue apagando la voz, el rostro cada vez más pálido a medida que le aguzaba el dolor.

Una lágrima corrió por mi mejilla, pero no tenía una mano libre para secarla. Miré hacia las escaleras, deseando que Elijah apareciera, aunque solo hubieran transcurrido un par de minutos. Me giré hacia Grant y me descubrí desvariando.

—No deberías haber venido. No deberías estar aquí. Deberías estar persiguiendo tu obsesión.

Cerró los ojos, pero su boca parecía querer sonreír. Se mojó los labios unas cuantas veces y me incliné más para escuchar sus débiles palabras.

—Creo que mi obsesión eres tú.

Algo se movió en mi periferia. Elijah. Había vuelto tan pronto que me pregunté si no habría tirado la toalla. Un momento después, un Silas de aspecto ceniciento bajó las escaleras como una flecha.

Y entonces dejé que brotaran las lágrimas.

34

La ciudad de Cabo Triunfo estuvo revolucionada en los días que siguieron. El gobernador Doyle no sabía nada de la traición de su hijo, pero tuvo que asumir las consecuencias y colaborar con otros líderes coloniales y la agencia McGraw. Los icori recibieron permiso para acampar en las afueras de la ciudad y presentaron sus quejas en conversaciones diplomáticas que Tamsin contribuyó a facilitar.

Elijah, corroborando mis sospechas, había sido quien codificaba y descodificaba el balanco para Tom, pero no había descubierto el verdadero alcance de la conspiración hasta hacía poco. Aquel dato supuso el colmo de sus crecientes reticencias a colaborar con Tom, pero el miedo a que este último se vengara con su familia le había impedido romper con él. No obstante, una vez libre, compró su amnistía a cambio de contar cuanto sabía. Ver a Tom a punto de aniquilarme fue el catalizador que sacudió a Elijah. Su desilusión con Tom había crecido, al igual que su afecto por mí, lo que demostraba que Tom se equivocaba. La cercanía, el cariño, y tratar a los demás como a seres humanos y no como a peones no era un signo de debilidad, después de todo.

¿Y Grant? Bueno, no era fácil acabar con él.

Un médico le sacó la bala y dijo que no había tocado ningún órgano vital, pero la amenaza de la infección o la pérdida excesiva de sangre siguió cerniéndose sobre nosotros aquel primer día. Pasé esas horas angustiada, mientras que Grant las pasaba completamente sedado por los analgésicos en casa de Silas. El médico nos comunicó finalmente que se recuperaría por completo y, a medida que la dosis de analgésicos iba reduciéndose, demostró ser un paciente rebelde. Odiaba ver sus movimientos restringidos. Odiaba especialmente ser atendido. Le volvía más cascarrabias de lo que era, pero Silas, Aiana y yo lo soportábamos con estoicismo cuando nos turnábamos para hacerle compañía.

Cuando no estaba con él tenía miles de cosas de las que ocuparme. Adelaide y Tamsin volvían a formar parte de mi vida y, pese a sus propias obligaciones, conseguíamos pasar un tiempo juntas a diario. Yo adoraba que volviéramos a estar todas juntas, aunque no fuera comparable con los días de despreocupación en El Manantial Azul. Todas nos sentíamos mucho mayores.

Asombrosamente, y por más que intenté convencerle de que me prestarían el dinero, Rupert insistió en pagar la cuota de mi contrato. Los únicos que lo sabían eran los Thorn y Silas. Cornelius había hecho tantas cosas vergonzosas que Rupert quería arreglar sus asuntos comerciales antes de hacerlo público. Sin embargo, aunque los demás no lo supieran aún, yo sí que lo sabía. Cuando Jasper me dio una copia de mi contrato rescindido, no pude dejar de mirarlo. Era libre. Había conseguido llegar a Adoria y comprar una vida para Lonzo y para mí. La rodilla de mi hermano ya estaba curada para viajar y su llegada era inminente gracias a la generosidad de Grant. Yo donaría todas las ganancias de *lady* Aviel a la caridad.

Mi participación en la formación de una guardia urbana también se mantuvo en secreto, aunque Silas y yo comenzamos a planearla sin demora. Su experiencia era tranquilizadora, pero no podría contar con ella por mucho más tiempo. Silas tenía planificado escoltar personalmente a Warren y a otros traidores hasta Osfrid, y yo debía aceptar la abrumadora realidad de que pronto estaría sola al frente de la empresa.

Creo que Silas respiró aliviado cuando Grant volvió a su casa. Puede que para él Grant fuera como un hijo, pero era un hijo irritante. Una vez en su casa, yo pasaba tanto tiempo con él que podría haber vivido allí perfectamente. Los Thorn me dejaron quedarme en Las Glicinias un poco más, pero en adelante no pudieron controlar mis movimientos. Yo seguía pasando mucho tiempo en la casa, y en medio de todo el caos que reinaba en el mundo, nadie seguía realmente la pista de mi paradero.

—No deberíamos estar haciendo esto —le dije a Grant una mañana. Era un lujo despertarme a su lado en vez de escabullirme en mitad de la noche.

Rodó en la cama, envolviéndome en sus brazos.

—¿Dormir hasta tarde?

—No. Sabes de qué estoy hablando. No deberías estar…

esforzándote. —Acaricié suavemente el extremo de la venda que aún le cubría el costado—. Estás recuperándote.

—Recuperarse no es lo mismo que estar muerto. El médico dice que estoy bien y de todas formas me parece que expresas tu inquietud un poco tarde.

—La expresé hace dos días.

Me besó a un lado del cuello.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—No puedo quedarme. Ni tú tampoco. Silas quiere reunirse con nosotros esta mañana. —Me zafé de su abrazo y me senté. Antes de salir de la cama, le pregunté vacilante—: ¿Vas a marcharte?

Se puso las manos detrás de la cabeza.

—Hoy no.

Mi pregunta no se refería a si iba a ver a Silas. Formaba parte de la misma conversación que veníamos teniendo cada día desde que Grant había recuperado la lucidez. Cada mañana, le preguntaba si pensaba marcharse; marcharse de verdad. «Hoy no», era su respuesta. Y seguíamos adelante con nuestras vidas hasta que necesitaba preguntárselo otra vez. No hablábamos de nosotros ni del futuro. Ni siquiera pude arrancarle cómo se sentía después de haber perdido la oportunidad de ser embajador. Cuando saqué a relucir el tema, él se limitó a encogerse de hombros y a decir: «Eso se acabó. No tiene sentido darle más vueltas».

En esta ocasión, sin embargo, no seguí con mi vida. Me quedé donde estaba, sentada en el borde de la cama en mi blusa fina, y le pregunté:

—¿Eres feliz?

El cambio en nuestro diálogo matutino le pilló por sorpresa.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque estoy cansada de preguntarte si piensas marcharte todos los días. Estoy cansada de tener miedo de venir un día y que ya no estés.

—¿Crees que me iría sin decírtelo?

—No lo sé, Grant. La verdad es que no sé mucho de nada, salvo que te amo y sigo viniendo todas las noches para estar contigo.

Ya no le invadía el pánico cuando le decía que lo amaba, pero siempre me miraba con un atisbo de asombro.

—¿Qué más quieres? —La pregunta no era agresiva ni

sarcástica. Parecía sincero, como si de verdad desconociera la respuesta.

—Me gustaría saber qué piensas hacer. Me gustaría saber si vas a buscar otra forma de reunirte con los balancos. Me gustaría saber si vas a quedarte… conmigo.

Clavó la mirada en la reluciente ventana durante un buen rato antes de volverse finalmente hacia mí.

—No sé cómo estar contigo, Mirabel. Aquí, en la cama, nunca ha sido un problema para nosotros. Pero no sé qué hacer fuera de ella. Cada vez que he tenido a alguien o algún lugar que creía bueno y real y duradero, se ha desintegrado. No quiero que suceda eso contigo.

—¿Y por eso prefieres vivir día a día, por temor a dar un paso más? Grant, yo no sé más que tú. A ver, mírame. Me metí en esto pensando que podría acostarme contigo sin que me gustaras.

—Pues al parecer sí que pudiste —dijo, incapaz de contenerse.

—No, siempre me has gustado. —Hice una pausa—. La mayor parte del tiempo. Escucha, es probable que cometamos errores, pero podemos salir adelante juntos. Si quieres.

Yo parecía muy segura de mí misma, como si fuera una entendida en relaciones, pero por dentro estaba aterrorizada. Un nudo perpetuo de tensión me oprimió el pecho mientras esperaba su respuesta. ¿Y si había llegado el momento de perderlo? Quizá habría sido mejor permitir que siguiéramos para siempre en este estado de indecisión y seguir escondiendo debajo de la alfombra los asuntos molestos.

—Quiero. —Se sentó y extendió el brazo para apartarme unos mechones de la cara. Le temblaba la mano—. No puedo vivir sin ti, Mirabel.

El nudo de mi pecho se aflojó. Le cogí la mano y me la llevé a los labios.

—¿Entonces puedo dejar de preguntarte si te marcharás?

—Sí, pero no te garantizo que no sientas deseos de echarme un día de estos.

—Estaremos bien. Y realmente no puedo echarte de tu casa de todas formas. Como te he dicho, solo tenemos que estar juntos en esto. Tenemos que poder hablar… hablar de verdad. No van a ser todo ataques y bromas.

—Espera, espera. Eso no lo has dicho antes. Podemos seguir bromeando, ¿no?

Su estado de recuperación le salvó de recibir un codazo.

—Sí. Podemos designar incluso momentos exclusivos para eso, si así te sientes mejor.

—Y tanto. Y en cuanto a lo de echarme… —Hizo un gesto que abarcaba la casa—. No sé cuánto tiempo más podré quedarme aquí si no puedo pagar las facturas. La tienda se ha terminado para mí; solo era una tapadera. Y no me llevo bien con el agente que vendrá mientras Silas está en Osfrid. De modo que seguramente se acabó también el trabajo independiente para McGraw. Puede que necesite depender de la caridad de la Dama de la Guardia hasta que averigüe qué clase de empleo no errante soy capaz de desempeñar.

Le sonreí.

—Bueno, la Dama de la Guardia amplía su caridad felizmente. Pero quizá… quizá te gustaría trabajar para ella también.

—¿Estás ofreciéndome un empleo? —Parecía más divertido que interesado.

—Seguro. Tengo que contratar a gente, gente en la que pueda confiar. Y creo que es la clase de trabajo en el que serías bueno. Eres observador. No te importa enzarzarte en una pelea. De hecho, parece que eso se te da mejor que hablar de tus sentimientos.

—¿Quién está atacando ahora a quién? Y además he estado abriéndote mi corazón, ¿sabes? —Se puso más serio mientras meditaba mi oferta—. Lo haría con gusto… la guardia. Pero… lo que hay entre nosotros dejará de ser un secreto y no quiero perjudicarte.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque, y sabes que te digo la verdad, habrá gente a la que le costará aceptar que una mujer lleve las riendas. Es posible (es seguro) que se resistan a cumplir tus órdenes. Yo no, por mi parte, claro. Yo ya estoy acostumbrado a cumplir tus órdenes. Pero algunas personas utilizarán que tienes una relación con un empleado como excusa para atacarte. ¿Podrás soportarlo? Si mal no recuerdo, una de las primeras veces que nos encontramos, estabas amenazando a alguien con un cuchillo por difamarte.

Pensando en lo que sabía de la naturaleza humana, sospeché que tenía razón.

—Puedo soportarlo. ¿Podrás tú?

—¿Soportar que te ataquen? No pacíficamente. Pero ¿a mí? No me importa. Que digan lo que quieran. Que me llamen señor Viana si quieren.

Me reí.

—¿Sería eso un problema?

—No. Colecciono nombres. Pero… quizá… —Desvió la mirada y se armó de valor antes de mirarme otra vez a los ojos—. Quizá tú quieras ser la señora Elliott.

Fue otro de esos momentos en que tuve que rumiar lo que había dicho para entender lo que había dicho realmente. Y luego:

—¿Acabas de… proponerme matrimonio?

Una vez superado el esfuerzo de esta tarea, se refugió en su acostumbrada arrogancia.

—Bueno, no es la primera vez que lo hago.

—¿Lo has hecho? ¿A mí?

Me miró de reojo.

—Sí. Cuando hablamos de que vinieras conmigo junto a los balancos.

—Eso no fue una proposición. Ni esto tampoco. —Rebusqué en mis recuerdos el momento en que había mencionado su viaje al norte—. Son sugerencias pasivas, más bien. Las proposiciones normalmente implican… bueno, un poco más. Al menos habría esperado una pregunta de verdad.

Fingió asombro al oírme.

—Oye, oye, ya sabías a qué atenerte. Si lo que quieres son horas y horas de discursos floridos, será mejor que vayas a ver si Cedric Thorn tiene un hermano.

Reí.

—No, solo te quiero a ti, a pesar de lo imposible y complicado que eres. Quizá por eso mismo.

—Y yo te quiero porque… —El humor desapareció de su rostro mientras me estudiaba, y de repente comprendí a qué se había referido al hablar de «esa mirada» que yo le ponía en momentos sentimentales. Tenía la seguridad de que él me estaba mirando con los mismos ojos. Y era conmovedor—. Te quiero porque eres tú, Mirabel. Porque cuando estoy contigo no quiero errar de un sitio a otro. Y porque te amo. —Dijo esto último tan rápido que casi no lo

entendí. Luego me besó la mejilla y se levantó de la cama—. Pero no dejes que se te suba a la cabeza.

Cuando llegamos a casa de Silas más tarde, esperaba encontrarme con otra reunión sobre la logística de la guardia urbana. Por el contrario, encontramos a Silas y Aiana cruzados de brazos. Grant los miró con desconfianza.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que esclarecer algunas cosas antes de que yo zarpe —dijo Silas con severidad—. ¿Vas a marcharte, hijo? Dame una respuesta, de una vez por todas.

La tensión de Grant se disipó.

—Vaya, está claro que hoy es mi día. Sí, me quedo. Sí, estaré aquí cuando vuelvas.

Silas mantuvo el semblante serio, pero noté que se sentía aliviado.

—Eso es que estás de acuerdo con la oferta de Aiana. Esperarás a que ocurra.

—Sí. —Grant la miró con suspicacia—. Incluso le dije que no era necesario.

—Es decisión mía, Iyitsi —repuso serenamente—. Aprovéchala.

Yo me había perdido.

—¿Qué oferta?

Aiana miró a los ojos desafiantes de Grant con rebeldía unos segundos antes de responderme.

—Al huir de mi esposa, incumplí mi contrato matrimonial y eso es una grave ofensa en las ramas altas. Si me capturan, recibiré un duro castigo. Por eso me escondo en Cabo Triunfo. Pero si estamos separadas durante cinco años, el matrimonio se disolverá sin repercusiones para mí. Solo necesito seguir alejada de ella un año y medio más. Después, podré volver de visita sin correr ningún riesgo, y llevarme a Grant conmigo. Podrá reclamar su ciudadanía.

—No tienes por qué regresar —insistió Grant—. Te harán ultimar documentos y que vuelvas a verla.

Aiana lo rechazó con un gesto de la mano.

—Ya no le tengo miedo.

Me volví hacia Grant con sorpresa. Su decisión de quedarse me había hecho muy feliz. Sin embargo, saber que no podría regresar a su patria, después de todos sus esfuerzos, también me había hecho

sentirme muy culpable.

—Entonces… sí que puedes volver. No como tú querías, ni tan pronto, pero…

—Pero puede esperar —terminó Silas—. Lo que no puede esperar sois vosotros dos. No podéis seguir así.

—¿Seguir cómo? —pregunté inocentemente.

—No te hagas la despistada. Sé dónde duermes. —Su mirada se volvió hacia Grant—. O paras esto o lo haces oficial sobre el papel.

Grant ni se inmutó.

—¿Lo ves, Mirabel? Comparado con él, soy un romántico empedernido. —Luego dijo, volviéndose hacia Silas—: Relájate, estamos pensando en casarnos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Aiana, perpleja. Me miró para obtener la confirmación.

—Sí. Aparentemente Grant me ha pedido matrimonio. Un par de veces. Creo.

Recordé nuestra conversación sobre las peticiones de matrimonio esa misma mañana y caí en la cuenta de que, en el fondo, no había habido ni pregunta ni respuesta.

—Sí, lo he hecho. —Grant me lanzó una mirada penetrante—. Ha sido un momento precioso.

Aiana parecía más sorprendida por esto que porque me hubiera pedido matrimonio.

—¿En serio?

—¿Por qué te extraña, Sekem? No soy del todo insensible. Sé cómo funcionan las proposiciones de matrimonio.

—Tiene razón —añadí astutamente—. Me ha cogido la mano y me ha preguntado… ¿cómo era? —Lo miré expectante.

Grant reconoció la trampa. Su rostro estaba fuera del ángulo de Silas y Aiana, y la mirada que me lanzó decía: «¿Cómo eres capaz de hacerme esto?». Yo me limité a sonreír más y, después de aclararse la garganta, dijo:

—Bien. No recuerdo las palabras exactas, pero estoy casi seguro de que le pregunté si me haría el inmenso honor (honor que sé que no merezco) de ser mi esposa. Le he dicho que no hay otra mujer como ella y que es lo más luminoso y auténtico que he tenido en mi vida, a diferencia de mis amigos, que ahora mismo están mirándome como si no me hubieran visto en su vida. Y también le

he dicho que seré un poco menos cínico y haré cuanto esté en mi mano para garantizar que sus días y sus noches sean increíbles. Increíblemente felices, quiero decir. —Hizo una pausa—. Oh, y definitivamente ha sido una pregunta de verdad. ¿A la que ella ha contestado…?

Me tocó a mí recibir la mirada expectante y dije:

—Sí. Definitivamente sí.

Creo que contesté un poco más seria de lo que esperaba. Grant vaciló un momento, y yo probablemente tenía «esa mirada». Luego recobró la compostura y, volviéndose hacia los otros, dijo:

—¿Estáis satisfechos ahora?

Su mudez respondió por ellos.

Más tarde, mientras Aiana y Silas hablaban sobre un favor que él le había pedido a ella, me llevé a Grant a un aparte.

—¿Cuándo decidiste que te quedabas conmigo, antes o después de que Aiana te ofreciera volver con ella?

—¿Estás dudando de mí? —Torció la cabeza para mirarme más de cerca—. No sé si estamos en tiempo de seriedad o de broma.

—Empiezo a pensar que es todo lo mismo. Y te creo… solo que no me has contestado.

—Creía que la profunda seriedad de mi mirada había contestado por mí. Mira, la única razón por la que encontré la nota en el despacho de Silas después del juicio es porque decidí quedarme. Si mi intención hubiera sido marcharme ese día, lo habría hecho. Sabía lo que sentía por ti hace mucho tiempo, mucho antes de su oferta. Lo que pasa es que tenía muchas cosas que resolver. Como, por ejemplo, reconocer que tenía sentimientos hacia ti. Obviamente, ahora destaco en eso, a juzgar por el increíble discurso que acabo de pronunciar. ¿Lo has oído?

—Lo he oído. —Le cogí la mano y entrelacé nuestros dedos—. De hecho, sigo perpleja, la verdad. No necesito al hermano de Cedric Thorn.

—Bien… También necesitaba que tú dijeras «sí» delante de testigos. Por si cambiabas de opinión.

—¿Ahora dudas de mí? —reí.

—Es solo por precaución. No te habría puesto un «nombre íntimo» si dudara de ti.

Retrocedí un paso.

—No me lo has puesto.

—Sí que lo he hecho. —Tenía la misma mirada autosatisfecha de cuando me había revelado la verdad sobre su disfraz de monje—. Incluso en mi lecho de muerte he sido un romántico empedernido.

—Lecho de muerte… —Me devané los sesos intentando recordar cada detalle de la última semana, buscando la más mínima conexión—. La bodega.

—Entonces sí que prestaste atención. —Seguía teniendo la sonrisa engreída—. Pero al parecer no la suficiente como para recordarlo. Si lo supieras, no volverías a dudar de mi otra vez.

—¡Ya he dicho que no dudo de ti! Estaba medio sorda entonces. Y también un poco distraída porque te estabas desangrando y a punto de morir delante de mí.

El recuerdo era confuso y no solo por mi sordera, sino por la gran cantidad de adrenalina y el exceso de emociones intensas.

«No puedo irme lejos… no cuando… mi Saasa está aquí…»

—¿Saasa? —pregunté—. ¿Qué significa? ¿Es eso?

—Te lo digo esta noche en la cama. Durante el tiempo designado para las bromas.

Dejé de escudriñar mis recuerdos.

—¿Esto es tiempo de bromas?

—Eh, he oído que es todo lo mismo. —Me puso una mano en la nuca y me atrajo hacia él, besándome con mucha más intensidad de la que habría esperado teniendo en cuenta que Silas y Aiana estaban en el otro extremo de la habitación. Grant interrumpió el beso, pero me mantuvo arrimada a él unos segundos más—. Te veo después, Mirabel.

Se fue para encargarse de un recado que Silas le había pedido previamente, y poco después regresé a Las Glicinias con Aiana.

—Oye —le pregunté—. ¿Qué significa Saasa?

—¿Saasa?

—Es algo que Grant me dijo. Cuando le dispararon y estábamos esperando que llegase la ayuda.

Aiana estudió el camino que teníamos delante mientras iba pensando.

—Significa eje. También burbujeante. Oh, espera. ¿Saasa? ¿Te refieres a eso?

—¿No es eso lo que he dicho?

—Has dicho Saasa.

—¡Suenan igual! ¿Qué significa esta última?

—Es un sendero hecho de rocas. La gente lo pone delante de sus casas.

Negué con la cabeza.

—No te preocupes. A veces tu lengua es más fastidiosa que fascinante.

—¿No estabas sorda entonces? —preguntó.

—Solo parcialmente. —Recordé la cara de Grant en casa de Silas—. Pude entenderlo. Bueno, o casi.

Tras varios minutos de caminar en silencio, Aiana dijo de súbito:

—También tenemos Saasa.

Contuve un suspiro. Me sonaba igual que las otras variaciones.

—¿Qué significa?

—Es como, oh, no sé a cuál de vuestros ángeles correspondería. —Señaló hacia delante, como si pudiera captar el significado del aire—. La estrella que no se mueve. La estrella de los caminantes.

Dejé de caminar.

—La estrella de Ariniel.

—Exacto. Esa es.

«Para los balancos, la estrella de Ariniel es la estrella de los caminantes, la estrella que siempre te lleva a casa, por muy perdido que estés. Lo único con lo que un viajero puede contar».

Una sonrisa empezó a abrirse en mi rostro.

«No puedo irme lejos… no cuando… mi Saasa está aquí…»

Aiana me miró con curiosidad.

—¿Crees que es eso?

—Sin la menor duda —respondí.

RICHELLE MEAD (Míchigan, 12 de noviembre de 1976) es una escritora estadounidense especializada en fantasía urbana para adultos y jóvenes adultos, es mundialmente conocida gracias a la saga *Vampire Academy*. Estudió Arte, Religión y Educación en las universidades de Michigan, Western Michigan y Washington, respectivamente.

Durante años fue profesora de secundaria en Seattle hasta que su novela debut, *Succubus Blues*, llegó a las tiendas con gran éxito. Fue en 2007 y con ella empezaba la saga de *Georgina Kincaid*, una de sus sagas para adultos más famosas junto a *Age of X* y *Dark Swan*.

También en 2007 lanzó su primera novela para jóvenes adultos, *Vampire Academy*, en la que Rose Hathaway se entrena en la Academia St. Vladimir para defender a los moroi de los strigoi, especialmente a su mejor amiga Lissa con la que comparte un vínculo muy fuerte. Esta saga se ha publicado en varios países, incluido España, y fue llevada al cine en 2014 con Zoey Deutch y Lucy Fry como protagonistas.